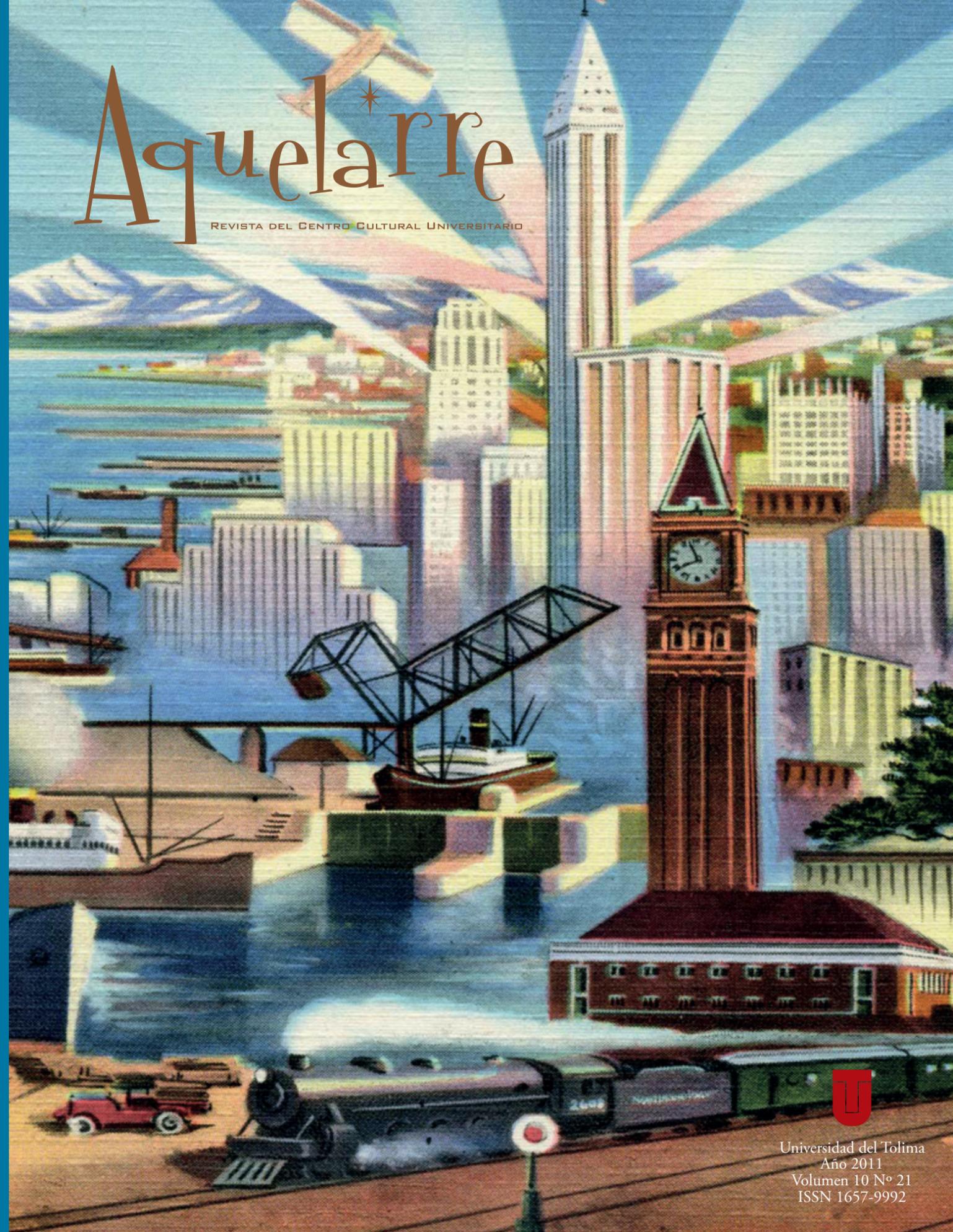




Aquelarre segundo semestre 2011. Número 21



Centro Cultural Universidad del Tolima



Aquelarre

REVISTA DEL CENTRO CULTURAL UNIVERSITARIO



Universidad del Tolima
Año 2011
Volumen 10 N° 21
ISSN 1657-9992

Aquelarre

Nº 21

Segundo semestre 2011

Revista de filosofía, política, arte y cultura



Centro Cultural de la Universidad del Tolima

Aquelarre

Revista del Centro Cultural de la Universidad del Tolima.

Rector Dr. Jesús Ramón Rivera Bulla

Director Julio César Carrión Castro

Editor Jorge Octavio Gantiva Silva

Consejo Editorial

Lisandro Angulo

César Augusto Fonseca Áquez

Carlos Arturo Gamboa Bobadilla

Manuel León Cuartas

Felix Raúl Martínez Cleves

Alexander Martínez Rivillas

Gabriel Restrepo Forero

María Victoria Valencia Robles

Libardo Vargas Celemín

Asistente

María Angélica Mora Buitrago

Diseño y Diagramación Leonidas Rodríguez Fierro

Impresión León Gráficas Ltda.

Tiraje 1.500 ejemplares

Dirección postal: Centro Cultural Universidad del Tolima Barrio Santa Helena - Ibagué

Teléfono: (+)57-8-2669156 - Ibagué

Correo electrónico: ccu@ut.edu.co

Tabla de contenido

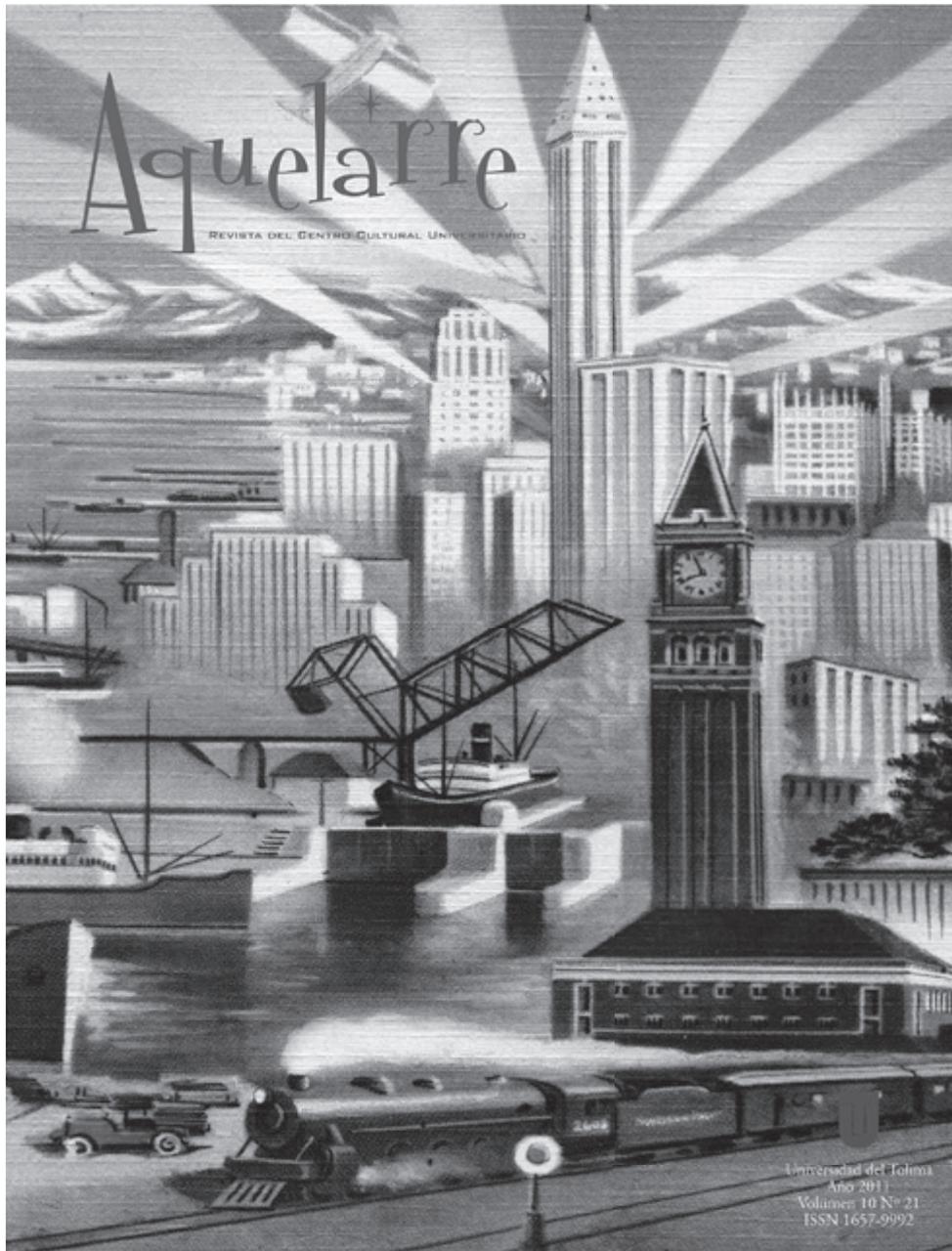
Carta a los lectores	
La alegría de ser el por-venir.....	9
Carlos Ennio Naranjo 1934 – 2011	14
El poder constituyente de la memoria	15
Gabriel Restrepo	
La universidad: una historia de (des)encuentros	21
Jorge Gantiva Silva	
“Marx no es un don nadie”	31
Pierre Díaz	
Estado regional, ordenamiento territorial y descentralización	35
Gustavo Adolfo Carrión Barrero	
Territorios subalternos, autogobierno local y epistemología emancipatoria en Latinoamérica	47
Alexander Martínez Rivillas	
Nuevo imperialismo y megaproyectos	65
Andy Higginbottom	
¿Colombia biodiversa o país minero?.....	75
Renzo Alexander García Parra	
La minería como ruta al desarrollo: riesgos y extravíos	81
María Angélica Mora Buitrago - Cristian Camilo Frasser Lozano	
Estado y Emgesa vulneran derechos fundamentales en el Quimbo	87
Miller Armín Dussán Calderón	
Entre la trinchera local y la aldea global.....	93
José Ledesman Díaz Mora	
Criticismo del ordenamiento político territorial, entierro resoluble	101
Ricardo Arquez Benavides	
Delirios.....	111
Carlos Arturo Gamboa B.	
Comunicación para el cambio social: un acercamiento a las teorías de la acción comunicativa	121
Omar Alejandro González	
La poesía de Tomas Tranströmer y sus “pinceles impacientes por el mundo”	127
Jorge Ladino Gaitán Bayona	
¿Cariño, por qué el agua del río está tan turbia?	135
Luis Rozo	
Literatura ¿infantil?	145
Luis Fernando Abello	

Dossier

El rencor ante la ciudad.....	151
Rubén Jaramillo Vélez	
Las villas	157
Henri Pirenne	
La ciudad medieval	161
Esteban Ruiz Serrano	
El hombre de la multitud.....	165
Edgar Allan Poe	
Sobre algunos temas en Baudelaire.....	173
Walter Benjamin	
Las ciudades norteamericanas: Planta ortogonal y ética protestante	179
Richard Sennett	
Cultura y ciudad: una aproximación teórica y empírica.....	197
Juliana Marcús	
Separados, pero juntos	207
Zygmunt Bauman	
Barbarie con rostro humano.....	225
Slavoj Žižek	
Ecosocialismo: hacia una nueva civilización	229
Michael Löwy	

Tolle lege

Palabras en la presentación del libro <i>Estudio sobre la teoría del poder en Michel Foucault</i> de Alexander Martínez Rivillas.....	241
Boris Edgardo Moreno	
<i>Héroes sin pedestal: entre la microhistoria y la literatura</i>	245
Libardo Vargas Celemín	



Portada: *Ciudad* - Poster - Art deco

Aquelarre, revista no venal, editada por el Centro Cultural de la Universidad del Tolima.



PEACE FOR ALL

La alegría de ser el por-venir

La historia se mueve a saltos; se desplaza entre gritos, relámpagos y quejidos. Siempre se torna tensión, crisis y fuego de la vida; hay también silencios y quebrantos. Ella misma “no hace nada”, sin los cuerpos, las palabras y los sentidos creadores de la multitud sería un simple armatoste. Esta subjetividad tiene mil colores, mil sabores, diversas procedencias y una Causa común: la alegría de ser en medio del Desierto de lo Real. El capital y el Imperio han desafiado la humanidad entera: no hay otra posibilidad de vivir que morir como cosas, productos mercantiles, cuantificadores de eficiencia. Lo humano postergado al crédito o la desesperación andante. La crisis del capitalismo global, la hambruna en el mundo, la guerra como *estado de excepción permanente* y este obscuro mundo de fetichismo y mercantilización, han sometido la condición de los pueblos y de los sujetos que va del *pobretariado* (Leonardo Boff) al *precariado* (Chomsky). Cada época tiene sus fantasmas, preguntas y símbolos. La actual está signada por la *indignación*, por el hastío, por la desesperanza y el cinismo del demo-fascismo imperial, de los poderes dictatoriales, del gran capital, de *Wall Street*, de los lacayos de la recolonización territorial y los usurpadores de territorios y derechos. El tiempo vivencial y el tiempo histórico se cruzan en un nuevo plexus de posibilidades que reinventan el futuro. En la profundidad de esta crisis, hay una polifonía de luchas y experiencias, de palpitaciones, de ensoñaciones, de luces y sombras. En este cruce de caminos despunta un renacer de los jóvenes que inaugura una experiencia singular. Se vislumbra una luz, una esperanza que potencia la subjetividad. Incluye sus propias

sombras como parte de su condición de *ser contemporáneos* según la reflexión de Giorgio Agamben. La alegría de este proceso reside en la expresión múltiple de su ser por-venir, de su potencia, de sus posibilidades estratégicas.

Pocos imaginaron el renacer de los jóvenes y sus posibilidades de triunfo, pocos creyeron que los estudiantes volverían a cantar, a saltar de alegría, a desplegar su fuerza creadora en tantas jornadas de luchas, saber y creación. Una recurrente descalificación había tomado forma mediante la fosilización prosaica del tiempo y la nueva subjetividad se desplegaba con entusiasmo y coherencia, pese a la resignación y el desprecio de supuestos adalides del pasado. 1971 había quedado petrificado, y nada nuevo parecía surgir bajo los cielos, según los buhoneros del “tiempo muerto”. Una fuerza telúrica de creación, espontaneidad, movilización e inteligencia estalló bajo múltiples formas de resistencia. En un mar de manifestaciones, expresiones, formas simbólicas y prácticas discursivas irrumpió como sujeto histórico, como protagonista de saber, como creador de futuro. Esta condición de posibilidad revela la potencia del movimiento de estudiantes y su cualificación en la lucha por la educación y la universidad públicas. Su batalla por el futuro confiere una fuerza ética extraordinaria, una visión que cautiva a la comunidad y despierta una esperanza para que las próximas generaciones no sean sometidas al *presente continuo*, al tiempo de la hora-diaria, al endeudamiento eterno, a la “terciarización” neocolonial (educación para el trabajo de la maquila transnacional). Las razones del movimiento estudiantil, las iniciativas plurales, el “programa mínimo”,

las Constituyentes Universitarias representan una ruta abierta para el pensamiento y el ethos universitario en medio del cerco mediático, la ofensiva del capital transnacional y los pregoneros de la “guerra infinita”.

Sintonizados con los nuevos tiempos los jóvenes han abierto un camino de esperanza. Los *Indignados*, el M-15 en España, los rebeldes de la plaza Tahrir, la juventud de Chile, *Occupy Wall Street*, la flotilla de la libertad, entre otros, representan un signo de la alegría de los pueblos, de millones de seres humanos sin trabajo, sin futuro, marcados por la desesperación, sólo alentados por su voz y conectados por la solidaridad en multitudinarias movilizaciones. Las diversas formas de esperanza expresadas en las calles, en las plazas, en la pluralidad de sus luchas y experiencias alientan el sentido de lo por-venir. Chomsky destaca que “el cambio histórico de la confianza popular en el futuro es un reflejo de tendencias que podrían ser irreversibles. Las protestas de *Ocupemos* son la primera reacción popular importante que podrían cambiar esa dinámica”. La idea preciosa que toma fuerza es justamente la posibilidad de la *discontinuidad del tiempo histórico*. Un nuevo sueño de ideas y propuestas ha surgido pese al terror del Imperio y de las transnacionales y del estado-policía de las repúblicas del capital. La crisis de Grecia y de la Europa revela la irreversibilidad de la crisis del capitalismo, su extensión a escala planetaria y su capacidad autodestructiva. El movimiento *Ocupemos* despierta entusiasmo en todo el mundo. Nunca habíamos visto nada como el movimiento estudiantil de Colombia, de Chile. Hoy se han abierto nuevos rostros del por-venir. “Las avanzadas de *Ocupemos* están tratando de crear comunidades cooperativas que bien podrían ser la base para las organizaciones permanentes que se necesitarán para superar las barreras por venir y la reacción en contra que ya se está produciendo”. Los estudiantes colombianos recuperaron el sentido de la utopía, del principio esperanza y el valor

social e histórico de la educación y del saber.

La utopía universitaria tiene el rostro de la alegría y la potencia del sujeto por-venir. Un nuevo fantasma recorre el mundo que bordea el encanto de un acontecimiento epocal. Sus miradas y palpitaciones son multicolores. El horizonte está abierto para construir *lo común*, para cimentar nuevas formas de fraternidad y solidaridad y de-construir las relaciones de saber y poder en la sociedad y en la comunidad universitaria. Ha desafiado el poder constituido e insinúa otras formas de creación social y comunitaria. Según Frederic Jameson se trata de “Reestructurar la experiencia de nuestro propio presente... Hoy el pasado está muerto, transformado en un paquete de gastadas y hojeadas imágenes ilustradas” (F. Jameson, *Arqueologías del futuro*, Akal, 342). La interrogación sobre el futuro resignifica la experiencia como potencia, idea y proyecto. Se trata en últimas de suscitar todo el movimiento posible en dirección a la transformación del mundo de la vida. El poder constituyente es una idea-fuerza de los nuevos tiempos. Esta praxis de memoria, resistencia e impulso utópico dibuja un nuevo horizonte de la alegría de ser el por-venir. La lucha por el futuro confronta la desolación del presente, sus sombras y la soberbia de los tronos y marionetas; interpela lo “intempestivo” del tiempo, sus oscuridades y sus luces “dividiendo e interpolando el tiempo... capaz de transformarlo y de ponerlo en relación con los demás tiempos, de leer de forma inédita la historia”, como dice Agamben.

El despliegue del nuevo espíritu de los jóvenes está lleno de vibraciones y utopía. El poderoso movimiento universitario puso en retirada la reforma de la ley 30 y abrió como nunca las posibilidades para construir una propuesta alternativa de educación superior. La del gobierno nacional pasará a la historia sin pena ni gloria. La consigna: “ni ley 30, ni reforma” ha triunfado. La medianía de ambas es absoluta. La relevancia del “programa mí-

nimo” toma sus dimensiones en un proceso de articulación con la idea construir una propuesta alternativa de educación superior que prefigure las bases de una universidad nueva, democrática, gratuita, comprometida con los saberes, el *ethos* y la comunidad. Mientras los pragmáticos reclamaban “hojas de ruta”, glosarios y formatos para disolver el movimiento y proteger la política y las administraciones universitarias corruptas, las movilizaciones y la rebeldía desbordaron sus maniobras y el artificio de querer fosilizar el tiempo. Según Karl Marx “ningún pueblo desespera y aunque se vea obligado a esperar por obtusidad, llegará un día, después de muchos años, que en un alarde de repentina inteligencia, llevará a cabo sus más elevados deseos”.

Este nuevo tiempo marca un deseo de los jóvenes: construir su derecho al futuro. Con razón los estudiantes abren las compuertas para soñar otra universidad, otra dirección, otras prácticas de saber y vida que posibilite una universidad a la altura de los tiempos, sin sometimientos al mercado, a la privatización y la gerencia tecno-burocrática; y logre cimentar el derecho fundamental a la educación superior, dibuje una arqueología del futuro universitario, sin las cortapisas de la autofinanciación, la estandarización y la “terciarización”. “Tenemos que actuar sobre el presente, a través de la *crítica radical de todo lo existente*, radical en el sentido de que la crítica no se asusta ni frente a los resultados logrados ni frente al conflicto con las fuerzas existentes” según la reflexión de Karl Marx.

El movimiento universitario ha puesto en cuestión el *tiempo presente*, y ahora desafía su por-venir. En este horizonte de futuro Chomsky plantea una idea pertinente tanto para el movimiento *Ocupemos* como para el movimiento social universitario: “No se pueden lanzar proyectos significativos sin una base popular amplia y activa. Es necesario salir por todo el país e informar a la gente de qué se trata el movimiento *Ocupemos*; qué puede

hacer cada quien y qué consecuencias tendría no hacer nada”. El movimiento estudiantil ha creado las bases para seguir profundizando la multiplicidad de autoaprendizajes, los procesos de formación e interlocución pública y la potencia creadora de la subjetividad construidas en las grandes movilizaciones y experiencias de lucha y creación. Su talante de alegría, de imaginación y coherencia constituye una fuerza liberadora. Su acumulado político, sus triunfos y sus experiencias son la base de su patrimonio histórico. La idea de la auto-organización y de la auto-formación significa una práctica pedagógica superior a tantas pláticas, glosarios y clases de casuística jurídica o lecciones aburridas de pedagogía. El entusiasmo espontáneo, alegre y plural ha alentado el fortalecimiento de una nueva subjetividad social y universitaria. Sus limitaciones, sus dificultades, sus interrogaciones, incluso sus sombras como dice Agamben, dibujan un panorama de disrupción del tiempo, de corte histórico y de apertura a *lo común* y producir un cambio cualitativo de la vida universitaria. Repensar el proyecto alternativo de universidad será su reto mayor. He ahí el sentido de la *Constituyente Universitaria*, surgida desde abajo como espacialidad de pensamiento que reconfigura el saber y el poder, de *de-construcción* y de apuesta al futuro. Sólo el rencor, la indiferencia o el desprecio pretenden frivolar, barbarizar o descalificar la “parte-sin parte”, la voz de los sin voz y la sabiduría de los de abajo. El movimiento de los jóvenes ha escrito una nueva y bella página en la historia de Colombia que desbordó todas las previsiones y maldiciones, y hoy se encuentra en la posibilidad de reinventar el tiempo y la vida universitaria. La idea-fuerza de esta alegría de ser el por-venir, es el poder constituyente, la más poderosa fuerza de autonomía y creación.

• • •

La revista *Aquelarre*, en su número 21, aborda una temática crucial de nuestro tiempo: el

territorio, la región, la resistencia y el pensamiento crítico. La escritura continúa, pese a las aguas tormentosas de la realidad. Persiste el esfuerzo de crear una visión crítica de la vida y de cultura en una sociedad atravesada por el conflicto interno, la desesperanza, la pobreza y la injusticia social. Esta edición destaca el estudio de las ciudades, de los territorios, del pensar filosófico, de la universidad y de la democracia. Replantea debates en torno a las relaciones de las ciudades, los poderes y sus representaciones. El análisis de los territorios y sus complejas relaciones sugiere la comprensión del tipo de capitalismo, las dimensiones de la formación económico-social, las políticas macroeconómicas, el Estado, las poblaciones y la subjetividad. La globalización, de manera relevante, representa un tipo de capitalismo tardío cuya operación catastrófica ha abarcado el planeta y la civilización y tiene hoy a la humanidad en el límite de una catástrofe planetaria, esto es, la amenaza de la supervivencia de la especie humana, algunas de cuyas expresiones, están marcadas por el estado de excepción permanente, la “guerra infinita” y la amenaza nuclear; y, de otro lado, la catástrofe ambiental ha puesto a la humanidad en una crisis de subsistencia, algunas de cuyas repercusiones, desató el cambio climático, las hambrunas, la recolonización y desposesión de los territorios y de los derechos fundamentales.

En este número hemos combinado trabajos

históricos y teóricos con experiencias significativas regionales, de movimientos sociales y experiencias de comunidades. Cabe destacar la presencia de jóvenes líderes universitarios y comunitarios en estas pesquisas por la comprensión de la realidad de los territorios y de nuestros pueblos. En este orden de ideas, la revista *Aquelarre* reafirma su línea de pensamiento de vivificar la reflexión teórica con las experiencias comunitarias.

La revista *Aquelarre* igualmente registra su complacencia por la edición de sus primeros 20 números en CD y la publicación de 6 Separatas en forma de libritos, de la serie de *Pensamiento de Nuestra América*, de los cuales, sus dos últimos números, están dedicados, uno a la *Palabra Realizada*, cuyos textos han nacido de los talleres literarios de la Universidad del Tolima; y el otro, se dedica al *Renacimiento y vigencia de las luchas estudiantiles*. Una vez más, la revista reafirma su vocación de creación y alegría por el saber. Su persistencia y belleza constituyen una fiesta del pensamiento.

Con especial gratitud manifestamos nuestro reconocimiento al Maestro Carlos Ennio Naranjo, gran artista y colaborador del Centro Cultural de la Universidad del Tolima, quien lamentablemente falleció recientemente y ha dejado a la posteridad su bella obra de compromiso y esperanza.

Jorge Gantiva Silva





Carlos Ennio Naranjo

In Memoriam

Carlos Ennio Naranjo

1934 – 2011

HOMENAJE PÓSTUMO

El pasado primero de noviembre falleció a la edad de 77 años el Maestro Naranjo. Una gran pérdida para la plástica nacional y regional. A sus familiares y amigos, queremos expresarles un mensaje de afecto y solidaridad.

Por estos días, a raíz de su deceso, hemos tenido la oportunidad de conocer diversos perfiles biográficos del apreciado Maestro. Desde el Comité Editorial de la revista *Aquelarre*, queremos hacer un sentido homenaje a quien tanto representó la dimensión estética de la Universidad, más allá de las estrecheces programáticas y curriculares, más allá del oficio de docente; recordar que el Maestro, una vez pensionado de la Universidad del Tolima -institución para la cual trabajó gran parte de su vida-, continuó su desempeño como artista, orientador y docente comprometido, más vigente que nunca, ya que jamás abandonó los cursos abiertos de pintura y acuarela que siguió dictando como proyección social del Centro Cultural, prácticamente hasta el final de su vida. Hace exactamente dos años, tuvimos la oportunidad de deleitarnos con la que, a la postre, sería su última exposición pictórica, porque, precisamente, gracias al Centro Cultural Universitario, se tuvo la oportunidad de expresarle en vida el aprecio

y el reconocimiento de la Universidad y sus amigos a esa amplia trayectoria de vida y de entrega como artista.

El Maestro Carlos Ennio Naranjo siempre será recordado en nuestra Alma Mater, en la ciudad y en la región, como insigne pintor de muy calificadas técnicas y de amplias temáticas ya que se destacó como acuarelista, pintor al óleo, grabador, paisajista, retratista, caricaturista... pero por sobre todo, fue un gran amigo que hizo gala de sencillez, de afecto y de cotidiana solidaridad. Como lo afirmó el maestro Manuel León Cuartas: “la sencillez de su humanidad en el proceso amable de su vida artística se evidencia en la estética especular de cada una de sus obras”.

Invitamos sinceramente a que se acate la solidaridad expresada por uno de sus hijos el día de su sepelio: “Por favor, tómense una pochola en homenaje a mi padre”. En mi caso, será la tercera, la primera y la segunda tuve el gusto de beberlas en su animosa presencia.

Mi querido Maestro Naranjo, espero que en la eternidad, o donde quiera que su espíritu se encuentre, ya haya tenido la oportunidad de salir a “paisajiar”, como sistemáticamente lo hiciera con sus queridas discípulas que hoy lo extrañan.

César Augusto Fonseca Árbuez

Profesor de Historia del Arte. Universidad del Tolima

El poder constituyente de la memoria

Gabriel Restrepo*

Intervención en el lanzamiento del CD con los veinte números de la Revista *Aquellarre*. Bogotá, septiembre 16 de 2011

Digresiones teo-filosóficas

Desde Kant, sabemos que no podemos ni afirmar, ni negar la existencia de Dios. Como lo planteo en mi teoría dramática de la sociedad, más allá y aún dentro de los mundos relativamente conocidos: el de la naturaleza, el de la vida social, el de los sistemas sociales y el de la cultura, aparece como principio o postulado de humildad el mundo desconocido, cósmico, cuántico, natural y aún social, comenzando por la ignorancia abisal del sujeto en torno a sí mismo.

Si algo he escrito con razón a lo largo de los diez años de *Aquellarre*, es un axioma de mi pensamiento actual, y de mi propia trayectoria, el imperativo de humillar el pensamiento, esto es: de situarlo en el *humus*, en el humedal del que derivamos como *humus erectus*. Y ello para comenzar a andar el camino hacia donde lo encamina la teoría mencionada: que el mundo de los sistemas sociales se ponga al servicio del mundo de la vida, social y natural, revirtiendo la metáfora cibernético imperial de colonizarlo a través de enredados sistemas de poder económico, político y mediático, mismos que provocan hoy o muerte lenta o muerte súbita, junto con una sutil forma de



neo-esclavitud a través del sujetamiento de los deseos.

Esto implica de mi parte una orientación geopolítica muy carnavalesca que quiere transformar el biopoder en ecobiosofía, el saber de la vida y el saber que da vida en la casa global, la casa de Salomón, para seguir la senda de la utopía de Francis Bacon en su *Nueva Atlántida*. Y es carnavalesco, porque por extraño que pueda parecer, al postular el autogobierno y el contrato social bajo la encina o la ceiba que postulara Rousseau y al demandar allí ágora, minga, tonga, democracia local, en ello habría validación de flancos ideológicos tan dispares quién lo creyera,

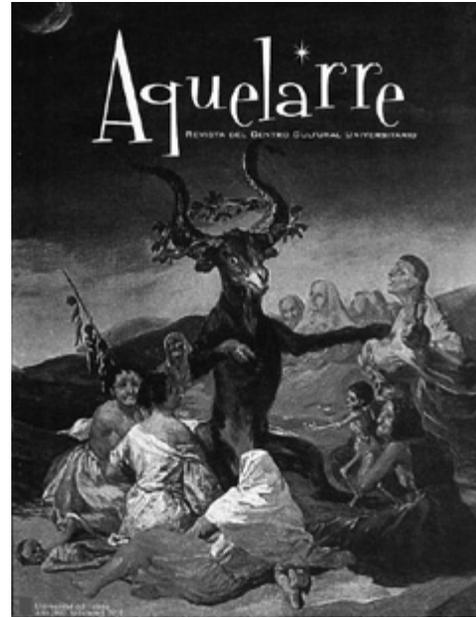
* Investigador, escritor, profesor. Miembro del Consejo editorial de *Aquellarre*

del mismo neoliberalismo en algunos de sus axiomas, del comunismo, del anarquismo pacifista, del conservatismo y del liberalismo. Son las alegrías proporcionadas por el júbilo de pensar en el jubileo, es decir, en ese limbo de la jubilación. No ignoro que algunos tacharían estas ideas de senilidad.

Pero aún hay algo más radical, y es que en mi vida el pensar humilde surge de lo que Heidegger denominó *Gelassenheit*, que mal traducen por *Serenidad*, cuando es el *Abandono* o el *Abandonarse*. Tal ha sido mi método, no hermenéutico, no positivista, no cuantitativo o cualitativo: si se quiere, el propio de la teología negativa y de la mística, que entraña ese derivar en la nada, en la no existencia, en el no atributo, en la no propiedad, para intentar comprender lo que está más allá. Un andar de disidencia, porque se exilia de cualquier poder, político o académico. Aprender a aprender es un enunciado bonito para incautos, porque si se comprende a fondo significa nada menos que aprender a desaprender y, aún más, aprender a des-aprehenderse, quiere decir, poner en cuestión la propia existencia, sus creencias, sus posesiones, sus ficciones.

Todo esto me lleva, como en la teología negativa y en la mística a la idea o creencia de Dios. Si no existe, como indica Ciorán, debemos inventarlo por la sencilla razón de que somos abismalmente seres solitarios, fragmentados, rotos y necesitamos suponer un ser que escuche nuestras plegarias, es decir, nuestros intentos por plegar el yo y el mundo y el cosmos, aunque no exista nada en absoluto.

Sin ir más lejos en esta especulación, como somos seres que comienzan y recomienzan muchas veces en la vida, que practicamos lo que dice la canción *Begin to Begin*, comenzar a comenzar, como somos seres creativos y recreativos con el poder de muchos comienzos, según lo ha indicado de modo bello Ana



Arendt, relacionamos la idea de Dios ante todo con la creación. Y por supuesto, con la segunda virtud teológica, con la esperanza, porque sin la esperanza de la promesa, del advenimiento, cualquiera sea su signo, no nos daríamos la pena de recomenzar.

En estos días añosos la memoria adviene como los torrentes que se desgajan desde la divisoria de aguas del Sumapaz o de la Estrella Fluvial del Macizo colombiano. Es una memoria henchida, proteica, precursora y no solamente rememorativa. Muy distinta, pues, del memorismo vano de las enseñanzas tradicionales, parecida más bien a la *musa mnemosyne*, a la musa de la memoria de los griegos. Una que habría que cultivar con la música en la educación.

De modo burlón, digo que en estas épocas de evocaciones múltiples, los veinticinco años del Acto Legislativo de 1986 que hundió la Constitución de 1886, los veinte de la Constituyente, los treinta años de la sociología de la ciencia, los diez de los programas de estudios culturales, los veinte y diez años de la gestión cultural, el reinicio del carnaval en la Universidad Nacional, los diez años del doctorado de RUDECOLOMBIA de historia de la educación, la celebración del bicentenario de

la independencia, los diez años de *Aquelarre*, eventos de los cuales he sido más o menos protagonista, corren el riesgo de instituirme como Dios.

No se crea que incurro en orgullo. Es ironía de la más pura. Pues lo que señalo es que como estoy en muchos comienzos y me retiro pronto de distintos campos, manías de una disidencia encaminada a la creación de teoría propia que sólo se puede construir mediante un oxímoron de concentración dispersa o dispersión concentrada, me deja el recuerdo colectivo en la condición del Dios que se ahuyenta cuando termina la obra. O peor, como el Dios a quien se da muerte en algún momento o a quien de modo más corriente se olvida. Y como los banquetes suelen ocurrir en la noche o pasado el tiempo, la desventaja de este estar en los inicios y alejarme de la obra, es privarme de las viandas y de los honores, por ejemplo de esos que, en la vanidad humana, constituyen apoteosis: conversión de hombres en Dios.

La excepción obliga y es *Aquelarre*. Allí hay una continuidad de mi pensar, en torno a la cual quiero hacer una breve memoria. Me han soportado en la diferencia, lo que es algo que dice bien de una virtud mínima, es cierto, pero virtud al fin y al cabo: la de la tolerancia, a veces tan denostada. Porque si cuando publiqué allí que yo no era ni podía ser como pensador ni uribista o antiuribista me privé de la mitad de los amigos, no me cerraron las puertas en *Aquelarre*. Ni menos cuando, como dijo alguien, se me salió el paísa y defendí al humillante y humillado Bolillo Gómez y entonces se retiró la mitad de la mitad de los amigos, y ante todo, de las amigas que restaban. Sólo espero que cuando publique mi novela, *Anima Exscripta*, conserve unos tres o cuatro amigos y algunas instituciones hasta se apiaden de mí, comenzando por *Aquelarre*.

He hablado de apoteosis y de la muerte

de Dios. Permítanme otra broma: cuando Nietzsche proclamó la muerte de Dios, lo hizo en forma trasnochada y anacrónica, porque Dios había muerto hacía diecinueve siglos cuando Cristo, según dijeron los discípulos, Dios encarnado, murió en la cruz. Sirva la broma para aquilatar la distancia entre Ciorán y Nietzsche, su maestro salvo en el endiosamiento del superhombre, del que se burla con razón el rumano. Y para advertir con Ciorán que la riqueza del pensamiento de Nietzsche tal vez se deba a su vértigo: su odio contra el otrora amigo Wagner y contra el cristianismo proceden de una ambivalencia que haría temblar a cualquiera, atracción y repulsión, una repulsión proporcional a su atracción. Y tal vez se entendería el comienzo de la locura de Nietzsche cuando abrazó con la compasión que odiaba, como cualquier Francisco de Asís, al caballo azotado por el cochero en las calles de Turín.

La razón de un nombre: *Aquelarre*

Sirva esto de preámbulo para indicar que la misma ambivalencia se observa en el pensador alemán que pensó a fondo y con el mismo vértigo lo apolíneo y lo dionisiaco. Y tal vez nos comprenderíamos más de veras si observáramos en nosotros mismos y en las marcas de la época la misma oscilación entre orden y caos, entre creación y destrucción, entre cordura y locura. Y sirva también este exordio para aquilatar el nombre de la Revista, *Aquelarre*.

La fiesta celta, llevada por los irlandeses a Estados Unidos y transformada en *halloween* (*all hallows even*, víspera de todos los santos), fue un modo de negociación cultural, expresada en el *tricky or treat Halloween* (en la traducción de los fonemas se distorsiona como *tricky tricky halloween*, con lo que se pierde su sentido radical): trato o treta, si no aceptaba la sociedad *White, Anglo Saxon, Protestant*, a esos fabricantes y tomadores de

whisky. Pero la misma negociación o lucha cultural se había producido cuando la Iglesia Católica trató de erradicar la fiesta otoñal del *Halloween*: liminal entre lo solar y lo umbrío, en aquella época la comunidad se rejuntaba en un centro sagrado para volver a lotear los bienes comunales, de modo que nadie quedara desamparado.

Menos histérica y neurótica que esa pese a todo potentísima noción de la redención sabática de las deudas entre los judíos y menos pagada de esa condición que los ingleses denominan como procrastinación de la esperanza mesiánica de la instauración de un orden perfecto, los celtas ejercían la redistribución social cada año, lección profunda de justicia comunal, significando en el *Samhain*, que así se llamaba antes de revestirse como *Halloween*, la destrucción de un mundo y el inicio de otro, la cinta de *Moebius* entre el cosmos y el caos, la fusión de lo apolíneo y de lo dionisiaco, el más delgado hilo en el año que separaba lo existente de los espíritus de los muertos. Una lección para recrear nuestros infinitos cronotopos municipales en dimensiones de *epiqueía* o ética y justicia de la benevolencia y del cuidado.

Porque no pudo desterrar aquella fiesta tan enraizada en principios de justicia efectiva, a diferencia de una justicia pospuesta como la de hebreos y católicos, la Iglesia la permitió, pero la marcó de significados mortales: en el día de la resaca, la fiesta de todos los santos, y al otro día, la conmemoración de los fieles difuntos. Un modo de enterrar o de sepultar el poder del *pagus*, del eterno retorno del campo con sus ideas de restitución natural y social, de pago a la naturaleza y de pago social. Un modo de elevar la física a metafísica. Un modo de diferir la justicia para administrar la injusticia.

Mi compromiso con *Aquelarre* deriva en primer lugar de esta idea que asocia la fiesta y la justicia, el cosmos y el caos, que he ex-

puesto en el libro más meditado y de mayor sedimentación que he escrito, *Fiesta, Ahorro y Caridad*, que espera el editor que algún día llegará, esté o no presente el creador. En medio millar de páginas, medito en torno a la idea antiquísima de la pentecostés y de la redención universal de las deudas. Uno que sigue el tejido sagrado del poeta Mallarmé en su precioso y críptico libro *Variaciones sobre un tema*, por ejemplo con esta sentencia que reúne los pasos dispersos de este ensayo: “A pesar de todo sobreviviría, común aceptación de una entre las Quimeras, la religión, en esta prueba liminar, la Justicia”.

En segundo lugar, mi permanencia en *Aquelarre* obedece a otra razón. La metáfora o el modelo ecobiosófico que sirve para desenredar a un mundo enredado y tramarlo de nuevo desde abajo, plantea la resistencia, pero aún mejor, la disidencia contra centros que apropián expropiando, se sobrevalúan devaluando a los otros y, en contrario sentido, postula la exigencia de centros excéntricos, es decir, de centros que no concentren sino que al concentrar dispersen. Y esa idea me nace de los nacedores de la nación colombiana, desde esos mil cien municipios con sus infinitos cronotopos o sus *tropos* locales.

Desde el neolítico, la casa y el lugar se erigieron no sólo como domesticación de plantas y de animales, ni siquiera como domesticación total de mujeres, ancianos y niños y muy parcial del hombre que desde entonces como cualquier Ulises u Odiseo se dedica a la guerra y al abandono (no al abandono para encontrarse, sino al abandono de los otros, de su padre, de Penélope y de esos Telémacos que somos todos entre la *matria* local y la patria global), sino la domesticación de los nacimientos y de las muertes, y con ello de la memoria, que mana del paisaje como *musa mnemosyne*. Con razón el poeta peruano Vallejo dice en poemas en prosa que una casa es una tumba. Y entre nacimiento y muerte, entre surco y cielo, el telar de la memoria y la

premisa de la escritura: escritura de la tierra, escritura de una casa significativa, escritura de las propiedades, escritura como lenguaje del ausente, de los muertos y de los viajeros.

La razón es una muy sopesada desde hace mucho tiempo. Colombia ha erigido al estado como fetiche, potente e impotente. Y con mucha arrogancia, incluso las izquierdas o lo que se llama por tal, en su concepción de resistencia, que es *re sidere*, ocupar el mismo lugar, fetichizan al estado, para hacerlo más estado, es decir, más opresivo. Se trata de la lucha por la plaza, que tanto mal engendra, con las conservadurísimas manías de la violencia como partera del mundo, cuando en apariencia hemos crecido en razón y cultura.

La resistencia corre el riesgo de seguir el patrón cinético de la mecánica clásica: acción-reacción, proporcionales a la fuerza empleada por la acción. O, en términos de René Girard, cae en la órbita de la rivalidad mimética y por tanto en la igualdad o similitud de los contrarios. O, en mis términos, contaminarse por el veneno de aquello contra lo cual resisten. Fue la triste suerte de la insurrección de Espartaco: triunfantes, los esclavos rivalizan por saber quién de entre ellos será el nuevo amo, con lo que la batalla decisiva se pierde.

La disidencia, en cambio, se cura de esta instilación mediante la reflexividad de la no violencia y mediante la lucha llevada con energía en otros términos y condiciones distintas a las que propone el poder. Sé que estas afirmaciones son polémicas, por lo cual propongo elaborar un ensayo extenso para el número 22 de *Aquelarre*.

Si examinamos nuestra historia como pueblos mundo, hallamos que no alcanzamos ni siquiera el medio siglo de experiencia de gobiernos municipales, si contamos los menos de veinticinco precarios años de la era radical y los menos de ese cuarto de siglo desde la primera elección popular de alcaldes.

Y si reparamos bien en nuestras reformas constitucionales, podríamos concluir en el triste diagnóstico de la existencia de un pseudo mandarinato intelectual, teñido de refinado clientelismo académico, cuando reparamos que las tres o cuatro instituciones que regulan el saber y la cultura: COLCIENCIAS, el ICFES, el Ministerio de Cultura y el Ministerio de Educación en su componente de regulación de la educación superior, pasaron sin romperse ni mancharse, desde la reforma tecnocrática racionalista de Carlos Lleras Restrepo de 1968, por la descentralización ordenada por la Constitución de 1991. Son entidades centrales, jerárquicas, que inspeccionan capciosas y con ópticas de embudo.

Ahora bien, esto va en contra de nuestra existencia como nación, en la cual por fortuna hallamos una malla de más de veinte ciudades intermedias, querendonas, como las llamo, con dinámicas muy potentes en distintos sentidos. Allí está la esperanza de Colombia para este siglo, la de lograr erradicar la inequidad, acrecer y potenciar la educación de calidad, instituir la cultura con-ciudadana como pivote contra la corrupción y ensayar el autogobierno local.

Tal ha sido la fascinación que ha ejercido una revista creada y recreada en la mal llamada periferia.

Un pensar en devenir

Paso con las hojas y los números los años de *Aquelarre* y pienso en mi pensamiento. Aunque aún soy cuerpo, ya sólo casi existo como cuerpo de pensamiento, y aunque ese pensamiento sea en muchas ocasiones el pensamiento del cuerpo o de los cuerpos, casi ha perdido la extensión y en todo caso esa propiedad que llamamos mundo. Se aspira a un pensamiento que, elevándose de los humedales de nuestra tierra, se confunda con el pensamiento universal. En ello soy arrogante o, mejor, alguien caracterizado con

una humildad arrogante, como dijera de mí en tono de distancia mi gran maestro Darío Mesa, a quien abono que nos dio una lección de ética práctica porque no aspiraba como yo en adelante a ningún poder distinto al poder del pensamiento, la misma que mostrara don Simón Rodríguez, al encarnar, quizás sin saberlo, el arquetipo del dios humano, del dios raizal, del dios de los vencidos, del dios de las orillas y de los caminos, del dios que antes de la llegada de la cruz portara en su peregrinación la cruz del tawantisuyo para religarlo y releerlo desde el caos, dios mortal, dios agónico, dios sufriente como el mismo Cristo, a diferencia del arquetipo del discípulo, Simón Bolívar, tan transido de Viracocha, dios solar, dios de las alturas, el dios del poder.

Desde el segundo número de *Aquelarre*, cuando publiqué el ensayo: “Pensamiento de la fiesta, fiesta del pensamiento”, tema al que siempre vuelvo por anclar la fiesta en el mundo de la vida y ser el carnaval la quintaesencia del júbilo de la sabiduría popular escenificada en la escena del pueblo, la calle, mis contribuciones están en la mayoría de los números que han salido a luz, catorce de los veinte. En las dos últimos números el pensar ha derivado hacia dos temas: pensar el pensamiento y la construcción de la teoría dramática de la sociedad, en torno a la cual quisiera escribir en los próximos veinte números. Teoría y teatro, ambos vienen del verbo contemplar: que no es ni ver, ni mirar, sino alcanzar visión, procurar la videncia, la clarividencia más que la evidencia intelectual,

la visión a larga distancia y la previsión sabia que es propia de los poetas y de los chamanes.

Y ello para elaborar una hipótesis: si la acción es más pasión que razón porque incluso la razón es una pasión canalizada, y si la pasión de los colombianos es la envidia, el *invidere*, el no mirar viendo, el mal de ojo, que como envidia de la mala es el estado hobessiano de guerra de todos contra todos, o el juego suma cero o la tragedia de los comunes de los matemáticos y los economistas, o la teoría del bien limitado del antropólogo George Forster, o la rivalidad mimética que conduce a la crisis sacrificial de la que habla René Girard, si la envidia como envidia de la buena es el moderno deseo de igualdad, como analizara Tocqueville según la retrospectiva de un reciente libro de Jon Elster, la envidia curada homeopáticamente, la personal y la colectiva, podrá transmutarse en visión sabia y poiésica: la visión del sosiego de la residencia en la tierra, en el *humus*, en los infinitos mundos de la vida, con la comprensión de las diferencias, con el respeto por los principios ficticios pero necesarios de la igualdad y, ante todo, el ejercicio de una solidaridad que pasa por la anagnórisis, por el reconocimiento de los otras y otras, de los semejantes y más importante de los desemejantes, a través del principio de la auto-comprensión y de la compasión, casi que al modo de la mística de San Francisco de Asís, que fuera la vía para el sagrado ingreso de Nietzsche hacia una elocuente y divina locura cuando rompió en llanto al abrazar al caballo azotado por el cochero.



Jorge Ganitina y Gabriel Restrepo

La universidad: una historia de (des)encuentros

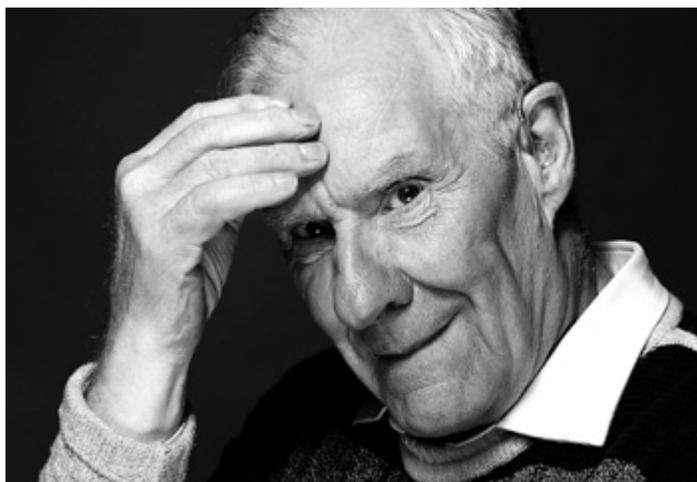
Jorge Gantiva Silva*

“La verdadera vida está en otra parte”, Rimbaud:

La “situación filosófica” de una paradoja

Nuestra reflexión da continuidad a la triangulación del pensar que hemos esbozado en varias comunicaciones. Un bloque conceptual sugiere abrir un horizonte para repensar la universidad en un tiempo indigente. “El deber del pensamiento es subjetivar una paradoja, la época, el acontecimiento, el siglo como composición viviente” dice Alain Badiou. Se trata de asumir el principio de coherencia de todo pensamiento auténtico: ser de su tiempo mediante una manera inaudita de no serlo. Para decirlo con Nietzsche, tener el coraje de ser intempestivo. Ser contemporáneos creando un quiebre en el *continuum* del tiempo presente. Seguir por tanto el consejo de los griegos: mirar las estrellas con los pies en la tierra: *sic itur ad astra*. De este modo todo verdadero pensar remite a una “consideración intempestiva” como única forma de ser contemporáneo.

En esta paradoja se juntan dos almas extrañas que pueden producir un monstruo. Se trata de la relación entre el saber y el poder, de las luchas entre el pensamiento y las formas del “Estado-policía”. La misma democracia vive su propio desencuentro: una historia marcada por las manipulaciones del poder instituido, por las (des)ilusiones de la representación y



Alain Badiou

el desfallecimiento de la subjetividad profesoral. Con frecuencia se ha creído en el banal consensualismo y la falsa superación de los litigios mediante operaciones consoladoras y mecanismos de “reconciliación” que el pragmatismo de Fouché renovado maquina en la trastienda de la historia.

Deleuze recordado bellamente por Badiou en *Pequeño panteón portátil* dice que “un verdadero horror de la noción misma de “debate” filosófico desligado de la infinitud, de la vida, de la calle. *Nada es “interesante” si no es afirmativo*¹. En el mismo sentido, Daniel Bensaid insinúa un horizonte para abrir pistas para el entendimiento de nuestro tiempo, sin concesiones, ni doctrinarismos. Partidario de la idea de Guattari de sentirnos

* Filósofo Universidad Nacional de Colombia. Profesor titular Universidad del Tolima. Coordinador Cátedra Libre: Temas y problemas de nuestro tiempo.

confundidos, como “cuando se sale de un coma, tratamos de disipar la bruma de lo ya visto”², esto es, la magnitud del mundo de las transmutaciones, de los antagonismos entre la “naturalización” de la vida y la afirmación creadora de los cuerpos, de los lenguajes y de las fuerzas en contención. El dominio del tiempo subsumido en la despolitización como exaltación del mercado y del *pragma*, prolonga la barbarie, refuerza la desigualdad y consagra la fatalidad. En este campo, también el capital produce su “verdad” y acentúa su política de destierro de “lo común”. Sólo deja que se subsuma en la instrumentalización y en el control de las élites que “naturalizan” el “presente continuo”? Esta paradoja constituye una “situación filosófica” que reconoce la singularidad de nuestro quehacer. Dilucidar este mundo extraño, requiere andar aleatoriamente, volar como los “cóndores de los Andes” para abrazar a “*theoros*” en la terrenalidad de la condición de peregrinos griegos que disfrazan dioses en fiestas, revelan secretos como *Academos* y levantan con coraje el fuego del tiempo disruptivo.

La “situación filosófica” desbroza un campo de batalla del saber y del poder, del conocimiento y la democracia; son realmente pensamientos inconmensurables que no se tocan, sin embargo, se entrecruzan, se necesitan, se proyectan en puntos de (des)encuentros, en momentos de choque, en separaciones y disyunciones. Badiou recurre a la contraposición asimétrica signada por la figura del *dos* y alude al texto clásico del diálogo platónico en el *Gorgias* entre Calicles y Sócrates quienes se enfrentan: el primero para resaltar el derecho a la fuerza y exaltar el tirano como hombre feliz, esto es, para reclamar el triunfo de los vencedores a través de la violencia y la astucia. Sócrates, en cambio, valora el hombre verdadero y feliz, nombra el Justo mediante la ironía y la verdad. Esta condición paradójica de pensamientos inconmensurables, es lo que podríamos llamar la paradoja de la vida y del ethos universitario.

La reconfiguración filosófica se torna particularmente polémica con la mirada de Zizek de “arriesgar lo imposible” conectado Lenin con Lacan; la afirmación de Agamben del “régimen de excepción permanente” y la vida nuda; el acontecimiento de Badiou, la teoría radical de los de debajo de Rancière; las arqueologías del futuro de F. Jameson, moviendo la ciencia-ficción, el cine, para despertar el deseo llamado utopía; la espacialidad geo-histórica de los procesos de acumulación de capital de David Harvey. Reconstruir esta “situación filosófica” es un ejercicio de reconocimiento del conflicto y de las opciones. Por eso, ni se propone consolar los corazones adoloridos, ni ofrecer placebos ante la desolación, o “justificaciones” ante la fatalidad de la historia. Es un camino de opciones inconmensurables, antagónicas, trayectos entre abismos, rutas entre huellas, silencios y rupturas. Es el pensar disruptivo para la emancipación, un repensar de la filosofía y la política, del saber y del poder como posible “monstruo”, si nos atenemos a la idea de Deleuze que Badiou trae a colación: “cuando dos cosas muy diferentes, muy heterogéneas se articulan una con la otra, se obtiene una novedad radical que nos es ni la una ni la otra, sino el monstruo producto de las dos”³. Esta es una forma de plantearnos una “*universidad sin condición*” que tanto insistió Derrida, sabiendo de la muerte del liberalismo y de la inconmensurabilidad del “estado-policía” de los organismos multilaterales que persisten en mantenerse en la lógica del mercado, la empresa, la gerencia, la estandarización y las competencias.

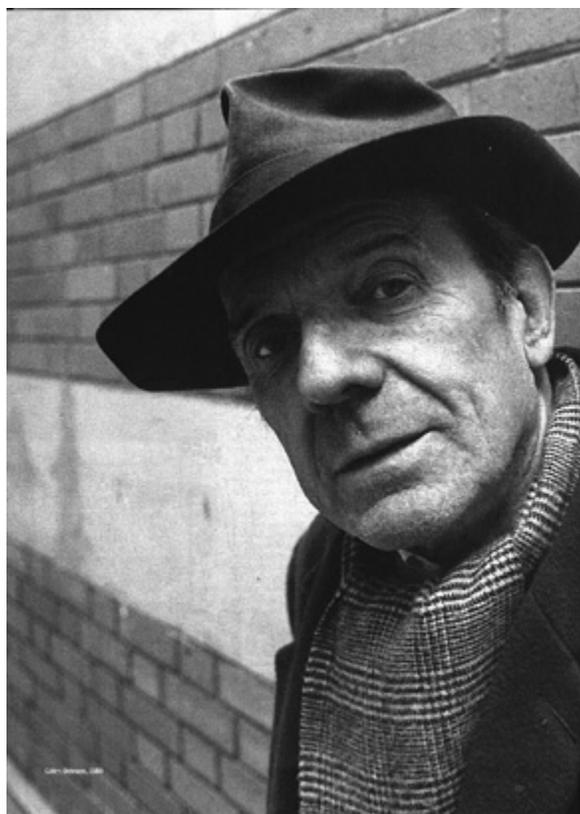
¿Desde dónde hablamos? ¿Es posible un mirador?

Entre la diversidad de perspectivas analíticas: histórico-políticas; académico-epistémicas, visiones de reforma y contrarreforma, de políticas internacionales y macro-económicas, surge una suerte de transversalidad en este plexus de desencuentros, o mejor,

una situación paradójica de conocimientos inconmensurables: la política de saber del pensamiento crítico y autónomo, y la “sociedad del conocimiento”, un tasador de la mercantilización, de la estandarización y las competencias que bien podría llamarse mejor la “sociedad de la ignorancia”. ¿Desde podemos mirar el horizonte? ¿Dónde fijar nuestra mirada? En el fondo se trata de dilucidar la pregunta en torno al proyecto de universidad que queremos construir; la redefinición de las ideas y valores que requerimos para repensar la Universidad desde un proyecto de formación y mundo de la vida universitaria que esclarezca el enigma de la formación, los saberes, la autonomía, la “razón de ser” de la universidad. El *movimiento social universitario* ha logrado conquistar un reconocimiento histórico sobre la base de la gran movilización contra la reforma regresiva del gobierno de Juan Manuel Santos. Su próxima batalla se orienta a levantar una propuesta alternativa de educación superior, con la participación de las comunidades universitarias; y alienta entonces un por-venir de lo educativo, de lo pedagógico y de lo universitario disruptivo que abra profundas zanjadas al modo tradicional y estereotipado del quehacer universitario. El momento histórico promete cimentar un “bloque histórico” universitario, capaz de expresar una voluntad colectiva que potencia la constitución de fuerzas sociales, intelectuales y políticas para la transformación democrática de la universidad, que toma cuerpo, lenguaje y verdad en el poder constituyente y en la potencia creadora de una nueva universidad.

Los dilemas son diversos: entre la continuidad del tiempo presente, la adaptación y el gatopadismo ó la de-construcción, la “universidad sin condición” de Derrida, la relegitimación del *ethos* universitario de Boaventura de Souza Santos. La derrota de la fatalidad de la historia abre en el terreno del pensamiento y de las posibilidades un nuevo “estado ánimo”, una sensibilidad de la potencia y una significación para la construcción de alternativas a la globa-

lización neoliberal. Desplegar la potencia de las múltiples subjetividades en una situación paradójica, recrea en el “alma matinal” de los jóvenes un sentido del *principio esperanza* que tematizó Bloch⁴. Como se comprenderá las viejas aporías de los movimientos sociales estarán presentes y nuevos “callejos sin salida” surgirán. Norberto Bobbio utilizó una serie de aporías para referirse a los caminos de la guerra y de la paz: un juego de metáforas que permite orientar las disposiciones de la subjetividad. Son tres: la “mosca en la botella”, el “corcho en el remolino” o “el laberinto”.



Guillem Delenze

Ante la desesperación de la fatalidad y la resignación de las dos primeras, Bobbio habla del “laberinto” que recorre su andar entre luces, sombras y desvaríos. En las primeras, evidentemente no hay salida, salvo si alguien quisiera creer en una “mano providencial” que rompiera la botella, o el curso de las aguas hiciera saltar el resignado corcho. El punto clave es comprender la incapacidad constitutiva de los dos primeros para “liberarse” de la

fatalidad. En el caso del “laberinto”, domina la incertidumbre; se desplaza en el vacío y carece de brújulas y mapas. La inteligencia consiste en recorrerlo paso a paso, encontrar salidas, no desesperar y ver claridades sin ilusiones, reconociendo sombras y desvaríos. En el laberinto puede prevalecer la desesperación y la desolación, y caer en errores fatales. Para el sujeto del laberinto el camino no está preconstituido, ni formateado. La metáfora descrita en *El Nombre de la rosa* de Umberto Eco, rompe precisamente con la mentalidad del “destino” y de la fatalidad.

Se trata entonces de repensar la universidad y construir una propuesta alternativa y replantear seriamente la significación de la “reforma universitaria”, en un campo cifrado de antagonismos y desencuentros. ¿En qué consiste este “desencuentro”? Según Rancière “Por desacuerdo se entenderá un tipo determinado de situación de habla: aquella en la que uno de los interlocutores entiende y a la vez no entiende lo que dice el otro. El desacuerdo no es el conflicto entre quien dice blanco y quien dice negro. Es el existente entre quien dice blanco y quien dice negro pero no entiende lo mismo o no entiende que el otro dice lo mismo con el nombre de la blancura o de la negrura”. El litigio no nace de la polisemia, ni de la diversidad de los lugares, sino de la disposición de las fuerzas, de sus corporeidades deseantes. Para que la tematización sobre la universidad que queremos no termine en una “universidad de papel” como dice Porter o en una universidad autista, es preciso afirmar este litigio histórico, teórico y político. Las ideas de autonomía, calidad, formación, investigación por más que quisieran mantenerse en un mundo angelical o neutral y pretendieran encubrirse con un ropaje de “cientificidad” no podrán ocultar esta paradoja de la vida universitaria. Y para ello, se precisa el reconocimiento y la disposición. Esta es quizá la única forma de superar la eterna esquizofrenia universitaria. Más allá de un campo de resemantización, se

trata de una batalla de voces, experiencias y fuerzas. Este litigio no radica en desconocimientos o malentendidos, sino en los campos en los cuales se sitúan quienes hablan y las fuerzas que disponen. El desacuerdo alude a *lo que es ser un ser* y se sirve del lenguaje para interpelar e interpretar tantos los objetos de la discusión como la “calidad” de los sujetos. He ahí el desencuentro.

El campo de disputa del saber y del poder en la universidad, plantea un desencuentro histórico, político y vivencial. Y comienza en la separación, en el silenciamiento, en el olvido y en la negación de la “parte-sin parte”, en los ocultamientos y desprecio de los que no tienen “arte ni parte”, los supuestos ignorantes o los pobres estudiantes que esperan la savia de los recicladores o encubridores del conocimiento. La política de la universidad se configura entonces en la lucha contra el “orden natural” de la dominación que logra ser interrumpido por la “parte sin parte”. En este escenario se redefine el sentido de *lo común* y se abre paso el valor de la comunidad. Desde esta perspectiva, el actual *movimiento social universitario* desbordó las descalificaciones y superó el mundo de los aparatos y medianías de la “parte-sabia” del poder instituido y



Jacques Rancière

posibilitó que la “parte-ignorante” superara las arrogantes descalificaciones de los formadores de la historia. En este desencuentro la política instala el *demos*, los lugares de afirmación y reconocimiento de la “parte sin parte”. Es lo que Walter Benjamin aludía con la idea de la “razón de los vencidos”. Rancière dice precisamente que la política aborda entonces la distancia entre la palabra y la “cuenta”.

En la modernidad se configura una ruptura, una separación, clara y nítida, entre el mundo de la vida y el Estado-policía que establece la administración, la política del control, los sistemas de eficiencia y evaluación, la jerarquización de los cuerpos, las regulaciones del orden de lo visible y de lo decidible. En este sentido, la policía por eso no necesariamente es disciplinamiento de los cuerpos, sino una forma del aparecer, una configuración de las ocupaciones, de los reconocimientos y de las propiedades de la espacialidad en disputa. La universidad crea una forma de Estado-policía en la cual la política crea lugares, lenguajes y sujetos en los múltiples desencuentros entre procesos heterogéneos, dispares y conflictivos. Maquiavelo enseña precisamente una lección que Gramsci recupera para la política: el arte de gobernar a quienes no gobiernan. La política representa entonces en la universidad el *demos*, esto es, la autonomía, el saber y la potencia de la “parte sin parte”, sin reconocimiento, sin voz que toma su puesto, su historicidad justamente en los tiempos en los cuales el poder instituido ha pretendido su negación y descalificación. Esta idea disruptiva es el acto político verdadero. *Demos* es la voz de los que no tienen voz, la multitud despreciada y segregada y la revuelta de los parias y de los “pobres” estudiantes creadores de potencia y de esperanza.

La “sociedad del conocimiento”: una “sociedad de la ignorancia”

Martin Barbero se ha preguntado si América

Latina puede hablar de sociedad del conocimiento “cuando somos, primero que todo, sociedades del desconocimiento de saberes y conocimientos que nuestras universidades han sido incapaces de avalar y de legitimar? ¿Cómo hablar de sociedad del conocimiento en América Latina cuando hoy día están deslegitimados los saberes tradicionales, de los millones de desplazados que sobreviven en el continente con saberes que no provienen de la academia sino de la experiencia social, de su creatividad y de la imaginación social! ¿Y dónde están nuestras universidades?”. Sus pueblos creadores son de hecho antropólogos, médicos, pintores, músicos y pensadores. Desconocerlos es una forma de ignorancia. “¿Dónde está la mediación que han hecho las universidades avalando y legitimado que en América Latina hay- como en todo el mundo- saberes que no pasan por la academia, que provienen de la memoria, de la experiencia, del trabajo, saberes locales”. El debate ha estado abierto con sus múltiples valoraciones de exaltaciones, de desprecio o de indiferencia, algunas de ellas encubiertas con el manto del cientificismo de Occidente. Fals Borda y varios pensadores de Nuestra América cuestionaron esta colonización intelectual y reconocieron el conocimiento vivencial y tropical, sin complejos frente a la “universalidad” y la ciencia.

En el contexto de la globalización neoliberal, el conocimiento ha adquirido una relevancia crucial. Tras el invento de la “sociedad del conocimiento” se ha ido sometiendo sus prácticas, procesos y experiencias al mundo de la macroeconomía, la mercantilización, la ocupación de territorios y despojos de libertades. La Organización Mundial de Comercio, OMC, ha liderado este saqueo planetario del conocimiento. Renán Vega ha señalado que “la llamada “sociedad del conocimiento” es una contradicción respecto de lo que significa el sentido del conocimiento como relación histórica, universal, democrática y plural. Además la “tal sociedad del conocimiento”

destruye “el carácter democrático de la universidad, al destinar “recursos humanos” funcionales para el capitalismo transnacional, una fuerza de trabajo diestra técnicamente, poco costosa, que no piensa y absolutamente despolitizada. Este “recurso humano” está apoyado en las teorías del capital humano y en las prácticas estandarizadas y discursos de competencias. En rigor, el saber es crítico, reflexivo, histórico y social ha sido relegado, considerado inútil, y reducido a la condición de ideologías y tradiciones inservibles. Los pregoneros de la “sociedad del conocimiento” sólo hablan de la rentabilidad y funcionalidad a la maquila internacional.

La decepción según Renán Vega es grande al constatar que “para los teóricos de la “nueva era”, “conocimiento” es sinónimo puro y simple de información, habilidades, “competencias laborales”, lo cual indica que no se trata de una reflexión crítica e histórica, sino de un “procesamiento de información a vasta escala, planteándose la existencia de una “inteligencia artificial” de tipo maquinal. La medula de la “Sociedad del Conocimiento es el discurso transnacional de los estándares y de la pedagogía de las competencias que desde la década de los noventa se impuso en América Latina y en Colombia mediante la contrarreforma educativa de los gobiernos neoliberales. De este modo, tomó fuerza la mercantilización, la fragmentación y reducción funcional a través de las Necesidades Básicas de Aprendizaje, la desestructuración de los procesos formación integral, la desprofesionalización de la carrera docente, la despedagogización de las prácticas educativas y la sacralización de la flexibilización y precarización laboral.

Ideas para repensar la universidad

Los tiempos que corren son tempestuosos y disruptivos. Su rostro está desfigurado como lo describiera Walter Benjamin. Su alma atormentada por la caravana de ruinas que

los voceadores de la muerte dejan a la vera del camino. Los triunfalistas de la historia dibujan el largo desierto del pensamiento como un destino fatal. En verdad, como decía Schakespeare el tiempo está desquiciado. La ironía radica en que el tiempo se difumina, se disuelve en la espacialidad múltiple de la acumulación de capital. Domina el presentismo absoluto y la fatalidad de vivir como “corcho en el agua” fascina al poder instituido. El tiempo, criatura indomable de nuestra propia hechura, devora el ser, nuestra condición, nuestra cultura. Este presentismo extendido arrebató el aquí y el ahora, la risa, la sabiduría de los sin voz, los sin escuela y los sin tierra. La caída del *Angelus Novus*, no es una fatalidad, ni una maldición, sino un acontecimiento creado desde la subjetividad. Este *ereignis* nos ata a la perplejidad del tiempo y al desgarramiento del ser. El Desierto de lo Real es un *performance* del capitalismo canalla y de la democracia de pacotilla que aturde la potencia, la vida, el trabajo y el saber. Las cosas mismas se nos han desvanecido en estos tiempos de mercantilización. El último Husserl clamaba por volver a las cosas mismas, a las pequeñas cosas como dice la canción latinoamericana.

Siguiendo la reflexión de Derrida se trata de una *universidad sin condición*, o según Porter una crítica al carácter técnico y jurídico de la orientación universitaria que puede ser considerada como un ejercicio irracional. La visión pragmática del capitalismo tardío expulsó las grandes preguntas, la “razón de ser”, el mundo de la formación y de las prácticas de saber, de los alcances de la pedagogía y de la subjetividad creadora de los estudiantes. Al eliminar los *problemas de fondo* se pulveriza la universidad como fenómeno social e histórico y de despoja a la “parte sin parte” sin la posibilidad de-construir el por-venir. Ya las recetas fracasaron; el tiempo acucia la potencia y la reinención del *demós* para construir una nueva universidad.

Siguiendo la reflexión de los filósofos del

acontecimiento y del tiempo disruptivo, es posible repensar varios planos del desafío:

1. Recuperar la legitimidad de la universidad a partir de la potencia del sujeto, cuya expresión sublime es el poder constituyente. Significa emprender un proceso de *reforma intelectual y moral* desde la subjetividad crítica y creadora de los estudiantes, del profesorado y de la comunidad universitaria. Se trata de crear una hegemonía cultural contra los *Ilotés*, contra la idiotez de renunciar a la política, de ser ciudadano, a la “mayoría de edad”, a la rebelión del espíritu universitario. Lo que significa una nueva política que domene las pretensiones de lo administrativo, de lo técnico-instrumental y de las regulaciones de control y eficiencia. Desde esta perspectiva la legitimidad busca redefinir la responsabilidad social de la universidad en su relación con el entorno, con el país y al región, no como “extensión universitaria”, sino como proyecto cultural, como mundo de la vida universitaria, como proyecto de sociedad.

2. Superar la colonialidad del saber y el cientificismo del capitalismo transnacional. Afirmar en consecuencia nuestras propias historias, experiencias y creaciones, sin menoscabo de su historicidad y proyección universal. Somos un territorio de saber y de potencias creadoras. Junto a la biodiversidad de la tierra, necesitamos crear una ecología de los saberes, una nueva mentalidad sentipensante del conocimiento, una cartografía cognoscitiva de la pluralidad, esto es, una geopolítica del saber, un replanteamiento crítico de las disciplinas, de los saberes y de las prácticas pedagógicas e investigativas que recupere el sentido de la vida, de la tierra, de la cultura y de la libertad, lo que denomina el profesor Alexander Martínez: una suerte de entreontología de la emancipación.

3. Construir un horizonte de pensamiento sustentado en la potencia y en la disrupción del tiempo. Son muchas las formas del debate; para enfrentar los litigios es preciso situarse en una perspectiva de saber. Reconocer que son las diferencias y no los consensos, la fuerza que otorga legitimidad a la democracia, y que su existencia se sustenta en la emergencia de la “parte sin parte”. No temer a ensayar, a equivocarnos; no olvidar jamás que el error hace parte de la verdad, y la sombra



Walter Benjamin

de la luz. Tampoco hay por qué desesperar si el litigio se acentúa, a sabiendas que la fuerza creadora del pensar es su permanente negación. El único acuerdo es reconocer nuestras diferencias y dirimir nuestro litigio mediante el *demos*, más allá del uso público de la razón y la deliberación abierta, fraternal y franca. Necesitamos la escritura, el carnaval y el arte. Defender un sentido de lo público es romper con las invisibilizaciones de todo tipo, es, hacer visible nuestras diferencias. El chisme, las mezquindades y la intimidación representa la pequeña política, la “cocina” del “Estado-policía” de la dominación. Universidad, más allá de la discusión abierta y de la deliberación

permanente, es creación y alegría de ser el por-venir.

4. Replantear radicalmente el proyecto de formación. Al fin y al cabo, el centro y sentido de la universidad es la formación de las nuevas generaciones que les otorga derechos al acceso, disfrute, igualdad y bienestar del saber, la cultura, la ciencia, la técnica, la tecnología, la investigación y la innovación. Necesitamos responder a las preguntas: qué, dónde, con qué y cómo estamos formando? Preguntas que hablan de la pedagogía, de los sistemas de enseñanza, de las didácticas, de las libertades, de las evaluaciones, de las prácticas docentes, de las subjetividades concretas, de la tierra, del territorio, de las culturas. ¿Quiénes son los sujetos de la formación? ¿Cuáles son sus historias? ¿Cuál es el papel del profesorado? ¿Cuál es nuestra responsabilidad social? ¿Cómo enfrentar la maldita “deserción” estudiantil que reproduce el sistema? Tampoco caer en la tentación de vendedores de ilusiones.
5. Asumir el reto de repensar la región, la sociedad, la ciudad. Movilizar las fuerzas sociales, comunitarias y culturales por la paz, la vida, el agua y la defensa de territorios ancestrales. El nuevo movimiento estudiantil se orienta a construir una propuesta alterativa. Las nuevas generaciones se merecen otro país que supere el prolongado desangre y la terrible injusticia de millones de seres bajo la lógica de la privatización y de la mercantilización. Se requiere mantener la gran movilización nacional y regional para salvar a la universidad pública e impedir la colonización del país y de la universidad. Otra Universidad es posible, si se asume la responsabilidad de repensar el país.
6. Por todo lo anterior, necesitamos una voluntad de saber y una potencia creadora. Decía Martí: “La enseñanza, quién no lo

sabe? Es ante todo una obra de infinito amor”, una responsabilidad política con las nuevas generaciones y una disposición de crear un nuevo clima cultural, un ambiente de mutuo respeto, diálogo y convivencia sustentados en el reconocimiento de nuestras diferencias y en la responsabilidad social que nos compete. “el conocimiento es simplemente el resultado del enfrentamiento, la confluencia, la lucha y el compromiso entre los instintos. Es precisamente debido a que los instintos chocan entre sí, se baten y llegan finalmente al término de sus batallas, que hay compromiso y algo se produce. Y este algo es el conocimiento”. No es posible mediante la “ortopedia social” la solución de los litigios que la Sociedad disciplinaria y de control pretende imponer. Se requiere una “forma arquitectónica que permite un tipo de poder del espíritu sobre el espíritu”.

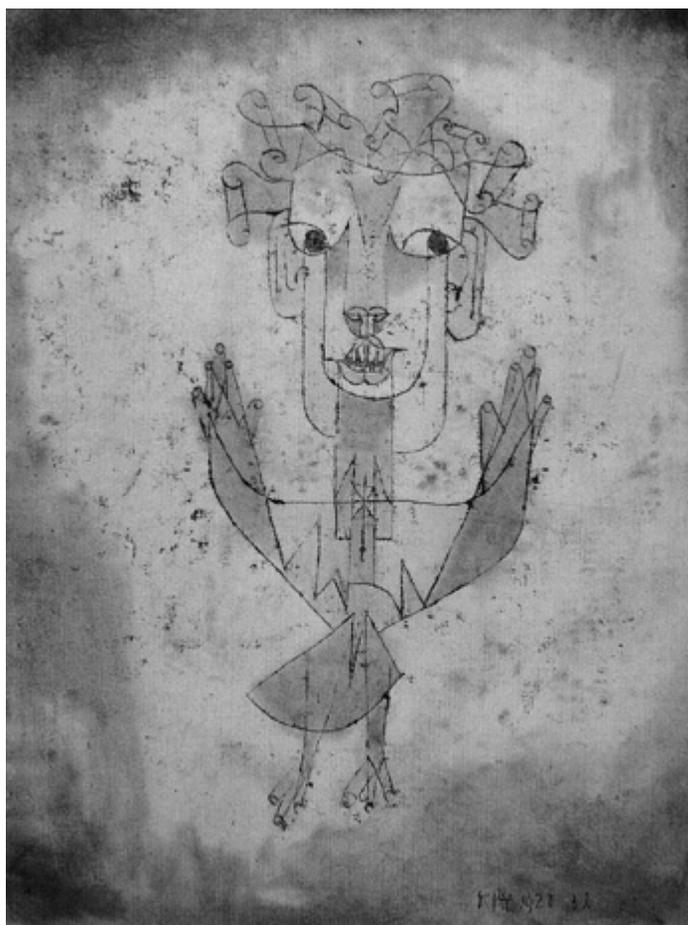
Con ironía, en su reflexión Poter plantea que la *Universidad de Papel*: abre la esperanza. “*Nuestra universidad es joven. La estamos construyendo a penas*”. Aunque se ha dicho que esta generación pasará a la historia porque sólo aprendió a olvidar, la de los jóvenes, la del *movimiento social universitario* ha aprendido a “ir a contrapelo” de la historia, contra la fatalidad y la domesticación. Esta “*universidad sin condición*” que soñó Derrida, es la que perfila la propuesta de *Constituyente Universitaria*: una experiencia de la subjetividad creadora.

Notas

1. Badiou, *Pequeño panteón portátil*, México, Fondo de Cultura Económica, 2009, Subr. Nuestro.
2. Guattari, *Micropolíticas*, p. 182.
3. Badiou, *Filosofía del presente*. P. 65
4. En esta perspectiva, quiero resaltar la interrogación de Carlos Arturo Gamboa, el profesor poeta del IDEAD: “Si se admite que el enfoque curricular de la UT es el modelo de competencias, se está asimilando o adecuándose a un mo-

delo impositivo y no pensándose la universidad desde su autonomía”. “Cuál es entonces nuestra respuesta?”. “En dónde quedan los espacios o “fisuras” para plantearse verdaderos cambios o transformaciones reales para la construcción de una propuesta curricular crítica-social que responda a los verdaderos retos de hoy?” Dicho de otra manera, tiene sentido el ejercicio de participación cuando se considera ya definido

por la política educativa del gobierno lo concerniente a los “lineamientos curriculares”? ¿Es posible pensar un cambio de fondo de la política académica de la ut en medio de un ambiente de desinformación y desmovilización de la comunidad universitaria? ¿hay posibilidades para fisuras, acciones en los intersticios de la maquínica del poder educativo nacional e internacional?



Angelus Novus

Prochainement



TOURNÉE
DU
CHAT
NOIR

DE
RODOLPHE SALIS

LES ÉDITIONS BOULEVARD

“Marx no es un don nadie”

Breve acercamiento a la relación Derrida-Marx

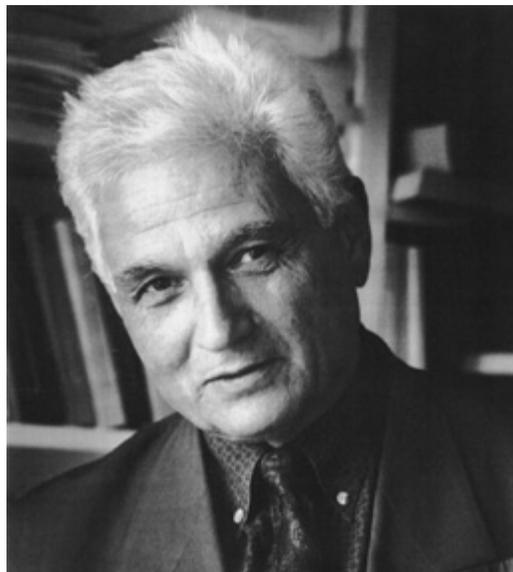
Pierre Díaz*

“Soy la voz insepulta del marxismo (...) sólo algunos de mis avatares yacen bajo los escombros del Muro de Berlín. Otros retroceden ante las imágenes polacas de la Virgen. Pero espiritualmente, por así decir, ando aún por todas partes. Mi respiración empapa la vida del mundo, no sólo occidental (...) Me han usado, como a casi todo, para perpetrar pesadillas sociales y bodrios de la imaginación. Me han invocado para torturar (...) He dado palabras para nombrar lo que hoy sigue hiriendo, he nutrido el nervio, la rabia orgullosa, la agudeza crítica (...) Y he proporcionado aperturas, fantásticos relatos interpretativos, anchas alucinaciones teóricas que alimentan la fantasía rebelde y el placer inteligente.

Para los amantes del fútbol: soy un fino centrocampista que crea juego inagotable. Y nada más. Conmigo se seguirá discutiendo. No seré cemento de construcciones perversas, sino movilidad y sugerencias; presiento nuevas metamorfosis. El que quiera puede recibirme. Y el que no, que se embrome”.

Marcelo Cohen, *Una voz en las librerías*. (Citado en *Marx y el Siglo XXI*).

Aceptar la vida como una ruta que se bifurca con cada paso dado, admitiéndola como una multiplicidad de posibilidades: ésta parece ser la propuesta de algunos (seguramente Derrida se suma a la lista) para que la vida humana salga del enclaustramiento unilateral, inerte y engañoso en el que se encuentra por una tradición metafísica para tornarse un poco más abierta, pero ¿en qué consiste esta apertura? Esta pregunta da cabida a Derrida para reflexionar en cuanto a Marx se refiere. Entabla una relación con el autor de *El Capital* con el objeto de generar una revisión crítica de un sistema o, para decirlo en términos de Lyotard, de un meta-relato que persiste en esa



Jacques Derrida

* Profesor Universidad del Tolima

tradición logocentrista occidental, el relato del capital con sus nuevas formas, y de esta manera evidenciar la necesidad de su voz en tiempos vagos y confusos como los nuestros y, de este modo, llamar a una revaloración del pensamiento filosófico, político y económico del autor judío-alemán.

Tanto la figura como la obra de Jacques Derrida ha sido tema de discusión desde las últimas décadas del siglo xx. El carácter deconstructivo de su obra y la cantidad de afinidades y diferencias que ha generado en variadas instituciones académicas ha hecho de él un nombre fundamental en las discusiones filosóficas, lingüísticas y literarias. Sin embargo, el Derrida político ha estado relegado a un segundo plano, es más, pareciera asumirse que este Derrida no tiene existencia alguna, y de llegar a tenerla no habría pertinencia alguna en analizar sus reflexiones en esta área.

No sería exagerado afirmar que el mismo Habermas en *El Discurso Filosófico de la Modernidad* cae en esta posición parcializada sobre el pensamiento del autor argelino. Habermas nos dice, refiriéndose a Derrida y otros filósofos contemporáneos, que es como si “estuviéramos viviendo a la sombra de los últimos filósofos, como si fuéramos la primera generación de discípulos de Hegel, de forma que aún debemos combatir contra los conceptos “fuertes” de teoría, verdad y sistema, que ahora son parte del pasado desde hace más de siglo y medio, pues la conciencia falibilista de la ciencia le alcanzó también a la filosofía hace mucho tiempo”.¹ No obstante la crítica sañuda que se le hace en este texto, hay que señalar que uno de los textos que abre las nuevas reflexiones en lo que a actualidad política se refiere, hablo de *Espectros de Marx*, no había hecho aparición pública en el momento de la crítica habermasiana. Por tanto, nuevas consideraciones sobre la reflexión filosófica y política del autor argelino quedaron por fuera y en espera.

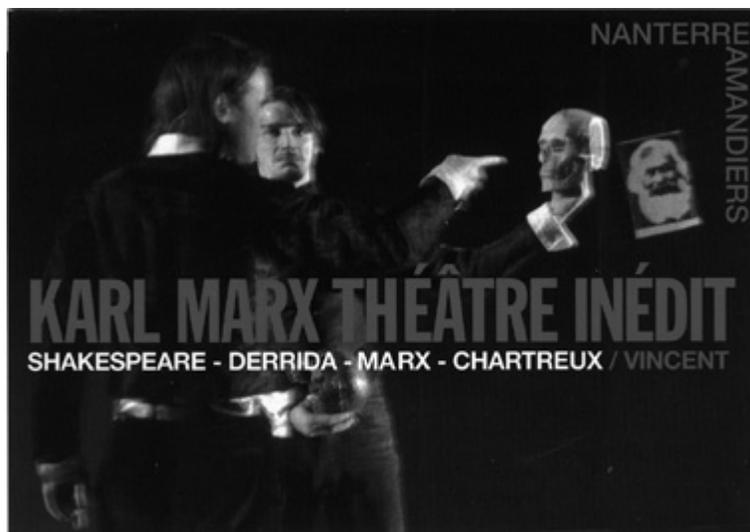
Derrida asume que sí llega a presentarse un cambio en las obras que preceden *Espectros de Marx* en el sentido de que es la toma de una nueva responsabilidad en cuanto a la urgencia política de hoy. *Marx no es un Don Nadie, Alguien se adelanta y dice...*, y *Sobre el marxismo* son muestra de ese Derrida poco conocido y de ese Marx dispuesto a hacerse conocer. El colapso del stalinismo y la caída del Muro de Berlín dan pie para que muchos de los intelectuales renieguen de aquello que se denomina marxismo. Derrida es uno de los pocos autores que se acuerda del pensamiento de Marx con el objeto de generar una posición de contratiempo y discontinuidad que conduzca a “hacer que algo suceda al/en el presente”,² ante un pensamiento hegemónico y lineal que se sostiene desde un discurso proteccionista y amparador del capital. ¿Qué hacer con ese alguien que fue Karl Marx, con el discurso de Marx hoy, en lo que respecta al nuevo capitalismo, a la novedad del capitalismo y a las nuevas apuestas políticas del capitalismo?” (187). Se puede afirmar que estos son los interrogantes que conducen a Derrida hacia Marx. De este texto derrideano se destacan cinco elementos que también son reiterados en los otros textos-entrevistas y sirven para comprender ese *acordarse* del pensamiento de Marx:

- La relación entre el teatro y la política. Derrida aprovecha la puesta en escena de *Karl Marx Théâtre inédit* para recordar a toda una audiencia que, por un lado, el teatro es ese lugar donde se visibiliza lo invisible, donde se presenta aquello que se sabe que existe pero que permanece oculto, y en segundo lugar, para advertir que es imposible huir de la escena pública y que todo acto “humano” se encuentra inmerso en la cosa política.
- El trabajo de duelo en política. Se sostiene que Dios ha muerto pero cada vez que se le nombra se constata que sigue vivo. ¿Por qué, de un tiempo para acá, se afirma que Marx ha muerto? Entrada la segunda mitad del

siglo xx se empieza a hablar y enfatizar en la caída de los grandes relatos que sostienen al pensamiento logocentrista de Occidente. Lyotard es el que más ruido hace al respecto. No obstante este supuesto colapso, se nos dice, con voces perversas como la de Francis Fukuyama, que se ha llegado al fin de la historia y que el modelo de mercado capitalista y la democracia liberal son los únicos modelos a seguir económica y políticamente. Por lo tanto, sin tomarlo al pie de la letra, el acordarse de Marx es una tarea necesaria y urgente pues sabemos que su obra es uno de los pocos análisis críticos que toma como elemento de discusión el capital, tema álgido en la actualidad y contra el que hay que reflexionar y actuar, contra el que hay que protestar. Es inaudito creer a la retórica política cuando jubilosamente nos recuerda que la otra cara de la moneda quedó boca abajo y que es la victoria contundente del capitalismo. Marx, el “meteco del concepto”, el extranjero, el discontinuo, el que no se deja domesticar.³

- La cuestión de la familia y la legitimidad. ¿Quiénes son los hijos legítimos e ilegítimos de Marx?, ¿quiénes son los marxistas? Afortunadamente para unos, y desgraciadamente para otros, somos partícipes de la herencia de Marx. Lo problemático del asunto es que

son las voces de los hijos ilegítimos, como la del bushista Fukuyama, las que reafirman y reaniman la figura paterna. El compromiso político debe indagar sobre esta herencia, qué se va a hacer, cómo se va a manipular, más radical aún, cómo “vamos a ponerla en marcha”.⁴ Derrida nos invita a reflexionar sobre aquellas voces legítimas e ilegítimas que se retroalimentan del pensamiento de Marx. Es una invitación a indagar el lugar desde el que nos hablan, a dudar y a actuar desde ese discurso en contra de Marx que pretende validarse desde la voz unívoca y hegemónica del capital. En *Alguien se adelanta y dice...* lo recuerda cuando sostiene que la gran responsabilidad con la herencia de Marx consiste



en “permanecer crítico con respecto a todos los dogmatismos que se han adueñado de la tradición marxista.”⁵

- Virtualidad teletecnológica. El nexo entre *mass media* y avances electrónicos de información ha sido vital en la consolidación de una imagen de lo real que legitima, defiende y proyecta el fortalecimiento del *status quo* que se subsume a los postulados inamovibles del capital. En su época, Marx problematiza sobre este tema dejando ver que la maquinaria teletecnológica es capaz de generar estructuras en el espacio social que se tornan únicas, hegemónicas e inamovibles. Además, es uno de los primeros autores que pone en tela de juicio los principios y postulados que desde cierto marco tecnológico funcionan como elementos articuladores de lo que se denomina actualidad, que es uno de los espectros que rescata Derrida en la discusión que genera desde la obra teatral dirigida por Jean-Pierre Vincent.

- La plusvalía en sus nuevas formas. Cuando se habla de Marx, afirma Derrida en *Marx no es un Don nadie*, que no se trata de “aplicar, replicar, de reaplicar este o aquel teorema de Marx a la economía –aunque haya ahí mucho que aprender de él-, sino de acordarse de cierta lección, de cierta manera de no dejarse engañar a propósito del capital y de ver lo que

hoy pasa de nuevo, de inédito, el teatro inédito del capital, hoy. Hay uno.” Derrida plantea una posición distinta a la de Foucault; el discurso dominante no sólo se sostiene desde la prohibición, la exclusión, la disciplina y el ordenamiento. El Capitalismo, en sus nuevas formas, utiliza imágenes sensuales, atractivas y entretenidas con un lenguaje lúdico y encantador, sigue jugando, utilizando otros espectros, pero sigue haciéndose presente. Para Derrida ésta no es una cuestión caduca. En contra de un abuso capitalista se hace un llamado al hacer, a la revolución, sin olvidar la variedad de matices adormecedores que pretenden velar una realidad compleja, excluyente y precaria que se legitima desde supuestos inconsistentes como los asumidos desde el capital; se sitúan herramientas capaces de golpear la retórica obscena e indecente del neoliberalismo,⁶ y que se acuerdan de Marx como una forma de rechazo, desobediencia, crítica, denuncia, análisis y, lo mejor, como una forma de afirmación y de promesa, como el compromiso de revoluciones que vienen naciendo, se vienen gestando.

¿Por qué el interés por Marx? Su máxima preferida, según confiesa Marx en el álbum de su hija Jenny, dicta que “*nada humano me es ajeno.*”⁷ La respuesta de Derrida a esta pregunta deja ver el gran nexo existente entre los dos autores: “Por lo que pasa en el mundo”, contesta en diálogo sostenido con el catedrático Daniel Bensaid. Sin duda alguna ese acordarse de Marx no es gratuito en Derrida y no puede ser infundado en tiempos como los nuestros. Gobiernos autoritaristas que asumen que el casamiento entre mercancía y democracia es la unión de mayor interés y expectativa para todos; intelectuales que apoyan públicamente campañas reeleccionistas con un (pre)supuesto teórico que presenta como cierre de la historia la consolidación de las democracias liberales como el sistema inmanente a todo país que se digne de Estado mo-

derno; bárbaros demócratas y republicanos que inventan campañas militares en nombre de la democracia y la libertad perennes. Estos son momentos y hechos que piden la duda y la acción, piden a Marx, piden acordarse de él y de los otros, de esos otros que también son mundo y que no pueden seguir velados, excluidos, ajenos.

Notas

1. Jürgen Habermas, *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid, Tecnos, 1995. Página 253, nota 74.
2. Jacques Derrida, “Marx no es un Don Nadie”, En Cristina Perretti (ed), *Espectografías desde Marx y Derrida*, Madrid, Trotta, 2003. Página 183.
3. Jacques Derrida, *Sobre el marxismo. Diálogo con Daniel Bensaid*, Palabra, Trotta, 2001. Página 52.
4. Marx no es un Don nadie. Pagina 185.
5. Jacques Derrida, “Alguien se adelanta y dice...”, En Cristina Peretti (ed), *Espectografías desde Marx y Derrida*, Madrid, Trotta, 1995.
6. *Ibid.* Pág. 195.
7. Renán Vega (Editor), *Marx y el Siglo XXI*, Ediciones Antropos, Bogotá, 1999. Página 16.

Referencias bibliográficas

- Derrida, Jacques, *De la Gramatología. El fin del libro y el comienzo de la escritura*, Siglo XXI, México, 1998.
- Jacques Derrida, “Marx no es un Don Nadie”, En Cristina Perretti (ed), *Espectografías desde Marx y Derrida*, Madrid, Trotta, 2003.
- _____, *Sobre el marxismo. Diálogo con Daniel Bensaid*. En *Stacatto*, del 6 de julio de 1999.
- _____, “Alguien se adelanta y dice...”, En Cristina Peretti (ed), *Espectografías desde Marx y Derrida*, Madrid, Trotta, 2003.
- Jürgen Habermas, *El discurso filosófico de la modernidad*. Madrid, Tecnos, 1995.
- Renán Vega (Editor), *Marx y el Siglo XXI*. Ediciones Antropos, Bogotá, 1999.

Estado regional, ordenamiento territorial y descentralización

-Reivindicación de algunas propuestas del profesor Orlando Fals Borda frente a políticas actuales de intervención territorial en Colombia-

Gustavo Adolfo Carrión Barrero*

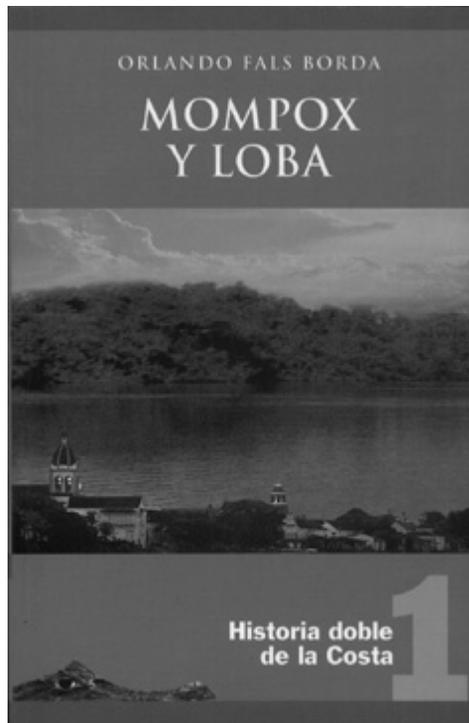
Introducción

Como un resultado de luchas históricas regionales dadas en los años 80, la Constitución Política de 1991, y específicamente el Título XI, promovió la creación de un nuevo modelo de desarrollo territorial basado en el fortalecimiento de aspectos como la autonomía regional, al igual que el desarrollo de variados elementos para la organización y el ordenamiento territorial,

entre los que se pueden destacar: la reconfiguración del mapa geopolítico interno, la promoción de procesos asociativos entre entes territoriales para la prestación de servicios públicos, el papel preponderante de los municipios como responsables de la regulación de los usos del suelo, la importancia estratégica de crear provincias y regiones como nuevos pivotes del desarrollo territorial, la conformación de áreas metropolitanas para atender las problemáticas de grandes aglomeraciones



* Ingeniero Catastral y Geodesta, especialista en Planificación Regional y Planificación Urbana. Docente de las universidades Distrital y del Rosario de Bogotá.



urbanas, al igual que la creación de Entidades Territoriales Indígenas y comunidades afrocolombianas, como mecanismos para abordar el nuevo modelo territorial, de una forma mucho más plural, heterogénea e incluyente.

A 20 años de promulgada la Carta Política, el logro de dicho modelo ha sido una promesa incumplida, en tanto que los procesos conexos de desarrollo de las autonomías locales se han visto opacados por la aplicación de algunas políticas nacionales, con las cuales los gobiernos de la primera década del siglo XXI han profundizado mucho más el modelo neoliberal, la re-centralización de competencias territoriales, la aplicación vertical de megaproyectos sin consultar a las poblaciones locales, y la formulación de políticas que anulan la vida regional. Gracias a ello se han venido modificando formas de uso y ocupación territorial, con consecuencias en la profundización de las brechas territoriales, la ampliación de las violencias internas, el crecimiento desbordado de grandes ciudades del país, la reconfiguración de la tenencia de la tierra en beneficio de algunas familias, la concentración de la propiedad, la afectación

a ecosistemas regionales, y la profundización de amenazas para una estabilidad económica de las regiones.

Frente a esta problemática emerge desde hace algunos años el concepto de ordenamiento territorial como política pública y práctica socio-espacial en constante redefinición, bajo la idea de regular u organizar el uso, ocupación y transformación del territorio en pro de su óptimo aprovechamiento, siendo al mismo tiempo un “orden” territorial que es resultado de acciones económicas, privadas y públicas, y una política pública que busca inducir cambios en dicho orden¹.

Como artífice de la propuesta de este nuevo modelo de “Estado regional”, y además como pionero en los asuntos del ordenamiento territorial en Colombia, el profesor Orlando Fals Borda abordó (primero como delegado a la Asamblea Nacional Constituyente, y posteriormente como Secretario de la Comisión Nacional de Ordenamiento Territorial), la ruta para el desarrollo de una propuesta de reorganización territorial, sustentada en las bases regionales y la autonomía territorial. Así, durante el último cuarto del siglo pasado, Orlando Fals Borda fue faro y guía de buena parte de las discusiones del ordenamiento territorial en el país, con estudios e investigaciones valiosas en torno a las culturas tradicionales, la violencia en Colombia, sus efectos sobre sociedades rurales y raizales, al igual que la lucha histórica de los pueblos originarios del país, con contribuciones desde la sociología, los métodos de investigación participativa y los fundamentos sociogeográficos. Su aporte es incalculable para efectos del posicionamiento de los discursos de ordenamiento territorial en el país y en Latinoamérica.

Dentro de sus estudios pioneros sobre el tema del ordenamiento y la organización territorial están la “Historia Doble de la Costa” (1979) y “La insurgencia de las provincias en Colombia.

Hacia un nuevo ordenamiento territorial para Colombia” (1988), con los cuales se abordó por primera vez en el país las problemáticas de la tierra, su relación con la autonomía regional y las diferencias subregionales existentes, las cuales no eran atendidas en las incipientes propuestas de organización territorial que se adelantaron hasta los años 80.

Posteriormente, y con el fin de divulgar algunos de los análisis hechos por la Comisión de Ordenamiento Territorial, el profesor Fals Borda presentó a la opinión pública algunos estudios, que a finales del siglo pasado definieron propuestas concretas para el logro de la regionalización colombiana y el surgimiento de una nueva organización administrativa como Estado Regional, asumiéndose la necesidad de que el país se modernizara y se hiciera presente a nivel mundial².

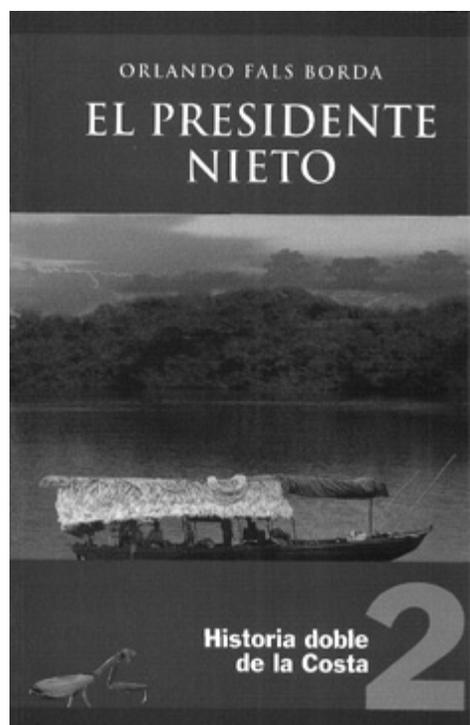
Algunos de estos últimos trabajos: *“Región e historia. Elementos sobre ordenamiento y equilibrio regional en Colombia”* (1996), *“Guía práctica para el ordenamiento territorial en Colombia”* (1999) y *“Acción y espacio. Autonomías en la nueva república”* (2000), plantean una serie de retos que hoy es necesario repasar, con el propósito de reivindicar algunas de sus tesis, y así afrontar la situación de insostenibilidad integral en la que se encuentra el Estado Colombiano. Para tal efecto, y gracias a la oportunidad brindada por la *Revista Aquelarre*, el presente artículo retoma algunas de estas tesis del profesor Fals Borda, acompañadas de críticas personales en torno a la orientación de algunas leyes, políticas y contrarreformas nacionales que han llevado al retroceso del modelo territorial que apunta a la consolidación de una República Regional Unitaria.

Se proponen cuatro ideas, que no son para nada una revisión exhaustiva al pensamiento del maestro -labor imposible de acometer en un ensayo-, sino que señalan algunas tareas que están por cumplirse dentro del ordena-

miento territorial colombiano, y que siguen siendo válidas para este nuevo milenio.

Descentralización, ordenamiento territorial, Estado regional y recentralización

Las reformas asociadas a la descentralización comienzan a darse en Latinoamérica entre las décadas de los años 60 bajo dos perspectivas diferentes. La primera de ellas se enmarca en la concepción de una reforma democrática dirigida a reconstruir la legitimidad del Estado local y Nacional, acercando al ciudadano y los movimientos sociales regionales al control del poder público. Este acercamiento se empieza a gestar debido a las luchas y críticas sociales planteadas al modelo vertical y jerárquico del Estado-Nación, en donde se observaba una gran influencia y participación de clases de altos ingresos en las decisiones de órganos públicos. La otra visión se da bajo la búsqueda de una política adecuada en el manejo de las relaciones entre el Estado y la economía frente a las exigencias que representaban la apertura y la globalización a través de una descentralización administrativa.



A su vez, y para el caso colombiano, en los años 70 y 80 del siglo pasado irrumpen una serie de movimientos regionales, desde los cuales se empezó a reivindicar la autonomía como eje fundamental de la organización territorial, al igual que el papel de las provincias y las regiones en el desarrollo del país. Dentro de estos movimientos se pueden destacar variados ejercicios para fortalecer la autonomía regional, fuerzas políticas independientes, programas para el fortalecimiento de capacidades territoriales y la sostenibilidad ambiental, al igual que procesos locales de desarrollo y paz, entre otros, que siguen alimentando los discursos y debates sobre ordenamiento territorial, Estado y regionalización.

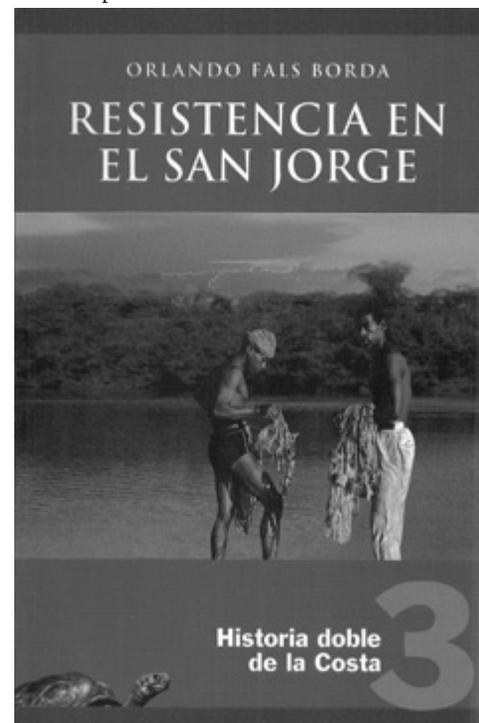
De esta forma, la necesidad de profundizar la autonomía y la descentralización política en el país se constituyó en uno de los ejes fundamentales de la Carta política de 1991, y de las propuestas modernas sobre ordenamiento territorial, que entienden a este como instrumento de apoyo a la descentralización. De hecho, Orlando Fals Borda señalaba que ambas políticas: ordenamiento territorial y descentralización son “*hermanas siamesas*”³, en tanto que la definición de funciones y competencias para los niveles territoriales se deben dar en espacios ordenados, y aquellos espacios de ordenación territorial deben abordar funciones claras.

En consonancia con lo anterior, se puede decir que las políticas de ordenamiento territorial están estrechamente relacionadas con la profundización de la descentralización y, en consecuencia, con el modelo de desarrollo territorial que asuma un país. En ese sentido, es prudente afirmar que las acciones adelantadas por cualquier Gobierno se ejecutan sobre regiones y espacios ocupados, con impactos territoriales considerables debido a los recursos y responsabilidades trasladadas o no a los gobiernos locales.

El reto era claro: Era necesario profundizar

la descentralización política, administrativa y fiscal sobre la base de una nueva manera de organización y ordenamiento territorial, que apuntara a la reconstrucción de entidades territoriales en Colombia y a la creación de una nueva estructura estatal que debería estar alejada de visiones centralistas o federalistas de anteriores Cartas Políticas, permitiendo así la creación de una República Regional Unitaria basada en la autonomía territorial, la unidad nacional, la diversidad regional y la soberanía popular.

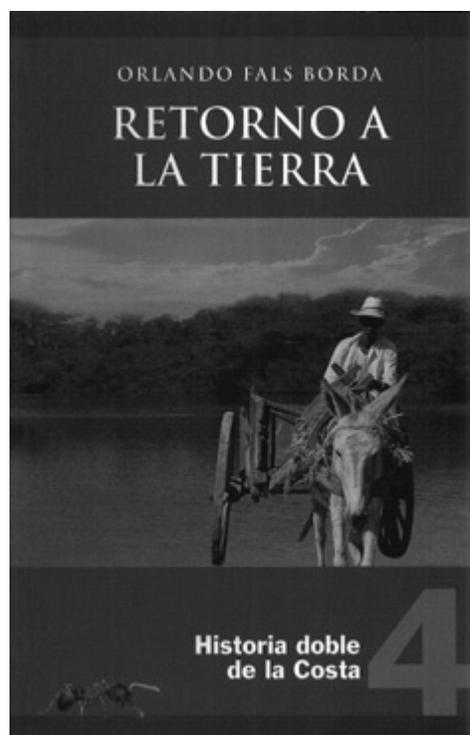
Contrario a estas apuestas, lo que se ha presentado durante los últimos años es un fuerte proceso de recentralización, que va en dirección contraria al de la regionalización y la autonomía. Este proceso se ha hecho evidente en la formulación y aplicación de políticas nacionales en la última década, las cuales se han enfocado en el control de recursos territoriales desde el nivel central, y en el desarrollo de contrarreformas que han afectado la profundización de la autonomía y soberanía popular, generando grandes tensiones entre los espacios locales y nacionales. Dichas políticas se han fundamentado en



promesas de modernización del país, y han basado su esfuerzo en la promoción centralizada de grandes y “rentables” proyectos de minería, de vivienda, de explotación forestal, de infraestructura y de desarrollo rural, sobre la base de pseudo-argumentos como el que la autonomía territorial es relativa y no absoluta, lo cual justificaría el “apoyo”, la limitación a la soberanía, la imposición de determinantes de superior jerarquía y la intervención desde el nivel nacional sobre municipios y territorios “débiles”, por ser estos incapaces de asumir las riendas de su propio desarrollo.

Frente a lo anterior, se debe decir que aunque en Colombia la autonomía territorial es efectivamente relativa, la posibilidad de limitaciones impuestas por el nivel nacional también lo es, y que la atención centralizada de los últimos años tampoco ha mostrado ser la más eficiente, tal como se evidencia en la mala gestión de recursos económicos para obras de mitigación en la pasada ola invernal con programas como Colombia Humanitaria; en la mejoría de indicadores de sostenibilidad fiscal que han presentado muchos municipios y departamentos durante los últimos años, en contraposición con los indicadores de la nación; en la mínima reducción de déficits de vivienda que se pretendían con los macroproyectos de vivienda, en la desviación de recursos para el desarrollo rural a través de programas como Agroingreso Seguro, en el retraso de los grandes proyectos de infraestructuras para la movilidad y en la persistencia de los desequilibrios regionales, entre otros.

Teniendo en cuenta lo anterior, es necesario reivindicar una serie de apuestas de Orlando Fals Borda dirigidas hacia el fortalecimiento de los niveles regionales y subregionales sobre los cuales se sustentaría entonces el nuevo modelo de Estado, como ocurre en muchas partes del mundo que han reconocido en este nivel el espacio fundamental de la ordenación territorial⁴, sobre el entendido de



que la descentralización regional ha sido un tema de poca atención en la política pública colombiana.

Así, desde enfoques socio-culturales, su propuesta es la de rescatar la región como punto de articulación entre lo local y lo global con el fin de reducir tensiones, al igual que otras formas organizativas que se puedan dar en esta escala, tales como las provincias históricas. Es allí en donde se encuentra su principal apuesta: Lo regional y lo provincial en contraposición a las propuestas tradicionales de diferentes gobiernos, que se han centrado o en el fortalecimiento de la nación, o en la municipalización de las acciones territoriales. Es aquí donde se observa con mayor claridad su interés por el desarrollo de mecanismos que permitan la articulación entre diferentes entidades territoriales, y entre estas y la nación, con criterios ambientales, políticos y socio-culturales, y en perspectiva de revisión de los límites tradicionales de los entes territoriales.

No solamente desde la perspectiva histórica y cultural, rescata Fals Borda el papel de las provincias y las regiones en Colombia, sino

que se enfrenta al establecimiento de nuevos conceptos como el *bioespacio* y la *tecno-región*, como respuestas dadas en diferentes partes del mundo a dinámicas económicas y culturales, tanto locales como globales en un contexto de globalización, lo que implicaría la actualización del país frente a estas tendencias.

De hecho, aporta más elementos en línea con esta discusión, e introduce el término subregión, la cual, según sus palabras estaría constituida por varios municipios afines para la prestación de servicios comunes, en concordancia con las tendencias globales y en búsqueda de la superación de discusiones nominalistas que rechazan la noción de provincia. Es decir, y en palabras del mismo Fals Borda, la subregión se entendería como *“contenedor flexible que coordina municipios afines para proyectos, recursos y voluntad política conjuntos”*, contribuyendo así a *“la solución de conflictos al asegurar el buen gobierno en un nivel superior y más amplio de espacio territorial”*⁷⁵. En esa línea, sugiere que figuras como las asociaciones de municipios, las áreas metropolitanas y otras formas asociativas se tomen como primeros pasos para el fortalecimiento estructural de las provincias o subregiones, las cuales deben ser la meta.

Ley Orgánica de Ordenamiento Territorial, leyes parciales y reparto de regalías

Uno de los principales instrumentos planeados para el logro de la nueva organización territorial, era la Ley orgánica de Ordenamiento Territorial, que como un solo cuerpo normativo debió ser la llamada a establecer las competencias de los diferentes niveles territoriales. Según Orlando Fals Borda, la importancia de este instrumento radicaría en análisis previos y cuidadosos de varios años, que indicaban la necesidad de contar con una visión macro y de conjunto que superara los simples y tradicionales esquemas de administración pública interna, y se aproximara más a

representaciones modernas del ordenamiento de espacios ocupados y no ocupados y en el hecho de que este podría ser un mecanismo para ayudar a resolver conflictos territoriales, con lo cual, se avanzaría hacia el nuevo modelo regional con un marco general para la aplicación de instrumentos, normas y políticas de manera coherente sobre el territorio.

En estos 20 años, como lo advirtió en su momento el mismo Fals Borda, muchos de los temas propios de dicha legislación especial fueron reglamentados a través de leyes particulares, que abordaron asuntos como el sistema institucional ambiental, las áreas metropolitanas, la planificación de usos del suelo municipal y las rentas y patrimonio de entidades territoriales, entre otras. Además, en este mismo periodo se presentaron más de 20 proyectos de leyes orgánicas de ordenamiento territorial, los cuales fracasaron sistemáticamente por el poco interés del Congreso de la República en este asunto, que veía en dichas normas un atentado en contra de sus fortines políticos regionales. La falta de este marco general e integral que organizara, definiera y señalara funciones y competencias a ejercer por cada nivel territorial, y estableciera el procedimiento para crear muchas figuras territoriales previstas en la Constitución, afectó también la profundización de la descentralización y la autonomía territorial.

La apuesta asumida en torno a la necesidad de contar con dicha Ley orgánica de ordenamiento territorial como una especie de *“segunda constitución”*, fue cambiando progresivamente, debido, como ya se dijo, a la expedición de leyes que ya desarrollaban algunas materias en temas parciales. Junto a lo anterior, las distintas reformas constitucionales que se adelantaron durante los últimos años para permitir una mayor intervención del Estado en asuntos territoriales, desdibujaron la visión global y marco que debería tener dicha ley, alimentando ahora una visión pragmática que apuntaría a que

la Ley Orgánica de Ordenamiento Territorial abordara sólo aquellos elementos que generaran menor conflicto. El resultado: La visión de una ley marco e integral propuesta desde la Comisión de Ordenamiento Territorial, se fue cambiando desde el gobierno por una visión de “ley de mínimos”, con mínimo impacto, que debería abordar sólo aquellos asuntos que no se hubieran tratado en otras leyes, señalando además que aquellos temas “conflictivos” se establecieran de manera gradual, con cómodas políticas que salieran cada década.

De esta forma, el pasado 28 de junio de 2011 se sancionó la Ley 1454 de 2011 “*Por la cual se dictan normas orgánicas de ordenamiento territorial*”, la cual se inscribe en esta visión de mínimos, con impactos en lo referente a acciones para la integración y el desarrollo regional del país, de una forma completamente distinta a la orientación filosófica dada por la Comisión de Ordenamiento Territorial para este tema. De hecho, esta ley tiene una orientación casi exclusiva hacia los temas de la delegación y asociatividad territorial, y a generalidades de la cooperación entre entes territoriales, que aunque son necesarias para avanzar en modelos regionales postmodernos, no desarrolla puntos centrales como la autonomía, el desarrollo regional y la reorganización territorial, más allá de señalar algunas orientaciones para departamentos en relación con mayores funciones de coordinación.

La Ley 1454 de 2011 establece así un “menú” sencillo de esquemas asociativos homogéneos, que despiertan poco interés regional y que cuentan con mínimos incentivos, señalándose tan solo formas repetidas de asociación entre entes territoriales para el logro de propósitos de competitividad y prestación de servicios. Se suponía que la Ley tendría que establecer reglas estructurales para impulsar la descentralización y la autonomía de las entidades territoriales, determinado para ello condiciones que permitieran adecuar y flexibilizar

la organización político-administrativa del Estado.

Lo que sí es cierto, es que muchos de estos asuntos se han venido abordando más desde perspectivas fiscales para la eficiencia estatal, que desde aproximaciones a una mejor autonomía política, las cuales limitan la participación de los entes territoriales en la definición de sus prioridades. Este hecho se corrobora con las reformas que se vienen adelantando desde el año 2000, a través de la implantación de ajustes en la finanzas territoriales, esquemas de marcos fiscales de mediano plazo, leyes de asimilación de entes territoriales a empresas privadas; todo



en el marco de acuerdos con entidades de crédito internacional y sobre la base de una visión fiscalista de la descentralización que asimila los territorios subnacionales a meras dependencias de una administración central, en donde cada vez más, entidades del nivel nacional como el Departamento Nacional de Planeación y algunos ministerios sectoriales tienen injerencia en la definición de prioridades locales como el agua, la educación, la salud, y recientemente las regalías; asuntos que habían sido logros históricos de la descentralización colombiana.

Así, las propuestas que establece esta mal

llamada “Ley Orgánica de Ordenamiento Territorial” se han orientado básicamente al replanteamiento de formas asociativas en el territorio para la integración de conjuntos de ciudades o departamentos desde una perspectiva de modernización del Estado central, mas no desde la profundización de la autonomía local y regional, sobre todo, para garantizar la asignación de algunos recursos estatales.

Frente a este último punto, es necesario recordar que la Ley 1454 de 2011 hace parte de otras reformas institucionales que se han adelantado en el actual gobierno, y que uno de los fines principales de esta norma es el de garantizar el reparto de las regalías, en tanto que las formas asociativas que allí se establecen, serían instrumentos para acceder a dichos recursos a través de distintos Fondos por los cuales se entraría a competir. Es decir, se crean esquemas regionales para la repartición discrecional de recursos territoriales, sin consolidar institucionalmente las regiones y subregiones del país, postergando una vez más estas reformas fundamentales.

Los límites como realidades flexibles en un contexto de heterogeneidad

Otro de los retos propuestos por el profesor Fals Borda corresponde a una acción política concreta: Los límites internos y externos del país se deben revisar, asunto que ha sido difícil -sino imposible- de llevar a cabo en los últimos 100 años. Así, el ordenamiento territorial como política de Estado debe dar dos pasos fundamentales que se asocian con: la creación de nuevas entidades territoriales y la revisión de límites y fronteras existentes, tanto internas como externas⁶. Ambas acciones encuentran respaldo en hechos como la transitoriedad de la ocupación territorial, la flexibilidad de los espacios geográficos por la irrupción de una geografía política moderna, el respeto a la voluntad popular como soporte central de cualquier decisión de política pú-

blica, la necesidad de superar la visión fetichista del Estado nación como única realidad espacial posible, y la heterogeneidad propia de países como Colombia.

Sobre este último punto, el de la heterogeneidad, en el caso específico del ordenamiento territorial se busca el reconocimiento de desigualdades políticas, culturales, geográficas, ambientales y sociales, señalándose la existencia de diferentes tipos de territorios y territorialidades, con diferentes capacidades y restricciones. En consecuencia, tal y como lo defendía el profesor Fals Borda, la heterogeneidad propia de la sociedad colombiana debería ser un factor predominante a la hora de ordenar el territorio, sobre la base de principios como la “*unidad en la diversidad*” para la construcción de la nueva nación colombiana.

Estos principios de flexibilidad y heterogeneidad se trataron en la Constitución Política de 1991, a través de mandatos como la obligación de revisar periódicamente los límites, la posibilidad de crear regiones o provincias a partir de departamentos o municipios respectivamente y la posibilidad de establecer organizaciones adaptativas de las estructuras de las entidades territoriales (Art. 9, 227 y 290 de la C.P.), asuntos que hasta el día de hoy no se han podido desarrollar.

En relación con la creación de nuevas entidades territoriales, es necesario recordar que Colombia se sigue organizando sobre una estructura rígida, inflexible y homogénea, cimentada en la existencia de figuras copiadas como el municipio, el departamento y la nación, con muchos años de funcionamiento, y que desde hace mucho tiempo debieron replantearse. Para tal efecto es pertinente agregar, tal y como lo hace el profesor Fals Borda, que la Constitución de 1991 da cabida a seis entidades territoriales, de acuerdo a las circunstancias establecidas en cada uno de los territorios ocupados. Estas entidades

son: el municipio, el departamento, el distrito (como figuras que existen en la actualidad), y se abre la posibilidad de constituir entidades indígenas, provincias y regiones plenas. Lo cierto es que no ha sido posible la creación de estas últimas entidades territoriales.

Los requisitos para la formación de nuevos departamentos no han sido actualizados desde los años 80, mientras que las condiciones para solicitar la conformación de regiones y provincias que permitan avanzar en la autonomía regional y provincial, y la conformación de entidades territoriales indígenas han sido los principales aspectos sin resolver durante los últimos años, teniendo en cuenta que son estos los que aún tienen muchos vacíos por definir y son los que generan mayor debate político.

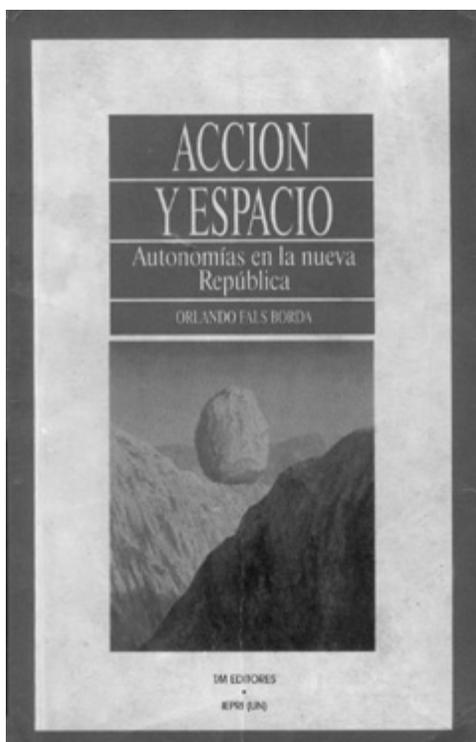
En ese sentido, el asunto de las regiones, dividido desde la Constitución en regiones de planificación y regiones territoriales plenas, no ha avanzado en términos formales e institucionales durante las dos últimas décadas. Lo que si se han dado son algunas propuestas,

como la de la misma Comisión de Ordenamiento Territorial en el año de 1994 en donde se sugerían 8 regiones con base en principios de equilibrio regional, integración territorial y fundamentos socio-históricos, la cual no contó con el respaldo político necesario.

De igual forma, se han dado otra serie de iniciativas departamentales y locales, que a manera de acuerdos de voluntades con un alto componente político han intentado dar cumplimiento a este anhelo. Entre otros procesos significativos se tienen los de la Región Caribe, que desde los años 80 hasta hoy sigue luchando por reconocimientos de su autonomía regional; la Alianza sur colombiana, como acuerdo efímero entre Caquetá, Cauca, Huila, Nariño, Putumayo y Tolima bajo criterios alternativos a la erradicación de cultivos ilícitos; y recientemente ejercicios como el de Región Central, entre Boyacá, Cundinamarca, Meta y Tolima, el de Región Capital entre Bogotá y Cundinamarca, los intentos dados desde los departamentos del eje cafetero, entre otras propuestas.

De otra parte, asuntos como la reglamentación del funcionamiento de las provincias (o subregiones) y de las entidades territoriales indígenas no han sido muy atendidos en las discusiones institucionales, más allá de ciertas revisiones hechas a las provincias históricas del país dadas en propuestas del mismo Orlando Fals Borda y otros académicos, las cuales no han contado con ningún interés formal por parte del Gobierno Nacional.

La poca atención a figuras como las Entidades Territoriales Indígenas, y en últimas a los temas conexos a las perspectivas de ordenamiento indígena, han derivado en la agudización de problemáticas propias de estas comunidades que tienen que ver con la persistencia de conflictos con municipios, corregimientos departamentales y parques nacionales por el manejo de recursos y competencias, la desarticulación de la planeación



propia y la cosmovisión indígena con instrumentos como los planes de desarrollo y los planes de ordenamiento territorial, la falta de mecanismos para el ordenamiento y gestión ambiental transfronteriza, el incumplimiento de acuerdos internacionales de protección de derechos territoriales como la consulta previa, la indeterminación de políticas marco para la Amazonía y el Pacífico, y en general, la debilidad institucional que se presenta en zonas y regiones que cuentan con mayoría de población indígena.

llevadas a cabo por grupos armados, el despojo de tierras, la producción de cultivos ilícitos, el desalojo a campesinos producto de la aplicación de políticas estatales que no han tenido en cuenta la periferia del país, y la inexistencia de políticas de integración fronteriza internacional con países vecinos.

De hecho, la visión fronteriza y de integración regional con países de Latinoamérica, planteada en los dos gobiernos de Álvaro Uribe Vélez fue nula, y el entendimiento de las fronteras como puntos de encuentro se cambió por la visión de estas como espacios para la defensa territorial, sobre la base del aislamiento territorial en el contexto latinoamericano, y doctrinas de “ubicuidad militar”, tan opuestas y distintas a la misma autonomía territorial⁷.

Equilibrio regional, competitividad territorial, planes de desarrollo y disparidades urbano - rurales.

Uno de los principios fundamentales para la organización del Estado Regional Colombiano propuesto por Orlando Fals Borda es el del equilibrio regional, el cual busca promover en los territorios subnacionales, más que el desarrollo para las regiones, la justicia y paz para los pobladores, con lo cual se evita la acumulación acelerada de recursos en pocas regiones y ciudades del país, con la posibilidad de asociar territorios ricos con territorios pobres⁸.

Frente a este principio, se contrapone en la actualidad el de la competitividad territorial, desde donde se aborda la capacidad de una economía para crecer su producción a altas tasas y de manera sostenida, con base en ventajas territoriales dadas por la aglomeración y la concentración geográfica.

Ambas tesis: la de equilibrio regional y la de competitividad territorial plantean una dicotomía en la manera de aproximarse a las



Por otra parte, frente a la revisión de fronteras externas existentes, éstas no se pueden asumir como meras líneas divisorias, sino como puntos de convergencia entre dos territorios, representando así espacios de encuentro entre las políticas de dos estados, regiones o localidades, con lo cual, el desarrollo de programas de cooperación e integración fronteriza cobra validez. De manera errónea, las fronteras colombianas se vienen asociando desde la política pública como espacios privilegiados del conflicto y de las tensiones territoriales, internas y externas, sobre la justificación de situaciones como la normal movilización de grupos poblacionales, y los efectos de la intensificación de violencias generalizadas

discusiones sobre transformación del espacio geográfico, y plantean una constante lucha por lograr su compatibilización. Se puede decir que ambos propósitos son necesarios, y que se requiere del cumplimiento equilibrado tanto del uno, como del otro para lograr la igualdad en las condiciones de calidad de vida y en la productividad territorial.

Sin embargo, lo que se ha visto en el país es un mayor énfasis en privilegiar la competitividad territorial en desmedro del equilibrio regional, lo cual ha tenido impactos en la concentración de industria y riqueza en algunas ciudades principales, en la primacía de Bogotá con su insostenible expansión sobre la Sabana de Bogotá, en el aumento acelerado de migraciones desde ciudades intermedias hacia ciudades más grandes, en la sobreutilización y/o subutilización de áreas con vocación productiva, en la ampliación de la frontera agrícola y en el despoblamiento de pequeñas ciudades por la aplicación de un modelo perverso de modernización que entiende el desarrollo como el favorecimiento a grandes productores y propietarios de la tierra.

Este hecho se ha visto favorecido desde los tradicionales planes nacionales de desarrollo, en tanto que su mirada ha estado centrada en las problemáticas urbanas, como “motores” del crecimiento económico, y por ello en la competitividad territorial, sin atender mucho las realidades rurales del país y la necesidad de generar procesos de igualdad entre territorios. Así, el énfasis de los planes de desarrollo de los gobiernos de la primera década del siglo XXI no han sido ajenos a este proceso, desde los cuales se ha privilegiado la focalización de inversiones en espacios estratégicos para el establecimiento de proyectos más productivos, con canalización de esfuerzos que vinculen al sector privado e impulsen proyectos “rentables” en sectores como la minería, la energía, el ecoturismo y la infraestructura.

El actual Plan nacional de Desarrollo 2010

– 2014 “*Prosperidad para todos. Más empleo menos pobreza y más seguridad*”, plantea una nueva tensión entre los principios de competitividad territorial y equilibrio regional. Propone unas locomotoras del desarrollo (infraestructura, vivienda, agro, innovación y minería), que en últimas buscan favorecer la inversión privada en zonas estratégicas del país, sobre la base de supuestos de crecimiento económico, mejoría en la productividad y la competitividad territorial. A su vez, aborda una dimensión territorial a través del diagnóstico de grandes zonas, sobre las cuales se aplicarían dichas locomotoras, con una estrategia de convergencia y desarrollo regional, mediante la cual se espera disminuir las brechas interregionales y promover el desarrollo endógeno territorial.

Si bien se plantea un Plan Nacional de Desarrollo con enfoque regional, el cual parte de reconocer las diferencias regionales como marco de referencia para formular políticas públicas y programas acordes con las características y capacidades de cada región, estas decisiones se quedaron en el aire, por las reformas conexas asociadas al peligroso Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, por sus impactos negativos frente a la configuración espacial de los territorios y el equilibrio regional.

De hecho, es necesario señalar que este Tratado, sin una adecuación territorial interna, tal y como ocurre hoy en día, es el camino seguro a la profundización de la desigualdad y al aumento de las brechas interregionales, en tanto que el modelo de desarrollo del país es altamente inequitativo, y los sectores que se verían más afectados por dicho tratado están precisamente en zonas rurales.

A manera de conclusión

El cumplimiento y logro de un Estado Regional Unitario planteado en 1991, se enfrenta hoy en día a varios obstáculos asociados a: a) el privilegio en la intervención directa de la

nación en oposición a las autonomías locales, b) la reorganización de entidades territoriales que no reorganizan nada, c) la aplicación de visiones homogéneas y uniformes en la concepción de las fronteras, en contraposición a principios modernos de flexibilidad y heterogeneidad, y d) el supuesto triunfo de los criterios de competitividad territorial frente a otros que promueven un mayor equilibrio y equidad regional.

Por sus valiosas y profundas recomendaciones, y por la riqueza de sus comentarios, las propuestas que hiciera el profesor Orlando Fals Borda son más pertinentes hoy que nunca, para el logro de un ordenamiento territorial autonomista que favorezca la reconstrucción de la nación desde sus espacios territoriales. En ese sentido, elementos básicos como la regionalización del país, la necesidad de un marco integral para el ordenamiento territorial, la revisión de los límites territoriales y el desarrollo de elementos de equilibrio regional, siguen siendo asuntos necesarios para la construcción de este nuevo modelo de país, como respuesta a las enseñanzas y fracasos de esta última década, y como acciones impostergables en el nuevo milenio.

Notas

1. Ver: Massiris Cabeza Ángel. Fundamentos conceptuales y metodológicos del ordenamiento territorial. UPTC. 2005. Pág. 15

2. Fals (1996), pág. 3
3. Fals (2000), pág. 58
4. Massiris Cabeza Ángel. Políticas latinoamericanas de ordenamiento territorial. UPTC. Pág. 64
5. Fals (2000), pág. 41.
6. Fals (2000), pág. 8
7. Fals (2007), pág. 65.
8. Fals (1996). Pág. 32.

Bibliografía de referencia

- Borja, Miguel. *Estado Sociedad y Ordenamiento Territorial*. Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales – IEPRI – CEREC. Bogotá. 2000.
- Carrizosa, Julio. *Desequilibrios Territoriales y Sostenibilidad Local*. IDEA- Universidad Nacional de Colombia. Año 2006.
- Fals Borda, Orlando. *Acción y Espacio*. Tercer Mundo Editores IEPRI. Año 2000
- Fals Borda, Orlando. *Guía práctica del Ordenamiento territorial en Colombia: Contribución para la solución de conflictos*. En: IEPRI- Universidad Nacional de Colombia. Revista Análisis Político número 36 enero – abril de 1999.
- Fals Borda, Orlando. *Hacia el socialismo raizal y otros escritos*. Biblioteca Vértices Colombianos. 2007.
- Fals Borda, Orlando. *Kaziyadu*. Ediciones desde abajo. 2001.
- Fals Borda, Orlando. *Región e Historia*. Colombia. Febrero de 1996
- Massiris Cabeza, Ángel. *Políticas Latinoamericanas de Ordenamiento Territorial: Realidad y Desafíos*. Tunja – Colombia UPTC. Año 2006.



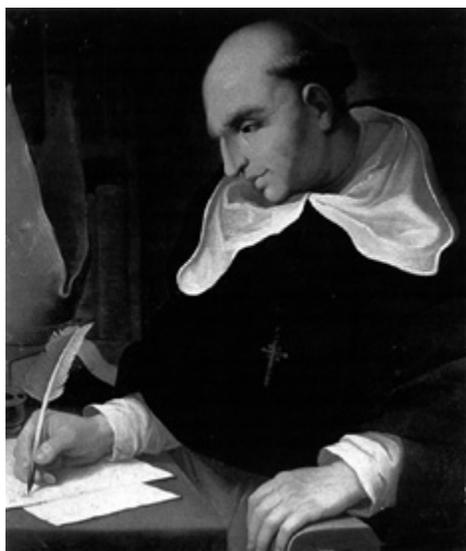
Territorios subalternos, autogobierno local y epistemología emancipatoria en Latinoamérica

Alexander Martínez Rivillas*

Introducción

Arturo Escobar acuñó una expresión que podría encerrar el misterio de nuestra autenticidad cultural latinoamericana, esto es, el *postdesarrollo*¹. Su categoría no acepta el colonialismo político, económico y cultural; y arguye que el trauma en que constituye nuestra artificiosa modernidad explica buena parte de las incapacidades para resolver las demandas de nuestros propios patrones de bienestar o felicidad, y las dinámicas radicalmente perturbadoras de nuestro entorno natural, que por supuesto sólo es aprovechable de modo duradero mediante un radical ecologismo mítico o cientificista, de cuño indigenista o campesinista.

Sin embargo, la autenticidad del *postdesarrollo* se pone en cuestión de modo radical cuando se introduce la participación activa de la vida urbana latinoamericana (buena parte del total de la población), sus patrones hedonistas de bienestar, y las formas moderno-liberales de sus sistemas políticos y económicos. Así, el *postdesarrollo* parece condenado a una imagen bucólica y agrarista del mundo (a pesar de todo el activismo ciberespacial de origen urbano²), funcional a espacialidades cuasi-autónomas de comunidades con fuertes lazos colectivistas, las cuales representan la inmensa minoría latinoamericana.



La hipótesis que se tratará de probar aquí no es simple: el *postdesarrollo* o cualquier forma auténtica de buen-vivir no puede desfundamentar el *desarrollismo* de cuño colonialista y racialista, sin la construcción de otra *imagen* política, económica y técnica del mundo. O dicho de otra manera, una forma distinta de democracia, otra forma de metabolismo social, y un cartesianismo del espacio lógico-operativo sin pretensiones de universalidad y necesidad, lo que solamente será posible mediante la fundamentación de unas ciencias socioambientales militantes, las cuales a su vez darán soporte a una *personalidad social auténtica, razonablemente colectivista y realmente ecológica*.

* Ingeniero Geodesta y filósofo. Profesor de la Universidad del Tolima

Antecedentes del desarrollismo

Los agentes que operaron los cambios fundamentales en la imagen cosmológica de los pueblos ancestrales, mestizos y las élites criollas, no fueron ni el Banco Mundial ni la ONU. Sus antecedentes hunden sus raíces en las reformas urbanas de la colonia, los procesos doctrineros de agustinos, jesuitas y franciscanos, las reformas borbónicas, y el coloniaje agro-extractivista del siglo XIX.

Las cédulas reales mediante las cuales se constituyeron las ciudades coloniales obedecieron a un plan hegemónico de control de recursos mineros, retaguardias militares, y “civilización” moral y económica de los pueblos. Las cédulas de Carlos V insistían por ejemplo en la adecuación de espacios cercanos a fuentes de agua, construcciones en damero, plazas centrales que concentraran el poder civil, religioso y económico, asentamientos con fácil interconexión fluvial o terrestre, y proximidad a centros mineros claves. Dispositivos de construcción espacial del poder de la corona que vehiculó una cosmovisión medieval de la ciudad mezclada con algunas formas modernas de administración de la riqueza. La ciudad prehispánica en efecto era radicalmente distinta, pues mientras esta sostenía una relación mítico-funcional con el entorno rural y sus relaciones sociales urbanas, el modelo urbano español recreaba una forma de relación instrumental con los pobladores y recursos del entorno rural, y una relación violenta de adoctrinamiento intramuros con los “incivilizados”.

El mundo cuadrangular que suponía el damero o la retícula urbana, obligaba a la construcción de un hábitat euclidiano, con nociones disciplinantes del trabajo y la simbología del hogar, como perpendicularidad, intersecciones en escuadra, líneas a plomada, cubiertas de varias aguas, entre otros. Estos elementos perturbaron la cosmología indígena de su espacio vital, e indujeron formas de

ver el mundo en clave occidental: los materiales constructivos, la asepsia del espacio, la distribución simbólica del lugar, los espacios funcionales para la cocción de alimentos y ceremonias, fueron sustituidos por espacios funcionales con semánticas vacías o por lo menos invasivas. Así pues, se introducía una lógica espacial cartesiana y tautológica que expulsaba del hogar el mito, el rito y una sabiduría de balance metabólico con el entorno.

La ciudad como centro de acumulación de materia, como el lugar donde se puede concentrar la infinitud de las fuerzas humanas y el consumo de todos los adminículos del mundo, provocó una transformación brutal del imaginario teleológico de los pueblos indígenas. La ciudad parecía ser un espacio sin fin, constatación de un destino infalible: el antropocentrismo radical europeo. La noción de finitud del indígena (lo que se constata en sus limitados sistemas de conteo), base de las operaciones de crecimiento cero de sus economías domésticas, o de una producción de autoconsumo o de intercambio fuertemente sacralizada, fue destruida por completo en beneficio de una lógica cuantitativista de dominación total del espacio y el tiempo. Lo que es más, la lógica de conteo limitada de sus pueblos, parecía consagrar el infinito de lo no contable a dimensiones mágico-ritualistas, en una muy clara distinción de lo infinito contable (sólo aclarada realmente desde Cantor), de lo cual eran conscientes cuando aplicaban nociones de subconjuntos, o en casos más cotidianos, la noción de biyección. La tesis aristotélica según la cual quien dice uno está



obligado a decir dos, y de este modo hasta el infinito, hace sentido pleno, pues los indígenas fueron introducidos a una preconcepción de lo infinito como aquello que es siempre contable y apropiable, lo que en efecto sólo era inherente a los pueblos occidentales.

En lo que se refiere a la empresa doctrinera, fácilmente de desarrollar dentro de la ciudad, pero realmente heroica en nuestros suelos rurales, contribuyó de modo importante a la construcción de una imagen autojustificatoria de la conquista y la colonia. La tesis de Dussel según la cual Bartolomé de las Casas introduce un humanismo concreto y con pretensiones de universalidad (anterior a toda filosofía política europea), también podemos verla como la mejor forma de resolver en clave teológica (o sea, como cristianismo racional) la contradicción vida útil-muerte inútil y alma cristiana-alma no cristiana, en los procesos doctrineros. El canon doctrinero ciertamente no siguió a Bartolomé de las Casas en todas sus recomendaciones, pero sí incorpora en el registro un procedimiento fundamental y por demás fácil de comprender: aunque estén equivocados los indígenas, ellos, por sus propios razonamientos, sabrán que la mejor doctrina es la cristiana, pues ella les dará la libertad. Al respecto escribe Bartolomé de las Casas:

“Obrarían ligeramente y serían *dignos de reprehensión y castigo* si en cosa tan ardua, tan importante y de tan difícil abandono [...] prestaran fe a aquellos soldados españoles, haciendo caso omiso de tantos y tan graves testimonios y de tan grande autoridad, hasta que con argumentos más convincentes, se les demostrara que la religión cristiana es más digna de que en ella se crea, *lo que no puede hacerse en corto espacio de tiempo*”³.

El problema de la colonia reside en la temporalidad del proceso civilizatorio, y no en una esencia constitutiva de la autodeterminación de los pueblos, como a veces se hace creer. Para Bartolomé de las Casas, la cristianiza-



ción del alma del no cristiano se resuelve con buenos argumentos y planes de largo plazo, lo que lo convierte en el más antihumanista de los doctrineros, y el más insidioso de los cristianos (lo que por supuesto no puede creer Dussel). De otro lado, la modernidad por vía de la cristianización, propia de los Estados Absolutistas, no es un asunto ajeno a Bartolomé de las Casas, pues siempre insistirá en lo siguiente:

“Nadie puede legítimamente (*legitima*) [...] inferir perjuicio alguno a la libertad de sus pueblos (*libertati populorum suorum*); si alguien decidiera en contra de la común utilidad del pueblo, sin contar con el consenso del pueblo (*consensu populi*), serían nulas dichas decisiones. La libertad (*libertas*) es lo más precioso y estimable que un pueblo libre pueda tener”⁴.

Aparecen pues las nociones de legitimidad, utilidad, consenso y libertad, todas ellas inscritas en el proyecto liberal burgués, que más tarde será explicitado por Locke. Se ha constatado que la mayoría de las comunidades indígenas incorporaron de modo *ladino* estas expresiones de utilidad y libertad (que es lo mismo que ocurrió con los pueblos españoles en sus regiones premodernas hasta bien entrado el siglo xx), pues en efecto le fueron ajenas en todo sentido: la libertad no

se comprendía porque su orden cosmológico tenía un fluir predeterminado, y la libre elección muchas veces era vista como una falta de apego al plan de balance con la naturaleza y los dioses. Los valores eran en efecto mítico-rituales, y no podían introducir una idea de causalismo moral o fiscalista, pues ello implicaría dividir el mundo en fuerzas independientes que generan su propia serie de causas (como el movimiento de los cuerpos, los astros y del criminal).

El “consenso” con arreglo a la “utilidad del pueblo”, o aquellas formas primigenias del contrato social moderno, no habrían de hacer sentido sin la noción moderna de libertad, ni en comunidades con formas de intercambio sin *mathema* cartesiana (materia subdivisible, medible, comparable, sustituible y auto-valorizadora³), ni tampoco con formas agonísticas de la política secular que consagra el interés particular como patrón de constitución del destino colectivo. Recordemos que Adam Smith creía que si cada persona hacía lo mejor para sí, haría lo mejor para el colectivo. Esta transitividad de lo individuado a lo societario, en qué consiste el consenso, no era posible, por ejemplo, en la cosmovisión de un Pijao o Chibcha, pues el tejido social capaz de agregar los individuos no tenía su origen en una “carta de derechos”, sino en la inmanencia de leyes cósmicas, por supuesto infalibles e incuestionables. De este modo, el crisol cultural de la colonia habría de dar lugar a formas *ladinas* de reacción al canon moderno de la libertad y la utilidad, y a una psicología social representativa del campesinado con o sin autorreferencias indigenistas, ampliamente estudiadas en Erich Fromm para México, y para Colombia, por José Gutiérrez, las cuales son también útiles para explicar la mentalidad de nuestras élites sociales. Al respecto dicen Fromm y Maccoby:

“Sólo cuando su manera de adquirir cosas y de relacionarse con los demás es esencialmente improductiva, su capacidad de aceptar, tomar,

ahorrar o intercambiar se transformará en el deseo voraz de recibir, explotar, acumular o traficar como modos predominantes de adquisición”⁶.

La condición improductiva del campesino o el indígena, a decir de Fromm y Maccoby, configura un tipo sociológico que fue producto directo de los procesos de colonización cultural, y de las sistemáticas violencias sobre sus lenguas, hábitos y simbologías mítico-rituales. Es relativamente fácil de explicar lo *ladino* en la personalidad social latinoamericana una vez constatamos que sus formas económicas, políticas y culturales consuetudinarias, capaces de darse una forma propia de buen-vivir y unas técnicas específicas de supervivencia y balance ecológico, fueron seriamente perturbadas o destruidas. Así pues, las formas auténticas de la personalidad individual en una cultura que “respeto y enriquece la vida”, en palabras de Fromm, fueron trastocadas en la personalidad *ladina* de la siguiente manera: quién es “capaz de aceptar”, es visto como “pasivo”; quién es “dedicado” es visto como “sumiso”; quien es “modesto” es valorado como alguien “sin orgullo”; quién es “cortes” es “rastrero”; quien es “optimista” es “ilusivo”; quien es “confiado” es “crédulo”; quien es “tierno” es “sensiblero”⁷.

En el campo de la actitud de “tomar” algo, la transvaloración fue de este tenor: quien es “activo” es “explotador”; quien tiene “iniciativa” es “agresivo”; quien “reclama” es “egocéntrico”; quien es “orgullosa” es “presuntuosa”; quien es “confiado en sí mismo” es “arrogante”; quien es “cautivador” es “seductor”. Y en la dimensión de una actitud de conservación, se produjeron estos cambios: quien es “práctico” “carece de imaginación”; quien tiende a economizar es “mezquino”; quien es “reservado” es “frío”; quien es “paciente” es “letárgico”; quien es “constante” es “obstinado”; quien es “imperturbable” es “indolente”; quien es “ordenado” es “pedante”; quien es “metódico” es “obsesivo”; quien es “fiel” es “posesivo”⁸. Y la lista de temperamentos sería inagotable.

A la luz de lo anterior podemos ver la constitución misma del terrateniente, del burócrata que exigió la titulación de baldíos, del trabajador agrícola que se insertó en la guerra o al pillaje, el político que hizo de su cargo un medio de enriquecimiento, el ciudadano que ve en el Estado un botín de guerra, el hombre violento con sus seres queridos, el simulador, el falsificador, el canibalismo simbólico, la enorme dificultad para solidarizarnos, la crisis de diálogo transparente y respetuoso, la patente incapacidad de reconocer nuestros propios talentos, el fanatismo católico, el fanatismo político violento de nuestros pueblos, y hasta el dogmatismo atroz de nuestras izquierdas y derechas. Todas ellas formas destructivas y autodestructivas de la personalidad que contribuyen a despejar nuestra cultura ladina, y a constatar la crisis de autenticidad cultural de nuestros pueblos, con sus formas conexas de inviabilidad para la supervivencia y su actitud depredadora con el ambiente.

En lo que toca a las reformas borbónicas, el principal objetivo fue la configuración de una subjetividad criolla modernizante y procolonialista, y no, especialmente, el inventario geográfico y científico de las “indias”. La reacción negativa de la burguesía criolla y de la iglesia católica ya la conocemos, y su consiguiente estímulo a los procesos separatistas. No obstante las consecuencias negativas para la Corona, la formación de una mentalidad criolla pragmática protomoderna si tuvo lugar en la Nueva España, lo mismo que sus efectos en algunos sectores mestizos (por la vía de la carrera militar).

Evidentemente, la necesidad de un aparato burocrático eficiente en la Hacienda Pública y la Administración local y regional, implicó para la reforma borbónica un cambio en la concepción de las dignidades nobiliarias (aunque los empleos de mayor importancia siguieran en poder de españoles), pues una capa de americanos privilegiados accedieron

a una educación ilustrada, y otra capa de mestizos se instruyeron en la doctrina militar. De hecho, las élites sociales que fomentaron los procesos independentistas provenían de nuevos ricos de origen criollo, o españoles con privilegios que abrazaron la causa americana para preservarlos. Así las cosas, la mentalidad protomoderna de los americanos configuraron tres principios de constitución de la subjetividad de las élites sociales: (a) los recursos naturales de América son dones inagotables y desaprovechados por sus pobladores, y por tanto deben ser explotados para



el progreso de las colonias; (b) las gentes que habitan sus valles y laderas comportan una naturaleza holgazana, relapsa y licenciosa, que debe ser sometida a estrictos disciplinamientos en la encomienda y el resguardo; y (c) la instrucción o educación son medios lícitos para el enriquecimiento personal, y fuente de privilegios sociales.

El primer caso configura la imagen moderna extractivista de los recursos de América, objeto de técnicas y vasallajes de todo tipo, pero que habría de desacralizar cualquier relación con el ambiente. El segundo caso, la imagen racialista y desdeñadora de los caracteres

psicológicos propios del indígena y mestizo, y por supuesto de sus valores y *habitus*, por lo cual habría que re-denominarse su mundo primitivo, mediante un lenguaje civilizador (el caso de la expedición botánica es claro), y constituir una valoración negativa del habitante natural con una teleología claramente colonialista (el caso de los diarios de campo de Humboldt y Caldas es evidente, cuando por ejemplo describieron, de modo negativo, a los habitantes de la parte alta de nuestro valle del Magdalena). De hecho, el determinismo ambiental, heredado de una ilustración racista, fue el responsable de la construcción de la imagen del “calentano” en nuestras tierras. Lo que en efecto indica el provincialismo de la Ilustración europea que desconocía el surgimiento de culturas del trabajo fuertemente arraigadas en medios hostiles o extremadamente cálidos, como en la India, Israel y África del Norte.

El tercer caso es un síntoma de la vida *cortesana* heredada de España, que insertó la Ilustración borbónica como forma de simulación de la alcurnia y las buenas costumbres, y que luego definirá para Colombia la tipología del gramático político, por demás tímido y holgazán. Ciertamente, estas tres imágenes de América, acompañada de las reformas urbanas y el adoctrinamiento fomentador de mentalidades *ladinas*, solamente fueron posibles mediante la operación de una mentalidad colonialista muy particular, es decir, los *ladinos* americanos fueron engendrados por otros *ladinos* premodernos, quizás más pertinaces y pérfidos que los nuestros: los españoles. En efecto, lo *ladino* no surge en la hibridación cultural solamente, también emergió de un trasvase cultural.

En lo tocante a la agro-extractivismo del siglo XIX, los estudiosos han mostrado que sus economías conexas, continuaron la estructura del proceso extractivista minero de los siglos precedentes, en las formas extractivas del caucho y de explotación agrícola de la



quina, el añil, el tabaco, el café, entre otros. No obstante, aquella vieja estructura, además de hacer circular las riquezas que soportaron las revoluciones industriales y el comercio de ultramar en los territorios europeos, experimentó un cambio en los dispositivos de disciplinamiento, regulación social y control jurídico en el campo del trabajo, y unas transformaciones radicales del espacio colonial mismo.

Aquel primer siglo de repúblicas independientes sofisticaron y sustituyeron el orden económico colonial por otro orden económico igualmente estamental, improductivo y exportador, cuyas consecuencias en la subjetividad *ladina* podemos resumir así:

(a) los nuevos patrones de bienestar de las élites regionales y nacionales, y los campesinos e indígenas que ingresaron a una incipiente urbanización de su mentalidad, fijaron todo sentido de progreso en los bienes y servicios producidos en el viejo mundo o Norteamérica. Lo que desestimuló cualquier iniciativa

de autorreproducción de nuestras economías domésticas, y reforzó la idea de dependencia de nuestros bienes primarios de exportación;

(b) la configuración de un régimen hacendatario funcional a las demandas de productos primarios europeos (a la sazón muy inestable; lo que explica por ejemplo la ruina de la agroindustria tabacalera), desató la definitiva disolución de los resguardos, la individuación de la propiedad de la tierra, la colonización de baldíos no aptos para la producción (como contraprestación a los servicios prestados en la construcción de infraestructura para poder movilizar la producción de las haciendas, o como contraprestación a los servicios militares prestados), y una sobreexplotación de brazos que incorporó a toda la familia, separando a los adultos y niños de cualquier experiencia educativa, o bien en los cánones de los saberes ancestrales, o bien en los cánones de la ilustración;

(c) el despliegue de una cultura del trabajo no auténtica o superficial mediante regímenes disciplinarios (que en el caso colombiano es ejemplificado por la hacienda y el mediofundo cafetero⁹), y políticas públicas protocolvinistas, que en Colombia dieron lugar al consabido neo-borbonismo, y que en la segunda mitad del siglo XIX, y mediante reformas liberales, produjeron un plan educativo de técnicos e ingenieros (a la sazón más “burocrático que empresarial”), que ciertamente no fue suficiente. Respecto a este tema, dice José Gutiérrez:

“Y tampoco faltó quien diera una explicación *weberiana* para la ética antioqueña, atribuyéndole virtudes desarrollistas. En realidad, según J. Peirce, con la necesidad de trabajo cierto en los albores del café se propagó el pago con tierras a mano de obra para caminos y vías férreas, despertándose tal mentalidad: el afán de lucro y trabajo es muy reciente...”¹⁰.

Así pues, la vocación laboral aparece como un

interés compensatorio, un acto de facilismo o sacrificio, el efecto de una estrategia pública limosnera, y una alternativa improvisada a la alta concentración de la tierra productiva. Si observamos los reglamentos de la hacienda cafetera, se comprobará, por ejemplo, que sus subjetividades producidas en el siglo XIX, propalaron hábitos *cortezanos* y *ladinos*, antes que un principio de relaciones sociales productivas y auténticas, a decir de Fromm. Esto es explicable por las relaciones instrumentales y destructivas que se instalaron en la vida laboral del campesino y el indígena, las cuales impidieron el fomento de una religiosidad interior o una autopercepción reforzadora de su autonomía y vitalidad. De este modo, el trabajo se configuró definitivamente como un valor negativo de la cultura, y multiplicó la propia imagen cotidiana del americano holgazán. O dicho de otra manera, la vocación de trabajo ancestral del indígena fue totalmente desfundamentada por dichos regímenes disciplinarios, y sus sustitutos superficiales en el campesinado fueron el efecto directo de una construcción histórica de las élites sociales que lo definieron como “perezosos”.

Y (d), la constitución de una subcultura delincencial en la concepción e implementación de la norma¹¹. Los grandes ensayistas latinoamericanos del siglo XIX, como el ecuatoriano Juan Montalvo, denunciaron el *leguleyismo* articulado a los privilegios de los monopolios y la titulación de tierras incultas, entre los cuales los líderes políticos resulta-





ban ser los más beneficiados. Dice Medardo Rivas, connotado periodista colombiano con aspiraciones terratenientes, en un trabajo de 1899, refiriéndose a los derechos de compra de un resguardo en el Alto Magdalena:

“El número de los que tenían derecho a esas tierras era trescientas. De estos derechos setenta y dos eran míos, y los de personas que pretendían tener derecho sobre la tierra serían tres mil; y para desenmarañar este enredo tuve que seguir un complicado juicio, cuyo expediente llegó a ser la carga de una mula”¹².

La realidad fue sustituida por la gramática y formulismos jurídicos, mediados casi siempre por una intrincada red de favores personales, amiguismos, complacencias políticas, y trámites kafkianos, esto es, comprobaciones archivísticas inútiles para preservar ciertos privilegios. De hecho, varios países latinoamericanos han sufrido los efectos de códigos delirantes e impracticables, como Chile y Colombia. Para nuestro caso es sabido que la Nación se articuló territorialmente mediante el bipartidismo político, y que primero ostentábamos una nacionalidad de cuño ideológico antes que idiomática o cultural. De este modo, el *leguleyismo* decimonónico y el *electorado rural* configuraron relaciones

de encumbramiento o exclusión social, que contribuyeron a un radical clasismo regional y nacional¹³.

En resumen, la *ladinización* latinoamericana fue posible por la transmutación y trasvase de valores ladinos premodernos de origen ibérico, operados mediante formas de subjetivación de la organización espacio-temporal cartesiana y protomoderna de la vida social urbana; las misiones doctrineras y civilizadoras desfundamentadoras de valores culturales ancestrales que contribuyeron de modo importante a la producción de una personalidad social destructiva y autodestructiva; la formación de una mentalidad ilustrada en las elites sociales deliberadamente indiferente con lo real y capaz de una burocracia diseñada para su enriquecimiento; y la configuración de una vida social cortesana y superficialmente aplicada a la cultura del trabajo, mediante el régimen señorial hacendatario. Así las cosas, la mentalidad ladina de todas las clases sociales latinoamericanas fue el canon sociocultural que preparó el camino para una *modernización* accidentada y arbitraria de nuestros pueblos en el siglo XX, y para un *desarrollismo* reciente fatalmente instalado en la típica personalidad intelectual y política latinoamericana.

Modernización y desarrollismo en Colombia y Latinoamérica

Los países Latinoamericanos experimentaron distintas formas de modernización económica durante las primeras décadas del siglo xx, agenciados en la mayoría de los casos mediante sucesivas dictaduras militares. El proceso de secularización cultural se presentó a la luz de reformas legislativas y políticas públicas que intentaron operar reformas urbanas estructurales, medidas de redistribución de la tierra, liberación de la fuerza laboral, incentivos a la industrialización del campo, y fomento del empleo urbano para generar acumulaciones de capital y, en consecuencia, dinamizar sus economías. Desde los años cincuenta, es evidente la participación masiva de los medios de comunicación, los cuales vehicularon patrones de consumo hedonistas tanto en el campo como en la ciudad, que en efecto ridiculizaban o subvaloraban nuestras costumbres campesinas o ancestrales. Igualmente, se divulgaron políticas nacionalistas profundamente retóricas y muy inusuales, esto es, al mismo tiempo que se invocaba la raza, la sangre y la gloria de los pueblos mestizos (aunque aún no fueran visibles los afros e indígenas), se les exigía ser “gente moderna”, afecta a los hábitos de los países del Norte, tal como sucedió en Perú, Ecuador, Colombia, entre los más destacados.

Los anteriores planes modernizadores fueron agenciados desde principios de siglo por élites sociales formadas en Estados Unidos, en la mayoría de los casos (y aun hoy se repite el mismo patrón ideologizante en nuestras tecnocracias), las cuales intentaron superar la condición extractivista de sus economías, fortalecer su industria nacional y consolidar una élite social moderna. Ciertamente, en la mayoría de los países Latinoamericanos esto no fue posible. Las razones son variadas y complejas, pero por lo menos sí podemos constatar el surgimiento de una personalidad social

muy interesante, que se denominará aquí como *ladinismo funcional*.

Este singular *ladinismo* del siglo xx se funda sobre el *ladinismo cultural* configurado en la colonia y el siglo xix, pero opera unas diferencias especiales, es decir, interiorizó una modernidad desde la perspectiva subalterna (lo que ya Ranajit Guha y Aníbal Quijano habían estudiado), pero que en clave latinoamericana hemos querido llamar aquí una *perspectiva desarrollista*. “Modernidad para pobres” podría ser la definición esquemática de nuestro *desarrollismo*. Su diferencia con la protomodernidad de la colonia y el siglo xix reside precisamente en la concepción muy deliberada de un programa de inserción a la modernidad con dependencia económica, subalternidad cultural y privilegios ilimitados para sus actores fundamentales.

Este programa no sólo se elaboró en las misiones económicas contratadas con Estados Unidos, sino que reverberaba desde antes en la clase terrateniente e industrial en ascenso o instalada (basta mirar el intercambio epistolar con sus representantes políticos para comprobarlo). Para el caso colombiano, entre 1907 y 1934, el determinante auge industrial antioqueño de sustitución de importaciones fue posible por el:

“...mercado de consumo ampliado (...), oferta abundante de mano de obra (...), tendencias populares empresariales y mercantiles (...). Pero otra, *esencial para el cumplimiento del proceso*, es el producto del enlace geográfico y cultural creado por los nuevos transportes entre la estructura social antioqueña y la de la antigua zona hacendaria: *la manipulación del poder público como elemento primordial* y casi único del lucro y de la riqueza (...). Al poner en contacto activo e interdependiente las dos estructuras sociales (...) engendró el *feudalismo industrial monopolístico*, que es hoy la característica más importante de la ‘modernización’ económica y cultural de Colombia y de sus convulsiones políticas”¹⁴.

Este peculiar “feudalismo industrial monopólico” no fue un resultado espontáneo, sino el producto de aquella “manipulación del poder público”, que a su vez impulsó la infraestructura de comunicaciones en la región central del país durante el mismo periodo. Nuestro “protocolvinismo neo-borbónico” agenció la transformación de esta “manipulación” en un verdadero *ladinismo funcional*, parcialmente emprendedor, parcialmente extático, parcialmente eficiente, parcialmente delincuencial, parcialmente humanitario, según fuera la circunstancia legal, política o económica que se les impusiera.

Posteriormente, dicho *ladinismo* permeó toda la clase media y algunas capas de la población “pobre”, tanto en el campo como en la ciudad, lo que se hizo patente con el proceso de secularización pseudo-liberal de las sociedades latinoamericanas desde la segunda guerra mundial, y las políticas de un Estado de Bienestar pseudo-industrializador que hicieron crisis en 1973, con la gran recesión del sistema mundo capitalista, a decir de Wallerstein. De hecho, cuando se opera la universalización del *modelo desarrollista* para los países “pobres”, que propuso Truman en 1949, y las declaraciones etnocentristas de la ONU que desde 1951 lo consagran como canon de progreso para el mundo, ya nuestras élites políticas lo habían interiorizado mediante aquel *ladinismo funcional*, con la misma enjundia retórica de un Samuel Phillips Huntington.

Evidentemente, la dialéctica de los hechos han mostrado que la construcción colonialista del “subdesarrollo”, “el tercer mundo”, el “pobre”, el “emprendedor”, el “atrasado”, entre otras, no se desencadenan en el tráfago mismo del imperialismo de la ONU, el BM o los Estados Unidos, sino estableciendo con ellos una relación de paternidad, minoría de edad, vergüenza social y minusvalía cultural. En suma, lo que operó fue la autodefinición deliberada de una “pobreza” e incapacidad

de “progreso” imposibles de superar sin la ayuda de las naciones del Norte. Y dicha autodefinición se concibió, sin lugar a dudas, en nuestras élites sociales y clases medias en ascenso. El vacío o la indigencia de valores nacionales se llenaron con versiones negativas de nosotros mismos, pero desde la perspectiva positiva del paradigma de desarrollo y confort de los países “desarrollados”. Se trata finalmente de lo que Foucault llamaría la interiorización total del poder disciplinario y biopolítico.

Aquella noción de “pobreza” es en realidad una pobreza de definición auténtica de nosotros mismos, y el “desarrollismo” es una pobreza de definición auténtica de nuestra propia noción de buen-vivir. Y estas ausencias de autenticidad se convirtieron, en las últimas décadas, en el principal trauma de nuestro *ladinismo funcional*, es decir, ante la palpable incapacidad de reproducir las condiciones de desarrollo del capitalismo clásico, ante la inviabilidad de instalar en las matrices culturales del trabajo el capitalismo industrial, ante el déficit de burocracias eficientes, ante la consecuente privación de medios materiales para realizar aquella noción colonialista de bienestar, y ante la contra-hegemonía Soviética y China que se disputaban con Estados Unidos el control de América Latina; la reacción de las capas ilustradas de las clases medias y altas fue sin duda variada y contradictoria: emergencia del anti-imperialismo, pero a su vez la aparición de un segundo impulso a la burguesía industrial; concepción de una “teoría de la dependencia”, pero también el apoyo incondicional a las reformas institucionales burguesas; nacimiento de plataformas marxistas ortodoxas, pero a la par el reforzamiento del liberalismo económico; y surgimiento de un indigenismo, campesinismo y ambientalismo beligerante, siempre construido en fronteras político-culturales, que se desplegaron en las regiones con *ladinismos funcionales* de mayores traumas existenciales (que en el caso colombiano, se encuentra tipificado en

Popayán y su región de influencia), pero por otro lado, la instalación de una normalidad social pluriétnica y multicultural mediante tratamientos humanitarios, como el Programa Mundial de Alimentos de la ONU, reformas legislativas especiales, territorialidades con autonomías parciales, políticas liberales compensatorias de minorías, entre otras.

Aquellos traumas del *ladinismo funcional* al *desarrollismo*, revelaron un conjunto de contradicciones o dialécticas entre una *subjetividad pragmático-liberal, hedonista y proto-productivista*, y otra *subjetividad pragmático-conservadora, colectivista y proto-ecologista*. Estas dos subjetividades han sido igualmente ladinas pero en direcciones opuestas, y han contribuido, por una parte, a constituir distintas plataformas políticas neoliberales y urbanizantes de la mentalidad latinoamericana (tipificadas en el modelo de ciudad-región competitiva, por ejemplo), y por la otra, a la



Enrique Dussel

fundamentación de plataformas izquierdistas de vocación agrario-socialistas y ruralizantes de la mentalidad latinoamericana (tipificadas en el modelo de la bio-región autonomista, por ejemplo). Aquella *subjetividad pragmático-liberal*, fuertemente anclada en los centros de poder de los países del Norte y coautora de los modelos de política pública para nuestros países Latinoamericanos, prefiere la articulación infraestructural y comercial con el mercado mundial, nichos industriales o de servicios especializados, ciudades con alta concentración de mano de obra calificada y con alta capacidad de consumo, centralismos urbanos con una relación depredadora o extractivista con el entorno ambiental, y pobremente compensadora con sus funciones ecológicas, entre otras características. Y aquella *subjetividad pragmático-conservadora*, fuertemente anclada en las redes internacionales de organizaciones sociales alternativas, ha preferido plantear dispersiones urbanas, redes de producción y comercialización intrarregionales, tecnificación básica de sus economías locales, programas de agricultura urbana y agroecología rural, relaciones ecológicas compensatorias de la ciudad con el campo, formas cooperativas de producción y distribución, mecanismos de autogobierno local, diversificación de mecanismos de resistencia social tanto en las calles, plazas o carreteras arteriales, o en el ciberespacio, entre otras características.

Por supuesto, es aquella *subjetividad pragmático-conservadora* la que atraviesa el campesinismo, indigenismo y ambientalismo de una densa red de organizaciones políticas locales y regionales latinoamericanas, y cuyas imágenes existenciales del mundo debemos estudiar a fondo en respuesta a las imágenes utilitarias del mundo correspondientes a la *subjetividad pragmático-liberal*.

¿Qué tipo de ladinismo funcional opera en la *subjetividad pragmático-conservadora, colectivista y proto-ecologista*? Antes de aventurar

una respuesta, debemos estudiar las categorías fundamentales que explican el *ladinismo funcional* de la *subjetividad pragmático-liberal*. Aquellas categorías podemos resumirlas así:

(a) *ladinismo cultural* o psicosocial aferrado a una imagen autodestructiva de uno mismo y destructiva con el otro, heredada de la colonia;

(b) la concepción de la *naturaleza como recurso ilimitado*, heredada de las formas de organización económica y social del espacio del nuevo mundo;

(c) la operación de una *noción causalista fragmentadora del mundo*, la cual disolvió la imagen cósmica y organicista del mismo, y que fue fomentada por el racionalismo cristiano y otras formas ilustradas de su percepción;

(d) la *transmutación de cualquier valor de uso en valor de intercambio*, la cual introdujo la monetarización del trabajo y la naturaleza, y que tuvo su origen en las formas precapitalistas heredadas de España;

(e) *sistemas morales sin formas autorregulatorias del placer*, los cuales menoscaban radicalmente nuestras ancestrales formas de apercepción;

(f) la imagen de una *sustituibilidad abstracta* de unos bienes por otros, o de unas personas por otras, la cual no sólo opera en el valor de cambio de los mercados, sino en toda instrumentalización de la naturaleza y las personas;

(g) la *commensurabilidad del mundo sensible y simbólico*, la cual implicó la disolución del cosmos en formas designativas abstractas de conteo, con infinitos símbolos, y dieron soporte a la imagen cartesiana y monetarizada de la realidad;

(h) la idea de la *reversibilidad de los procesos sociales y naturales*, cuya arrogancia antropocéntrica destruyó las formas conservacionistas de los ecosistemas e impuso una imagen

eficientista y derrochadora de las fuerzas naturales y humanas;

E (i), la instalación de una imagen *monovalente de la verdad*, fuente de toda suerte de fanatismos, simplificaciones, reduccionismos y generalizaciones gratuitas en nuestros modos de construir la verdad, lo que en efecto consagró una imagen no plural del mundo, y destruyó toda forma de biocentrismo cultural y ciertos policentrismos políticos ancestrales, tal como lo registran, por ejemplo, los mitos de la creación de la serpiente ancestral de los Uitotos.

Ahora bien, los presupuestos de la Ilustración, los cuales influyeron poderosamente en la constitución de las anteriores imágenes del mundo de nuestra subjetividad pragmático-liberal, mediante el neo-borbonismo, el protocolvinismo y las reformas seculares del siglo xx, también dieron lugar a formas sofisticadas de interrupción y manipulación de estas imágenes existenciales, que explican suficientemente este tipo específico de ladinismo funcional. Este ladinismo en realidad opera en una dialéctica compleja que debemos aclarar. Pues, podemos encontrar fenómenos sociales en los que el *ladinismo cultural* puede salir, en clave pragmática, de su egocentrismo y ofrecer, temporalmente, una perspectiva no destructiva del otro, como es el caso de una política redistributiva. También podemos encontrar una actitud o medida pública que impongan restricciones a la explotación de los recursos naturales, en una perspectiva meramente rentística o instrumentalmente planificadora. O también podemos constatar formas sistémicas de percepción de la naturaleza, consagrada en una reforma legislativa, pero en el marco de una política de resolución práctica de un conflicto. O una institucionalización del valor de uso de un bien ambiental y su regulación correspondiente como un bien inalienable, pero en el marco de la preservación de una función ecológica importante para un enclave



industrial. Y los ejemplos serían infatigables, pues lo que aquel *ladinismo funcional* plantea es la distribución espacial y temporal de los beneficios monetarizados de unos pocos, mediante fórmulas de minimización del conflicto político o social.

Por otro lado, la *subjetividad pragmático-conservadora, colectivista y proto-ecologista* ha configurado otra forma de ladinismo funcional, que podemos caracterizar así:

(a) las formas solidarias de la personalidad social son parcialmente autodestructivas cuando agobian la capacidad de disenso individual, o destructivas, cuando este disenso es invocado como un derecho liberal, para inducir una elección social que persigue beneficios personales (esta situación se presenta con frecuencia en un gobernador indígena, o en algunos líderes de un consejo comunitario de afrodescendientes);

(b) las operaciones cosmológicas o ambientalistas pueden establecer relaciones sacralizadas o conservacionistas con la tierra, pero ellas se han visto suspendidas por la aceptación voluntaria de un proyecto minero o maderero, por una justificación puramente rentística en

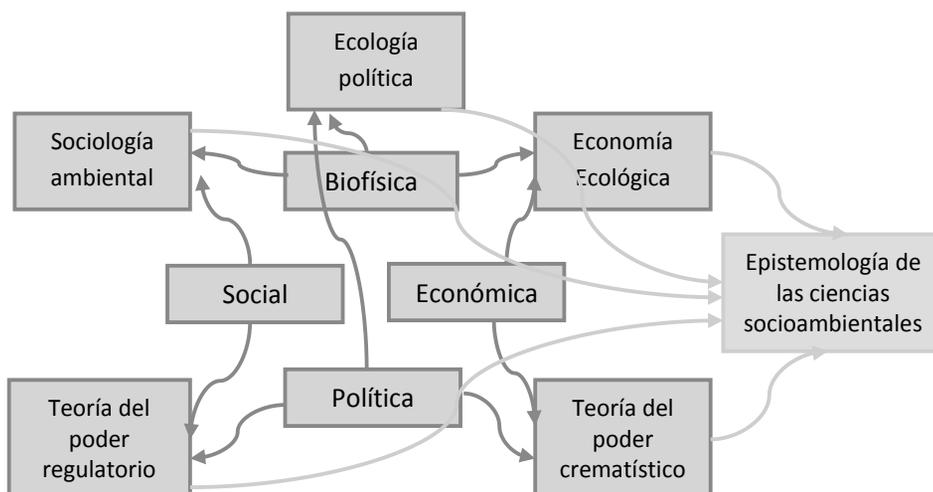
la cual la tierra se convierte de nuevo en un recurso ilimitado;

(c) la preconcepción organicista del mundo se ha empleado para argumentar la inconveniencia de un proyecto de infraestructura o productivista (surgido al interior o por fuera de sus organizaciones), pero en situaciones similares, y por intereses de grupos específicos de la misma organización, se ha empleado una argumentación causalista para justificar su implementación inmediata;

(d) siempre es posible que cualquier valor de uso sea convertible en valor de cambio, según las circunstancias de cada miembro del colectivo o de la organización, es decir, un bien inalienable por valores intrínsecos o disposiciones legales externas puede ingresar al mercado si, por ejemplo, la comunidad renuncia a la copropiedad (lo que en efecto ha ocurrido con nuestros resguardos indígenas), o si un miembro renuncia al uso de su parcela asignada por una compensación monetaria;

(e) los sistemas de valores de la apercepción, cualquiera sea el origen del imaginario existencial, han tomado formas de simulación y engaño, en variadas ocasiones, para generar

Figura # 1. Epistemología de las ciencias socioambientales



Fuente: Elaboración propia con base en Garrido et al., 2007:7-53, Martínez-Alier, 1994:42-50, Martínez-Alier, 1995, Tello et al., 2008, Toledo, 2008, Munda, 2006, Foucault, 2002:118-137, Foucault, 1998:83-87, Tàbara, 2001, y Tàbara, 2002.

relaciones hedonistas con el “mundo occidental”, o beneficios personales (por ejemplo, hemos visto *ceremonias del agua y rituales de limpieza* en manos de sabedores impostores, convertidos en verdaderos bacanales romanos);

(f) la noción de insustituibilidad de bienes se ha relativizado en varias colectividades, de tal modo que ha sido posible la implementación de formas gerencialistas que simulan relaciones comunales con los trabajadores y prácticas productivas sostenibles;

(g) la imagen de un mundo conmensurable se ha visto profundizada por la incorporación desmesurada de saberes tecnocráticos y científicos, o bien por las asesorías contratadas con las organizaciones no gubernamentales, o bien por sus propios miembros, que se han capacitado en escuelas positivistas;

(h) la idea de irreversibilidad de los procesos sociales y naturales se ha visto seriamente cuestionada por la anterior imagen conmensurable del mundo, pero ha alcanzado niveles de deterioro mayores con la introducción

de políticas y tecnologías verdes de cuño occidental, es decir, la idea del “desarrollo sostenible”, en sus versiones más blandas e instrumentales, se ha convertido en el canon de sus políticas de “autodesarrollo”, lo que en efecto ha sido muy perjudicial;

E (i), la visión monovalente de la verdad ha debilitado el pluralismo cosmológico o político de sus organizaciones por la influencia directa de narrativas etnocéntricas o telúricas, lo que ha dificultado la comprensión existencial del otro, occidental o no occidental, y sus mecanismos colonizadores y racialistas, al mismo tiempo que las oportunidades auténticas que ofrecen para potenciar sus resistencias sociales.

No obstante, este ladinismo particular se ha desarrollado en una relación dialéctica con la imagen liberal y utilitaria del mundo, por lo que puede interpretarse como un proceso de “supervivencia” cultural o política tanto de las izquierdas como de las minorías étnicas latinoamericanas. Pero, por otro lado, dichos mecanismos de supervivencia en la frontera

con la *subjetividad pragmático-liberal*, están ingresando a procesos de transmutación de sus propias subjetividades que terminarán por desfundamentar los elementos más auténticos de su ladinismo funcional, descritos atrás. Así las cosas, es necesario restituir los fundamentos emancipadores de este *ladinismo funcional*, pero en la perspectiva de destruir esta personalidad social, mediante acciones de *resistencia y contrapoder* de largo plazo. El propósito último será entonces la constitución de una *personalidad social auténtica, razonablemente colectivista y realmente ecológica*.

Epistemología de la emancipación

Entenderemos aquí por epistemología de la emancipación el proceso de construcción de una teoría general de la producción del saber científico o mítico-religioso con una teleología específica, esto es, la emancipación auténtica de los pueblos. Previamente se concebirá el saber científico como actos de saber meramente operativos o controladores del mundo, a fin de conjurar los efectos de una política de la verdad objetiva y su noción

de progreso inherente. Y previamente se considerará el saber mítico-religioso como actos de saber, pobremente predictivos y operativos en el mundo, pero poderosamente colectivizadores y ecológicos. Con estas aclaraciones, trataremos de esbozar una *epistemología de la emancipación*, la cual es necesaria para dar fundamento a aquella *personalidad social auténtica*, a la manera de cualquier cosmovisión. Sin ella, nos seguiremos moviendo, indefectiblemente, en esa vacilante frontera de los saberes liberales y positivistas.

La *epistemología liberal*, en la cual nos hemos formado nosotros, requiere de una crítica demolidora, dado que desprecia el saber como *hecho e historia*, a decir de Henri Lefebvre, o el saber como proceso de *aprendizaje social*, a decir de Habermas y Fals Borda, o el saber como *ciencia con la gente y para la gente*, a decir de Ravetz, Funtowicz y Martínez Alier, o simplemente el saber como acción transformadora que persigue un bien supremo, o sea, la comunión de todos los hombres, a decir de Marx. De hecho, el joven Marx escribió algo importantísimo y casi misterioso a propósito de este debate:



“La Historia misma es una parte *real* de la *Historia Natural*, de la conversión de la naturaleza en hombre. Algún día la Ciencia natural se incorporará la Ciencia del hombre, del mismo modo que la Ciencia del hombre se incorporará la Ciencia natural; habrá *una sola Ciencia*”¹⁵.

Las ciencias modernas han dividido el saber en general en dos grandes dimensiones: el saber biocéntrico y el saber sociocéntrico. El primero es típico de todas las narrativas científicas e ideologizantes que registran la realidad no humana tanto en perspectiva antropocéntrica, como en perspectiva mítico-ecocéntrica. El segundo es típico de los actos discursivos de las ciencias sociales y humanas, los cuales analizan e ideologizan los hechos sociales en distintas escalas desde una perspectiva siempre antropocéntrica. El reto contemporáneo de aquella “sola Ciencia”, intuida por Marx, consiste entonces en crear un acto de saber sintético e hibridado que pueda integrar el saber biocéntrico y sociocéntrico a fin de darnos nuestro auténtico lugar en el mundo. No obstante, esta síntesis sólo es posible mediante una teleología político-moral asumida como axioma fundamental, esto es, un saber hibridado para construir otro mundo, el mundo que potencia y enriquece la vida en tiempos supra-generacionales. De lo contrario, los saberes liberales seguirán imponiendo su teleología propia, es decir, el progreso y la destrucción ambiental, y los saberes biocéntricos seguirán persistiendo en una imagen bucólica, autista y sumisa frente a aquellos saberes liberales.

Este saber hibridado será entonces el insumo de trabajo de nuestra epistemología emancipatoria, y ésta a su vez será el soporte de aquella *personalidad social auténtica, razonablemente colectivista y realmente ecológica*. Ciertamente, a la luz de las investigaciones contemporáneas, es posible rediseñar una epistemología emancipatoria con un enfoque socioambiental, lo que en efecto convierte a nuestra “única Ciencia” en un ejercicio de

epistemología de las ciencias socioambientales, la cual contiene hibridaciones de ciencias positivas y militantes fundamentales (véase la Figura # 1).

Finalmente, las dimensiones *biofísica, social, económica y política* exhiben saberes propios analítico-teóricos y analítico-empíricos (ciencias positivas), con pobres ejercicios de síntesis. No obstante, si vinculamos los saberes biofísicos a los de la teoría social en general de cuño militante, podemos obtener los problemas de investigación sintéticos de la *sociología ambiental* y la *antropología ecológica*. Si aquella dimensión se integra a la economía, se puede revelar la potencia de los saberes propios de la *economía ecológica*, y del mismo modo, si se le integra a la dimensión política podemos ver con claridad la importancia de la *ecología política*.

Por otra parte, si vinculamos la dimensión de la ciencia social con la política, se pueden evidenciar los escenarios de trabajo de la *teoría del poder regulatorio* y disciplinario; y si articulamos la dimensión política a la ciencia económica, podemos revelar los objetos de



estudio de la *teoría del poder crematístico*, que no es otra cosa que una teoría del poder con énfasis en la economía convencional (teorías que por supuesto son también ciencias militantes).

Ahora bien, con estos saberes interdisciplinarios es posible de modo provisional integrar un saber mucho más sintético o transdisciplinario que hemos llamado *ciencias socioambientales*, cuya epistemología se nos revela *sólo parcialmente* en la teoría general de sistemas y la teoría de la complejidad, para mencionar las más consistentes. Adicionalmente, cuando la epistemología de las ciencias socioambientales incorpora a sus reflexiones el contenido de una teoría de la emancipación fundamentada en la intersubjetividad de la vida cotidiana (“filosofía de la emancipación”, “humanismo concreto”, “pensamiento de la liberación”, “pensamiento propio”, “socialismo raizal”, entre los más conocidos en Latinoamérica), pues no bastaría con el esfuerzo de sus ciencias militantes, podemos establecer las bases morales, políticas y gnoseológicas de aquella *personalidad social auténtica, razonablemente colectivista y realmente ecológica*.

Notas

1. Arturo Escobar. 2010. Una Minga para el Postdesarrollo: Lugar, medio ambiente y movimientos sociales en las transformaciones sociales. Perú: Arturo Escobar & Programa Democracia y Transformación Global. Págs. 27-30.
2. *Ibíd.*, Pág. 185. La deficiencia de la apuesta por el postdesarrollo reside precisamente en su persistente elaboración de estrategias y tácticas de articulación de los movimientos sociales, eludiendo el problema fundamental: los principios existenciales y operativos de la vida colectiva que aspira a un buen-vivir auténtico, lo que en efecto no puede suplir el recetario de las ciencias de la complejidad.
3. Tomado de Enrique Dussel. 2007. *Materiales para una Política de la Liberación*. México-España: UANL & Plaza y Valdez Editores, Pág. 24.

4. *Ibíd.*, Pág. 26.
5. Debió ser muy artificioso para ellos el hecho de que algo, por sí mismo, generara o perdiera renta, como la tierra, el oro, o la fuerza laboral. En efecto, esta espacio-temporalidad del valor de intercambio destruyó su noción cosmológica de valor de uso, por demás muy necesaria para el ambientalismo contemporáneo.
6. Erich Fromm & Michael Maccoby. 1995. *Sociopsicoanálisis del Campesino Mexicano*. México: FCE. Pág. 113.
7. *Ibíd.*, Pág. 113.
8. *Ibíd.*, Pág. 114.
9. El minifundio cafetero constituye una experiencia liberal muy significativa y distinta a las demás formas de tenencia. Pero sólo se concentró en algunas regiones de Colombia. El Líbano, Tolima, y su pasado emancipatorio, están fuertemente relacionados con este modo de tenencia.
10. José Gutiérrez. Sf. ¡Doctor! Algunas tendencias de la cultura colombiana, del letrado al gamín y el colono. Bogotá: Spiridon. Pág. 136.
11. *Ibíd.*, Pág. 211.
12. Tomado de Jorge Luis González Calle. 2006. *De la Ciudad al Territorio. La Configuración del Espacio Urbano en Ibagué, 1886-1986*. Ibagué: Universidad del Tolima. Pág. 97.
13. José Gutiérrez. Sf. ¡Doctor! Algunas tendencias de la cultura colombiana, óp., cit. Pág. 255.
14. Fernando Guillén Martínez. 2006. *El poder político en Colombia*. Bogotá: Planeta. Págs. 421-422.
15. Karl Marx. 1932/2001. *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*. Biblioteca Virtual Espartaco. Disponible en: <http://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/manuscritos/index.htm>. Visitada el 12 de septiembre de 2011.

Referencias bibliográficas

- Dussel, Enrique. 2007. *Materiales para una Política de la Liberación*. México-España: UANL & Plaza y Valdez Editores.
- Escobar, Arturo. 2010. *Una Minga para el Postdesarrollo: Lugar, medio ambiente y movimientos sociales en las transformaciones sociales*. Perú: Arturo Escobar & Programa Democracia y Transformación Global.

- Foucault, M. 1998. *Historia de la Sexualidad I, La Voluntad de Saber*. México: Siglo XXI.
- _____. 2002. *Vigilar y Castigar, Nacimiento de la Prisión*. Argentina: Siglo XXI.
- Fromm, Erich & Maccoby, Michael. 1995. *Sociopsicoanálisis del Campesino Mexicano*. México: FCE.
- Garrido, F., González, M., Serrano, J.L., Solana, J.L., Morin, E., Munda, G., Nardo, M., Puleo, A., Toledo, V. y Valencia, A. 2007. *El paradigma ecológico en las ciencias sociales*. Barcelona-Granada: Icaria-Antrazyt 257.
- González Calle, Jorge Luis. 2006. *De la Ciudad al Territorio. La Configuración del Espacio Urbano en Ibagué, 1886-1986*. Ibagué: Universidad del Tolima.
- Guillén Martínez, Fernando. 2006. *El poder político en Colombia*. Bogotá: Planeta.
- Gutiérrez, José. Sf. *¡Doctor! Algunas tendencias de la cultura colombiana, del letrado al gamín y el colono*. Bogotá: Spiridon.
- Martínez-Alier, J., 1994. *De la economía ecológica al ecologismo popular*. Barcelona: Icaria.
- _____. 1995. *Political Ecology, Distributional Conflicts, and Economic Incommensurability*. *New Left Review*, 211, 71-77.
- Marx, Karl. 1932/2001. *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*. Biblioteca Virtual Espartaco. Disponible en: <http://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/manuscritos/index.htm>. Visitada el 12 de septiembre de 2011.
- Munda, G. 2006. *Social multi-criteria evaluation for urban sustainability policies*, En: *Land Use Policy*, Vol. 23, 1. Elsevier.
- Tàbara, J.D. 2001. *La medida de la percepción social del medioambiente: una revisión de las aportaciones realizadas por la sociología*. En: *Revista internacional de sociología*, 28. España.
- _____. 2002. *Sustainability Culture*. In *Governance for Sustainable Development*. Barcelona: Advisory Council for Sustainable Development, International Institute on Governance & Government of Catalonia. *Papers de Sostenibilitat*, 2: 53-85. Disponible en: <http://www.iigov.org/gds/23/63-85.pdf>. Se tuvo acceso el 1 de septiembre de 2011.
- Tello, et. al. 2008. *Una interpretación de los cambios de uso del suelo desde el punto de vista del metabolismo social agrario. La comarca catalana del Vallès, 1853-2004*. *Revista Iberoamericana de Economía Ecológica, Redibec*, Vol. 7: 97-115.
- Toledo, V. 2008. *Metabolismos rurales: hacia una teoría económico-ecológica de la apropiación de la naturaleza*. En: *Revista Iberoamericana de Economía Ecológica*, Vol. 7: 1-26.



Nuevo imperialismo y megaproyectos*

Breve análisis de la inversión extranjera y la economía política violenta de Colombia

Andy Higginbottom**

Este artículo examina la naturaleza de la política económica colombiana, a fin de indicar los cambios que ocurrieron durante los años de Uribe, y establecer un punto de partida crítico para los nuevos tratados de libre comercio. En primer lugar se revisará el tema del comercio. En segundo lugar la inversión, y luego la política económica como tal. Analizando los flujos de inversión extranjera y los flujos de ganancia, tal como el balance comercial, se revelan mas claramente las características de Colombia como una economía dependiente del modelo extractivista y de enclaves.

El comercio

Un modelo clásico de dependencia comercial. El comercio entre la Unión Europea (UE)

y Colombia cae en el modelo clásico del flujo de las materias primas en una dirección y los productos fabricados en otra. Los datos de 2009 de las importaciones de la UE desde Colombia indican una concentración fuerte en las materias primas que constituyen el 88.1% de la suma. Esta cifra se subdivide en dos sectores: los productos agrícolas y los combustibles. Los combustibles constituyen más de la mitad de las importaciones de Europa desde Colombia, y otros combustibles, o sea, sin considerar petróleo, constituyen el 49.1% de la suma. De hecho, se trata en buena parte del carbón de la mina El Cerrejón. En otra dirección, 89.3% de las exportaciones de la UE hacia Colombia son productos fabricados; en su mayor parte maquinaria, transporte y químicos (véase la Tabla 1).

Tabla 1: Comercio entre UE – Colombia por Grupo de Productos, 2009

Grupo de Productos	UE Importaciones (euros)				UE Exportaciones (euros)		
	millones	%	Sub-grupo de Productos	Millones	%	Millones	%
1000 – Productos primarios	3493.3	88.1				135.6	4.1
			Productos Agrícolas	1451.3	36.6		
			Combustibles	2042.0	51.5		
2000 - Productos fabricados	384.2	9.7				2949.4	89.3
3000 – Otros productos	14.7	0.4				32.2	1.0
Suma	3965.2					3301.9	

Fuente: UE DG Trade Statistics (2010).

* Original presentado a Amnistía Internacional, Londres 2 de diciembre de 2010; revisado y traducido para el Simposio Internacional Minero-Energético, Universidad de Valle, Cali, Colombia, 12 de agosto 2011, y para la Cátedra Libre de la Universidad del Tolima, Colombia, 14 de septiembre de 2011.

** Profesor Kingston University, y Secretario de la *Colombia Solidarity Campaign*. Se agradece el apoyo de Jasmin Meier y Alexander Martínez por la traducción al Castellano.

Industrias extractivas predominan entre las exportaciones al norte.

El petróleo y la minería concentran más de la mitad del ingreso colombiano derivado de las exportaciones (véase la Tabla 2). El petróleo sobrepasó al café como la exportación principal de Colombia a mediados de los noventa, y desde allí ha crecido en importancia. En 2010, el petróleo y los productos derivados representan más del 40% de todas las exportaciones colombianas. El carbón también ha

llegado a ser una exportación imprescindible, pues el valor de su exportación se multiplicó por diez entre 2002 y 2010. En 2010, el carbón representa más del 15% del ingreso colombiano derivado de exportaciones. El ferroníquel y el oro no monetario son dos minerales que también crecen en importancia durante los años recientes. Aparte de la extracción de oro, todas estas industrias ya son controladas por el capital extranjero, y ahora la producción de oro está siendo dominada por las empresas multinacionales.

Tabla 2: Resumen de la Sección Exportaciones de la Balanza de Pagos de Colombia (En USD)

	1994		2002		2010		1994-2010	
	\$m	%	\$m	%	\$m	%	\$m	%
Petróleo y derivados	1,313	15.4	3,275	27.6	16,483	41.7	92,278	29.5
Carbón	550	6.4	991	8.4	6,015	15.2	36,501	11.7
Ferroníquel	119	1.4	272	2.3	967	2.4	8,751	2.8
Oro no monetario	35	0.4	105	0.9	2,095	5.3	7,896	2.5
[sub-suma]	2,017	23.6	4,643	39.2	25,560	64.6	170,618	54.5
Café	1,990	23.3	772	6.5	1,884	4.8	25,192	8.0
[otras]								
Exportaciones	8,546	100.0	11,862	100.0	39,546	100.0	313,230	100.0

Fuente: Cálculos basados en los datos del Banco de la República de Colombia (2011)

El auge del petróleo y la minería ha sido dramático: en 1994 los dos sectores constituyeron 23.6% de la suma de todas las exportaciones; en 2002 su contribución subió hasta 39.2% de la suma; y en 2010 estos minerales y el petróleo han llegado a ser 64.6% de la suma.

Los flujos financieros

Déficit en la cuenta corriente

Las cifras globales del comercio colombiano se incluyen en la Cuenta Corriente, que también relaciona otros pagos importantes (véase a la Tabla 3). Haciendo una revisión general del desempeño de la Cuenta Corriente entre 1994 a 2009, aparentemente el comporta-

miento de las cifras es bastante estable, pero con un déficit anual promedio de un poco menos de US \$3 billones.¹

Calibrando el efecto neoconservador de Uribe.

Se pueden establecer dos periodos muy definidos: los ocho años de 1994 a 2001, y los ocho años de 2002 a 2009, los cuales evidencian un cambio abrupto de las dos administraciones de Uribe respecto a sus dos predecesores presidenciales, Samper 1994-1998 y Pastrana 1998-2002. Desde 1990 los presidentes colombianos han cumplido el régimen neoliberal, pero el factor adicional que Uribe impuso fue la determinación de llevar a fondo 'las reformas' neoliberales: cumplir las privatizaciones, p.e.

de ECOPEPETROL; ‘flexibilizar’ la mano de obra aun más, p.e. echar abajo garantías y beneficios laborales; y en general, someter la economía colombiana a los empresarios.

leyendo los indicadores

El primer punto es que el balance de la cuenta corriente no mejoró durante los años de Uribe, pues al contrario se empeoró un poco. Tras las cifras globales, hay elementos muy significativos que deben ser leídos y entendidos. En segundo lugar, hay un aumento enorme en los ingresos derivados de las exportaciones, pues se dobló de US \$11 billones a más de \$23 billones por año, mostrando el impacto de los crecimientos del petróleo y la minería.

Entonces la pregunta obvia es, ¿por qué la duplicación de las exportaciones no ha rendido un balance neto positivo? Una parte de la respuesta es que las importaciones han aumentado también, pero no al mismo ritmo. De hecho, ha sido un cambio cualitativo, pues Colombia ha pasado de ser un país con un déficit ‘visible’ del comercio, esto es, de mercancías, con un promedio de US \$0.9 billones durante 1994-2001, a ser un país con superávit ‘visible’ con un promedio de \$0.9

billones entre 2002-2009. Otro elemento de la respuesta es que el balance ‘invisible’ en servicios, como transporte y seguros se ha doblado bajo Uribe; lo que es consistente con la duplicación de las mercancías, cuando casi todos los negocios de comercio son conducidos por empresas extranjeras.

No obstante, de lejos el cambio mas dramático reside en el déficit de lo que se denomina ‘renta de los factores’, el cual se ha triplicado desde un promedio de \$1.9 billones anuales en el periodo 1994-2001 hasta un promedio de \$6.2 billones en el periodo 2002-2009. Dentro de la sección ‘renta de los factores’ se evidencia que los pagos de intereses han aumentado, aunque de manera limitada (ha sido un desplazamiento de la deuda pública a la deuda privada). El cambio en re-pagos de préstamos es pequeño en contraste con otros cambios. Bajo Uribe hubo *un aumento de nueve veces las transferencias salientes de las utilidades y los dividendos*, es decir, de un promedio de \$0.47 billones por año en el periodo 1994-2001, a un promedio de \$4.53 billones en el periodo 2002-2009. La cifra llegó a la estupenda suma de US \$ 10.07 billones en 2010, un flujo hacia el exterior enorme que fue producido en Colombia.

Tabula 3: Resumen de la Cuenta Corriente 1994 – 2001, 2002 -2009

(US\$ millions)	Totals 94-09	1994-2001 sub-suma	1994-2001 promedio anual	2002-2009 sub-suma	2002-2009 promedio anual
I. CUENTA CORRIENTE	-49,015	-23,063	-2,883	-25,952	-3,244
A. Bienes	151	-6,908	-864	7,059	882
1 Comercio general	-3,424	-8,357	-1,045	4,933	617
i. Exportaciones	273,684	88,659	11,082	185,026	23,128
ii Importaciones FOB	277,108	97,015	12,127	180,093	22,512
2 Operaciones especiales de comercio exterior	3,575	1,448	181	2,126	266
i. Exportaciones	12,613	4,171	521	8,442	1,055
ii. Importaciones	9,038	2,723	340	6,316	789
B. Servicios	-27,452	-10,271	-1,284	-17,181	-2,148
a. Exportaciones	39,812	15,751	1,969	24,061	3,008
b. Importaciones	67,265	26,022	3,253	41,243	5,155
C. Renta de los Factores	-65,149	-15,403	-1,925	-49,746	-6,218

(US\$ millions)	Totals 94-09	1994-2001 sub-suma	1994-2001 promedio anual	2002-2009 sub-suma	2002-2009 promedio anual
Ingresos	16,155	6,838	855	9,317	1,165
1 Intereses	12,934	6,232	779	6,702	838
Sector Público	8,843	4,419	552	4,424	553
Sector Privado	4,091	1,812	227	2,278	285
2 Utilidades y dividendos	2,850	475	59	2,375	297
3 Remuneración de empleados	371	132	16	239	30
Egresos	81,303	22,241	2,780	59,062	7,383
1 Intereses	41,097	18,414	2,302	22,683	2,835
Sector Público	26,076	10,087	1,261	15,990	1,999
Sector Privado	15,020	8,327	1,041	6,693	837
2 Utilidades y dividendos	39,954	3,749	469	36,206	4,526
3 Remuneración de empleados	252	78	10	174	22
D. Transferencias corrientes	43,435	9,519	1,190	33,916	4,240
Ingresos	48,056	11,331	1,416	36,725	4,591
1. Remesas de trabajadores	38,330	8,963	1,120	29,367	3,671
2. Otras transferencias	9,726	2,368	296	7,358	920
Egresos	4,621	1,812	227	2,809	351

Fuente: Banco de la República de Colombia (2010).

Hay un segundo cambio muy significativo que se muestra en las cuentas nacionales, y es la triplicación de las ‘remesas de trabajadores’ por colombiana/os en ultramar

desde US \$1.1 billones anuales hasta \$3.7 billones anuales durante los años de Uribe. Estos dos cambios aparecen casi equivalentes y opuestos, y por ende se balancean en términos puramente cuantitativos, lo que es efectivamente cierto por lo menos desde la perspectiva del Banco Central. Desde la perspectiva social, las dos cifras representan dos aspectos distintos, pero relacionados, del modelo neoliberal en Colombia: el saqueo de los recursos naturales por las empresas transnacionales y la expulsión masiva de población que ello ha generado.

Debemos investigar más a fondo el proceso de saqueo, y cómo se refleja en las cuentas nacionales. La Tabla 4 resume los flujos de capital, y la inversión extranjera entrando y saliendo de Colombia. El modelo de las inversiones que ingresaron al país se muestra más claramente en el Grafico 1.



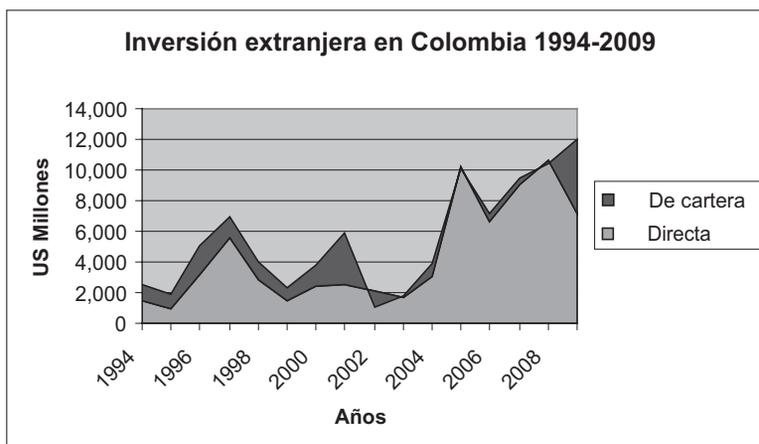
CARNICERO DE BOGOTÁ

Tabla 4: Cuenta Financiera de Colombia 1994-2009 (resumen)

	1994	1995	1996	1997	1998	1999	2000	2001	2002	2003	2004	2005	2006	2007	2008	2009
1. Flujos financieros de largo plazo (En USD)	3,762	2,843	7,643	8,348	4,522	2,654	2,077	5,035	-1,391	966	2,624	4,367	7,183	11,466	9,937	12,558
a. Activos	146	257	328	814	810	121	324	13	851	932	136	4,659	1,097	912	2,253	3,016
b. Pasivos	3,939	3,123	7,991	9,180	5,347	2,797	2,441	5,084	-510	1,927	2,812	9,074	8,328	12,398	12,191	15,582
i. Inversión extranjera	2,561	1,846	5,089	6,966	3,971	2,356	3,768	5,919	1,103	1,825	3,929	10,085	7,113	9,436	10,402	11,991
Directa	1,446	968	3,112	5,562	2,829	1,508	2,436	2,542	2,134	1,720	3,016	10,252	6,656	9,049	10,596	7,169
De cartera	1,115	877	1,978	1,404	1,142	848	1,332	3,377	-1,031	104	913	-167	457	387	-195	4,822
ii Préstamos	873	765	2,657	1,784	687	65	-1,216	-574	-1,430	441	-1,178	-1,165	1,248	2,736	1,336	1,636
iii Crédito comercial	-37	56	-35	-52	58	136	-18	-42	-20	-1	-53	49	-88	116	182	252
iv Arrendamiento finan	541	457	280	482	632	240	-93	-219	-162	-337	113	105	55	110	272	727
v. Otros pasivos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	0	976
c. Otros mov. financieros de largo plazo	-31	-23	-20	-19	-15	-23	-40	-35	-30	-30	-51	-48	-47	-20	-1	-8
2. Flujos financieros de corto plazo	-369	1,717	-960	-1,761	-1,209	-3,209	-2,019	-2,588	2,695	-309	581	-1,131	-4,293	-1,120	-445	-6,198
CUENTA FINANCIERA	3,393	4,560	6,683	6,587	3,314	-555	59	2,447	1,304	657	3,205	3,236	2,890	10,347	9,492	6,359

Fuente: Banco de la República de Colombia (2010)

Grafico 1: Inversión Extranjera en Colombia 1994-2009



Este modelo de flujos de inversión se acerca al modelo global de América Latina con un auge de inversión en los noventa que colapsó en 2002, y que luego empezó a recuperarse en 2003 (véase el *World Investment Report*).

Una cosa importantísima para anotar es que desde 2005 las inversiones colombianas al exterior se han incrementado, llegando a ser US \$6.6 billones en 2010, que es bastante parecido a los flujos de inversión extranjera hacia Colombia, \$7.6 billones en el mismo año.

Luego, si comparamos las dos series de datos, la vuelta en 2003 de los flujos de capital y las utilidades y dividendos (ganancias) repatriadas, se constata que Uribe asumió la presidencia al punto de partir de un 'upswing', curva ascensional en la inversión extranjera. En esta circunstancia los gobiernos latinoamericanos fueron muy presionados para optar en favor de las políticas para atraer la inversión extranjera, a fin de garantizar su seguridad y su rentabilidad. El presidente Uribe presidió un segundo auge inversionista, con el promedio de US \$6.3 billones por año de inversión directa de 2002 a 2009, mientras tanto el régimen había facilitado la salida de rentas a niveles récord de \$4.6 billones por año, pero con regalías muy reducidas como ha revelado la prensa colombiana, de manera aún más generosa que los dos amigos países neoliberales en la región, Chile y Perú.

Los sectores y las empresas más rentables

¿Qué sectores y qué empresas se beneficiaron en el régimen ultra-neoliberal de Uribe? La rentabilidad de las empresas operando en Colombia se ha colocado en la Tabla 5 por sector, y por intervalos de cada cinco años para que se evidencie el modelo.



Tabla 5. Comparación de las 100 Empresas más rentables por Sector 1998; 2003; 2008

Sector	1998		2003		2008	
	Utilidad neta	%	Utilidad neta	%	Utilidad neta	%
Actividades De Inversión y Servicios	431	28.7	1344	21.4	5302	27.8
Bebidas, Alimentación, Tabaco	298	19.8	631	10.0	2004	10.5
Carbón y sus derivados, otra Minería	10	0.7	336	5.4	1755	9.2
Comercio	147	9.8	252	4.0	1001	5.2
Construcción	33	2.2	45	0.7	240	1.3
Extracción, transporte de petróleo crudo y de Gas Natural y sus derivados	33	2.2	1348	21.5	6120	32.1
Fabricación y las Industrias metalúrgicas	149	9.9	1404	22.4	1029	5.4
Telefonía y Redes	37	2.5	526	8.4	1136	6.0
Otras	366	24.3	394	6.3	504	2.6
Totales	1504	100.0	6280	100.0	19091	100.0

Fuente: Superintendencia de Sociedades (1999, 2004, 2009)

Mientras en 1998 las empresas del petróleo y de la minería lograron menos de 3% de las utilidades netas entre las 100 empresas más rentables en Colombia, en 2008 eso dos sectores atrajeron un 41% de las utilidades netas de las 100 más rentables. Estas súper-ganancias son verdaderamente espectaculares. En efecto, el régimen de Uribe se dedicó a atraer una inversión muy rentable en las industrias extractivas.

Las empresas que invirtieron y se beneficiaron

Entre ellos, el petróleo (34%), y las minas y canteras (42%) atrajeron mas que tres cuartas partes de la inversión extranjera a Colombia en 2009, con un modelo muy parecido en 2010 (ProExport 2011a)

¿De dónde vienen las inversiones? El análisis de esta dimensión ha llegado a ser ridículo dada la predominancia de ‘offshore financial centres’ del Caribe para disfrazar las fuentes originales, y con el propósito de evitar los impuestos. Según la fuente oficial “durante el 2010 alrededor del 63% de la inversión llegó a través de países como Panamá, Anguilla y Bermudas” (ProExport, 2011b). Adicionalmente, otras fuentes de Inversión Extranjera Directa (IED) fueron Inglaterra (9%) y Ca-

nadá (7%). Dado que EE.UU. no aparece en el informe, e históricamente es la fuente mayor de inversiones, con toda probabilidad las islas caribeñas son conductos para las empresas gringas. ¿Pero, quién sabe?

El nuevo triángulo de Anguilla, Panamá y Bermudas es diseñado para evitar el monitoreo y costaría una inversión enorme de tiempo para investigar, pero su importancia es innegable. Por ejemplo, de 2001 hasta 2008 las rentas netas de las empresas británicas atribuidas a Bermudas fueron £7.6 billones de libras esterlinas, casi igual a las rentas desde México (£3.1 billones) y Brasil (£4.7 billones) combinados. La cifra oficial para la renta ganada por empresas británicas en Colombia de 2001 a 2008 es £2.20 billones, pero es una atenuación grave, la cifra debe ser dos o tres veces más si la renta a través de Bermudas fuera redistribuida.

La producción de oro aumento 13% en los primeros tres meses de 2010 en comparación con 2009, y los expertos pronostican un ‘auge minero’ en Colombia con un gran inversión extranjera que tardará no menos de diez años (Portafolio 2010).

La concentración sobre la extracción es aun más pronunciada si se analizan las veinte

empresas más exitosas. El análisis de las 20 empresas más rentables en Colombia en 2008 es:

- por sector: Petróleo y gas 42.9%; Finanzas 22.2%; Carbón 16.1%; Telecom 10.3%; Alimentación/bebidas 2.8%.
- por país de origen: EE.UU. (24.7%); Reino Unido (23.3%); Colombia (19.0%); México (16.3%); Francia (6.2%); Suiza (4.3%); India (3.4%); Canadá (2.6%).

Fuente: Superintendencia de Sociedades (2009)

Si analizamos la suma atribuida a las empresas británicas, hay tres empresas súper-rentables. Son:

- BP (BP Exploration Company Colombia Limited y BP Santiago Oil Company)
- Anglo-American (una tercera parte de Cerrejón)
- BHP Billiton (una tercera parte de Cerrejón, mas la mina de ferroníquel Cerro Matoso)

Este resumen es suficiente para mostrar la prominencia de las empresas británicas en términos de ganancia por proyectos de extracción. Estos intereses son los que se toman en cuenta en la formulación de la política para Colombia, como afirmó el Ministerio de Asuntos Extranjeros Chris Bryant en su discurso del 14 de septiembre 2009

“Los lazos entre la inversión española y británica han permitido a las empresas como el Grupo Santander, Telefónica y British Petroleum prosperar, creando valor en America Latina”

Lo que es cierto es que las empresas británicas, españolas y de otros países europeos, tal como las de los EE.UU. y Canadá han capturado gran parte del valor creado en Colombia y America Latina para el beneficio de sus accionistas. La pregunta sobre quién produce el valor es, por

supuesto, una pregunta diferente. Igualmente, aún no se resuelve el interrogante acerca de cómo estos productores van a frenar la hemorragia de su valor y riqueza que sale a ultramar.

Este modelo extractivista sigue, según las cifras para el año 2010, “Petróleo, carbón y carros son los negocios que dan más dinero” (Portafolio 2011). El artículo anota que:

“una petrolera, Occidental Andina... filial de la estadounidense Occidental Petroleum, obtuvo el año pasado ganancias que equivalen al 30 por ciento de sus activos...

Las otras empresas más rentables, dentro del grupo de las cien más grandes, son BP con 23,66 por ciento, y El Cerrejón, con 23,04 por ciento.

Entre las cien mayores empresas ... las petroleras son las más rentables, con 16,93 por ciento, seguidas por las carboneras, con 13,27 por ciento, y las fabricantes de vehículos, con 11,6 por ciento.”

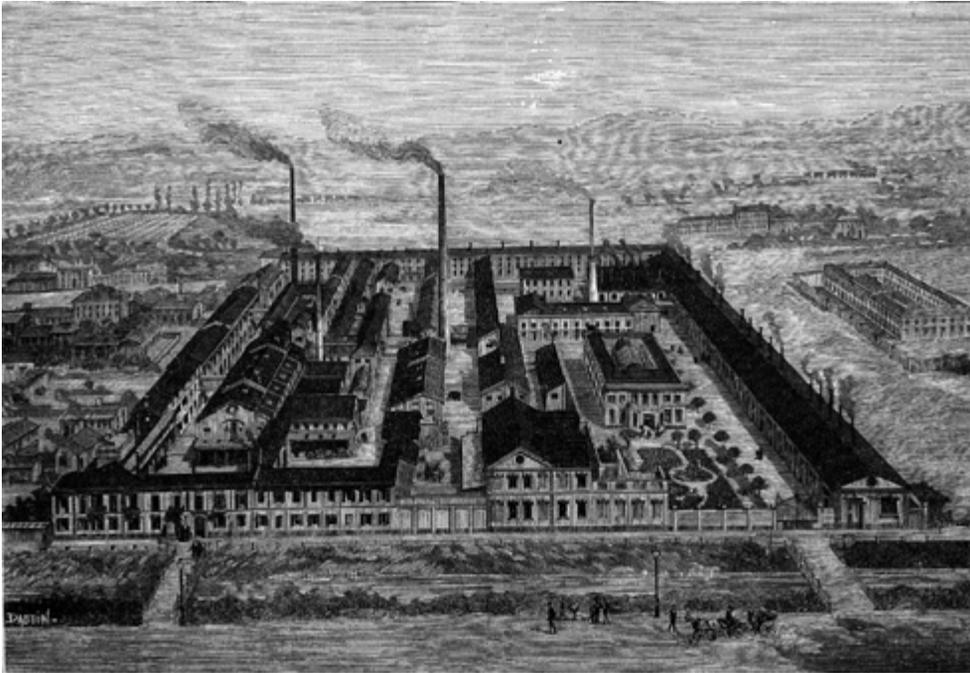
En un artículo reciente se ha revelado que:

“Con el argumento de confianza inversionista, el país le ha otorgado una serie de beneficios y exenciones a la actividad minera que limitan los beneficios fiscales, los cuales podrían ser utilizados para reducir los niveles de inequidad y pobreza... Las regalías del oro, níquel y carbón no se ajustan con la variación de precios. Las petroleras sí lo hacen y no se ha desincentivado la inversión en este sector...”

Estudios realizados por la Universidad de los Andes sobre la participación estatal en la renta de la actividad minera en Colombia muestran que es inferior a la chilena y peruana”. (Isaza, 2011)

Unas conclusiones

Colombia ya es un caso extremo de las inequidades que genera el desarrollo liderado por la inversión sin trabas. Las empresas



extranjeras, especialmente las del sector extractivista, se benefician de la supresión de los movimientos sociales. Esto es facilitado por un régimen del estado que combina algunos de los procedimientos de la democracia representativa con el despliegue de la coerción sistemática oficial y extraoficial en contra los movimientos sociales. La coerción se realiza con la confabulación de las empresas y a su beneficio. Para contrarrestar ese régimen de impunidad se necesita una solidaridad humanitaria a través del monitoreo directo y el acompañamiento.

El régimen se basa en dos aspectos reforzados: *económicamente* atrae la inversión extranjera directa a para implementar megaproyectos estratégicos que generan poco empleo y causan el despojo extensivo de las comunidades rurales de sus territorios; vinculado con su contraparte *político-militar* de la 'seguridad democrática', un régimen altamente autoritario utilizando una variedad de mecanismos militares y paramilitares para hacer el control social. El régimen mismo es el generador principal de los daños ambientales y sociales, y de las violaciones de derechos humanos.

Los TLCs propuestos por los EE.UU. , Canadá y la Unión Europea y sus aliados en la clase dominante colombiana van a servir para atrincherar ese régimen neoliberal, o mejor, un régimen neoconservador en su esencia, y en perjuicio del bienestar de los sectores populares de la población; pero especialmente a las comunidades indígenas, afrodescendientes y campesinos.

Tercamente, el pueblo colombiano ha sido definido como el problema, un obstáculo al desarrollo. Pero ese desarrollo empresarial es perverso, pues se dice retóricamente que se está a favor de un desarrollo humano céntrico. En efecto, aún se utiliza el lenguaje sobre el desarrollo y la cooperación en el contenido del acuerdo comercial propuesto por la Unión Europea, que en lo substantivo es el mismo que se firmó con los norteamericanos: en el fondo garantizan los derechos a los inversionistas. Los TLCs van a animar a más depredadores empresariales, van a fomentar aún más el despojo, y generarán más conflictos en Colombia. Por lo cual, lo que se requiere es una reorientación fundamental del paradigma oficial hacia un paradigma apto para la Colombia real.

Notas

1. En este artículo utilizo la convención según la cual un billón es igual a mil millones.

Bibliografía de referencia

Banco de la Republica de Colombia (2010, 2011) *Balanza De Pagos De Colombia* a http://www.banrep.gov.co/estad/dsbb/sec_ext_004.xls

EU DG Trade Statistics (2010) *EU Bilateral Trade and Trade with the World: Colombia 15 September 2010* <http://trade.ec.europa.eu/doclib/html/111494.htm>

Isaza, José Fernando (2011) “Locomotora minera” *El Espectador* 20 de julio 2011

Portafolio (2010) 24 de mayo, 2010

Portafolio (2011) 20 de abril, 2011

Proexport Colombia (2011a) *Estadísticas de IED 05/08/11*

<http://www.inviertaencolombia.com.co/colombia-en-cifras.html>

Proexport Colombia (2011b) *Reporte de Inversión Extranjera Directa en Colombia julio 2011*

<http://www.inviertaencolombia.com.co/colombia-en-cifras.html>

Superintendencia de Sociedades (1999) *Boletín Estadístico 1998* at

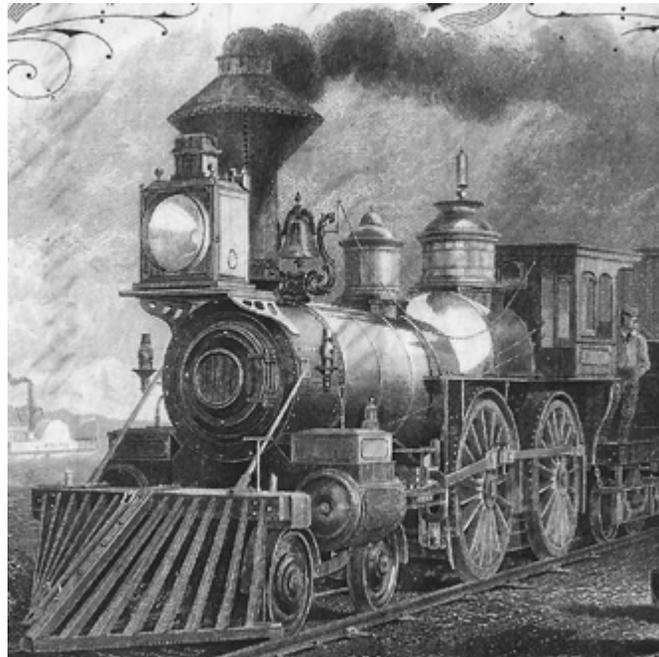
<http://www.supersociedades.gov.co/ss/drvisapi.dll?>

Superintendencia de Sociedades (2004) *Boletín Estadístico 2003* at

<http://www.supersociedades.gov.co/ss/drvisapi.dll?>

Superintendencia de Sociedades (2009) *Boletín Estadístico 2008* at

<http://www.supersociedades.gov.co/ss/drvisapi.dll?>



¿Colombia biodiversa o país minero?

Renzo Alexander García Parra*

Colombia, en términos biológicos es considerado uno de los países más ricos del planeta, en este aspecto solamente somos superados por Brasil, un país que tiene siete veces nuestro tamaño. “La riqueza en biodiversidad de Colombia tiene diversas manifestaciones. En su territorio se encuentra el 10% de la biodiversidad del planeta no obstante que solamente representa el 0.7% de la superficie continental mundial (Mittermeier y Goettsch, 1.997- Países de megadiversidad). Ocupa el tercer lugar entre los doce primeros países del mundo en diversidad biológica y endemismos combinados, después de Brasil e Indonesia. Es el primer país en diversidad de vertebrados, exceptuando los peces. Es el primer país en diversidad de aves y anfibios, el segundo en diversidad de peces de agua dulce, el tercero en réptiles y el cuarto en mariposas. La riqueza avícola ha llamado la atención mundial de científicos, viajeros y aficionados a la ornitología; sus 1.752 especies representan cerca del 19% de todas las especies y del 60% de las identificadas en Suramérica.

Somos una región que, en términos ecoturísticos, tiene un alto potencial económico; para citar un ejemplo de dicho potencial, es importante conocer un artículo que aparece en primera página del diario The Wall Street Journal, del 25 de junio de 2009, en donde se resalta la importancia del incremento del turismo de avistamiento de aves en Colom-



Mineros

bia, en un corregimiento cercano al Líbano (Tolima), en donde un grupo de personas pudo apreciar y conocer una especie endémica del departamento del Tolima, el Gorrión-montés de anteojos o Pinzón cabeciamarillo (*Atlapetes flaviceps*). ¿Por qué desaprovechar esta riqueza biodiversa en el apalancamiento de proyectos productivos que permitan mejorar la calidad de vida de nuestras gentes, en lugar de destinarla a la destrucción ambiental que conllevan los proyectos de gran minería?.

La crisis ecológica (cambio climático, pérdida de biodiversidad, contaminación ambiental, calentamiento global, etc.) que afrontamos como sociedad planetaria, no nos permite demasiadas alternativas. Escogemos el camino

* Biólogo Universidad del Tolima, Candidato a Magister en Territorio; conflicto y Cultura, integrante de varias organizaciones sociales (Conservación Natural, Alternativa, Frente Ecológico, Comité Ambiental en Defensa de la Vida)

de la gestión y conservación de nuestro patrimonio natural o condenamos a la actual y futuras generaciones al peor de las barbaridades ecológicas: al saqueo de nuestros recursos naturales no renovables y al despojo de nuestros territorios. En este aspecto, no hay lógica para tranzar con la minería a cielo abierto.

El 39% de los bosques están amenazados por la mega minería y una cuarta parte de los sitios catalogados como Patrimonio Global por su valor natural, están amenazados por proyectos mineros o de hidrocarburos futuros. Asimismo más de un cuarto de las minas activas y los sitios de exploración se superponen con, o están a 10 kilómetros de los parques, reservas y otras áreas protegidas estrictamente, según el criterio de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza – UICN.

No hay ejemplos en el mundo de que existan proyectos mineros de gran escala que puedan hacerse de manera limpia, verde, sostenible, que no contaminen suelos, agua y aire. Según la Agencia de Protección Ambiental del gobierno estadounidense- EPA (por sus siglas en inglés): *“la industria minera es una de las primeras causas de contaminación de cursos de agua en Estados Unidos”*. El Informe sobre el Estado del Mundo del Instituto World Watch (2.004) plantea: *“La minería es responsable del 40% de las emisiones de gases tóxicos a la atmósfera (142 millones de toneladas de dióxido de sulfuro/año)”*. La Organización de las Naciones Unidas para la agricultura y la alimentación, FAO, con ocasión al Año Internacional de las Montañas plantea que: *“la minería y el tratamiento de los minerales y los metales pueden producir desastrosas consecuencias ambientales tanto en las zonas montañosas como en las tierras bajas. Es más, como los ecosistemas montañosos son tan frágiles, su degradación puede ser difícil y a menudo imposible de corregir”*.

La minería a cielo abierto es una de las activi-



dades económicas más bárbara y destructiva de los ecosistemas. Desaparecen montañas enteras para sacar el oro que se encuentra en ellas (para extraer un gramo de oro se tiene que extraer más de una tonelada de tierra y roca). Se acaba para siempre la riqueza biodiversa de flora y fauna del sitio de explotación y se altera significativamente la de zonas cercanas. *No sólo contamina el agua con cianuro y metales pesados*, destruye su ciclo hídrico, la capacidad de acumulación, todo el proceso de infiltración de aguas subterráneas y escorrentía, dado que se acaba con los bosques y tienen que plastificar miles de hectáreas. Los aspectos más graves de la degradación ambiental son: pérdida de biodiversidad y coberturas vegetales (destrucción de nichos ecológicos); contaminación de suelos, agua y aire; daños a la calidad y disponibilidad del agua; calentamiento del planeta.

No a la mega minería en ecosistemas de alta montaña

Los ecosistemas de alta montaña son de carácter estratégico dado que juegan un importante papel en el sostenimiento de procesos culturales, sociales, económicos y ecológicos. No se trata sólo de áreas de importancia natural o para la biodiversidad, sino de territorios que cumplen funciones de soporte vital para la sociedad, a través del suministro de bienes y servicios ecológicos fundamentales: regulación del clima y la humedad, provisión de agua para consumo humano, animal, agrí-

cola y empresarial, mantenimiento de suelos para la producción de alimentos y materias primas, control de plagas, sostenimiento del sistema natural de prevención de riesgos y desastres, etc.

¿Por qué adoptar lo que otros rechazan?

Mientras en muchas partes del mundo se prohíbe la minería de lixiviación con cianuro (Estados Unidos, Canadá, Turquía, República Checa, Alemania, Argentina, Costa Rica y Unión Europea), algunos dirigentes gremiales, políticos y sociales nos llaman a que aceptemos semejante esperpento. Una cosa es que semejante locura la propongan los funcionarios de las empresas mineras, por eso les pagan, así digan mentiras, ese es su trabajo. Lo inverosímil es que existan líderes nacionales-regionales que quieran conducirnos a semejante adefesio. Si lo prohibieron es porque es letal. Es más, el Banco Mundial, en octubre del 2.002, cuestionó el uso del cianuro para la actividad minera, dada la gran cantidad de accidentes ambientales desastrosos producidos en menos de una década.

Para no dejar campo a las especulaciones, es importante señalar algunos lugares del mundo en donde actualmente se encuentra prohibida y regulada la minería de lixiviación con cianuro: (1) Colorado, Estados Unidos, en los condados de Summit, Conejos, Costilla, Gilpin y Gunnison no se permite el uso de este mortal químico; (2) Montana, Canadá, por intermedio de una iniciativa ciudadana, en 1998, se prohibió el uso de cianuro en minas de oro y plata a cielo abierto; (3) Turquía, a través de la Decisión 1997/2311, el Consejo de Estado de Turquía decidió no permitir la producción de oro a través del proceso de lixiviación de cianuro; (4) República Checa, el Senado Checo y su parlamento prohibieron la producción de oro mediante el proceso de lixiviación con cianuro (Ley Minera de 1991, artículo 30);

(5) Alemania, en el año 2.002 se emitió un decreto que prohíbe la minería de lixiviación con cianuro; (6) Argentina, en las provincias: Chubut, Río Negro, Tucumán, Mendoza, La Pampa, Córdoba y San Luis se ha prohibido la utilización de cianuro en los procesos de recuperación de metales; (7) Costa Rica, en el año 2.002 este país centroamericano dictó una moratoria con relación a minas a cielo abierto que utilizan cianuro; (8) La Unión Europea, a través de la Directiva 2006/21/EC estableció una serie de requisitos para los procesos extractivos que limitan el uso del cianuro.



La pregunta es: ¿Por qué lo que es bueno legal, técnica, ambiental y económicamente para estos países, es malo para nosotros?. El gobierno y nuestros dirigentes nos podrán pedir que hagamos muchas cosas, menos que dejemos a un lado el sentido de realidad y el sentido común.

Contexto internacional

Producto de la crisis económica mundial, el oro vuelve a ser la base de sustentación monetaria de las naciones del mundo. Desde este marco, la gran minería se convierte en una de sus principales actividades económicas.

Los países en vías de desarrollo, vía tratados de libre comercio y/o chantajes políticos de

las potencias económicas mundiales, han ajustado sus legislaciones con el objetivo de favorecer los intereses privados de las transnacionales extractivas, sin importar que en ello se condene a las poblaciones a la peor de las barbaridades ecológicas, saqueo de sus recursos naturales y despojo del territorio. En este proceso las comunidades locales pierden control de sus actividades productivas y económicas. Los beneficios son para los países dominantes y los inversionistas de las empresas extractivas los cuales, han llegado hasta la infamia de elaborar un nefasto proyecto de invasión-despojo a Latino América que llamaron IIRSA.

En el marco de los tratados de libre comercio, las inversiones de las empresas gozan de gran protección. Estas imposiciones normativas de carácter internacional son utilizados para imponer los proyectos mineros. En caso de que los movimientos sociales logren detener la implementación del ecocidio y saqueo de estos proyectos, las empresas generalmente demandan a las naciones ante tribunales de arbitraje internacional, como el Centro Internacional de Arreglo de Disputas de Inversiones (CIADI), por el costo de la inversión y ganancia futura, así no hayan invertido mayores recursos económicos.

Desarrollo dependiente o desarrollo propio

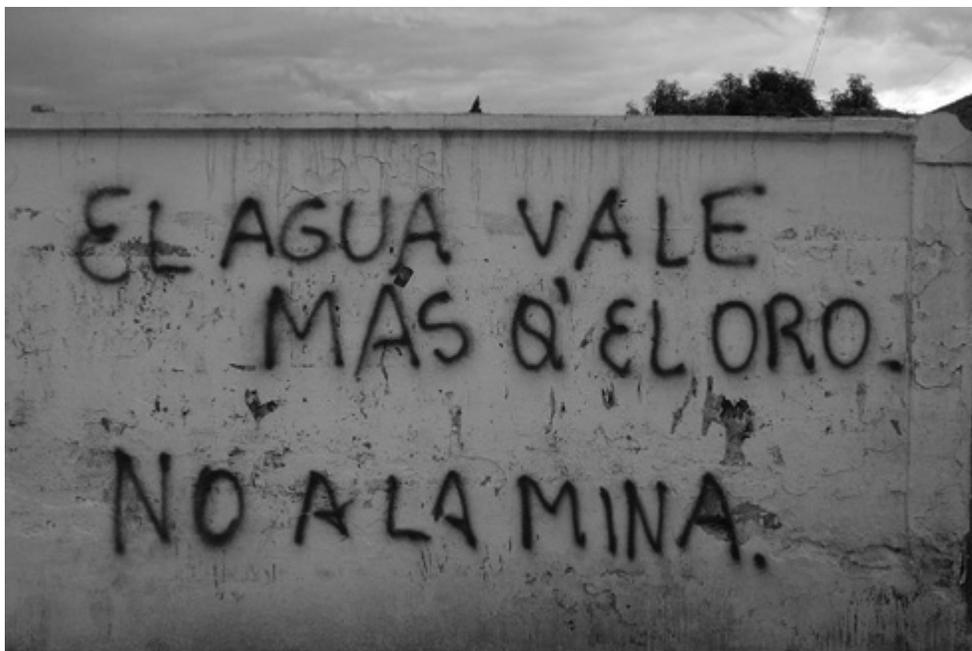
Las empresas mineras venden la falsa imagen de las tecnologías limpias que garantizan la posibilidad de hablar de minería verde y los discursos tradicionales-lineales que el crecimiento económico redundara directamente en el desarrollo local, regional y nacional. La incoherencia de estos planteamientos no puede ser mayor, dado que lo que expresan no se corresponde con los hechos sociales y la realidad concreta de las regiones y países en donde se encuentran. La desvergüenza es tan grande, que además del saqueo que se genera a las regiones, las comunidades quedan con-

denadas a vivir con los pasivos ambientales y contaminantes que estos proyectos generan. La minería verde, no es más que un mal chiste y el desarrollo regional-nacional una mentira más.

Los proyectos de gran minería mantienen una ilusión de trabajo generalizado en las poblaciones con el objeto de aprovechar las condiciones de pobreza de las comunidades y poder cooptarlas para construir un ambiente favorable a su interés extractivo. Sin embargo, los estudios en casos de varios proyectos mineros demuestran que el empleo masivo solamente existe en sus fases iniciales. Trabajo raso, mal pagado para las comunidades locales y, puestos de trabajo de mayor rango y mejor pagados, para los de afuera.

Jennifer Moore, en *Mitos y verdades de la mega minería*, plantea: La minería metálica industrial emplea 2,75 millones de personas, lo cual representa 0,09% de los puestos de trabajo a nivel mundial (...) Adicionalmente, la minería impone primarización de la economía, lo que impide agregar valor y desarrollo económico. Earthworks ha observado: “Al inicio de la operación de una mina, la actividad económica local crece notablemente. Hay nuevas vías y nuevas viviendas construidas para los mineros; también se establecen pequeños negocios para atender la mina y sus trabajadores. Pero aquellas economías frecuentemente se debilitan por el fenómeno llamado company town, es decir: hay poca actividad económica independiente de la mina. Este nivel de dependencia no genera estabilidad económica a largo plazo.”

En Cajamarca-Perú se encuentra la mina de oro más grande de América Latina (Yanacocha), sin embargo su realidad socio-ambiental es una vergüenza nacional. Los recursos del canon minero son dilapidados por lo políticos de turno, la corrupción ha llegado a niveles tan desproporcionados que en algunas localidades se han construido estadios pomposos



sin que existan equipos profesionales de fútbol, se edificaron coliseos deportivos que son utilizados para la venta de ganado, se edificó un hospital con la última tecnología y no hay médicos que lo atiendan, ni enfermos que lo utilicen. La disponibilidad y calidad de bienes y servicios ambientales en esta localidad es preocupante, pues además de cargar con la barbarie y contaminación ecológica que genera un proyecto minero que se asienta geográficamente en el nacimiento de cuatro cuencas hidrográficas, hay que sumarle los conflictos de carácter social que se han generado al pasar de 40 mil habitantes a 300 mil, en tan sólo quince años.

Los tolimeses y colombianos debemos entender que desarrollo no es sinónimo de crecimiento económico. Debemos tener la capacidad de construir un verdadero desarrollo humano; un entorno en donde las personas puedan desarrollar todo sus capacidades creativas, intelectuales, afectivas y productivas; un modelo de sociedad en donde el valor de la vida sea lo máspreciado que pueda existir.

De la protesta a la propuesta...

Una de las limitantes que teníamos al co-

mienzo de esta lucha contra la minería a cielo abierto de lixiviación con cianuro, en específico, contra La Colosa, era la ausencia de horizontes colectivos para la generación de empleo, mejoramiento de la calidad de vida y desarrollo social... No sabíamos que contestar al reto que nos imponían los cultores de la muerte frente al desafío de la generación de riqueza económica...lamentablemente, para ellos, fueron las propias Comunidades las que comenzaron a plantear las alternativas. En este proceso de resistencia y defensa del territorio, las comunidades campesinas proponen la superación de la pobreza, no desde la óptica estrecha del economicismo, sino desde una visión integral que persigue el crecimiento ético, intelectual, cultural y espiritual de las gentes.

En la idea de convocar la defensa de la vida en todas sus manifestaciones, avanzar en la idea social de construir procesos productivos en armonía humana y natural, comprometer nuestros sueños y esperanzas por un mundo donde quepan muchos mundos, restablecer los lazos que unen al agricultor con la tierra, generar independencia ideológica, económica, política, cultural para las gentes y el país; las organizaciones campesinas propo-

nen como algunos de sus objetivos: generar escenarios de interacción entre los diferentes sectores sociales con el ánimo de propiciar el intercambio de experiencias productivas y organizativas (diálogo de saberes); crear espacios que recreen la cultura de nuestros pueblos, fortalezcan la identidad comunitaria y la defensa del territorio; desarrollar procesos de economía solidaria, comercio justo, conservación ambiental y recuperación de nuestra diversidad natural y cultural; socializar experiencias agroecológicas y conformar redes de productores.

Con este tipo de acciones, comienza a gestarse un proceso de integración social-comunitaria que permitirá la generación de empleo, fortalecimiento de la seguridad, soberanía, autonomía alimentaria y promoción de proyectos turísticos que aprovechan al máximo las ventajas competitivas en términos biodiversos y socioculturales. Las comunidades de manera propia asumen la tarea de coadyuvar en el crecimiento de la calidad de vida de nuestras gentes, pero sobre todo, la conservación y derecho a un ambiente sano para las futuras generaciones. En el futuro, mis hijos, sus hijos y los hijos de nuestros hijos, nos agradecerán el haber entendido que nuestra riqueza no se encontraba en el subsuelo, sino en la

superficie, en la riqueza natural y cultural de nuestros territorios.

Alternativas

Las Comunidades tenemos derecho de autodeterminación, participación, y autonomía en las decisiones que afectan nuestra salud, autosuficiencia alimentaria, derechos sociales, ambientales y culturales. En este orden de ideas: pedimos-exigimos al Estado Colombiano: Garantizar la efectividad de los principios y fines previstos en la Constitución, la Ley y los Tratados Internacionales. Prevenir, impedir o evitar la ocurrencia de hechos que atenten contra la diversidad humana y natural. Proteger y conservar las áreas de especial importancia ecológica para los colombianos y el mundo entero.

Referencias bibliográficas

- Moore, Jennifer. Mitos y Verdades de la megaminería.
- Earthworks & Oxfam America. 2007. Dirty Metals Report: Mining, Communities and the Environment, p18.*
- Manuel Rodríguez Becerra. *La biodiversidad en Colombia*. Tomado de: <http://www.manuel-rodriguezbecerra.org/bajar/biodiversidad.pdf>



La minería como ruta al desarrollo: riesgos y extravíos

María Angélica Mora Buitrago*
Cristian Camilo Frasser Lozano**

En Colombia, la explotación minera ha empezado a ser presentada como la locomotora que dinamizará la economía del país. El Plan Nacional de Desarrollo vigente, que en forma superflua, reconoce el rezago comparativo del sector minero, en términos de institucionalidad, formalización, y consolidación industrial; se jacta *ingenuamente* al promulgar que el sector minero, actualmente ocupa el segundo renglón en las

exportaciones del país y, se orienta con vehemencia en la consolidación de las inversiones en el sector, para posicionar a Colombia como un país minero a nivel mundial.

Bajo esta convicción, en los últimos años, el Gobierno Nacional, asesorado por grupos de interés canadienses, se dedicó a realizar una serie de ajustes al Código de Minas (la Ley 685 de 2001), con el propósito de crear *un*



* Economista, Universidad del Tolima. Coordinadora de Actividades Itinerantes del Centro Cultural de la Universidad del Tolima

** Economista. Investigador del Observatorio del Empleo y Recursos Humanos de la Universidad del Tolima. Profesor catedrático de las universidades del Tolima y de Ibagué.

insumo esencial para la adecuada explotación y aprovechamiento de los recursos mineros. Paralelamente, como resultado de la reforma, según Manuel Rodríguez, “se han entregado todo tipo de licencias de minería hasta en los páramos y en los parques naturales de manera anárquica y corrupta, pasando de 2.000 a 8000 títulos mineros, que representan el 8 por ciento del territorio nacional” (Rueda, 2011).

Una cuestión adicional que inquieta a los dirigentes del país es la minería ilegal, pues se resalta en el Plan Nacional de Desarrollo

Ahora, es necesario analizar si este esfuerzo minero que pretende generar desarrollo económico en el país, es una realidad o se constituye en una falacia irreversible para los colombianos.

La maldición de los recursos naturales

La experiencia del desarrollo económico de las naciones no favorece a los países que cuentan con abundancia de recursos naturales. Se ha observado que el grueso de las naciones que han hecho su tránsito hacia economías desarrolladas, no se ha apalancado en la explotación de esta clase de recursos. La inmensa mayoría de los países que han intentado esa ruta ha fracasado en el objetivo de alcanzar su ingreso al club de las naciones ricas. Por ello, es común que se use el término de *maldición de los recursos naturales* para hacer referencia a una aparente contradicción: contar con inmensos recursos naturales pero no lograr ser una nación rica.

Con dicha expresión se ponen de presente los inmensos riesgos a los que se expone una estructura productiva que confía en la explotación de recursos naturales como motor (más parroquialmente, “locomotora”) de crecimiento. Algunos de esos riesgos se exponen sintéticamente a continuación:

que “es prioritario erradicar la extracción ilícita de minerales, la cual ha producido una mala percepción de la sociedad colombiana hacia el sector minero, debido a los daños causados al medio ambiente y a la sociedad” (PND, 2010). En Colombia hay 3.600 operaciones denominadas de minería ilegal, según un reciente informe de la Defensoría del Pueblo, casos que son particularmente protagonizados por familias que han vivido de la pequeña minería durante toda su vida y que empiezan a ser erradicadas por títulos que se otorgan a empresas multimillonarias de retroexcavadora, dragas y motobombas, para que *legalicen* la minería tradicional.

- La abundancia de recursos minero-energéticos estimula la entrada de inversión extranjera al país receptor con el objetivo de hacerse al recurso, explotarlo y percibir de esa labor una rentabilidad tan alta como para cubrir los costos y el riesgo que la actividad implica. En la medida que los dineros por inversión extranjera alcanzan volúmenes muy altos, se registran distorsiones en el mercado cambiario. Por ejemplo, si como resultado de las inversiones en el sector minero se presenta una escasez relativa de moneda local frente a la moneda foránea, es de esperar que la moneda doméstica gane valor y se revalúe frente a la



moneda extranjera, con lo cual, a los residentes del país receptor de la inversión se les hace más barato comprar bienes importados. Así las cosas, los agentes del país con abundancia en recursos naturales, terminan gastando los ingresos provenientes de la bonanza en mercancías producidas en el extranjero, en desmedro del aparato productivo nacional. Pasado el tiempo y agotado el recurso, se observa que la industria nacional ha quedado destruida y por tanto, la economía queda expuesta a la recesión, el desempleo y la pobreza. La evidencia internacional respalda esta hipótesis que relaciona negativamente la dependencia de recursos naturales y el crecimiento de largo plazo (Mehlum, Moene, y Torvic, 2006). El fenómeno descrito se conoce técnicamente como *enfermedad holandesa*.

- Los primeros síntomas de enfermedad holandesa se empiezan a sentir en la economía colombiana. La participación del rubro de minería dentro de la inversión extranjera directa pasó del 20% en 2001 a 40% en 2009; adicionalmente, se estima que el peso dentro del PIB del sector de minería e hidrocarburos puede pasar del 6% en 2007 al 9% en 2014 (Guhl, 2011). A su vez, se observa que la tasa de cambio después de haber alcanzado valores cercanos a los 3.000 pesos por dólar, presentó una fuerte revaluación que ubicó la tasa de cambio en 1.800 pesos por dólar, haciendo aumentar las importaciones colombianas con graves repercusiones para los productores nacionales.

- En consonancia, el crecimiento económico colombiano empieza a desequilibrarse. Según los reportes del DANE el crecimiento promedio del PIB para el segundo trimestre de 2011 fue de 5,2%, no obstante, el sector minero-energético creció a más del doble de ese promedio, mientras la agricultura y la industria sólo alcanzaron valores cercanos a la mitad de ese crecimiento. El país no va por buen camino, se aumentan las importaciones y profundiza la desindustrialización.



- Un perfil de crecimiento basado en minería, en desmedro del agro y la industria, no puede solucionar los graves problemas sociales que atraviesa el país. Se debe mencionar que los más recientes datos de pobreza rural en Colombia, publicados por Planeación Nacional, señalan que el 50% de la población que habita en el campo es pobre, situación que sólo podría cambiar si el renglón de la agricultura, a diferencia de lo que viene ocurriendo, tuviera un segundo aire que lo fortaleciera. La realidad de las cifras indica que el sector agropecuario está lejos de ser una locomotora como pomposamente lo anuncian los voceros del régimen.

- En las mismas cifras de Planeación Nacional se confirma que Colombia tiene una de las peores distribuciones de la riqueza en el mundo, apenas superada por algunos países africanos. La minería no contribuye a evitar esa escandalosa situación, por el contrario la profundiza. La literatura internacional ha mostrado cómo aquellas naciones, en las que el crecimiento depende del uso económico de los recursos naturales, tienden a concentrar la riqueza y el poder en una pequeña élite, a

diferencia de las que fortalecen la industria con alta tecnología. La razón estriba en que la explotación de un recurso natural implica un derecho exclusivo de uso sobre el recurso, generando monopolios de propiedad y evitando que las ganancias extraordinarias lleguen a otros sectores (Cimoli y Rovira, 2008).

- Otro de los riesgos asociado al modelo de crecimiento analizado, consiste en la volatilidad a la que quedan sometidas las economías locales, pues debe recordarse que la rentabilidad del negocio minero, depende del comportamiento de los precios que se determinan en las principales bolsas del mercado internacional, y en esa medida las autoridades económicas del país receptor pierden control sobre variables macroeconómicas importantes. De esta manera, los pocos empleos que genera la minería son inestables, porque la nómina puede aumentar o disminuir según los ciclos que tome el negocio internacionalmente (Power, 2007).

- De igual forma, la minería produce una serie de daños colaterales en la zona donde se realiza la explotación los cuales deben ser cuantificados e introducidos en el análisis costo-beneficio:

a) Es aceptado el inmenso daño ambiental que sufre el ecosistema cuando se realizan actividades mineras, con lo cual empresas no mineras pueden verse desincentivadas a invertir en la región porque el deterioro fue de tal magnitud que las condiciones mínimas para desarrollar la actividad productiva no existen, por ejemplo, polución y contaminación de aguas;

b) En las primeras fases de la minería suele usarse una gran cantidad de mano de obra, entre otras razones como estrategia de legitimación de las empresas mineras dentro de la comunidad, de ahí que aparezca una escasez relativa de mano de obra para otros sectores económicos que hacían presencia en la zona

antes de empezar la explotación minera. Así, los agricultores que conviven con la mina tendrán que pagar jornales más altos a sus trabajadores, sus costos subirán y sus productos perderán competitividad en el mercado local;

c) El alza en los salarios termina empujando una mayor inflación en toda la zona de explotación. Los mayores precios pueden ser cubiertos por las personas que se están beneficiando de la mina, pero para el grueso de la población excluida de tales beneficios, la situación implica que tendrán que enfrentar los mayores precios sin haber experimentado incrementos en sus ingresos.

- La minería es intensiva en capital y no en mano de obra, por ello todos los analistas económicos reconocen las dificultades de alcanzar el pleno empleo en una economía especializada en minería. En caso de la mina San Martín en Honduras, cuando inicia la construcción de la cantera existían cerca de 1.000 personas trabajando, pero en la fase de cierre había solo 75 trabajadores. Según la OIT entre 1995 y 2000, la tercera parte de los trabajadores mineros de los 25 países de mayor producción de minerales perdieron su empleo, en la mayoría de los casos por cuenta de la introducción de nuevas tecnologías que desplazan la mano de obra (Moore, 2009).

- La minería tiene grandes problemas para convertirse en un sector realmente líder de la economía porque su impacto económico sobre otros sectores (fenómeno conocido como *encadenamientos*) es muy reducido. Según cálculos de Fedesarrollo (2008), los encadenamientos hacia atrás de la explotación de carbón son pequeños y además concentrados en el sector financiero, por cada 100 pesos adicionales que se invierten en su explotación se requiere un incremento de 10,8 pesos en la producción de servicios de intermediación financiera y 9,3 pesos de servicios de transporte terrestre, es decir, que la mayor parte de los insumos que requiere



la minería provienen del sector servicios, en especial, los de intermediación financiera. Los encadenamientos hacia adelante son todavía más reducidos pues la producción resultante de la minería es exportada. De esta manera, un incremento de 100 pesos en la producción de minerales metálicos implica un aumento en la producción de metales comunes y productos metálicos elaborados de 0,96 pesos, en muebles y otros bienes transportables de 0,73 pesos, y en impresos y artículos análogos de 0,29 pesos.

- Se suele argüir que una de las ventajas económicas que acarrea la explotación minera, consiste en los mayores recaudos en tributos y regalías que puede obtener el Estado. Al respecto es importante mencionar que por la debilidad gubernamental es común que los gobiernos reduzcan la base tributaria con el fin de mejorar la actividad para las corporaciones mineras. En el caso colombiano, se encuentra que la tarifa de regalías que paga la explotación de sal es de 12% y la del oro de 4%, a pesar de que la rentabilidad de la segunda clase de explotación es muy superior a la primera. Así mismo, con los descu-

tos tributarios el saldo final para el país es prácticamente nulo. Según los cálculos del economista Guillermo Rudas, en 2009 se recibieron regalías por 1,9 billones de pesos, pero las exenciones tributarias a las mineras suman 1,4 billones, es decir, que el saldo favorable es apenas de 0,5 billones de pesos (Guhl, 2011).

- Una fuente de preocupación adicional está relacionada con la debilidad estatal para garantizar explotaciones que sean sostenibles ambientalmente. En comparación con la magnitud del negocio y el tamaño de las multinacionales mineras, el Ministerio de Ambiente es una institución sumamente pequeña y sin la capacidad técnica para adelantar el proceso de vigilancia y control. Una cifra ilustra la situación. Mientras entre 2005 y 2008 el presupuesto ambiental pasó de 0,31% del PIB a 0,27%, las hectáreas tituladas para exploración/explotación aumentaron de 1,1 millones en 2002 (0,98% del territorio del país) a 8,4 millones en 2009 (7,5% del territorio).

Desgraciadamente, a despecho de lo nombra-

do, la minería a gran escala se convierte en una de las principales actividades económicas del país, siendo protegida por una legislación totalmente favorable para los intereses de las empresas mineras que exploran, explotan y exportan los recursos naturales. Son colosales los abusos cometidos y perniciosas sus consecuencias, la minería deja a su paso pobreza, desempleo, desindustrialización y una economía local débil y volátil, sin soslayar la descomposición social, el desplazamiento y la destrucción ambiental con que arremete. Evidentemente, los altos beneficios de la minería se reproducen en el extranjero y sus riesgos se diseminan por todo el país.

Referencias bibliográficas

Cimoli, M. y Rovira, S. (2008). "Elites and Structural Inertia in Latin America: An Introductory Note on the Political Economy of Development",

Journal of Economic Issues, Vol. XLII, No. 2, junio.

Guhl, E. (2011). "El trilema minero: la gran minería sostenible y socialmente responsable es una falacia". Portal: Razón Pública. 29 de Agosto.

Fedesarrollo (2008). "La minería en Colombia: impacto socioeconómico y fiscal". Fundación para la Educación Superior y el Desarrollo.

Mehlum, H., Moene, K y Torvic, R. (2006). "Institutions and the resource curse", The Economic Journal, 116, pp. 1-20.

Moore, J. (2009). "Mitos y realidades de la minería transnacional". Revista Deslinde, pp. 1-17.

Power, T. (2007). "The Economic Role of Metal Mining in Minnesota: Past, Present, and Future". Minnesota Center for Environmental Advocacy.

República de Colombia. Departamento Nacional de Planeación. (2010). "Plan Nacional de Desarrollo: Prosperidad para todos (2010-2014)". Bogotá D.C.

Rueda M. I. (2011). "En Colombia la minería está desbocada, dijo Manuel Rodríguez". EL TIEMPO. 11 de julio.



Estado y Emgesa vulneran derechos fundamentales en el Quimbo

Miller Armín Dussán Calderón*

El proyecto hidroeléctrico El Quimbo, concesionado por el Gobierno Colombiano a la empresa colombo-española Emgesa (subsidiaria de Endesa y actual propiedad de la italiana ENEL), está ubicado en la región central del Huila, en el sitio denominado El Quimbo: 9000 hectáreas de 6 Municipios, Reserva Forestal Protectora de la Amazonía y del Macizo Colombiano; con 300.000 habitantes de los cuales aproximadamente 2.000 serían desplazados, la mayoría vinculados a 8 empresas comunitarias en plena producción agropecuaria, (cacao, sorgo, maíz, arroz) que producen unas 36.000 toneladas de alimentos por un valor cercano a los \$ 50.000 millones anuales. Cuenta con 842 hectáreas de bosque ripario y tropical seco, poblaciones de peces que son básicos para la seguridad alimentaria, 103 especies de aves, 13 especies de reptiles y tres especies en severo peligro: la pacaraná, el mono nocturno de manos grises y la nutria neotropical.

El Quimbo no está destinado al abastecimiento interno sino a la exportación de energía por las transnacionales a las que Uribe Vélez entregó nuestras cuencas del río Magdalena y el Macizo colombiano. *“El negocio de estas empresas es invertir excedentes financieros de otras economías en la explotación de recursos naturales de países emergentes.”*

La Asociación de Afectados por el Proyecto Hidroeléctrico El Quimbo -ASOQUIMBO- ha liderado el proceso de resistencia a través de debates, movilizaciones sociales, acciones jurídicas, participación en Encuentro Internacional de Afectados por represas en Temacapulín México y en la construcción del Movimiento Nacional por la Defensa de los Territorios ¡Rios Vivos! Se pretende impedir la construcción del embalse y preservar el desarrollo ecosocial de la Región, al convertir la zona en una Gran Reserva Campesina Agroalimentaria con subsidios estatales y asistencia técnica, en particular, para cada uno de los pequeños y medianos productores agrícolas, la indemnización y restablecimiento de los derechos, el estudio



* Profesor Investigador Universidad Surcolombiana. Miembro de Asoquimbo.

y el uso de energías alternativas de acuerdo con las potencialidades naturales de la región (solar, eólica, geotérmica, biomasa y micro represas).

Producto de la desobediencia y resistencia civil, el Ministerio de Ambiente -MAVDT- y la Corporación Autónoma del Alto Magdalena -CAM- mediante Resoluciones 1096 y 1349 del 14 de Junio de 2011 impusieron a Emgesa, medidas de suspensión de las actividades de compra y de negociación de predios y de algunas obras al constatar que *“se está ante la presencia de grave afectación del componente suelo, agua, forestal, fauna entre otros, por razón de la ejecución de actividades dañinas habida cuenta de la magnitud de sus efectos nocivos”*. Algunos de los impactos socioeconómicos, ambientales y culturales más graves y que *constituyen vulneraciones de derechos fundamentales y un alto riesgo de exclusión causad*, que Emgesa desconoce con la anuencia del MAVDT son:

Vulneración del derecho al trabajo

A medida que Emgesa ha venido adquiriendo predios, se han ido destruyendo continua-



mente empleos de grupos poblacionales que la resolución 899 de mayo 15 de 2009 reconoce como afectados. En el caso de los partijeros, arrendatarios, jornaleros, mayordomos, estamos en presencia de violación causada de derechos de manera grave para los cuales no se han constatado “las correspondientes medidas de manejo” ni “que la empresa adelantará e implementará las actividades que garanticen el restablecimiento de las condiciones socioeconómicas de las familias afectadas” y de la actividad productiva”, todo lo contrario, la respuesta de Emgesa es negar las compensaciones a las que tienen derecho.

Más de 300 desplazados por el Estado, principalmente jornaleros y mayordomos despedidos de 13 fincas que compró Emgesa hoy viven sin medios de subsistencia, en la peor incertidumbre.

Posterior a la expedición de la Resolución 1096 Emgesa continuó con “las actividades de compra y de negociación de predios” como es el caso de la Hacienda “La Virginia” del Municipio de Altamira Huila para el “reasantamiento de las comunidades de La Escalereta” del Municipio del Agrado. EL MAVDT, no sólo permitió la violación del numeral 1.5.2 del artículo décimo de la Resolución 899, sino que justificó el desplazamiento y demostró lo inocua que resultaba la Resolución 1096:

“es claro que en el caso del predio “La Virginia”, dado que está destinado al reasantamiento de la comunidad de “La Escalereta”, en cumplimiento del Programa de Reasantamiento de la población afectada por el proyecto, puede ser objeto de negociación y compra por parte de EMGESA S.A. E.S.P. y no está cobijado por la restricción prevista en la medida preventiva”

Varios numerales del artículo décimo de la resolución 899, no sólo reconocen a los grupos poblacionales afectados por el proyecto hidroeléctrico sino que también indican

las actividades que la empresa debió haber realizado para compensar a estos grupos poblacionales:

“Para todos los casos de desplazamiento involuntario (asentamientos y actividades productivas) total o parcial, la Empresa adelantará e implementará las actividades que garanticen el restablecimiento de las condiciones socioeconómicas de las familias afectadas, incluyendo las establecidas en las mesas de concertación y en el plan de manejo ambiental.

Emgesa no ha cumplido con el numeral 3.2.4 de la Resolución 899 que establece: “Los proyectos de Desarrollo Económico, Restablecimiento del Tejido Social, Acompañamiento y Asesorías, Atención a la Población Vulnerable y el seguimiento al Programa de Reasentamiento, serán ejecutados una vez iniciadas las obras de construcción preliminares...”

Violación de la Ley 160

La valoración de los predios y viviendas se realizó otorgando un puntaje catastral y no comercial como lo exige la ley 56 de 1981. De otra parte, la realización del inventario no partió de la valoración agrológica de predios rurales. Además, se omitió la Ley 160 de 1994 que regula la ocupación y aprovechamiento de las tierras, las cuales se adjudicarán hasta la extensión de una Unidad Agrícola Familiar -UAF- que para el caso de la Zona de El quimbo comprende entre el rango de 30 a 50 hectáreas.

EL MAVDT, con base en el EIA presentado por la empresa, decidió que *“como la UAF para el área de influencia está determinada en un rango entre 30 a 50 hectáreas y no era posible encontrar tierra suficiente para reubicar 300 familias sin generar un nuevo desplazamiento, entonces “según sus cálculos un predio de 5 hectáreas, asegura el ingreso de dos salarios mínimos”.*

EL MAVDT viola la Ley 160 no obstante haber consignado en el EIA de Emgesa que *“esta categoría se aplica a los predios menores de 30.00 ha, teniendo como soporte los rangos de tamaño de la UAF, definidos en su momento, por el INCORA como Institución oficial con dicha función”.*

EL MAVDT, al reconocer que *“no era posible encontrar tierra suficiente para reubicar 300 familias sin generar un nuevo desplazamiento”*, está justificando la inviabilidad del Proyecto al no existir garantías de compensación ni restablecimiento pleno de la actividad productiva para la seguridad alimentaria.

Levantamiento de medidas preventivas

EL MAVDT, bajo el supuesto de “un riguroso escrutinio” mediante Resolución 1826 del 12 de septiembre de 2011, levantó las principales medidas impuestas garantizando a Emgesa la continuidad de todas las obras y la ejecución de nuevas, sin “el análisis riguroso” y la cuantificación y compensación de los daños causados por la empresa al patrimonio económico, social, ambiental y cultural de la nación.

La decisión se tomó sin consultar a los afectados quienes exigieron, la expedición de un Acto Administrativo de suspensión inmediata de todas las obras del Proyecto y la licencia ambiental, como única garantía para la protección de los derechos, la indemnización por la pérdida de ingresos y la restitución de la actividad productiva. EL MAVDT, al no suspender todas las obras, legitimó el ecocidio y estimuló la violencia que generará el desplazamiento y el desempleo, no obstante, haber considerado en el Concepto Técnico 879 de 2011, entre otras, que

“la compra de predios está ocasionando la pérdida de ingresos para una amplia población, que la empresa está en mora de presentar el

Estudio de Vulnerabilidad, pues ya está vencido el plazo de seis meses...y que la situación que están generando estos impactos está lindando con la vulneración del derecho a la vida en condiciones dignas”.

EL MAVDT no ha restablecido las condiciones socioeconómicas para garantizar “*el derecho a la vida en condiciones dignas*” después de haber impuesto y levantado las medidas contra Emgesa. Lo anterior se confirma en la respuesta al Radicado 4120-E1-90180 de 2011:

“En relación con la situación particular que se está presentando con un grupo de pescadores artesanales que se encuentran en la margen izquierda del Río Magdalena, en inmediaciones de la Vereda Domingo Arias, aún no se han dimensionado las consecuencias derivadas de los impactos ocasionados en su actividad económica por la construcción del proyecto. Por lo anterior, tampoco se han determinado cuáles serán las medidas efectivas para su adecuado manejo

EL MAVDT está incurriendo en supuesto delito de prevaricato por omisión de su responsabilidad de proteger los derechos de los afectados por el Proyecto Hidroeléctrico El Quimbo al registrar que “aún no se han dimensionado las consecuencias de los impactos ni determinado las medidas efectivas” para la protección de sus derechos y el pago por los daños causados, no sólo de los pescadores, sino de los trabajadores del campo desplazados por Emgesa y el Estado.

Apertura de investigación a Emgesa una farsa

EL MAVDT de conformidad con la Ley 1333 de 21 de julio de 2009, “*encontró mérito para ordenar la apertura de investigación ambiental contra la empresa EMGESA S.A. con el fin de verificar las acciones u omisiones constitutivas de infracción ambiental*” Sobre el particular, cabe recordar que el Ministerio Público con relación al inicio de obras de un túnel por

Emgesa, sin contar con la Licencia Ambiental, manifestó que violaba la normatividad debido a que no existía “*autorización para ejecutar labores como construcción de campamentos, traslado de maquinaria y cortes de cobertura vegetal que afectan los recursos de flora, suelo y agua*” Con fundamento en lo anterior, se expidió la Resolución 227 del 2009, mediante la cual se formularon cargos contra Emgesa por adelantar obras sin Licencia y posteriormente se la exoneró impunemente mediante la Resolución 2188 del mismo año. Igual sucedió cuando expidió la Resolución 1814 recurriendo a fraude procesal y falsa motivación para disminuir las compensaciones ambientales y sociales a favor de Emgesa.

Detrimento del patrimonio arqueológico

Asoquimbo denunció el tratamiento ilegal dado al Patrimonio Arqueológico y especialmente a hallazgos arqueológicos del área afectada. El Instituto Colombiano de Antropología e Historia ordenó la suspensión de obras del Proyecto mediante Oficio 1749 de 2011 y dos días después reversó la decisión. Posteriormente, mediante resolución 102, “*inicio trámite sancionatorio contra los implicados en el caso de los hallazgos fortuitos realizados en el mes de abril de 2011 vinculando a EMGESA como posible infractora del régimen de protección del patrimonio arqueológico*”. Las anteriores decisiones del ICANH permiten inferir que no existe rigor para exigir el cumplimiento de la Constitución sobre protección de nuestro Patrimonio.

El Estado vulnera derechos a la información, organización y participación.

Existe vulneración del legítimo Derecho a la Información tal como lo había denunciado la Defensoría del Pueblo: “*restricción del Derecho a la Información a los grupos en situación de vulnerabilidad, lo que implica*

que desconozcan las medidas de compensación que deben beneficiarlos”. Existe la pérdida absoluta de credibilidad de los afectados en la Empresa por el incumplimiento sistemático de sus obligaciones afectando gravemente sus proyectos de vida, razón por la cual Asoquimbo se ha negado a cualquier proceso de negociación con Emgesa y de participación en sus estudios de vulnerabilidad, etnográficos, debido a que corresponde al MAVDT responder por la protección de todos los derechos.

Funcionarios del MAVDT, la Defensoría del Pueblo, la Procuraduría Agraria Ambiental y del Gobierno Departamental convertidos ahora en “mediadores” han sido denunciados por las comunidades porque pretenden legitimarse destruyendo a las organizaciones sociales como Asoquimbo. Una evidencia ocurrió cuando el Procurador Agrario Ambiental del Huila, Diego Vivas, intentó montar un fallido proceso de judicialización de las acciones de resistencia civil de los afectados.

No cabe ninguna duda de que el Estado cumple la función de garantizar todas las condiciones para la mayor inversión y rentabilidad de las corporaciones transnacionales, razón por la cual, corresponde a las comunidades organizarse y resistir en defensa de sus Territorios y Derechos como sujetos capaces de decidir y construir autónomamente otro mundo posible, el del Buen Vivir de los excluidos y humillados pero indignados.

(Links: videos sobre resistencia Asoquimbo)

- http://www.youtube.com/watch?v=brmn2IOrVec&feature=player_embedded
- <http://www.noticiasuno.com/noticias/director-general-de-emgesa-dice-que-no-suspendern-las-obras-.html>
- http://www.youtube.com/watch?v=H1Pa86w_gNc&feature=player_embedded#at=90
- <http://www.youtube.com/watch?v=xhPd2tQmaso>
- <http://www.youtube.com/watch?v=o5mooeLSe1c&feature=autoshare>
- <http://www.youtube.com/watch?v=jrvdF5k4oug>
- <http://www.youtube.com/watch?v=Nq9ouShBfKc>
- <http://www.youtube.com/watch?v=7WzRCk5SjKc>
- http://www.youtube.com/watch?v=6INeQj93-_M&feature=related
- <http://www.youtube.com/watch?v=yKAUq-jxmLk&NR=1>
- <http://www.youtube.com/watch?v=K8OLgapCPDg&feature=related>
- <http://www.youtube.com/watch?v=-qEm24mP008>
- <http://www.youtube.com/watch?v=L58bGqSGO4o&NR=1>
- http://www.youtube.com/watch?v=cBt6W_OZ9fA&NR=1
- http://www.youtube.com/watch?v=cBt6W_OZ9fA&NR=1
- <http://www.youtube.com/watch?v=iGhs4Xci9es&NR=1>
- <http://defensaterritorios.wordpress.com/2011/10/08/video-del-quimbo-que-el-gobierno-y-emgesa-no-quieren-que-veamos/>



LIFE IS
ALWAYS EASIER
IN BLACK
AND
WHITE



ANAB

Entre la trinchera local y la aldea global

- Un diálogo entre K. Frampton y el pensamiento crítico contemporáneo -

José Ledesman Díaz Mora*

No somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles.

Simón Bolívar

Los sueños y las pesadillas están hechos de los mismos materiales, pero esta pesadilla dice ser nuestro único sueño permitido: un modelo de desarrollo que desprecia la vida y adora las cosas (...) Es la caricatura del desarrollo: un enano que simula ser niño.

Ser como ellos - Eduardo Galeno, 1992

Insinuación

El presente ensayo se nutre de la variedad teórica del pensamiento crítico contemporáneo como vía alterna para construir colectivamente una real “alternativa” (¿arquitectura?) de la resistencia en tiempos de globalización, que en términos de supervivencia parten del acertijo de cómo resisten nuestras culturas locales en la modernidad-mundo. Aunque la referencia inicial se encuentra en la complejidad discursiva de K. Frampton¹, más allá del proyecto de los posmodernos, también se hace necesario extender un puente interpretativo que permita diversificar las fuentes (y paradigmas) que intervienen en los ejes fundantes del proyecto cultural de la modernidad. En consecuencia, el abordaje del conflicto entre globalización y cultura, tendrá un primer momento dirigido hacia el redescubrimiento de las raíces del proyecto de la modernidad-mundo, cuya afirmación se deriva del antagonismo entre capital y trabajo, expresado como proceso de dominación a escala planetaria, re-productor de

contradicciones en la vida material e inmaterial, tanto en el ámbito económico como cultural y político; y un segundo momento que permita descubrir las prácticas identitarias y sus posibilidades de resistencia en lo que se ha llamado regionalismo crítico y/o la construcción identitaria regional como alternativa progresista que busca el reconocimiento de las culturas locales o regionales como garantía de dignidad y autonomía de los pueblos del mundo.

El proyecto cultural de la modernidad: orígenes y alcances

En los albores del siglo XVIII, según el pensador argentino Enrique Dussel, la modernidad como impronta eurocéntrica de la racionalidad científico-técnica desarrolló un falso mito sobre sus propios orígenes:

La modernidad no sería un fenómeno exclusivamente europeo originado durante la edad media y que luego, a partir de la experiencia intraeuropeas tales como el renacimiento italiano, la

* Catedrático de la Universidad del Tolima. Coeditor de la Revista *El Salmón*

reforma protestante, la ilustración y la revolución francesa, se habría difundido inevitablemente por todo el mundo (...) La modernidad no es otra cosa que la cultura del “centro” del sistema-mundo y surge como resultado de la administración de dicha centralidad por parte de diferentes países europeos entre los siglos XVI y XIX. Esto significa que la modernidad no es un fenómeno europeo sino mundial, que se dio gracias a un efecto fundamental del proceso de descubrimiento, conquista, colonización e integración (subsunción) Amerindia.²

Así se extendió la modernidad-mundo como proyecto de construcción e imposición de cultura, soportada en los valores modernos de la razón: “el universalismo, la homogeneidad, el progreso y el orden, y de sus instituciones: el estado Moderno y la empresa capitalista”³. Una nueva fase de la historia que según la dialéctica marxista corresponde a que, “las formas de distribución capitalistas se derivan de otro modo de producción”⁴, como lo afirmaría el geógrafo David Harvey⁵, producto de la lucha profunda y penetrante entre fuerzas opuestas que compiten y distan mucho de ser armónicas entre sí (...) de la cual emergen nuevas configuraciones sociales, en las que un poder afirma su capacidad de dominio sobre otro. La misma sospecha se expresa en K. Frampton cuando cuestiona el ámbito triunfalista de la “civilización universal sobre la cultura modulada localmente”, cuyo trágico anuncio no es más que la proyección histórica de la racionalidad capitalista y la lógica de acumulación, es decir la “tendencia de la propia lógica de la expansión mundial del capitalismo que produce una desigualdad creciente entre quienes participan del sistema”⁶. Una sociedad “soñada” a imagen y semejanza del pensamiento único que traduce libertad e igualdad en cuanto al sometimiento a la legalidad del orden, materializada en los conceptos de ciudadano (en lo político) y el trabajador-consumidor (en lo económico), y que para garantizar su reproducción requiere también “estandarizar procesos productivos,

los espacios de producción y reproducción, las prácticas de consumo, los procedimientos burocráticos, etc., muestra como se busca la homogeneidad a costa de la heterogeneidad”⁷. Por su parte, Marcuse señala el impacto de la razón instrumental, cuya existencia histórica se remonta en las prácticas de:

La sociedad industrial avanzada, en la que el aparato técnico de producción y distribución (con un sector cada vez de mayor automatización) funciona como un sistema totalitario en el grado que determina, no sólo las ocupaciones, aptitudes y actitudes socialmente necesarias, sino también las necesidades y aspiraciones individuales (...) La productividad y el crecimiento potencial de este sistema estabilizan la sociedad y contienen el progreso técnico dentro del marco de la dominación: la razón tecnología se ha hecho razón política.⁸

En consonancia, el sociólogo polaco Zygmunt Bauman sostiene que la expresión gráfica de la modernidad-mundo también es contenida en la estructura espacial geoméricamente sencilla, donde la planificación estrictamente detallada y exhaustiva del espacio urbano se programa según;

Los principios de uniformidad y regularidad (y por lo tanto, de permutabilidad) de los elementos



H. Marcuse

de la ciudad, se complementan con el postulado de la subordinación funcional de las soluciones arquitectónicas y demográficas a las “necesidades” de la ciudad en su conjunto (...) así como a la exigencia de separar espacialmente las partes dedicadas a distintas funciones, o que difieren en la calidad de sus habitantes.⁹

Esta necesidad sería tempranamente interpretada por Le Corbusier, creador del concepto de la zonificación como: “especialización de los sectores urbanos respecto a las funciones básicas del hombre: habitar, trabajar, descansar y circular”. En mismo acertijo es señalado por N. Canclini cuando se pregunta si es posible de impulsar la modernidad cultural cuando la modernización socioeconómica es tan desigual; y sumado a esto se encuentra la tradición violenta de la cultura moderna que logró su plenitud negando las tradiciones y los territorios, tensionado aún más los desacuerdos entre el modernismo cultural y la modernización social, cuya expresión suprema se encuentra en las metrópolis¹⁰. De ahí se desprende la crítica al proceso latinoamericano por tener un modernismo exuberante con una modernización deficiente, cuya relación es útil para preservar la hegemonía: “expansión restringida del mercado, democratización para minorías, renovación de las ideas pero con baja eficacia en los procesos sociales”.

¿Modernismo sin modernización? Sería la pregunta de Canclini compartida por Frampton, sobre todo cuando el diálogo entre cultura y civilización va de la mano del uso mercantilista y racional del suelo que, a su vez, genera polarización en la arquitectura moderna: “alta tecnología” (producción) y “fachada compensatoria” (simulación). El mismo Frampton prosigue:

La interacción entre civilización y cultura ha impactado negativamente la relación entre la forma y significación de la estructura urbana, transformando los centros metropolitanos en el mundo desarrollado: el alto edificio autosustentable y

la sinuosa autopista. La diatriba mercantilista de adaptación de las estructuras de la ciudad, se basa en la racionalización en los usos del suelo para generar altas tasas de ganancia.¹¹

Por su parte, Marcuse va más allá al preguntarse sobre la mayor probabilidad de un desarrollo óptimo, encontrando que “la teoría crítica debe proceder a una abstracción a partir de la organización y utilización actual de los recursos de la sociedad, y de los resultados de esa organización”¹². El capital reordena todos los espacios de la vida material e inmaterial, y dicha dinámica se extendió a los desarrollos urbanos de América Latina, pues desde la década de los años 50 las dinámicas de la ciudad moderna corresponden a la lógica de la concentración del poder y el capital que, en palabras de Villoria, se hacen evidentes en la conformación de suburbios y periferias urbanas como un “proceso de acumulación [territorial] que acrecentó las desigualdades en los distintos espacios (además de las desigualdades sociales)”¹³.

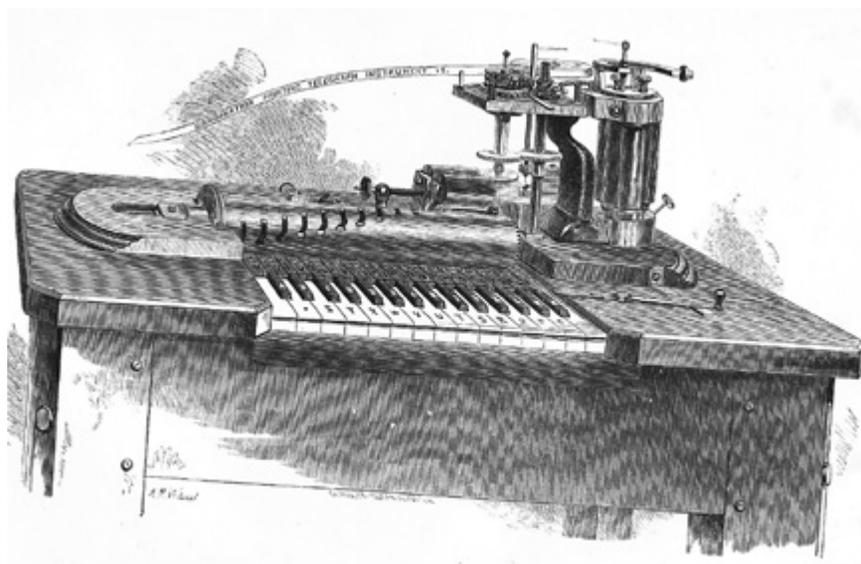
La composición urbana de las megalópolis de Latinoamérica no es diferente al caos mutante de otros países más “avanzados”; como lo expresara el ex-alcalde de Porto Alegre (Brasil), Dr. Tarso Genro: “La construcción de la ciudad refleja la construcción ordenada de la exclusión, que tiene como base la aceptación de la exclusión y su colaboración dentro de un *orden urbano*”¹⁴. De este modo se evidencia la planificación urbana contemporánea como una distinción entre las “zonas civilizadas” (las del primitivo contrato social) que supuestamente viven bajo el aseo de las “zonas salvajes” (o de aquellos sectores poblacionales excluidos social y culturalmente), y que sólo cuentan con las ganas de superar las adversidades del sistema económico. El ejercicio prospectivo del autor sugiere que los sectores dominantes crearán una especie de “burbuja de contención”, y que sus espacios físicos y construcciones se transformarán para defenderse, *“se transforman en castillos neo-feudales,*

los enclaves fortificados que caracterizan las nuevas formas de segregación urbana (ciudades privadas, condominios cerrados, *gated communities*); y que por tal razón, para las próximas generaciones, esta división se convertirá en el criterio general de “sociabilidad” para buscar la segregación social de los excluidos, y peor aún, significará la criminalización de los sectores populares como generadores de conflicto y focos delincuenciales.

Por lo tanto, la ciudad industrial moderna sigue siendo como las antiguas fortalezas: un espacio físico que nos aísla y encarcela y, que finalmente interrumpe los encuentros mágicos y creativos en sus territorios. La sociedad moderna convive en una realidad dual: la *ciudad soñada* (la verde, la cultural, la humana, la que ofrece oportunidades laborales, culturales y lúdicas) y la *isla fantástica* –y hasta terrorífica– que asemeja progreso y desarrollo con la capacidad de sembrar cemento, esa es la metrópolis soñada por el gran capital, la ciudad neoliberal, la que con exclusividad acumula y acomoda la riqueza y su opulencia en las mejores zonas, y que por otro lado, el más oscuro y clandestino, esconde el dolor y esquivo al hombre común y silvestre, a los siervos sin tierra, excluidos en el proceso de segregación social y urbana.

Resistencia identitaria: alternativa frente a la modernidad-mundo

Bajo los cielos del Estado-nación también se percibe un “efecto mariposa” relacionado con los constantes cambios y adaptaciones territoriales que, a la vez, transforman la percepción de quiénes y qué somos y adónde pertenecemos (la raíz territorial identitaria) que, obedece a que “localizamos en general nuestra identidad en función del espacio (yo pertenezco *aquí*) y del tiempo (ésta es mi *biografía, mi historia*), es decir que la crisis de identidad (cuál es mi lugar en el mundo, qué futuro me espera) derivan de fuertes fases de compresión del espacio tiempo”¹⁵. Las reconfiguraciones de las nociones de espacio, tiempo y espacialidad–temporalidad serían las señales originarias del concepto mismo de modernidad, nuevas realidades geoespaciales producidas en la compresión del espacio-tiempo, cuya máxima ganancia es la llamada “fábrica de la fragmentación” que bajo el paraguas de la “acumulación de capital siempre ha estado relacionada con la aceleración (innovación tecnológica, comercialización) y con la revolución del transporte y las comunicaciones (ferrocarril, telégrafo, radio, auto, telecomunicación), que tienen el efecto de reducir las barreras espaciales”¹⁶.



Los campos de conflicto entre globalización e identidad reflejan una doble condición: por una parte “las relaciones sociales ya no se limitan a los individuos que viven en un contexto de tal o cual cultura, sino que se presentan cada vez más como “desterritorializadas”, o sea, como realidades mundializadas”¹⁷, operaciones que se dan, a la vez, bajo el influjo de las relaciones de dominio de cada país o formación social, donde la diversidad cultural “es diferente y desigual” porque las instancias e instituciones que la construyen tienen distintas posiciones poder y legitimidad (países fuertes o países débiles, transnacionales o gobiernos nacionales, civilización “occidental” o mundo islámico, Estado nacional o grupos indígenas). Por otra parte “la idea de modernidad global (racionalidad, vida social y vida personal) se desintegra en los espacios pequeños en donde se comienza a producir el nuevo sentido, que estando al servicio de la racionalidad global, agota sus explicaciones en mini-racionalidades de la vida cotidiana y de la vida inmediata”¹⁸; en dichos campos de fronteras se descubren los llamados territorios próximos donde se traslapan los procesos identitarios, tal es el caso de las identidades nacionales o colectivas que son propiedades emergentes de las acción colectiva y se sostienen en un doble proceso: “uno de inclusión que le da límite a lo “nuestro”, y otro de exclusión que “nos” distingue de los “otros””¹⁹.

Estas consideraciones adquieren relevancia a la hora de evaluar críticamente la relación indisoluble cultura e identidad, pues el origen de la distinción también se debe a la existencia de un conflicto epistemológico, tal como el ejemplo del “del hormigón armado y el hormigón reforzado de Frampton”, ciertas tesis “posmodernas” conciben la cultura “como esencialmente fragmentada, híbrida, descentrada y fluida y [por lo tanto] la concepción de identidad revestirá los mismos caracteres”²⁰. Entre tanto, la “cultura “posmoderna” sería, casi por definición, una cultura “desterritorializada” y “desespacializada”, debido a



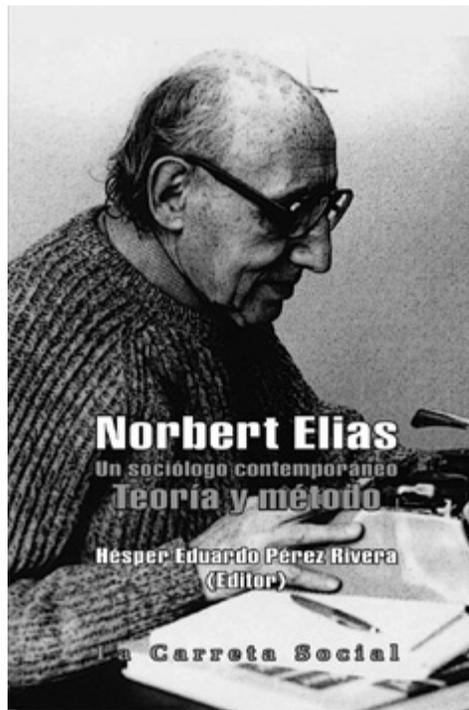
fenómenos de globalización, al crecimiento exponencial de la migración internacional y la “deslocalización” de las redes modernas de comunicación”²¹. De esta manera también se reconfiguran las dinámicas territoriales en razón a que el vínculo social “ya no se produce en comunidades ancladas en territorios y a marcas establecidas por el peso de las tradiciones, sino en torno de asociaciones transitorias, moleculares, líquidas (...)”²². Contrariando a esta visión multiculturalista, autores como Giménez, consideran que los conceptos de identidad y cultura son inseparables, por la sencilla razón de que el primero se construye a partir de materiales culturales, es decir que la “cultura no debe entenderse nunca como un repertorio homogéneo, estático e inmodificable de significados, sino [un campo de frontera] que puede tener a la vez “zonas de estabilidad y pertinencia” y “zonas de movilidad” y cambio”²³.

Lo anterior también implica distinguir la globalización económica y financiera de la globalización de la cultura, en efecto;

La primera es una “globalización fuerte”, por su carácter sistémico y estructurado (...) La segunda, en cambio, es una “globalización débil”, incapaz de generar a escala global sujetos que interpreten el mundo de manera similar y que, por lo mismo, se configuren como identidades

globales (...) las cuales requieren no sólo compartir una memoria y un repertorio de símbolos comunes, sino también establecer fronteras con respecto a un “afuera”, a un espacio exterior”²⁴.

Esto debido a que la informacionalización y la globalización producen otros procesos de interacción compleja, otros fenómenos transformadores de índole cultural y política, traducidos en el reforzamiento de las identidades culturales como principio básico de organización social, seguridad personal y movilización política: “procesos por el cual los actores sociales construyen el sentido de su acción atendiendo a un atributo cultural (o



conjunto articulado de atributos culturales) al que se da prioridad sobre otras fuentes posibles de sentido de la acción.”²⁵ Identificación / diferenciación: tránsitos entre el descubrimiento de los procesos de interacción con los otros o hacia las formas de organizar la integración social de los individuos que conviven en una misma red en cierto grado de autonomía e interdependencias. Aquí surge la preocupación natural del ser social, la búsqueda del otro distinto, lo que Ingrid Bolívar

resaltaría como el conflicto identitario, por lo cual “solo puede haber identidad postulada (...) toda identidad es una proyección de lo que se demanda o se busca sobre la base de lo que se es”²⁶. Al respecto, Norbert Elías nos recuerda la condición inseparable entre identidad y realidad social: “es característico de las sociedades más desarrolladas de nuestro días que el ser humano particular conceda más valor a aquello que lo diferencia de otros, a su identidad como yo, que aquello que tiene en común con otros, a su identidad como nosotros”²⁷.

En ese sentido, el regionalismo crítico invita a descifrar el acertijo desde los territorios próximos: la constante tensión entre la trinchera local y la aldea global y los procesos identitarios que surgen como bisagras entre la cotidianidad y el mundo exterior, representan el despertar de la conciencia colectiva e individual, cuya consolidación permite defender la identidad como un proceso de desarrollo que en el plano regional implica poner en juego tres tipos de acciones: *abrir la región al mundo, cultivar su especificidad histórica y cultural y, finalmente, estimular redes sociales que bajo el forcejeo de la resistencia y el cambio se abran paso ante la crisis de las instituciones de la modernidad: el estado-nación y la empresa capitalista.*

Notas

1. Frampton Kenneth. Hacia un regionalismo crítico: Seis puntos para una arquitectura de resistencia. EN: Baudrillard., Jean et al. La posmodernidad. Barcelona, 1998.
2. Castro-Gómez, Santiago. La (pos) colonialidad explicada a los niños. Perspectivas latinoamericanas sobre modernidad, colonialidad y geopolíticas del conocimiento. Bogotá, 2002.
3. *Ibíd.*, p.25
4. Marx, Kart, El capital. Tomo II. Libro tercero. Barcelona. Folio; 1999. p. 681.
5. Harvey, David. Espacios del capital. Hacia una geografía crítica. España, 2001. p. 88.

6. Amin, Sader. (Internet) Capitalismo, imperialismo, mundialización. 2006.
7. Hisson, I. Robin. Las teorías y las prácticas de desarrollo desde la perspectiva de la modernidad. Cuadernos del CIDER. Bogotá, 1996. p.27.
8. Herbert Marcuse. El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada. Seix y Barral (Trad.), Bogotá, 1986. p. 27.
9. Bauman, Zygmunt. La globalización. Consecuencias humanas. Fondo de cultura económica. Argentina, 1999. p. 50.
10. El autor hace referencia al concepto de modernidad y adopta con cierta flexibilidad “la distinción hecha por varios autores, desde Jürgen Habermas hasta Marshall Berman, entre la modernidad como etapa histórica, la modernización como proceso socioeconómico que trata de ir construyendo la modernidad, y los mecanismos, o sea los proyectos culturales que renuevan las prácticas simbólicas con un sentido experimental o crítico”. En: García Canclini, Néstor. Culturas híbridas. Estrategias para entrar o salir de la modernidad. Editorial Grijalbo S.A, México, 1989. p. 19.
11. Frampton, Óp. Cit., p.43.
12. Herbert Marcuse, Op.Cit., p.21.
13. Lindón Villoria, Alicia. De la expansión urbana y la periferia metropolitana. Documentos de Investigación preliminares. El Colegio Mexiquense, México, 1997.
14. Tarso Genro fue alcalde de Porto Alegre (Brasil) entre 1992 y 1996 y ha sido reelegido alcalde de dicha ciudad en día 1 de octubre del año 2000, por un porcentaje de 63'5 % de los votos. Autor del texto: “El futuro de las ciudades en el nuevo orden internacional”. Brasil. 2001.
15. Harvey, Op.cit., p.140.
16. Harvey, Op.cit., p.139.
17. Ortiz, Renato. Diversidad Cultural y cosmopolitismo. En: Martín-Barbero, Jesús; López de la roche, Fabio y Robledo, Ángela. (eds). Cultura y Globalización. CES / Universidad Nacional, Ministerio de Cultura. Bogotá, 1999. pp. 38.
18. Ponencia al congreso nacional de IAP, socializada Marco Raúl Mejía bajo el título: “La deconstrucción: una estrategia formativa. Reconstruyendo la crítica en tiempos de globalización. CINEP-Colombia, 1997. p. 9.
19. Schlesinger, Philip. Medios, orden político e identidad nacional. En: Martín-Barbero, Jesús; Silva, Armando (Coop). Proyectar la comunicación. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. 1997. p. 175.
20. Giménez, Gilberto. (Internet). Cultura como identidad, identidad como cultura. Consultado 03-06-08: <http://www.gimenez.com.mx/articulo1/articulo1.doc>
21. Giménez, Gilberto, “Territorio, cultura e identidades. La región sociocultural”. En: Martín-Barbero, Jesús; López de la roche, Fabio y Robledo, Ángela. (eds). Cultura y Región. Ces. Universidad Nacional, Ministerio de Cultura. Bogotá, 1999. pp. 87-129.
22. Hernández, Álvaro; Useche, Óscar. Poder, política y construcción de sujetos. En: Bravo, Fernando; Gómez, Jairo; Lara, Gladys. (eds). Discurso e imaginario, poder e identidad. Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Bogotá, 2006. pp. 38.
23. Giménez, Op.Cit., p.3.
24. Giménez, Gilberto. (Internet) Identidades en globalización. Consultado 03-06-08: <http://www.gimenez.com.mx/articulo1/articulo1.doc>
25. Castell, Manuel. La globalización truncada en América Latina, la crisis del Estado-nación y el colapso neoliberal. [Notas para el debate]. Documentos preparatorios al Foro Social Mundial (Cartagena), junio 2003.
26. Identidades culturales y formación del Estado en Colombia: colonización, naturaleza y cultura. Ingrid Johanna Bolívar r., editora; autores, Julio Arias Vanegas [et al.].— Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, CESO, Ediciones Uniandes, 2006. p. 16.
27. *Ibíd.*, p.17.

Referencias bibliográficas

- Amin, Sader. (Internet) Capitalismo, imperialismo, mundialización. 2006.
- Bauman, Zygmunt. La globalización. Consecuencias humanas. Fondo de cultura económica. Argentina, 1999.
- Castell, Manuel. La globalización truncada en América Latina, la crisis del Estado-nación y el colapso neoliberal. [Notas para el debate]. Documentos preparatorios al Foro Social Mundial (Cartagena), junio 2003.
- Castro-Gómez, Santiago. La (pos) colonialidad expli-

cada a los niños. Perspectivas latinoamericanas sobre modernidad, colonialidad y geopolíticas del conocimiento. Bogotá, 2002.

Frampton Kenneth. *Hacia un regionalismo crítico: Seis puntos para una arquitectura de resistencia*. En: Baudrillard., Jean et al. *La posmodernidad*. Barcelona, 1998.

García Canclini, Néstor. *Culturas híbridas. Estrategias para entrar o salir de la modernidad*. Editorial Grijalbo S.A, México, 1989.

Giménez, Gilberto, "Territorio, cultura e identidades. La región sociocultural". En: Martín-Barbero, Jesús; López de la roche, Fabio y Robledo, Ángela. (eds). *Cultura y Región*. Ces. Universidad Nacional, Ministerio de Cultura. Bogotá, 1999.

Giménez, Gilberto. (Internet) *Identidades en globalización*. <http://www.gimenez.com.mx/articulo1/articulo1.doc>

_____. (Internet). *Cultura como identidad, identidad como cultura*. <http://www.gimenez.com.mx/articulo1/articulo1.doc>.

Harvey, David. *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*. España, 2001.

Herbert Marcuse. *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Seix y Barral (Trad.), Bogotá, 1986.

Hernández, Álvaro; Useche, Óscar. *Poder, política y*

construcción de sujetos. En: Bravo, Fernando; Gómez, Jairo; Lara, Gladys. (eds). *Discurso e imaginario, poder e identidad*. Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Bogotá, 2006126.

Hissong, I. Robin. *Las teorías y las prácticas de desarrollo desde la perspectiva de la modernidad*. Cuadernos del CIDER. Bogotá, 1996.

Lindón Villoria, Alicia. *De la expansión urbana y la periferia metropolitana*. Documentos de Investigación preliminares. El Colegio Mexiquense, México, 1997.

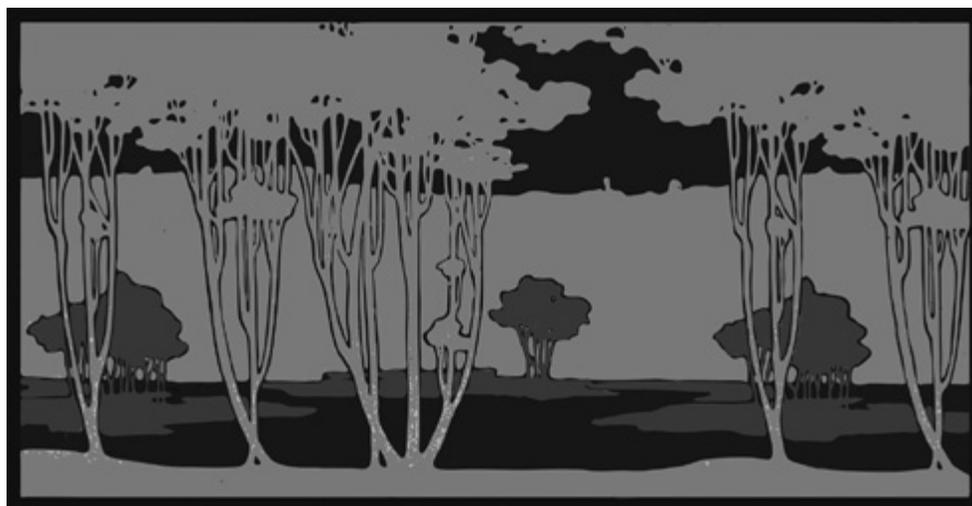
Marx, Kart, *El capital*. Tomo II. Libro tercero. Barcelona. Folio; 1999.

Ortiz, Renato. *Diversidad Cultural y cosmopolitismo*. En: Martín-Barbero, Jesús; López de la roche, Fabio y Robledo, Ángela. (eds). *Cultura y Globalización*. CES / Universidad Nacional, Ministerio de Cultura. Bogotá, 1999.

Raúl Mejía, Marco. *La deconstrucción: una estrategia formativa. Reconstruyendo la crítica en tiempos de globalización*. CINEP-Colombia, 1997.

Schlesinger, Philip. *Medios, orden político e identidad nacional*. En: Martín-Barbero, Jesús; Silva, Armando (Coop). *Proyectar la comunicación*. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. 1997.

Tarso Genro. *El futuro de las ciudades en el nuevo orden internacional*. Brasil. 2001.



Criticismo del ordenamiento político territorial, entierro resoluble

Ricardo Arquez Benavides*

La base de la unidad política de la República, impulsada desde el centro de poder en su accionar ha sido extendida a lo largo del territorio de un modo que ha producido efectos a las cargas de las regiones, el régimen presidencialista fuerte atado al centralismo ha venido desmembrando la fuerza de poder político regional, los enunciados de la Constitución Política desde ese modo de ejercer gobierno pocos compelidos a realizarse; en estos tiempos los desafíos asumidos por el régimen presidencialista le es a su dictamen un sistema que no se incluye en la naturaleza de ser la democracia; no solamente delinear la noción de democracia sobre la arista de Estado y derecho, sino hacer visibles sus desafíos; la democracia prometida ha sido un estilo del ejercicio del poder apresado en el puño de la mano de quien “gobierna” a su manera; (*“El cura, el barbero, el bachiller y aun el sacristán no pueden creer que eres gobernador y dicen que todo es embeleco o cosas de encantamiento, como son todas las de don Quijote tu amo; y dice Sansón que ha de ir a buscarte y a sacarte el gobierno de la cabeza, y a don Quijote, la locura de los cascos.”*)¹; a la comunidad no se le ha extendido la llave ni la clave que enseñe a vivir, no han existido los resultados asertivos sobre la demostración de regiones competitivas, ni los canales para la ejecución de políticas sobre regionalización con una prospección de Estado-Nación; se ha venido exponiendo

la necesidad de un nuevo orden político que re-articule y determine la comprensión de la memoria e identidad como construcción política del territorio, una comprensión desde la elaboración y garantismo del cumplimiento de la ley, como opción resoluble.

Existe aun el país la escasa relación hermenéutica entre orden social y norma constitucional desde la concepción del valor



del Estado Social de Derecho. El uso de la norma en múltiples facetas es descriptiva, y poco concebida para su evolución frente al ejercicio material del Estado en el dinamismo de su territorio planificado e integrado. El concepto positivo de Constitución Política por Carl Schmitt es una “decisión total sobre

* Abogado. Especialista en Derecho Administrativo.

la especie y la forma de la unidad política”². Schmitt expone criterios sobre la doctrina de la constitución sobre la filosofía de la unidad, que debe abarcar en los estados modernos democráticos la homogeneidad de la unidad política, como expresión de dominación, y el orden social, con su separación de poderes y las libertades.³

Se ha “conspirado” contra la simbiosis de lo regional, el centralismo no ha observado el poder a través de la diversidad regional, esta constituye el elemento vital de la unidad política, pero no *únicamente los efectos* desfavorables han venido del centralismo, sino la actitud del hacer “paleolítico” en la región que no ha vertebrado una acción concertada sobre un interés creciente por la geografía de lo regional, son pocas las instituciones que trabajan repensando académicamente el crecimiento de lo particular y específico de lo regional, ha sido un modo de pensar pobremente un destino inmediateista. Algo de cretinismo absolutista y repetitivo ha superado lo formal, le ha dado la espalda a la voluntad de comprender el “dolor ajeno”, ha logrado el “golpe de Estado y el estado de sitio intelectual”, a las expectativas del desarrollo de una población, al nivel de crecimiento competitivo de la región en los casos del Caribe y Choco, entre otras.

La expresión tierra políticamente se ha venido agotando en el carácter material, su descripción semántica sigue descrita, no se ha planificado para superar los niveles de pobreza frente a lo que esta incorporado en ella: construcciones, cultivos, cauces, la naturaleza, las vías, el hombre y la mujer, pueblos desolados y sus calles polvorrientas, el cultivo expansivo de la ganadería sin planes para la producción limpia y mejoramiento al uso del suelo, donde el buen nivel de vida del hacendado dista mucho del nivel de pobreza de su trabajador, servicios públicos sin sistema de tratamientos de aguas residuales vertidas al río Magdalena a lo largo de su recorrido,

complejidad en la movilidad urbana, grandes centros urbanos ornamentados sin control a la calidad del aire. No solo es el marco estrecho de una escasa unidad política territorial sin rumbo, sino un vehículo que ha venido rodando sobre el carretable concepto de Estado, Nación y Derecho, vocablos entronizados en la Constitución Política, distante de posibilitar la organización de la sociedad, de un sentimiento que enseñe a vivir, distante de proyectar el valor de la unidad étnica, cultural, lejos de vigorizar la identidad en relación al espacio-temporal donde habita, sin poder garantizar la protección social a las colectividades regionales, descripción determinada en la definición semántica de Estado Social de Derecho (Artículo 1º C.P); es medible entonces la imagen de Nación y Estado, por los cuales se ha des-imagenizado (La Nación y Estado contienen una profunda conceptualización, la primera representa la relación entre los elementos: 1) “Trozo de humanidad: pueblo”. 2) “Trozo de tierra: espacio geográfico.” 3) “Herencia espiritual.” En la segunda acepción “se define como un espacio geográfico organizado políticamente, que no puede existir sin base territorial, es la emanación política de la nación que lo ha precedido en la historia.”)⁴

El concepto de tierra visto desde su estudio y desarrollo de la geografía, a través de las regiones del país, poco es objeto de trabajo que visualice lo regional como elemento



iconográfico, apoderamiento de una agenda que hable de región, que construya regionalidad, sobre su quehacer espacial, en el caso de los centros de poder político en el Caribe colombiano las banderas se han agitado sin visualizar el por que, el como, los motivos que han de perfilar argumentativamente la puesta en marcha de la regionalidad como alternativa concertada en todos los niveles, universidades, sociedad, gremios, una agenda y red de Departamentos vinculados a construir región, más competitiva.

En Colombia el sistema de departamentalización, no solamente es longevo, sino que se encuentra colapsado, hay quienes sostienen irresponsablemente que estos son un motor importante, que mueve las piezas entre el Estado y la población, situación actual que ha generado el abandono a muchos municipios, sin tener en cuenta sus expectativas, su pensamiento, municipios cada vez desprendidos, sin una brújula que legitime su armonización desde la planeación acorde con el gobierno departamental, y nacional.

El caos sobre la estructura de la municipalización y departamentalización, aunado a los procesos de distritalización son caminos más distantes, los primeros han venido adquiriendo autonomías a medias, los segundos expuesto a las ruedas del centralismo, a los nuevos distritos otorgándoles recursos especiales para el embellecimiento de su infraestructura espacial-urbano, desconectados de la región, y por otro lado la falta de armonización en la funcionalidad pública desde el sistema de coordinación (art 209 CP, ley 489/98), en reconfigurar un ordenamiento político, administrativo y espacial (ley orgánica y políticas de ordenamiento territorial sin definir, y planes de ordenamiento territorial POT no ejercibles dentro de la vocación espacial). Cuando el país estaba dentro de la Constitución de 1886 y sus leyes expedidas, se crearon sinnúmeros de departamentos, hasta caer en la departamentalitis, ahora

Constitución Política

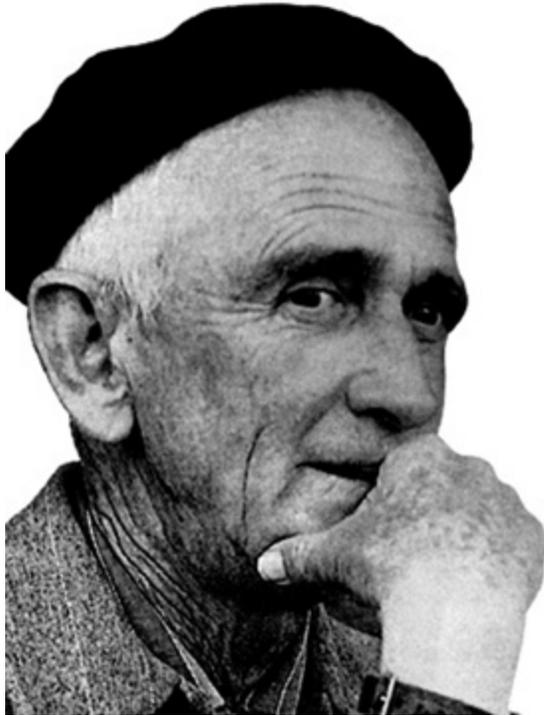


de la República de Colombia de 1991

cuando estamos dentro de la capsula de la Constitución Política del 91, nos encontramos con contradicciones, se pretendió generar una especie de “implosión” territorial, descuartizando el sistema de unidad nacional, repartiendo autonomías y descentralización, sin los lineamientos garantistas y visibles de su materialización, con un fuerte centralismo, con la paradoja que el precepto constitucional de unidad se ha involucionado, se ha determinado invisible.

Los departamentos en Colombia, como los del Caribe, y Choco, hay quienes les interesa conservarlos así, parapléjicos, estatuas temporales; la Constitución Política del 91 poco contiene la homogeneidad sobre un perfil integrador de reglas claras de ordenamiento territorial que ayude a constituir a la región como unidad territorial, administrativa y de planeación; con la carencia de voluntad para expedir la ley orgánica, cuya finalidad es la darle funcionalidad a los Departamentos dentro de un proceso de regionalización que mueva las piezas claves: establecimiento de

Fernando González



reglas que le de impulso a la descentralización y la autonomía entre las entidades territoriales y Nación, sistema de cooperación y desempeño asociativo, dinamismo de las regiones en red, esa filosofía a exponer en la ley orgánica tendrá como desafío desarrollar el territorio, volverlo armónico con los atributos que lo componen, desenvolverlo, distribuirlo, regularlo políticamente, reconocer y proyectar el sentimiento de las comunidades con sus valores culturales y expectativas.

La vigencia del Estado Regional es la relación del cosmos social y sus atributos comprendido y desenvuelto, integrados al macrocosmos de la unidad política; la funcionalidad y distribución espacial de la nación en el territorio alude a la voluntad política que genere desde las competencias (autonomía para la gobernabilidad) y descentralización (poderes) el establecimiento de una organización y orden, con un mayor sistema de control que depure vicios, y la vigilancia a la ejecución de las políticas para el desarrollo; la unidad política del Estado Regional no debe seguir eludiendo la diversidad regional, ello ha producido un Estado re-centralizado.

En el Caribe algunos centros de poder político como Atlántico, han venido presentando propuestas sobre más autonomía, repensar la diversidad regional, otros municipios presentando ideas para la creación de otros departamentos, esas luchas deben conducir a la exposición de un sistema no repetitivo, sobre unas bases que contenga mayor eficacia y garantismo de un régimen alimentario, masificación de trabajo, redefinición de los esquemas de endeudamiento fiscal, fortalecimiento de políticas hídricas, como redefinir la región con el concepto de nación desde la unidad política que indique una razón de ser el Estado que construya geografía en la integralidad de Nación.

Analizando los conceptos descriptivos de la Constitución Política, tenemos que la población y demás elementos vinculados al territorio merecen más que una comprensión genética, una proyección que organice, que genere funcionalidad, y asegure la calidad de vida, en sus garantías máximas. El concepto de Constitución “denota no ya una organización política cualquiera, sino una organización política liberal y garantista. La constitución es concebida como limite al poder político”, en el pensamiento de M. Troper “una sociedad en la que no esté asegurada la garantía de los derechos ni reconocida la división de poderes, no tiene Constitución.”⁵

La forma del Estado-nación a través del régimen territorial, en la Constitución Política, es carente de lenguaje homogéneo, no obstante contiene los postulados que el Estado colombiano se encuentra organizado en forma de República unitaria, descentralizada, con autonomía de sus entidades territoriales (art 1 C.P), sin que el régimen departamental se encuentre a tono con los preceptos de la Constitución, por otro lado se desarrolla la división política territorial sobre la base de los departamentos, los distritos, los municipios y los territorios indígenas, con la posibilidad que la ley podrá darles el carácter de entidades

territoriales a las regiones y provincias que se constituyan en los términos de la Constitución y de la ley, (art 286) “dos nuevos niveles de gobierno: las regiones y las provincias”.⁶ ¿Cuáles son los criterios para fortalecer esos niveles en red?

¿Cual sería la nueva opción...? ¿Caer en la departamentalitis?, ¿Reconfigurar un sistema coherente de ordenamiento político territorial, en un Estado unitario autonómico-regional parecido al modelo alemán, o español?, ¿Que cada municipio se antoje en agrupar a otros y alzar la mano para erigirse en capital?

Es difícil creer en un proyecto de regionalización cuando la mayoría de los municipios del país están abandonados, sin políticas públicas de régimen alimentario, sometidos a la corrupción, con descentralización a medias, desbalanceados institucionalmente, alterados en sus administraciones por la actitud subjetiva de alcaldes, sin haber solucionado los niveles de pobreza, sin banderas para la generación de empleo, con desequilibrios en sus ingresos, precarios servicios públicos, escasos resultados educativos, pésimos servicios de salud. La fase del despegue, no esta en la agenda del gobierno, las expectativas son aun borrosas.

La unidad y sus partes en el estado social de derecho

El “mito” del Estado Unitario, descentralizado administrativamente, con centralización política, y autonomía, dentro de un régimen de gobierno democrático, ha venido desgastándose en su cosmovisión. La razón de ser constitucionalmente el Estado Social de Derecho, es el anhelo a erigirse en una nueva opción, bajo el criterio que la tragedia de los postulados del ordenamiento territorial con descentralización y competencias a medias, podrá con la voluntad del pueblo renovarse en un sistema que reorganice mejor a la comunidad, al territorio, un nuevo orden constitucional.

La fragilidad de la “democracia”, retratada bajo la luz de la participación ciudadana, y el pluralismo, sirviendo a la comunidad, promoviendo la prosperidad general y garantizando la efectividad de los principios, derechos y deberes es evidente; poco se ha repensado en la actitud del consciente colectivo, desde el “paradigma cuántico” con enfoques más coherentes que enseñe a vivir en un territorio organizado, incorporado en una agenda política con convicción asumida por el gobierno que le de cumplimiento a sus principios y valores, en un pacto con la comunidad. Este país de la paradoja nos lo mostraba el filósofo de Otraparte Fernando González: *“¡Pobre país, país de miseria, país del Diablo, país negroide, indio, español, sin rumbo y sin conciencia aún! ¡Pobre país en que son condóminos el Cura, el Bachiller y el Diablo!”*... *“Dicen los místicos: “El hombre está triste porque la tierra no es su patria, porque aquí está desterrado, porque aquí no es su medio ambiente”*.⁷

El exceso de centralismo y por otra parte la forma como la unidad territorial esta integrada en un solo bloque, ha dejado dispersa la integración territorial en sus partes sistemáticamente, con sus características sociales y económicas. La filosofía del sistema de ordenamiento territorial se concibe en el todo en sus partes en la unidad, y no todas las partes al mismo tiempo en la misma unidad, aspecto que en la actualidad ha repercutido en el sistema de transferencias de recursos, y en la categorización de los entes territoriales, según datos del Departamento Nacional de Planeación hay más de 1.000 municipios en sexta categoría⁸, los esquemas expuestos en la ley 617 de 2000 y en la ley 715 de 2001, (artículo 357 de la Constitución, y otros) no han oxigenado la autonomía y mejores normas sobre responsabilidad fiscal de los municipios, estos no han dado los resultados esperados, los niveles de ingresos corrientes de libre destinación a los municipios no les alcanza, por la carencia de eficiencia fiscal,

unido a la ausencia de control, a un excelente ejercicio funcional de la administración, las situaciones de pobreza de la población ha hecho inviable la naturaleza de ser el municipio.

Pedir más autonomía, y descentralización, sin haber definido los excesos de endeudamiento, entre otros factores, son decisiones políticas que se requieren para la operatividad de la región (Artículo 364 C.P. “El endeudamiento interno y externo de la Nación y de las entidades territoriales no podrá exceder su capacidad de pago. La ley regulará la materia. *Conc.*: 1º, 2º, 106, 128, 150, 151, 268, 286, 295, 325, 329, 339, 352, 353, 356, 366 y 373.”

Los Gobernadores de los departamentos de Colombia a través de la Federación Nacional de Departamentos para el año 2006 fijaron una posición contra la propuesta del Gobierno Nacional contenida en el proyecto Legislativo por el cual se pretende hacer permanente la transición planteada por el Acto Legislativo N° 01 de 2001:

“El Sistema General de Participaciones es un sistema de **compensación** a través del cual el Constituyente ha querido conjurar los desequilibrios fiscales tanto verticales como horizontales que caracterizan la realidad nacional.”

“Los desequilibrios verticales se dan a partir de la forma como está distribuido el ingreso fiscal (torta tributaria) en los distintos niveles de gobierno. En Colombia la nación ha concentrado para sí las rentas tributarias de mayor eficiencia recaudatoria (IVA, Renta, Aranceles, Transacciones Financieras etc.) y ha monopolizado la explotación de bienes públicos para obtener importantes rentas contractuales, como es el caso de la órbita geostacionaria. En cambio, las entidades territoriales han tenido que cargar con una serie de tributos molestos, de estructura antitécnica, sobre los vicios y de difícil recaudación. El desequilibrio que ello genera es tan profundo que de cada \$100 que el Estado recauda de fuente tributaria, la Nación recauda

\$81, los municipios \$12 y los departamentos solo \$7. Por esto surge la necesidad de que la Nación compense a las entidades territoriales y les proporcione un nivel adecuado de ingresos que apalanque el desarrollo regional sostenible y el general permita que éstas puedan honrar sus competencias.” “Le Solicitamos muy comedidamente al Honorable Congreso de la República que, haciendo uso de la facultad que le otorga el Parágrafo transitorio 3º del Artículo 357 de la C.P., *restablezca el nivel de las participaciones que las entidades territoriales tenían en el año 2001, gradualmente en un término que no supere los tres (3) años contados a partir del año 2009.*” 9

Los rastros del contenido del artículo 1º de la Constitución Política: 1) “Colombia es un Estado social de derecho”, 2) “organizado en forma de República unitaria”, 3) “descentralizada”, 4) “con autonomía de sus entidades territoriales”, 5) “democrática”, 6) “participativa y pluralista”, 7) “fundada en el respeto de la dignidad humana, en el trabajo y la solidaridad de las personas que la integran y en la prevalencia del interés general.”, es un enigma, un muro en avanzada, no ha integrado a los Departamentos en unidades regionales, el concepto de la unidad de la República es usado en la letra, es una barrera que hace cada vez más distante a los municipios, dichos preceptos son conceptismos que se reflejan en el mito del Estado-nación, no se vislumbra un sistema de cooperación y desempeño en una agenda de reordenamiento territorial que vuelva más competitivas a las regiones, funcionalidad política y administrativa entre municipios circundantes con los ejes distritales. El sistema de participación ciudadana y comunitaria (art 1º C.P) en su facilitación es cojo, la soberanía (art 3º, 103 C.P) del pueblo en la totalidad de las veces es convocada para elegir, no es convocada para deliberar sobre el como y el porque del presupuesto, sobre infraestructura y empleo, sin lo excesivo de lo bienestarristas, y de la democratitis.

Se ha venido sosteniendo que la autonomía

a los entes territoriales tiene sus limitaciones, pero no se han planteado acciones para evitar que el concepto de unidad de la República mantenga descuartizado al país, con descentralización y autonomía a pedazos. Los principios de coordinación, concurrencia y subsidiariedad fueron planteados

“para ordenar la eficaz organización de la gestión pública a partir del supuesto de la existencia de una República unitaria que se erige como centro de impulsión política de toda la actividad estatal -Artículo 288 C.P.” así mismo la Corte Constitucional ha dicho: *“Como los fines esenciales del Estado Social del Derecho consisten en servir a la comunidad, promover la prosperidad general y garantizar la efectividad de los principios, derechos y deberes consagrados en la Constitución, entre otros (Cfr. art. 2º. C.P.), es obvio que se debe tener como finalidad el bien común. El bien de toda asociación políticamente constituida en forma de Estado es el conservar su unidad, de la cual resulta la paz social; desapareciendo ésta, termina toda efectividad de la vida social. “Consiste de ello el Constituyente de 1991 quiso mantener para Colombia la forma de Estado unitario”*¹⁰

La “Evolución territorial de Colombia se refiere a la transformación territorial que ha conllevado Colombia a lo largo de su historia; si bien se ha tratado de organizar el territorio nacional para una mejor administración, la mayoría de las veces los límites artificiales impuestos para éstas no han tenido en cuenta las raíces culturales y políticas de las regiones que comprenden. Es de notar que muchos de estos cambios se realizaron a lo largo del siglo XIX, época de la independencia de Colombia y también de las guerras civiles más sangrientas que ha vivido el país.” (*Enciclopedia Wikipedia*)

Desintitucionalización de la política ambiental

El país de regiones, rico en diversidad natural, constituye un patrimonio que no se ha planificado como debe ser en su ordenación

territorial, a lo largo del país la mayoría de los municipios desconectados de las políticas ambientales, en otra órbita los Departamentos, la mayoría de las Corporaciones Autónomas Regionales con críticos niveles de gestión ambiental, y en la otra orilla el Ministerio del Ambiente, vivienda y desarrollo territorial como centro de impulsión de políticas, con el Sistema Nacional Ambiental atomizado en su operatividad; se sustentan en diversos diagnósticos que hacen preocupante el porvenir institucional de la política ambiental en el país.

Peligros sin precedentes por la extinción veloz de especies como el armadillo, el manatí, y la hicotea, adicionando el montaje de operativos por francotiradores para dar muerte a hipopótamos, en parajes naturales de la geografía, por orden del Ministerio del Ambiente, hacen parte del expediente “patológico” de la problemática ambiental en nuestro país.



En el territorio urbano con los lineamientos establecidos en los Planes de Ordenamiento Territorial POT (ley 388 de 1997), poco se aplican frente a los múltiples hechos que ocasionan contaminación, las chimeneas del sistema de transporte urbano, el impacto del sistema de transporte masivo al componente espacial del territorio, al paisaje, escasamente

ha sido compensado; en distritos como Barranquilla y Cartagena la estructura ecológica a través del sistema de gestión ambiental con otras entidades oficiales no funciona.

A través de la Constitución de 1991, quedó fortalecido un nuevo perfil normativo ambiental y de desarrollo sostenible con más de cincuenta artículos, en la ley 99 de 1993, de gran significación con sus 27 principios se plasmó un perfil importante sobre el desarrollo sostenible y la dinámica ambiental.

El dictamen al diagnóstico sobre la institucionalidad de la gestión ambiental y sobre el nivel de aplicación de políticas se describe en el documento “Hacer más verde al Estado colombiano”¹¹: “La constitucionalización del tema ambiental y la expedición de la Ley 99 de 1993 fueron las principales respuestas de Colombia a los compromisos adquiridos en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo, realizada en Río de Janeiro en 1992.” “En un estudio de Henry Mance (2008), titulado sugestivamente “La política de sostenibilidad: ascenso y declive del Ministerio del Medio Ambiente colombiano”, se señala que a partir de la expedición de la Ley 99 de 1993, durante los gobiernos de los presidentes Ernesto Samper y Andrés Pastrana (1994-2002), se registra un proceso de consolidación restringida del Ministerio.” “Bajo los gobiernos de Samper y Pastrana la vulnerabilidad institucional del Ministerio no se manifestó totalmente. Pero bajo el presidente Uribe, el cambio ha sido innegable. Con su interpretación del contexto político se ha explotado la vulnerabilidad del Ministerio para debilitarlo (Mance 2008,1).

“Y señala que la institucionalidad ambiental nacional sufrió un gran declive con la fusión del antiguo Ministerio del Medio Ambiente con gran parte del Ministerio de Desarrollo (agua potable, saneamiento básico y desarrollo territorial). Una situación advertida tempranamente por uno de los órganos de

control del Estado: (Contraloría General de la República –CGR–, el sector ambiental en el país bajo la actual administración, ha sufrido un claro debilitamiento (CGR 2005, 4).” “La capacidad gubernamental del orden nacional para hacer más verdes sus políticas se debilitó sustancialmente con la práctica eliminación de la Unidad de Política Ambiental del Departamento Nacional de Planeación, en el año 2003, que tenía el propósito de asegurar la incorporación del tema en los planes y programas de los diferentes sectores.” “Las CAR han sido debilitadas como autoridades ambientales en el período 2002-2008, como lo evidencian múltiples hechos, entre los cuales se destacan la menor disponibilidad de recursos económicos con que cuentan, la mayor parte de las CAR, para la gestión ambiental –tal como se examinó en la sección anterior–; la disminución de su capacidad técnica y de control, y el debilitamiento de instrumentos de política críticos para la protección del medio ambiente.”

El mapa regional revela la realidad del río Magdalena, sus pescadores en el mismo estado de pobreza, y repetitivo generacional, desencontrados con el gobierno. La región no la han construido desde la política pesquera e hídrica, con dos mares, sinnúmeros de ríos y ciénagas, convertidos en detritus aviautus.

Consideraciones finales

En este trabajo se ha pretendido demostrar las falencias del régimen presidencialista, la forma de la unidad política, y la base normativa inconclusa sobre la organización política del territorio, seguir documentando una visión del Estado Regional poco supeditado desde el centralismo, descubriendo más la realidad en el readecuamiento del antiguo esquema, bajo la óptica que región ha venido significando lo periférico, un cuerpo aislado del sistema del poder central, del cual necesita de su quehacer genético: pensamiento, gobernabilidad, territorio, poder electoral, todo sistemáticamente encajado en la unidad política.

Reflexionar sobre la adecuación del Estado al territorio, con otros enfoques sobre su reordenación donde se conciba una organización de la comunidad incluida en una agenda política de gobierno, otras reglas de juego orientadoras que enruten un mejor procedimiento de ordenamiento territorial, junto a un sistema de función pública, para el desarrollo integral frente al hecho que no existe una ley ni postulados claros en la Constitución Política sobre la visión del ordenamiento político territorial.

Notas

1. Carta de Teresa Panza a Sancho Panza, su marido, pág. 920. Libro Don Quijote de la Mancha. Ediciones Encuentro. Madrid. 2005
2. Modelos e interpretación de la Constitución, Paolo Comanducci, Universidad de Génova, destaca el concepto de modelo axiológico, según Carl Schmitt, pág. 46, libro Teoría del neoconstitucionalismo, edición de Miguel Carbonell, Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM, Ed. Trotta
3. Théorie de la Constitution, Carl Schmitt, (1993), Presses universitaires de France. -Col. Léviathan-, pp. 132-134.
4. Documentos de Andre-Louis Sanguin sobre el concepto de Nación y Estado.
5. Teoría del neoconstitucionalismo, Ensayos escogidos Ricardo Guastini, de la Universidad de Génova plantea el concepto de Constitución como límites al poder político, expone criterios de M. Troper sobre las garantías a los derechos de la sociedad y sobre la división de poderes, pag 16, libro Teoría del neoconstitucionalismo, edición de Miguel Carbonell, Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM, Ed. Trotta.
6. Universidad de Cádiz, Universidad Libre, Junta de Andalucía; Hernández Becerra, A. Ordenamiento y desarreglo territorial en Colombia, Universidad Externado de Colombia, planteamientos sobre niveles de gobierno: las regiones y provincias.

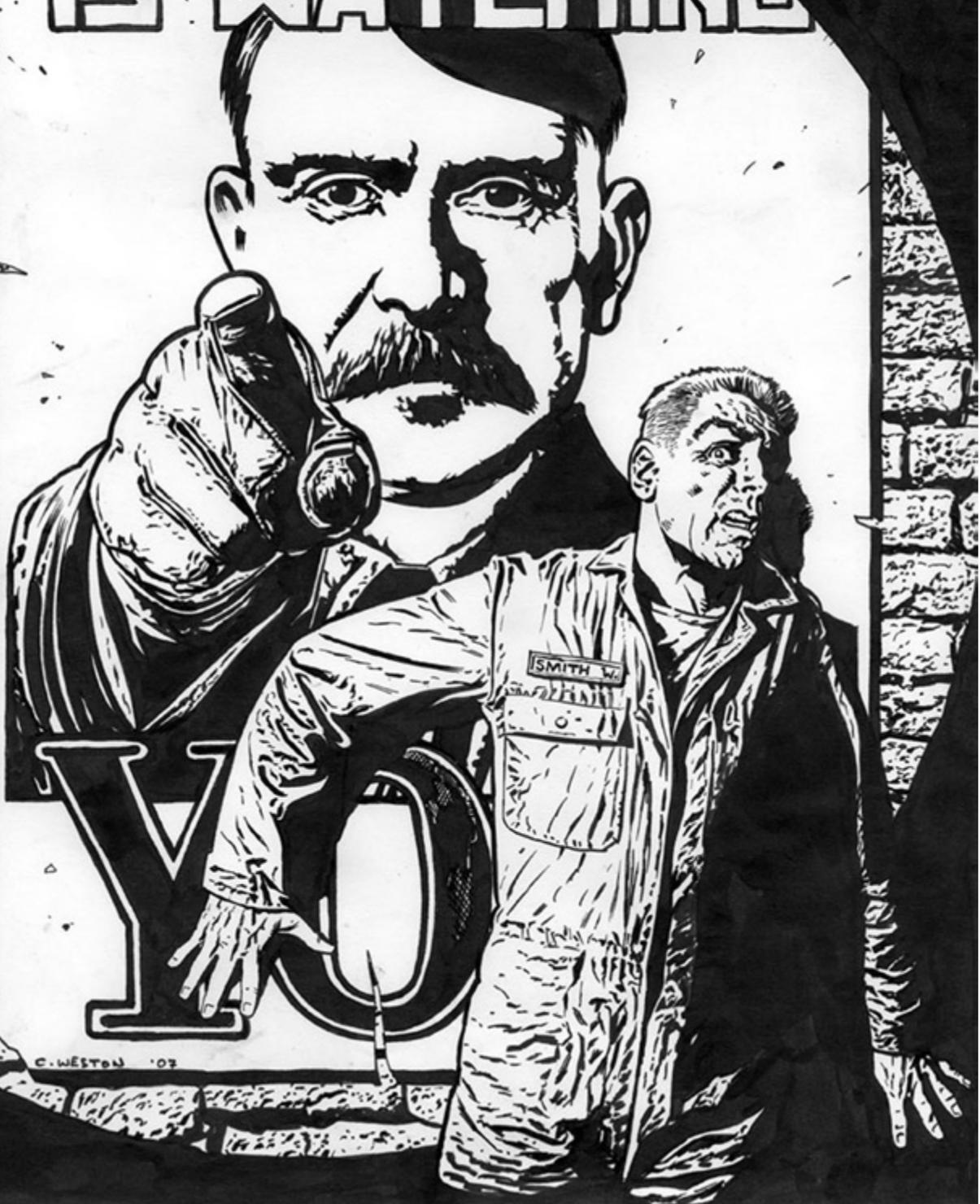
7. Viaje a pie. Medellín, Ed. Bedout, tercera edición. 1928
8. Datos del Departamento Nacional de Planeación.
9. Federación Nacional de Departamentos, posición política de los Gobernadores de los departamentos de Colombia contra la propuesta del Gobierno Nacional en el proyecto de Acto Legislativo sobre la permanente transición planteada por el Acto Legislativo N° 01 de 2001. Año 2006
10. Sentencia C-244 de 2001 Corte Constitucional
11. Manuel Rodríguez Becerra, Hacer mas verde lo verde, Revista de Estudios Sociales N°: 32, año 2009

Fuentes

- Constitución Política de Colombia.
Ley 489 de 1998, Ley 617 de 2000, Ley 715 de 2001,
Del Departamento del siglo XIX al del siglo XXI, Augusto Hernández Becerra, profesor de Derecho Público, Universidad Externado de Colombia.
Autonomía Regional: Alternativa de Desarrollo, 2008. Amylkar D. Acosta M
Hacer más verde lo verde, Revista de Estudios Sociales N°: 32, 2009. Manuel Rodríguez Becerra.
Estudio sobre el sistema general de participaciones, Senén R Redondo Martínez, Arquitecto.
El modelo de descentralización territorial en la Constitución colombiana de 1991 a la luz de la jurisprudencia constitucional, Emilia Girón Reguera de la Universidad de Cádiz, y Liliana Estupiñán Achury de la Universidad Libre de Colombia.
Sentencia C-244 de 2001 Corte Constitucional.
Documentos de Andre-Louis Sanguin sobre el concepto de Nación y Estado.
Teoría del neoconstitucionalismo, edición de Miguel Carbonell, Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM, Ed. Trotta.
Enciclopedia Wikipedia.



**BIG BROTHER
IS WATCHING**



C. WESTON '03

Delirios

Carlos Arturo Gamboa B.*

I

El individuo ha muerto. Su cadáver desapareció en la marea de pisadas que pueblan las metrópolis. Es la hora de una gran masa sin forma que se esparce por el mundo bajo el clamor del anonimato. Con el individuo murió el ser humano, último reducto de la especie. Somos el sueño pintoresco de algún melómano. Creemos existir porque las imágenes que reflejan los espejos muestran nuestros rostros, pero somos una mentira mil veces clonada. No fueron las máquinas quienes nos reemplazaron como creían los antiguos antifuturistas. Nuestro drama es que nos auto-desaparecimos con algo llamado colectivo. Alguna vez un hombre soñó, recostado en el árbol de la ciencia del bien y del mal, que estaríamos unidos en un solo pensamiento y único actuar. Ese hombre que soñaba no imaginó jamás el tamaño de su pesadilla. Se predica la multidiversidad por los altavoces de la época. Se justifica la diferencia bajo slogans de derechos humanos, de tolerancia y de respeto, pero en verdad no estamos más que fustigados por la tiranía de la unificación. La policía del pensamiento único hizo su aterrizaje en la sociedad de finales del siglo, cumpliendo la profecía de Orwell.

Parece antitético, (aunque los hechos históricos siempre lo han sido), que la muerte del individuo se empezó a gestar cuando más deseó expresarse, hacerse libre, derrotar el

sistema operante. Fue a inicios de los años sesenta, cuando el dique social no pudo soportar la embestida y se inundaron las calles de nuevas voces, de nuevos designios para la humanidad. En esa época el ser humano se liberó de sí mismo por una breve temporada, lastimosamente. La libertad requiere dolor y esa fue una época en que sólo se quería gozar. Los medios libertarios sirvieron de nuevas cadenas, como niños que huyen del azote del padre opresor, sale a la carretera, busca un rumbo y se descontrola sobre la canícula de sus años adolescentes, así actuó el ser humano. Luego todos terminaron drogados bajo el regazo de mamá. Llorando. Suplicando el suplicio del padre. La libertad no se decreta, se funda desde el interior del ser humano y ese lugar estaba lleno de música, de chirridos agudos, de sonidos estridentes, de humo de cigarro, de marihuana, de alcohol, de mala literatura, de peinados sin orden, de píldoras para planificar, de jeringas rojas, de saludos al pretendiendo desorden de la anarquía debidamente etiquetado. El individuo había muerto. Se uniformó el colectivo. Ahora Hendrix no sería más una guitarra disonante aullando bajo el sopor del universo cansado, ahora sería el negro de Woodstock, el sonido de la supuesta revolución negra que tarde o temprano se tomaría el poder del *estatu quo*. Hoy eso parece llegar a su límite y uno se pregunta si no era otra de las formas elaboradas del engaño. Muerto el individuo se creó la masa, pero no la misma multitud inerte alienada que

* Escritor. Catedrático Universidad del Tolima



aplaudía al Tercer Reich bajo amenazas, sino una jauría de seres inconcientes que creen en la libertad y la practican en los grandes superficies, que sueñan con la justicia y por eso realizan donativos a entidades de caridad, que luchan por la igualdad y por eso debaten en los cafetines, que aman la democracia y por eso salen un domingo cada cuatro años a votar por un rostro. Seres totalmente vivos en sus fosas, autómatas del miedo y la codicia, inertes seres, abominables rostros sonrientes, duendecillos en el jardín ajeno, increíble metamorfosis anómala de la especie humana. Nunca estuvo el alma humana tan esclavizada como en estas épocas de libertad bajo palabra.

Las multitudes siguen su curso olvidando el gran legado de Rimbaud...!! Poder huir!!, dejar el barco ebrio bajo la tempestad de la noche y escapar a cualquier lugar distante de la distancia, alejado de la lejanía, cercano a la

nada. Rimbaud escapó porque presintió que en Praga un hombre esculpiría un monstruo y él todo lo había dicho. Kafka no esbozó una alimaña surgida del hombre, él construyó la metáfora de la única salida posible, ser un monstruo en medio de la falsedad, de la cotidianidad que desborda los sentidos, de la sociedad malformada de la obligación y el capital, del consumo desaforado. En ese lugar presente, pasado y futuro, el hombre con algo de residual sentido de sensibilidad debe ser un monstruo que muere lentamente. Podrida la manzana en su espalda renuncia al cheque de la oportunidad y huye a su encierro de animal de circo, esconde sus alas sin lograr huir, no por falta de poder de voluntad, sino por conciencia total de su derrota. Animal encerrado, el hombre se deleita con la música de los violines que le hacen recordar los escombros del arte y decide morirse como el último hombre que se asombró frente a la libertad. Ah, envidiable Samsa, te llevaste el secreto de tu metamorfosis y mientras todos veían tus horribles patas pululando contra la nada del vacío, tu gozabas la libertad, ese instante único, preludio de la inmortalidad y de su enemiga, la levedad.

El individuo muerto y sepultado en una fosa común no tiene la potestad de resucitar al tercer día. Está en un lugar sin nombre y sin fecha, fue diluido por el tiempo y sus macabros calendarios. El final del siglo marcó el delirio de la duda consumista. No pudo el ser humano reflexionar sobre su futuro, sólo consumir su presente con el anhelo de que lo material supliera el vacío que bostezó Sartre. Era mejor destruir el mundo, incendiarlo para que el siglo XXI nos hubiera hallado derrotados, y sobre los escombros empezar a re-construir el Mundo Nuevo. Pero el ser humano ya no pudo pensar porque estaba ocupado escuchando las letanías del nuevo siglo, viendo los anuncios luminosos que retrocedían el tiempo, oliendo los aromas de las esencias pseudo-metafísicas que inundaron los pebeteros modernos, sintiendo el tic-tac de

los relojes que fueron demoliendo las horas en conteo regresivo, oyendo el rumor de las profecías misteriosas que fueron desempolvadas para asustar incautos. Por eso vimos transitar desde Nueva York hasta la Patagonia a un profeta Jeremías curtido de siglos, vociferando las mismas mentiras que luego reprodujo Daniel y más tarde Juan adornó con terribles metáforas que aún se resisten a morir como instrumentos de dominio. El fin del siglo y de nuevo los dioses al acecho. El temor al fin del mundo, al apocalipsis tanta veces comercializado por el pésimo arte. Nostradamus y sus disertaciones polifónicas, que igual pueden engendrar un tirano o un mendigo, todo depende de la mente que connota.

Muerto el individuo que acaso imaginó Leonardo da Vinci en su taller, la masa asumió el fin de siglo con la fuerza de un torrente descontrolado pero encausado por el mercado. Comprar felicidad a precios altos para el nuevo siglo: consigna, palabra de dios, nuevo paradigma. Frente al caos quizás un ser humano, interconectado a la Internet, vio como ningún otro hombre lo hubo hecho antes, que el siglo terminaba en cada rincón del mundo. Vio los relojes de Hong Kong marcar el fin, El reloj de la Torre de Londres, la Torre Eiffel, la Estatua de la Libertad y una corroída estatua de Bolívar en alguno de esos cinco escombros que nunca pudo libertar: Todo a través de una pantalla. Sentado en su cuarto vacío, en el decimoquinto piso de un rascacielos de cualquier ciudad del mundo. Solo. Enajenado. Sintióse un dios que todo lo puede contemplar desde su ordenador. Y entonces quizás ese hombre entendió que aún había esperanza porque el sueño apocalíptico era un enorme engaño, no vio destruirse el mundo al ritmo del reloj que marcaba las doce en todos los rincones del planeta, pero tuvo miedo de saberlo, de sentirse un dios incontrolable, de ver la muchedumbre eufórica, embriagada, suplicante de felicidad y entonces decidió abandonar su guarida, salió a la calle y se emborrachó para



Rimbaud

olvidar el gran descubrimiento. Quizás ese fue el último individuo, que al hallar un asomo de la verdad tuvo pánico y decidió suicidarse con vino y amaneció ebrio en una esquina, con un almanaque en la mano que dictaba el nuevo orden del siglo, nada diferente a la baldía tierra de todos los siglos anteriores.

Murió el individuo y no tuvo honras fúnebres. Nadie supo de su deceso. Todos estábamos ocupados contando las monedas que gastaríamos al día siguiente. Nadie entonó un himno de despedida. Nadie se lamentó. La masa suplantó al individuo y las bolsas bursátiles amanecieron más felices, ahora tenía un mercado por explorar. Réquiem por el individuo, Opus 2000. Salir. Apagar.

II

¿Qué es el futuro? Esta pregunta sólo atormenta las mentes atormentadas de antemano. Las personas alienadas bajo el mundo prediseñado tienen un concepto material del futuro. Para la mayoría de personas que conozco el futuro se mide por posesiones, viajes y perspectivas económicas, a esto ha contribuido

en gran manera el proyecto de vida moderna centrado en el Tener. Si alguien está inquieto por el futuro se referiría muy posiblemente a que teme perder el empleo, a que tiene dudas cómo invertirá su dinero o a alguna otra de las variables del consumo, pero en realidad ¿a quiénes les preocupa el futuro? El mundo está colapsando, el agua ha sido contaminada por los millones de residuos que las industrias dejan al manufacturar productos, el aire se llenó de agentes contaminantes, sobre todo de bióxido de carbono emanado de los exostos de los automóviles, la capa del ozono cada vez se deteriora más, la vegetación verde cae para darle pasó a las ciudades desarrolladas, el suelo es bombardeado para extraerle sus riquezas y el petróleo pronto será un vestigio porque la tierra tardó millones de años llenando la alacena que ahora desocupamos para darle forma a la mixtura del dinero. Una raza preocupada por el futuro debería pensar en estas cosas, debería enterarse de que los polos se derriten y el planeta se inunda, que los rayos ultravioletas del sol hacen cada segundo más ardiente la tierra y pronto el mundo cambiará su clima y todo el ecosistema mutará. Una raza que piensa en su futuro entendería que el progreso no es sólo poder conjugar el verbo Tener, sino aprender la razón de ser del equilibrio. Pero estamos ocupados en nuestras oficinas haciendo empresas, diseñando un mundo que tal vez ya no sea posible porque el planeta está enfermo. Tal vez nos hayamos enterado de estas cosas, la radio, la televisión y la Internet lo repiten a diario. Vemos aterrados como los



huracanes arrasan poblados, los tsunamis nos crearon una dimensión diferente del horror, las inundaciones en diferentes partes del mundo nos dejan aletargados por algunos segundos, los grandes incendios nos hacen sentir impotentes y la miseria que deambula nos estremece mientras terminamos nuestra cena, apagamos el televisor y nos disponemos a descansar para emprender un nuevo día productivo. Acaso dejamos una donación para Greenpeace, o para alguna ONG que dice estar trabajando en defensa de algunos de estos males, y ya. Si el remordimiento dura algunas horas más, entonces el cura te absolverá, o un diezmo, eso siempre ha calmado las conciencias, por eso existen y son tan lucrativos negocios. Una máquina tragamonedas en donde depositas dinero y a cambio obtienes tranquilidad. Gran invento de la humanidad, tan antiguo como la misma estupidez. ¿Y el futuro?

¿Sobre qué escribo?, preguntará alguien ¿Este es un nuevo profeta de la destrucción? ¿Anuncia acaso el advenimiento definitivo del apocalipsis? ¿Pretendo quizás escudriñar el libro perdido de Nostradamus para decodificar las imágenes del desastre? Alguna vez Nietzsche, en boca de Zaratustra, dijo que la tierra estaba llena de personas superfluas, creo que desde entonces la población ha crecido de manera potencial, lamentablemente la mayoría aumentó la tasa de superficialidad. Los profetas antiguos veían el desastre a partir de sus elaboraciones místicas, las cuales han sido usadas por las religiones para adecentar sus arcas. Dame tu dinero y te garantizo una morada en el condominio eterno, porque este mundo se va a derribar, ya lo dijo Juan en el Apocalipsis, Nostradamus en sus versos y los Mayas en sus profecías. La iglesia católica y más tarde todas las corrientes derivadas del Luteranismo explotaron sin igual la franquicia de Juan el apocalíptico, inundaron el planeta de miedo durante dos mil años con la figura de los jinetes de la muerte, de la copa de la ira, del juicio final. Nostradamus



tuvo menos público, su origen templario y recóndito lo hacía un poco peligroso, había que encontrar un mejor espacio-tiempo para desempolvar sus escritos y llegó el momento, terminando el siglo xx la franquicia apocalíptica estaba agotada, el mercado potencial ya no creía mucho en lo mismo, además el cine nos enseñó la magia de los efectos y terminamos confundiendo el Apocalipsis con una película de Spielberg, entonces un producto añejado, misterioso y bien lanzado tendría su efecto. Fue así como Nostradamus se convirtió en la nueva estrella de las profecías y se hicieron documentales, se crearon grupos de estudiosos en el tema, los expertos decodificaron y nos entregaron sus sentencias, estábamos al filo de la navaja. De la misma manera excavaron en las predicciones Mayas y la televisión asombró el mundo con sus profecías, sus mediciones del tiempo y sobre todo con la eminente catástrofe. Mensaje final: hay que salir a ser felices porque el mundo pronto se acabará. Resultado: un aumento en el consumo. Esencia: vacío absoluto. ¿Es necesario comprar la serie de dv de las profecías Mayas para entender que estamos

en la cornisa? ¿Afliarnos a una empresa de tv-cable que tiene la exclusiva del documental de Nostradamus evitará el colapso?

Es cierto que el mundo se cae a pedazos y para verificarlo no necesitamos profetas, sólo abrir los ojos. El miedo que nos han vendido durante cientos años nos ha convertido en marionetas discursivas, vamos hacia donde el oleaje del mensaje lo quiere. No miramos nuestras pisadas porque nuestra vista está puesta en el horizonte, allá en donde CNN y *History Chanel* nos narran un mundo misterioso, mágico y peligroso, pero olvidamos que estamos parados sobre él y que gira sin parar consumiendo el combustible cósmico. No entendemos la dinámica de un agujero negro, sentimos pánico de llegar a caer en uno, pero no nos estremece la mano extendida en un semáforo que reclama las sobras del planeta. Vemos personas durmiendo a la intemperie en la época más avanzada de la historia, pero nos asustamos más al ver las imágenes del desastre del Challenger. Somos seres cuya sensibilidad se dilató hacia la distancia, sólo nos estremece lo que no toca nuestra piel. Ya



no tenemos ojos sino pantallas de plasma, por eso el 9-11 se convirtió en el largometraje preferido. Nuestros oídos ahora son celulares. Nuestras manos son cartílagos digitales. Nuestros pies son rodantes. Nuestra piel... nuestra piel no existe, fue reemplazada por la ropa y entre mejor sea la marca, mejores nos sentiremos. ¿Cómo podrá ese maniquí moderno pensar en el futuro?

Hablo de la incertidumbre del futuro porque al parecer el ser humano llegó al vórtice de sus decisiones. Pero si el mundo sufre la hecatombe no será el final de la raza, ya los poderosos tienen clara su estrategia, el apocalipsis tampoco es democrático, no nos engañemos en ello, el apocalipsis es para los desafortunados, para los desheredados, para

la gran franja de miserables que viven con los restos del gran festín de la civilización, también para aquellos que ingenuamente han creído que con ir a la iglesia cada domingo el futuro está asegurado, o para aquellos que se esclavizaron durante años para tener una casa, un carro y unas vacaciones anuales, para ellos también es el desastre, porque los otros, ese puñado de poderosos han construido sus búnkeres para resistir, han comprado parcelas en la luna y en Marte por si toca huir, han diseñado guaridas bajo la tierra para que el efecto radiación no los aniquile, han entendido que el dinero no los salvará y por eso tienen diseñada su estrategia, pero no hay cupos para tanto, por eso hacen creer a los demás que la solución está en otra parte. Si el ser humano entendiera el signo de su propia catástrofe realizaría el cambio más radical de la historia, pero eso es imposible, nuestras mentes ya dormitan en el Hades, entonces para qué evitar la muerte. Imaginemos por un momento que el planeta aboliera el uso de los automóviles, el uso del plástico, que apagara los bombillos, que eliminara los productos que contaminan. Entonces el mundo respiraría de nuevo. Pero ¿cuántos están dispuestos a vivir en ese planeta? Lo planteado aquí es menos realizable que una utopía, por eso el planeta algún día deberá empezar de nuevo, reciclarse y sólo los poderosos sobrevivirán y uno que otro miserable al que no me atrevo a calificar como afortunado.

Hablo del futuro incierto para poder hablar de Latinoamérica, porque si aún existe una opción diferente en el planeta puede engendrarse en estos lares. El desencanto es occidental y se hizo universal, Latinoamérica es caótica y como siempre ha vivido en el caos y puede estar mejor preparada para la hecatombe. Esa es una precisión demasiado pretenciosa, pero durante muchos siglos nos dejamos guiar por Occidente, tenemos derecho a rebelarnos y a intentar ser pretenciosos, quizás eso no nos salve; pero al menos prolongará nuestra destrucción.

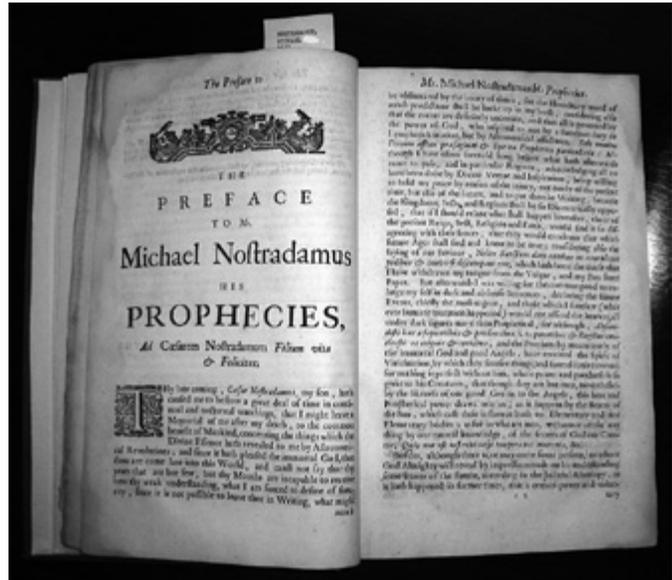
III

Europa es un continente cansado. La vejez trae reflexiones profundas pero pocas acciones. En Europa bulló el cambio hace siglos, ahora duerme su historia, aunque en el sueño las pesadillas muevan los cuerpos cuasi-jóvenes, pero sólo será el vaivén de una mala noche. Grecia nos heredó su genio. Roma su barbarie. Francia su arte. Europa entera su pensamiento, pero ya no tiene nada que dar. El último experimento de esos antiguos mundos fue el mayor fracaso social de la historia, la revolución rusa y el frío desencanto de una nueva tiranía y su demoledora práctica le enseñó al mundo que existe un enorme puente entre los sueños y las realidades factibles de construir por los humanos. Por eso Latinoamérica no puede fijar su mirada hacia Europa.

Los Estados Unidos son fragmentos del mundo, por eso se forjó el sueño americano de esquivar igualdad y falsa democracia. Los pedazos del mundo que dieron origen a la gran potencia del siglo xx no fueron cocinados, por eso ahora se repelen. La unificación como estrategia no es más que el miedo a que todo colapse. A su interior el imperio vive su época más frágil porque enseñó a sus subordinados que el *modus vivendi* americano garantizaba la felicidad y que la democracia traía confort, pero la mentira no puede disfrazarse mucho tiempo. Para sobrevivir el imperio requiere devastar otras zonas y cada vez son menos los lugares dispuestos a dejarse engañar con espejos de colores, entonces toca hacer la guerra, en nombre de Dios, de la Democracia o del Petróleo, es lo mismo, es la nueva trinidad, la base divina del mercado. La gran potencia está intentando sobrevivir a su propio engendro, debe calmar el hambre de sus entrañas porque la población un día puede reclamar dividendos del sueño prometido y los graneros quizás estén vacíos. La única manera de tener controlado a los depredadores es proveyéndoles lo suficiente, pero el imperio saquea aquí y allá y cada vez

encuentra menos de donde echar mano. Sus ojos y garras miran hacia Latinoamérica, pero parece que ya no tiene el encanto de antes, quizás alguien en Latinoamérica tiene los ojos entreabiertos. Por eso no podemos mirar hacia los Estados Unidos. Latinoamérica debe mirar hacia Latinoamérica.

Somos tan antiguos como el planeta. Somos parte del cosmos. Somos tan distintos a los demás y a nosotros mismos, que somos muchos pueblos en uno. Latinoamérica se forjó mucho antes que ese nombre significara algo. Nuestros pueblos, a diferencia de los que muchos piensan, ya conocía la barbarie



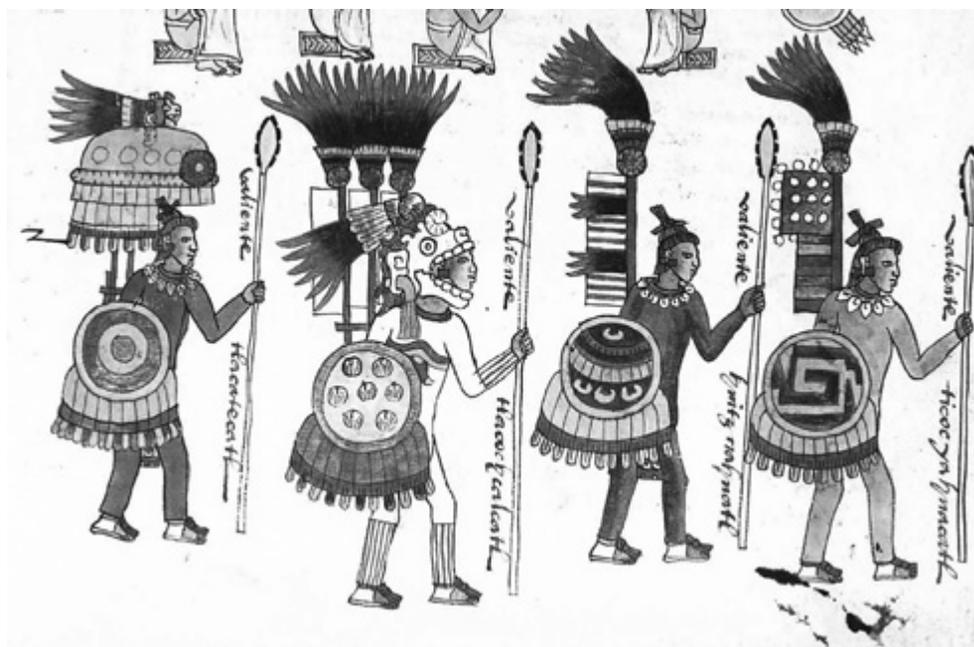
antes de la llegada de los europeos, ellos lo que hicieron fue heredarnos su poder de destrucción y devastación. El hombre latinoamericano llegó tarde a lo mejor de Europa, pero en cambio asimiló con facilidad sus males y sus debilidades. Nuestros aborígenes construyeron una forma de vida atada a su cosmogonía que en verdad fue lo diferente entre continentes. Siendo un mundo joven América se asombraba de sí misma, de su vegetación, de sus fenómenos, de sus tradiciones, por eso se aferró al conocimiento de su mundo y entabló una conversación con

él, resultado de ello fue ese extraño equilibrio con la tierra que aún sobrevive en algunos pueblos y que lucha contra esa concepción de la depredación que se cubre con el velo de la modernización y la civilización. Nuestro pueblo no fue tan idílico como algunos no lo quieren vender. Fue un pueblo de desiguales, de esclavos y sacerdotes, de caciques tiránicos y revueltas internas, de sacrificios a los dioses, de guerras por lo vital, un pueblo como otros, que forjó su historia a partir de la miseria que habita en la esencia del ser humano. Los Incas construyeron un imperio sin igual, los Mayas y los Aztecas fueron civilizaciones avanzadas en el uso del conocimiento, todos los pueblos tenían diferencias de clases, en ningún lugar se gestó un proyecto de igualdad, la igualdad y la justicia son valores ajenos al sentir humano, son ideales y como tales pertenecen al mundo de lo simbólico trasgredido por la realidad. Pero nuestros pueblos aún no habían ingresado a la concepción del dios único, era un pueblo politeísta, semejante a Grecia en donde muchas de las divinidades poseían características humanas y algunos humanos poseían toques divinos; esta diferencia es radical, para Europa, evangelizada a espada y fuego, la concepción politeísta era una trasgresión y por eso decidieron imponer su Dios. Si los conquistadores se hubiesen llevado todos nuestros tesoros menos mal nos hubiese hecho que imponiéndonos sus creencias. El mayor mal que nos trajo la conquista fue la religión, y el pueblo la asumió como tal, primero por la fuerza de las armas y luego por el desarraigo de su historia. La inconexión entre las creencias y los rituales hizo de Latinoamérica un pueblo sin rumbo, en los nuevos esquemas no cabían los ritos antiguos, las ceremoniosas celebraciones católicas no contenían el mundo simbólico del aborigen, la cruz no le decía lo mismo que el jaguar, los sacrificios eran de otro tipo, la encarnación de la divinidad en un sólo hombre no era factible de asimilar por los pueblos y por eso fue necesaria la hoguera para purificar las creencias. Desencajado de

sus mitos el hombre latinoamericano terminó refugiado en la historia de otros o mixturando sus creencias para evita el colapso final y el vacío existencialista que viviría el mundo a mediados del siglo xx. El gran drama de la desolación mística fue padecido por nuestros pueblos cuatrocientos años antes del total nihilismo. Para Latinoamérica los dioses los abandonaron y descreyeron de ellos mucho antes de que Nietzsche reclamara un dios nuevo.

Después de la primera devastación vino la depredación sistemática de los recursos, el sometimiento de los pueblos a las tradiciones europeas y la gran mixtura cultural que nos convirtió en la paradoja de la modernidad. La resistencia fue latente en todos estos años, muchas de las formas tradicionales de los pueblos han sobrevivido gracias al ocultamiento, esos mismos procesos culturales que ahora el mercado y con la complicidad de ciencias como la antropología y la sociología comercializan en los canales internacionales. Con lo cual queda demostrado una vez más que el proceso de aculturación no cesa. Años antes llegaron seres montados a caballo con arcabuces, ahora son ciudadanos con cámaras digitales que exploran el último sentir de los pueblos para venderlos a *Discovery Chanel*. Nuestra tragedia continúa.

Durante la colonia se trató por todos los medios de hacernos a imagen y semejanza de Europa, nunca intentamos un modelo propio porque nuestras ideas no sobrevivieron al sometimiento, sobrevivió sólo nuestro cuerpo pero occidentalizado. Incluso cuando se gestaron los llamados movimientos de independencia en lo primero que se pensó fue en construir repúblicas de acuerdo al modelo francés que la revolución había proporcionado, nadie se atrevió a gobernarnos de nuevo por tribus en vez de estados, y en nombrar un gran caique en vez de un presidente. En 1850 Latinoamérica ya se había olvidado de sí misma y quería estar al tono con su opresor,



tal vez sufriendo el síndrome de Estocolmo.

A partir de entonces nuestro derrotero es de imitación. Latinoamérica ha intentado consolidar un proyecto tomando como base el modelo occidental y ahí radica su error. Un lugar en donde aún sobrevive un chaman en la imagen del yerbatero y que circula alrededor de sacerdotes católicos y pastores evangélicos requiere otra religión. Una que incluya a todos, unas creencias politeístas en donde los dioses estén al servicio de los humanos. Un continente en donde se usan las tarjetas de crédito y las transacciones electrónicas, pero que al mismo tiempo hace uso del trueque y del valor de la palabra como documentos simbólico del comercio, requiere otro modelo económico, uno que valide todas las formas posibles de equilibrio en la tenencia. Un pueblo lleno de familias emparentadas entre sí, de estructuras de clanes, de formas diferentes de asociación parental, tiene derecho a ser regida por otra forma de concebir la sociedad y de organizarse de modos diferentes a la familia tradicional occidental sometida por los cánones del orden divino. Latinoamérica azotada por los desmanes del poder, por lo experimentos populistas, por las tiranías disfrazadas de democracia, merece otra forma de

gobierno diferente, una en donde la voz de la mayoría no sea suplantada por la minoría con sus intereses particulares, una en donde al nombre del Estado no se depreden sus recursos y se pongan al servicio de las grandes multinacionales mientras la mayoría naufraga en la miseria y la falta de oportunidades. Esta Latinoamérica merece construir otra forma posible de actuar, pero las cadenas que la atan al mundo capitalista están bien aferradas y ya está mas que demostrado que la vía del añejo ideal revolucionario patrocinado desde Moscú sembró más miseria y estupidez mental que otra cosa. Por un momento Latinoamérica debería pensar en si misma, mirarse al ombligo y descolonizar su pensamiento, para empezar a gestar el rumbo de sus pueblos.

Hace algún tiempo leí un titular que decía “Latinoamérica arde”, creo que es el sentir de algunos, a mi parecer Latinoamérica duerme, porque no ha entendido que este pueblo no puede cederle el poder a nadie, este pueblo debe asumir el compromiso de regirse a si mismo. La realidad es que los inicios del siglo XXI lo más alentador es el intento boliviano por romper los esquemas, lo demás siguen siendo imitaciones híbridas de los modelos desgastados. Venezuela se hunde en la cons-

trucción del modelo socialista del siglo XXI, cometiendo los mismos errores de la vieja idea revolucionaria. Colombia está regida por un totalitarismo democrático. Brasil le apuesta al desarrollo con el enfoque de izquierda pero actuando dentro de la corriente neoliberal. Chile experimenta y no quiere sacrificar sus indicadores económicos para darles justicia social a los mapuches. Argentina se bambolea de aquí allá sin quebrar la dependencia. Perú calla porque se cansó de gritar y después de la caída de Fujimori naufragó en el tedio y la desolación. México terminó siendo un apéndice del Norte y ahora intenta cumplir con

las demandas de su vecino. Panamá es la ruta del sueño que otros diseñaron y que nadie allí está dispuesto a cuestionar. Cuba sobrevive gracias al mayor factor de autocomiseración de pueblo alguno; a lo que algunos llaman dignidad y otros engaño total, yo llamo el último oasis de una idea sostenida con dolor. Latinoamérica no vive, apenas respira en medio del mayor emporio de oxígeno. Dormita nuestro pueblo mientras el mundo nos mira con ansias, porque el mundo más civilizado ya no tiene tierra, agua, oxígeno, riquezas y aquí abundan, pero estamos perplejos soñando ser lo que ellos ya no quieren ser.



Comunicación para el cambio social: un acercamiento a las teorías de la acción comunicativa

Omar Alejandro González*

La realidad —todo lo que somos, todo lo que nos envuelve, nos sostiene, y simultáneamente nos devora y alimenta— es más rica y cambiante, más viva, que los sistemas que pretenden contenerla.

Octavio Paz

Los estudios y teorías sobre el lenguaje y su relación con el contexto, la sociedad y la cultura sufrieron serias transformaciones a partir de la aparición de la teoría de John Searle sobre los *Actos de habla*, pues es claro que antes de sus postulados, la mayoría de estudios apuntaban a la comprensión del fenómeno lingüístico sólo desde esferas estructurales y poco relacionadas con la interacción entre individuos. Es precisamente este autor quien otorga a los estudios del lenguaje un matiz que iniciaría toda una corriente de investigación acerca del funcionamiento que el individuo hace de la lengua, de manera consciente y estructurada, según sea la intención y el efecto pretendido en su interlocutor.

Jürgen Habermas atiende con cuidado las propuestas de Searle, en especial aquellas que tienen que ver con los actos perlocutivos e ilocutivos, para luego, a medida que avanza en sus estudios, replantearlas en dirección a un objetivo un poco más profundo: el cambio social. En este sentido, Habermas retoma la idea platónica de lo Ideal, y asume que en la comunicación y en los actos de habla es

precisamente en donde debe trabajarse este idealismo, pues es partir de la enunciación y de las intenciones de cada hablante que debe surgir la idea de bienestar, seguridad y confianza.

Cuando observamos los postulados del mismo Habermas, hallamos que sus pensamientos poseen características bastante idealistas, no sólo en el sentido de que sean utopías especiales, sino que en la práctica cotidiana se manifiestan como imposibilidad de discurso, como desavenencias comunicativas, o como simples presupuestos filosóficos. Comprender esta afirmación requiere de un acercamiento barnizado a lo que él mismo denominó *Acción comunicativa*, ya que esta definición sólo es posible cuando nos acercamos al entendimiento de los actores como hablantes y oyentes que se refieren a algo en el mundo objetivo, en el mundo social y en el mundo subjetivo.

Estas tres categorías hacen referencia al mundo en su totalidad, un todo fragmentado pero insoluble, en el que el mundo objetivo corresponde a la realidad misma, como

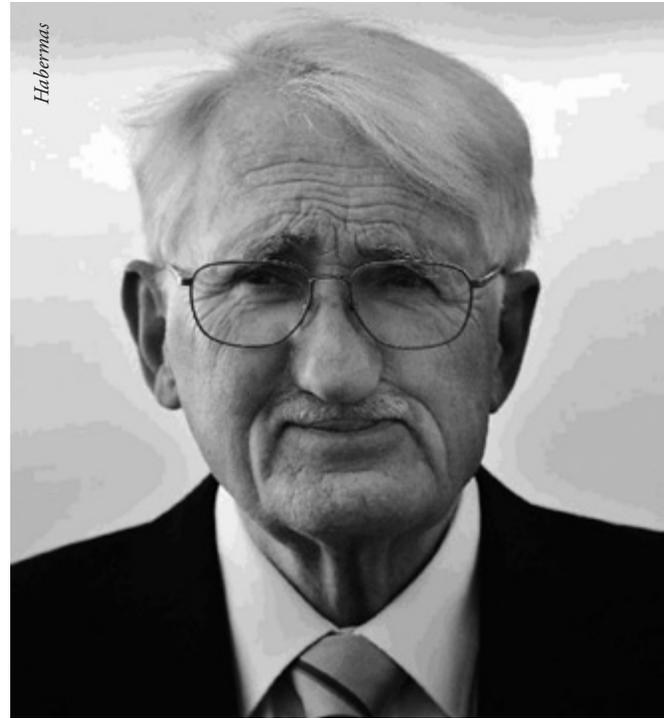
* Licenciado en Lengua Castellana de la Universidad del Tolima. Director del Taller de literatura y escritura creativa del Centro Cultural de la Universidad del Tolima.

existencia y permanencia de las cosas en el mundo, desprovista de la mirada humana, de la interpretación o la reflexión. Ya el mundo social se encamina a la comprensión de los fenómenos culturales, políticos y contextuales en los que el individuo se desenvuelve, de tal forma que este nivel es el que permea las formas de pensar y asumir el mundo objetivo, es la mirada reflexiva, el posicionamiento y la actuación interna que el individuo hace de sí mismo frente a la existencia. Por consiguiente, el mundo subjetivo es el de las relaciones interindividuales, el de la interacción de saberes, de conocimientos y de experiencias sobre el mundo que cada quien pone de manifiesto en la relación con los demás seres del mundo social.

En este sentido, las acepciones que Habermas hace de *cultura*, de *sociedad* y de *personalidad*, están ligadas íntimamente a los tres aspectos anteriores:

La cultura hace referencia a la provisión de saberes de la que los participantes en la interacción, al entenderse entre sí sobre algo en el mundo, se proveen de interpretaciones. Así, a los órdenes legítimos a través de los cuales los participantes en la interacción regulan su pertenencia a grupos sociales y con ello aseguran procesos de solidaridad. Personalidad hace referencia a las competencias que hacen del individuo capaz de lenguaje y acción, es decir, lo ponen en situación de participar en procesos de entendimiento y afirmar en ellos su propia identidad. (Habermas; 1989, 493-495)

Este barniz permite acercarnos al interés de Habermas directamente sobre las funciones sociales que realiza la acción comunicativa, pues en él subyace el interés de establecer los parámetros por medio de los cuales el individuo, como sujeto social, participante de procesos conjuntos, y con identidad definida, debe entablar procesos comunicativos con los demás en función de la transparencia y del cambio. Sólo así adquieren un verdadero



sentido las pretensiones alrededor de las cuales cada sujeto debe sustentar sus enunciaciones hacia otros: *la verdad*, *la rectitud* y *la veracidad*.

Cada uno de estos planteamientos motiva en Habermas el sentido del criterio de *Validez*, aspecto que es alcanzado únicamente cuando en las enunciaciones tienen lugar los tres criterios. *La verdad* es entendida cuando se pretende que todo sujeto hace de sus enunciaciones algo verdadero, o que cumple, en efecto, las condiciones de existencia del contenido proposicional mencionado. *La rectitud* se asume con el interés de que la acción pretendida es correcta por referencia a un contexto normativo vigente (Sociedad) o de que el contexto normativo a que la acción se atiene es el mismo legítimo. *La veracidad* es asumida como el acto según el cual la intención manifiesta del hablante es, en efecto, la que el hablante expresa.

A partir de este momento es que podemos entablar discusión con su teoría, pues ya es posible comprender que la visión de Habermas -atractiva pero inaplicable- se acerca al

establecimiento de un idealismo comunicacional, en el que cada individuo debe hablar exclusivamente para la verdad, sólo pensando en que los actos de habla y las enunciaciones que emite deben contribuir al cambio, al fortalecimiento de lazos solidarios en los que la individualidad desaparece y el sujeto se asume a sí mismo como ente colectivo en función del bienestar.

El profesor Luis Alfonso Ramírez se aparta de los planteamientos de Habermas en la medida en que, mientras el uno hace énfasis en la colectividad enunciativa, para la que es preciso entablar relaciones comunicativas de *Validez*, el otro apunta a la consolidación de una individualización racional de los actos de habla¹, según la cual “*el locutor, y sus saberes son puestos en escena, socializados dentro del proceso de culturización mediante su participación en visiones, perspectivas y prejuicios de los saberes sobre los mundos*” (Ramírez, 2007). Con esto, se quiere mostrar que los procesos de enunciación no siempre tienen que pretender ser *Validos* en el sentido habermasiano. Antes bien, para Ramírez existe la posibilidad de romper con los criterios de validez, pues en ocasiones, la cotidianidad contextual y social exige que no haya posibilidad de emplear correctamente los enunciados. Basta por ejemplo, observar que en la cotidianidad discursiva existe multiplicidad de sentidos ante un solo acto de habla, y que por lo mismo, afloran variedad de formas de respuesta y provocación discursiva.

Quizá lo único que une, en parte, las dos propuestas, radica en el hecho de que ambas hacen de la interacción un intercambio de saberes, sin lo que sería imposible entablar procesos de comunicación, mucho menos discursivos, que son en últimas los que hacen posible la utopía del cambio social. No obstante, en Ramírez existe la noción de *Individualización*, que deviene de las concepciones de mundo que posee el individuo, nacidas de su relación social y de su interacción inmedia-

ta y contextual, en la cotidianidad de su hacer. En este aspecto se hace necesario definir que este proceso individual de conceptualización y racionalización del mundo son los que posibilitan la interacción y la creación de grupos sociales, por lo tanto, de formulación de acciones colectivas, cargadas de ideologías y de identidades, con valores íntimos y acuerdos normativos, no sólo en la convivencia, sino en las relaciones lingüísticas.

Este proceso de individualización está ligado al proceso macro de *culturalización*, en el que el sujeto (Yo enunciadador) se inserta y adapta con sus propios saberes, crece, se forma y actúa en un contexto determinado, dirigiéndose a un sujeto de la enunciación (tú) para establecer procesos de comunicación a partir de consensos y disociaciones en torno de un texto (Ello). Es fácil comprender que en Ramírez no existe una cultura, o mejor un proceso de culturización colectiva; es más bien un proceso individual que deviene de la asimilación distinta de patrones culturales comunes, pues la propia experiencia de instrucción, de interiorización y de reflexión -proceso que él denomina *Racionalización*- depende de los conocimientos y los intereses particulares de cada sujeto.

Prácticamente es en este sentido que Ramírez logra despegarse de la teoría de Habermas para establecer que en el acto comunicativo cada sujeto hace gala de sus conocimientos, de sus visiones y de sus reflexiones, nacidas de su propia experiencia de interiorización, y más allá de pretender hablar con criterios de validez o de verdad, establece puentes dialógicos intersubjetivos para lograr acuerdos entre su mundo subjetivo y el mundo social. De ahí que no siempre se hable con *Verdad*, o con *Rectitud*, pues cada participante posee su punto específico de *Verdad*, y resulta poco probable que trate de convencer al otro por medio de sus enunciaciones sólo aplicando el recto proceder de sus palabras e ideales. Dice Ramírez:

Todo discurso es el resultado de una conciliación de condiciones, deseos e intereses entre el hablante y la sociedad a la cual pertenece, entre el hablante y los oyentes o interlocutores de turno, es decir, entre lo que se puede y lo que se debe o lo que se tiene que decir, enmarcado dentro de las imposiciones ideológicas y pragmáticas de la sociedad y el individuo. Por ello se puede afirmar que la producción discursiva es una práctica en la cual participan y se registran diversas voces: la del emisor, la del receptor y la de la sociedad. La eficacia de cada una de ellas se mide por su imposición y capacidad para lograr el acuerdo sobre las otras. (Ramírez, 1989, 33).

Otra de las diferencias que existen entre estas dos teorías radica en el sentido que, mientras Habermas exhibe su *Mundo de la vida* como algo que es obligatorio a todos los sujetos como participantes de una sociedad o cultura determinada, en la que poco o nada influyen sus experiencias, antes bien, de ella se nutren para poder acercarse a la construcción de identidad y personalidad, Ramírez acuña que *El mundo de la vida* se refiere a los saberes más universales, y que por lo tanto, bajo el manto de la universalidad, son procesos cotidianos e inmediatos a los actos de cada sujeto. Con esto se determina una vez más que lo que en Habermas es un proceso de colectivos, en Ramírez es una construcción autónoma e individual.

Tal vez siguiendo la línea de los estudios que partieron de los postulados de Searle, lleguemos a encontrarnos con otro teórico que perfeccionó la teoría de los actos de habla, y de la acción comunicativa. Sin embargo, no es preciso que se aborde en su totalidad, pues para todos es bien sabido que el teórico en cuestión, centró sus actividad intelectual en el descubrimiento y formulación de macro poderes que regulan —y desregulan según su conveniencia— las posibilidades de actuación cultural, política y social de las comunidades. Aunque nos es del todo propio hablar de Foucault en este texto, hay que hacer referencia

en algunos de sus postulados para establecer el hecho de que a partir de ellos, el también teórico y filósofo Michel de Certeau concibe formulaciones alrededor de la acción comunicativa como fuente de liberación y elemento de contra-poder.

Las posibilidades que abrió la obra de Michel Foucault a los estudios culturales se apoderaron por décadas del pensamiento sociológico, no obstante autores e investigadores como De Certeau centraron su interés en la comprensión de cómo los fenómenos culturales suelen ser menos manipulados como se cree, y que más bien corresponden a situaciones de la cotidianidad en las que se abren nuevos horizontes de acción y se rompen las supuestas barreras insaturadas por los macropoderes.

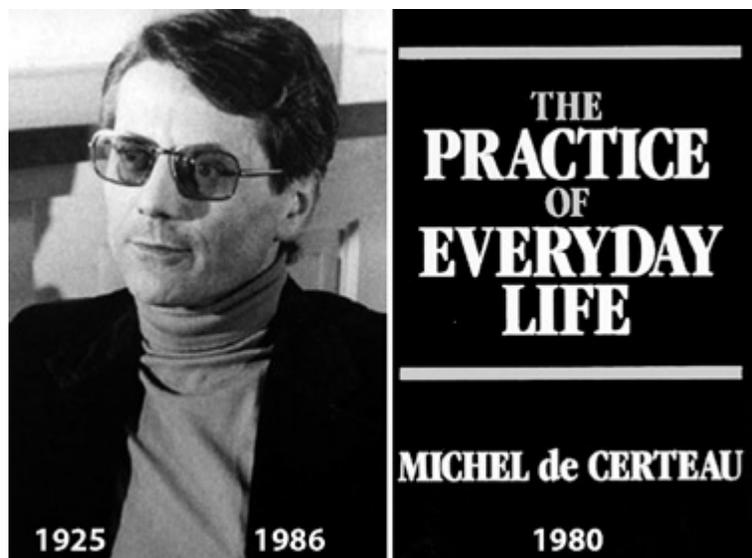
Foucault plantea que dentro de las estructuras sociales existen elementos de poder que se anclan en lo cotidiano y que corresponden, como lo diría Althusser, a las estructuras de poder generalizado que se esconde detrás de la iglesia, la escuela y otros entes estatales para crear una concepción de mundo colectiva y manipulada. No obstante, De Certeau aplica otra dirección a estos mismo planteamientos, no sólo para contradecirlos, sino para establecer una nueva forma de asumir la cotidianidad, ya no una cotidianidad destinada a seguir los parámetros establecidos por los micropoderes, sino una completamente autónoma, y que es contraria por voluntad a los sistemas implantados, una especie de código restringido en el que únicamente los participantes de una comunidad pueden influir.

En este sentido, el autor pretende desafiar las teorías según las cuales somos un producto del poder, y por tanto, nos mantenemos y sostenemos a partir de los productos culturales, ideológicos y discursivos que nos imponen desde las sociedades de consumo. Para él, así seamos parte de un sistema de micro y macro poderes, existe un libre acontecer y uso de esos productos culturales, establecido única-

mente desde nuestra propia individualidad, devenida también de la experiencia con el cocimiento y con *El mundo de la vida*. Estas son a su juicio las creaciones anónimas en las que se sustentan muchas de las cotidianidades, no sólo individuales, sino colectivas, que contrarrestan las pretensiones de las esferas de poder.

Es aquí donde precisamente De Certeau se aparta del pensamiento de Foucault y de Pierre Bourdieu, pues ya no se trata únicamente de develar los mecanismos por medio de los cuales el poder establece relaciones de micropoder en las pequeñas comunidades, sino que se trata de establecer cómo es que las pequeñas sociedades logran evadir y burlar los presupuestos de consumo y de verdad que se imponen desde el poder oficial. Es fácil entender que para el autor estos espacios de lo cotidiano permiten acercarse a una concepción de las “microresistencias” y de las “microlibertades” entendidas como espacios en los que se interactúa entre individuos a partir de pequeñas normas acordadas por el uso, no sólo de la lengua, sino de las experiencias, a partir de las cuales se mueven recursos antipoder insospechados que liberan a la sociedad y a la multitud anónima.

De este modo, es apenas esperado que la aplicación de estas teorías se dé en tres momentos: las modalidades de la acción, las formalidades de las prácticas y los tipos de operación especificados por las maneras de hacer. Los tres procesos siempre están ligados a momentos históricos específicos, a situaciones contextuales que determinan las formas mismas de la acción, desde la cual, el sujeto participante de una sociedad de consumo actúa en dirección a la *Situación* y a la *Circunstancia*. Ya Foucault, en el hecho mismo de proponer su cuatro hipótesis en la relación de las enunciaciones, pretendía establecer cómo es que en las esferas de la cotidianidad existen acuerdos y convenciones propias de poder ante situaciones determinadas.



De Certeau, retomando este planteamiento, y a partir de los postulados de Wittgenstein, orienta algunos de sus propios bosquejos, pues desde la teoría de los juegos lingüísticos es que se puede partir hacia la comprensión de los lenguajes cifrados que funcionan como mecanismo de protección ante los poderes establecidos. De igual forma las acciones cotidianas manifiestan el uso de estas herramientas de evasión, no sólo en las conversaciones, sino en las relaciones de intercambio, de comercio y de convivencia. Es aquí donde la intención de De Certeau sale a relucir de nuevo, pues decía que: “*Para leer y escribir la cultura ordinaria, hay que reaprender operaciones comunes y hacer del análisis una variante de su objeto*”. (De Certeau, 2000).

Se sabe que desde los planteamientos de Foucault, la vigilancia, la represión y el cohartamiento de la acción devienen de las estructuras del poder mismo como mecanismos por medio de los cuales se regulan los actos colectivos. Pues bien, en De Certeau estas mismas son violentadas, burladas e ignoradas por los individuos, que en su intimidad colectiva establecen formas de restricción del poder y lo acomodan a sus necesidades grupales, ya no para cohibir sino para violentar reglas. En este sentido, aparece otro punto importante, y es el concerniente a la formalidad de las

prácticas. Son estas las delicadas formas de convivencia e interacción que se poseen no sólo en las comunidades, sino en los barrios, en las mismas casas; códigos específicos de la acción que declinan el poder oficial y establecen nuevas formas de asociación de verdad, es decir, formas de operación en los espacios, de comprensión de contextos, de situaciones, a las cuales el poder no tiene acceso. Es más, según el autor, el lenguaje es quizá el elemento por excelencia para deshacerse de las estrategias del poder, pues el lenguaje es acordado mutuamente por los interactores y en esta medida obedece a su capacidad de cambio, de significación y de re-simbolización, tanto de las esferas culturales como del mundo en sí.

En este sentido, De Certeau insiste en la posibilidad de una multiplicidad de tácticas, tan varias y diferentes las unas de las otras que es necesario encaminarlas a una categoría superior: la retórica. Esta define las características esenciales de cada táctica y revela, desde lo lingüístico y lo socio lingüístico, las formas de discurso presentes en cada una, para asegurar que cada una tiene un objetivo y que persigue una determinada reacción en el contexto.

Este último aspecto es el que engloba la totalidad de la proposición de De Certeau, en el que podemos ver como todo un entramado de prácticas desde lo cotidiano se sustentan como formas anti poder a partir de las prácticas comunes, dentro de las que se da especial cuidado al habla o a la escritura, pues es a partir del uso de la lengua que se pueden elaborar códigos que signifiquen sentidos distintos sólo para un entorno determinado, de tal manera que el acto cotidiano de una conversación puede terminar siendo un efecto provisional y colectivo de en el arte de manipular “lugares comunes” y de jugar con lo inevitable de los acontecimientos para hacerlos habitables, tal y como lo indica De Certeau.

Atendiendo a los anteriores postulados es que se puede establecer que la acción comunicati-

va ha tenido multiplicidad de variantes, cada una de las cuales centra su atención e interés en el sustento de puntos de vista particulares: el idealismo discursivo en Habermas, la individuación y culturización del discurso en Ramírez Peña, y las acciones de contrapoder en de Certeau. No obstante, cabe reconocer que cada autor establece criterios de similitud con sus antecesores, de lo que se deriva que la teoría de la acción comunicativa es compendio de un interés colectivo por develar que el funcionamiento y permanencia de la manipulación y las formas de poder dependen única y exclusivamente de la capacidad que tengan los individuos y las colectividades para entender su maquinaria y comprender las reales intenciones que se urden en las falacias de poder y dominio.

Notas

1. Ya Habermas había establecido la racionalización, pero con miras a las pretensiones de Validez en los actos de habla, en función de un colectivo solidario y libre.

Referencias bibliográficas

- De Certeau Michel: *La invención de lo cotidiano*. Universidad iberoamericana. España, 2000.
- Foucault, Michel: *La arqueología del saber*. Grigalbo. Barcelona, 1998.
- _____, *Las palabras y las cosas*. Siglo XXI. México, 1971.
- Habermas, Jürgen: *Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos*. Cátedra. Madrid, 1989.
- Mardones, J: *Filosofía de las ciencias humanas y sociales. Materiales para una fundamentación científica*. Anthropos. Barcelona 1991.
- R. Wuthnow, Jd. Hunter, A Bergesen, E Kursweil: *Análisis cultural. La obra de Mary Douglas, Michel Foucault y Jürgen Habermas*. Paidós. Buenos Aires, 1988.
- Ramírez Peña, Luis Alfonso. *Comunicación y discurso*. Bogotá: Magisterio. 2007.
- SEARLE, J: *Actos de habla*. Cátedra. Madrid, 1980.

La poesía de Tomas Tranströmer y sus “pinceles impacientes por el mundo”

Jorge Ladino Gaitán Bayona*

Cuando Ernest Hemingway apunta el cañón a su cabeza no repetía el acto final de su padre, sino el de uno de sus personajes de cuento; su muerte no era una muestra de lealtad con la tragedia familiar, sino con la propia literatura. Tras acariciar el suicidio en sus novelas, poemas y diario, Cesare Pavese convocó el sueño eterno con dieciséis envases de somníferos. Lo que pudo sentir Alfonsina Storni cuando pereció en las aguas del Mar de Plata ya lo había proyectado en su poema “Dolor”: “Con el paso lento, y los ojos fríos/ y la boca muda, dejarme llevar;/ ver cómo se rompen las olas azules/ contra los granitos y no parpadear” (1956: 128). George Trakl, poeta y huésped de manicomio, quiso parecerse a su poema “A un muerto prematuro” y se borró de 27 años con sobredosis de cocaína; muy lozano y muy blanco se presentó a la muerte, así lo había prefigurado en los versos de su “Salmo”: “Hay una luz que el viento ha extinguido./ Hay una taberna que en la tarde un ebrio abandona./ Hay una viña quemada y negra/ con agujeros llenos de arañas./ Hay un cuarto que han blanqueado con leche./ El demente ha muerto” (2003: 95).

Unos eligen la muerte de la que alguna vez escribieron; otros son elegidos por ella y antes de fulminarlos para siempre les hace vivir las realidades de sus ficciones. Estos últimos



cumplen, por lucidez o capricho del azar, con la condición de poetas visionarios. Uno de ellos es Tomas Tranströmer (Estocolmo, Suecia, 1931), el Premio Nobel de Literatura 2011, traducido a más de cincuenta idiomas. Aunque la mayoría de sus poemas exaltan la vida, la comunión sagrada con los bosques y mares escandinavos, también advierte que la muerte suele hacer travesuras a los hombres. La segunda de sus “Postales negras”, del libro *La plaza salvaje* (publicado originalmente en 1983¹), señala:

En mitad de la vida sucede que llega la muerte a tomarle medidas a la persona. Esta visita se olvida y la vida continúa. Pero el traje se va cosiendo en silencio (1992: 131).

* Profesor de la Universidad del Tolima, Doctor en Literatura de la Universidad Católica de Chile.

Acaso la muerte visitó a Tranströmer y le tomó de extraña forma las medidas, primero a sus poemas y luego a su cuerpo pues “el traje se va cosiendo en silencio” (p. 131). El silencio de un poeta que por un ataque cerebral en 1990 perdió el habla y sufrió la parálisis del lado derecho de su cuerpo. Ese cuerpo silenciado en sus movimientos y su lenguaje ya había sido cantado en su libro *Báltico* de 1974. En él latía un profundo sentido visionario en el poema V:

...Llega entonces el derrame cerebral: parálisis en el lado derecho,

con afasia, sólo entiende frases cortas, dice palabras inadecuadas.

Por consiguiente no le afectan ni el ascenso ni la condena.

Pero la música sigue en él, continúa componiendo en su propio estilo, se convierte en una sensación médica el tiempo que le queda por vivir (1992: 106).

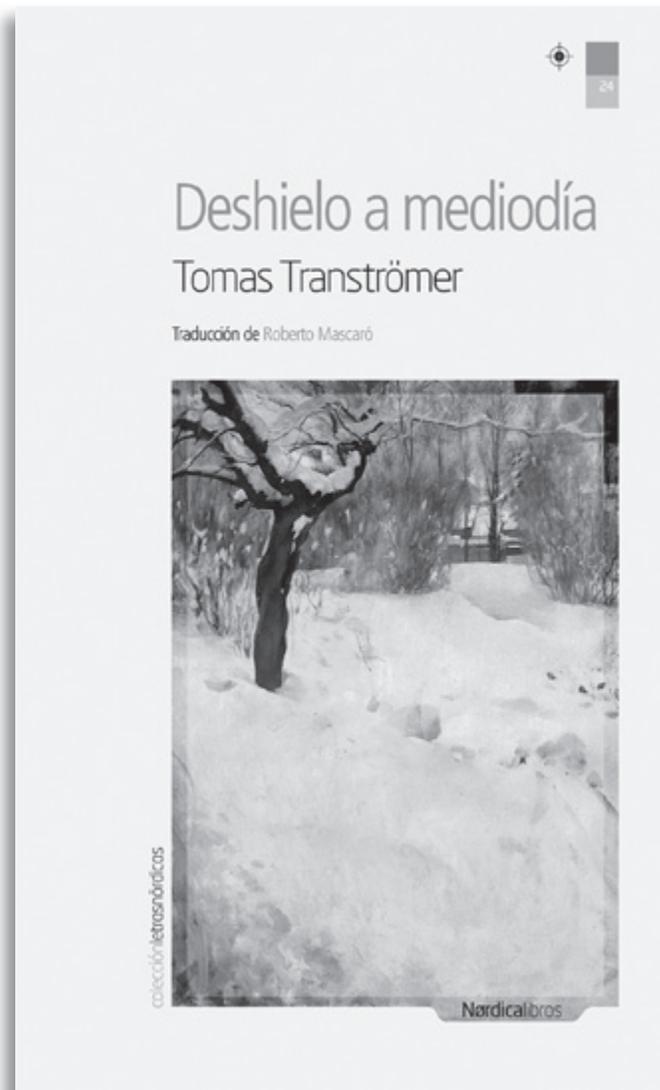
Y “la música sigue en él, continúa componiendo en su propio estilo” (p. 106) porque Tranströmer permanecería escribiendo poemas y tocando melodías en su piano con el vuelo que traza su mano izquierda². Siempre supo que la vida, aunque afrentada y a veces puesta en circunstancias anómalas, merece celebrarse. De ello da cuenta el encanto y la explosiva brevedad de sus jaicus³:

7

Vidas mal escritas,
la belleza persiste
como un tatuaje (2011: 115)⁴.

18

Mírame, estoy
como un lanchón en tierra.
Soy feliz aquí (2003: 58)⁵.



Tranströmer encuentra en el jaicu una forma propicia de capturar en versos sugerentes su visión mágica y panteísta de la existencia. La naturaleza y el universo son su dios y lo tornan sagrado cuando él entra en comunión con ellos desde la creación estética. Tal como expresara Vicente Huidobro en su “Arte poética”: “que el verso sea como una llave/ que abra mil puertas” (1993: 48). La palabra como llave y susurro es la que revela Tranströmer en su jaicu 25: “Zumba la lluvia./ Yo susurro un secreto/ para entrar allí” (2003: 74). El poeta se hace uno con la lluvia, “la pureza metafísica de una sustancia” (Bachelard, 1993: 227) que le ofrenda frescura y una mirada privilegiada para encontrar la grandeza en criaturas, astros y en las formas

que a otros podrían resultar demasiado simples, tal como se revela en su jaicu 15: “Las hojas ocre,/ tan valiosas son como/ las del Mar Muerto” (Tranströmer, 2003: 50).

Tanto en jaicus, como en poemas de mayor extensión (unos en verso y otros en prosa), el poeta sueco reitera que, ante las promesas incumplidas de la modernidad, el hastío del trabajo y la ciudad con sus ruidos y su vértigo, existe la música del erotismo y el regocijo de la naturaleza. Cuando las calles y los edificios lo saturan con sus sonidos e imágenes industriales, busca el recogimiento y un bosque para inclinarse, no ante amos que gritan y abusan de sus poderes, sino ante reinos más bondadosos al hombre; contundentes al respecto son las líneas finales de su “Llanura estival”, perteneciente al libro *Tañidos y hue-llas* (1966): “La hierba tiene un jefe verde./ Yo me pongo a sus órdenes” (1992: 76). La hierba que regenera, la que recuerda que en múltiples culturas “el antepasado totémico es vegetal” (Éliade M, citado por Durand, 1981:283) y que los hombres son “hijos de las hierbas o hijos de las flores” (p. 283).

Así como profesa su devoción y asombro por las virtudes de las formas terrestres, también apunta sus ojos al cielo para darse un baño de luz. Al sol lo sugiere artista y rebelde, capaz de devolver a los rostros la alegría de los viejos tiempos, lo mira ir de un lado a otro combinando colores y reinventado esperanzas; justamente en su poema “Secretos del camino”, incluido en un libro de poemas del mismo nombre de 1958, indica: “...Y sin embargo el sol, tan fuerte como antes. /Pintaban sus pinceles impacientes por el mundo” (Tranströmer, 1992: 76).

Desde su primer libro, titulado *17 poemas* (1954), Tranströmer se había inclinado por una lírica panteísta. Poetas de su país y parte de la crítica literaria lo acusaron de evasista por no unirse a la tendencia social y política de las letras suecas en aquella década. Como

bien lo sostiene Silva Duarte en su antología en portugués *Cinco poetas suecos II*, Tomas Tranströmer era de la Generación del cincuenta, junto a Lars Forssell y LasseSöderberg y “emcontraste com a geração de 40, os escritores de 50 não tentam solucionar os complexos problemas da sociedade moderna, antes parecem fugir a realidade para buscarem uma nova visão romântica” (1981: 9).

La visión romántica mencionada por Silva Duarte para el caso de Tranströmer involucra, necesariamente, una estética y una filosofía de vida. Con relación al último aspecto, vale resaltar que el Nobel de Literatura 2011-graduado en psicología e historia de la literatura y de las religiones en la Universidad de Estocolmo-cuando adelantaba su labor profesional no era de aquellos psicólogos que se quedaban encerrados en una oficina esperando pacientes. Por el contrario, salía en busca de lugares donde se encontraban comunidades altamente vulneradas en su psiquis: prisiones, hospitales, centros de refugiados y zonas de rehabilitación de delinquentes y minusválidos. Roberto Mascaró, el poeta uruguayo que ha traducido buena parte de su obra al castellano, resalta el papel que jugó Tranströmer y su esposa (Mónica Bladh, enfermera voluntaria) ayudando a exiliados chilenos, argentinos y uruguayos afectados por las dictaduras militares en la década del setenta. El altruismo es una de las virtudes de este poeta sueco. Su labor humanitaria ha sido, a la vez, una fuente de impulsos y resonancias estéticas: “Toco la vida con mi profesión, como si esta fuese un guante” (1992: 9).

En una entrevista brindada al poeta español Juan Antonio González Iglesias, el Nobel sueco puntualiza: “Siendo joven, reconocí que no podía mantenerme ni alimentar a una familia con la escritura de poesía; de modo que elegí una profesión que no perturbase la escritura, sino que le agregase experiencia. Por esto elegí la profesión de psicólogo, de lo

cual nunca me he arrepentido (2011: recurso web). Psicólogo y poeta, vida y obra afirmando lo sagrado del hombre y de su entorno. De ahí que se mencione en Tranströmer la existencia de una visión romántica en la que se cumple esta condición: “Unirnos con la naturaleza, con un Uno e infinito Todo, ésta es la meta de cualquiera de nuestros esfuerzos (...) Humanidad y naturaleza se unificarán en una única divinidad que lo abarcará todo” (Hölderlin, citado por Juanes, 2003: 158). Esa unión con la naturaleza es casi que una exigencia de su contexto: “La naturaleza no es solamente un tópico, sino también una realidad y hasta una obsesión en la vida de los suecos contemporáneos. Este hecho está íntimamente vinculado a la raíz estrictamente rural de la sociedad sueca, tardíamente urbanizada, cercada por las duras condiciones climáticas” (Von Bergen, 1992: 8). Por este factor es que Tranströmer refiere lo siguiente:

El campesino que hay en mí se siente bien en esa libertad ilimitada que nos ofrece la naturaleza. Por otra parte, el dramatismo de los cambios climáticos que hay en este Norte ha marcado y sigue marcando la poesía sueca. Es ese dramatismo el que da a la naturaleza un cariz místico, desconocido en los países del Sur de Europa... Para mí hay aquí un encuentro con una dimensión especial de la realidad” (citado por Von Bergen, 1992: 9).

Ese “cariz místico” en el que el entorno natural entra en la sustancia íntima del poeta le permite construir metáforas, sinestesias e imágenes que se deslizan de lo mínimo a lo máximo: “En un ramo de pocas flores o en un jardincillo minúsculo, concentra y resume la totalidad del universo” (Durand, 1981: 264). Los versos de Tranströmer van al alma de las cosas, las piedras, los astros, las formas vegetales y las acciones elementales de hombres y animales. En todo encuentra una señal, un misterio, un lenguaje y un asombro por cantar. En el “Preludio” de su libro *17 poemas* (1954) reconoce que “en las primeras

horas del día, la conciencia puede abarcar el mundo” (1992: 15), incluso dejarse iluminar por “las oscilantes lámparas subterráneas/ del poderoso sistema de las raíces de los árboles” (p. 15). Más adelante, en el poema “Archi-pielago otoñal”, escucha “las constelaciones piafar en los establos/ alto, sobre los árboles” (p. 16); posteriormente en “Las piedras” las oye deslizarse “como golondrinas desde una cima a otra de las montañas” (p. 23). Ya para su libro *Secretos en el camino* (1958), la “Carta del tiempo” descubre “el jeroglífico del ladrido de un perro/ pintado en el aire sobre el jardín” (1992: 32).

En una de sus obras más abordadas por la crítica especializada, *El cielo a medio hacer* (1962), el lector vislumbra árboles errantes bajo la lluvia llevando recados (“El árbol y la nube” y “El tañido”⁶); músicas del mar que llegan a las cabañas invitando a sus huéspedes a ir a islas donde se exorcizan las tristezas (“Cuando volvimos a ver las islas”); velas blancas que susurran llamarse “lunas vagabundas” (1992: 50) y van navegando los deseos del mundo (“Desde la montaña”); polillas en la ventana que son telegramas del mundo (“Lamento”); tormentas que ponen sus bocas en el alma de los transeúntes y soplan sus melodías (“Una noche de invierno”). De ese pacto reconciliatorio con la vida y el paisaje, una suerte de “Aleph borgiano” es el poema que da título al libro indicado:

El cielo a medio hacer

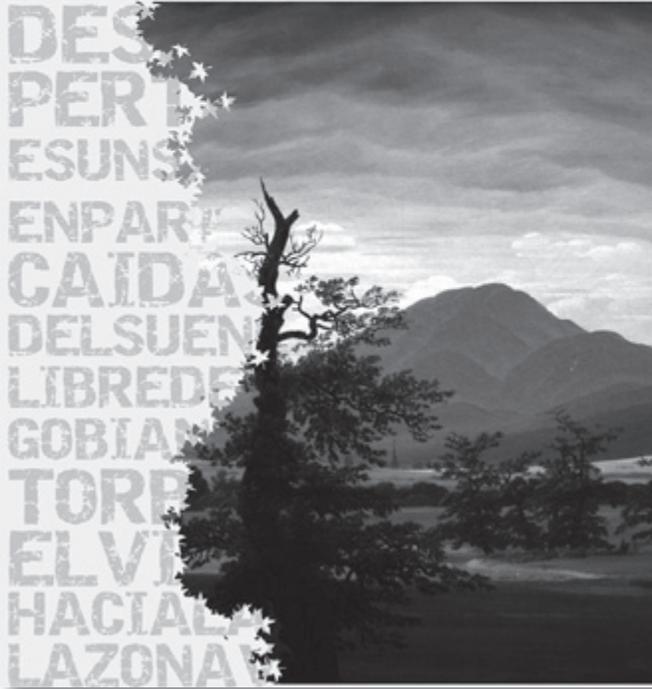
El desaliento interrumpe su curso.
La angustia interrumpe su curso.
El buitre interrumpe su vuelo.

La luz tenaz se derrama,
hasta los fantasmas se toman un trago.

Y nuestros cuadros se hacen visibles,
nuestros rojos animales de los talleres de la Edad del Hielo.

Tomas Tranströmer EL CIELO A MEDIO HACER

Prólogo de Carlos Pardo
Traducción de Roberto Mascaró



Todo comienza a dar vueltas.

A centenares andamos al sol.

Cada persona es una puerta entreabierta
que lleva a una habitación para todos.

La tierra infinita bajo nosotros.

El agua brilla entre los árboles.

La laguna es una ventana a la tierra(1992: 56).

En tanto “el hombre literario es una suma de la meditación y de la expresión, una suma del pensamiento y del sueño” (Bachelard, 2006: 327), se genera un puente entre la quietud que pone alerta los sentidos y el dinamismo

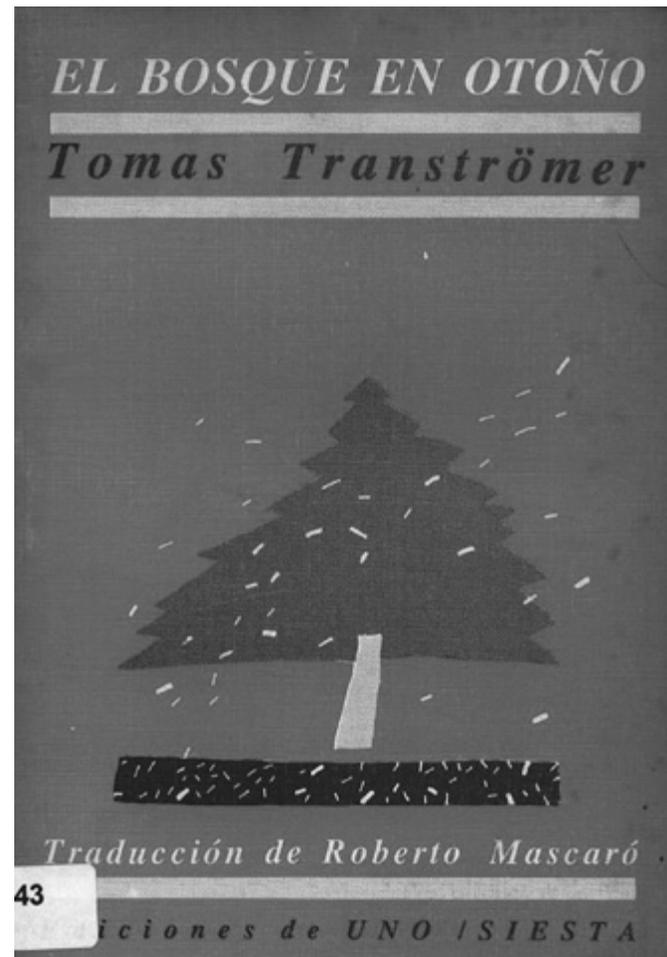
de la imaginación que capta y metaforiza lo que antes resultaba novisible, la movilidad espiritual de los elementos esenciales de la vida y los umbrales que invitan al diálogo, la reconciliación y la fiesta de los sentidos. Justamente los tres primeros versos del poema dan cuenta de una quietud que le quita peso a frenesí insoportable del desaliento y la angustia para que, tras el recogimiento, llegue la videncia: “La luz tenaz se derrama” (p. 56). Bella y sugestiva es la imagen pues la luz que se derrama alude a la palabra poética (lo cual le otorga un carácter metaficcional al texto lírico al resultar un poema refigurando el acto mismo de la creación estética). Atendiendo a Gilbert Durand en *Las estructuras antropológicas de lo imaginario*, existe una relación de isomorfismo entre la palabra y la luz que le da una profunda universalidad a “El cielo a medio hacer”, en tanto corresponde a una raíz primitiva que entrelaza varias culturas:

Los textos upanishádicos asocian constantemente la luz, en ocasiones el fuego, con la palabra, y en las leyendas egipcias, como entre los antiguos judíos, la palabra preside la creación del universo. Las primeras palabras de Atoum, como las de Yaveh, son un ‘fiat lux’. Jung muestra que la etimología indoeuropea de ‘lo que luce’ es la misma que la del término que significa ‘hablar’: esta similitud se encontraría en egipcio. Jung, relacionando el radical *svan* con el sánscrito *svan* que significa zumbir, concluye incluso que el canto del cisne (*Schwan*), pájaro solar, no es más que la manifestación mítica del isomorfismo etimológico de la luz y de la palabra. Es que la palabra, como la luz, es hipóstasis simbólica de la Omnipotencia. En el *Kalevala*, es el bardo eterno Wainamoinem quien posee las runas y por ello ostenta el poder, del mismo modo que Odín, el varuna tuerto de los germanos, obra por la magia de las runas (...) Las runas son a la vez signos y fórmulas que el Gran Dios Indoeuropeo habría obtenido tras una iniciación de origen chamánico, es decir, que implicaba prácticas ascensionales y sacrificiales. Odín es llamado a veces el “dios del buen decir” (1981: 146).

La luz y la palabra tienen entonces una misma cuna mítica en pueblos egipcios, judíos e indoeuropeos. Ambas están relacionadas con la idea de creación, poder, magia, canto y “buen decir”. Primordial es la mención a Odín y las runas. Estas últimas no son simplemente las letras usadas en lenguas germánicas, principalmente en Islas Británicas y territorio Escandinavo (el que habita y poetiza Tomas Tranströmer). En la mitología escandinava hasta el propio Odín tiene que sacrificarse por nueve noches colgando de un árbol mítico para recibir las runas. Ellas tienen un origen divino, entrañan revelación, suprema belleza en la escritura y posibilidad de magia (la magia rúnica) para generar hechizos y profecías. Todo tiene que ver con el bardo, con el buen poeta en el que convive el mago, el creador, el vidente e iluminador. Características que se hacen presentes en el poeta sueco. No es casual que uno de sus libros, publicado en 1970, se titule *Ver en la oscuridad* que en él el poeta alude a que, más allá del nombre y del nacimiento, su destino, su vida y redención le vienen de lejos, de un tiempo remoto, de una tierra y un pasado escandinavo que lo señalan, lo obligan al canto y a sentirse sagrado: “... viene mi vida de regreso. Mi nombre llega como un ángel. Fuera de los muros suena un toque de trompeta (como en la obertura de Leonora) y los pasos salvadores llegan rápida, rápidamente descendiendo la demasiada larga escalera. ¡Soy yo! ¡Soy yo!” (Poema titulado “El Nombre”, 1992: 83).

El poeta escucha su pasado y encuentra en lo circundante huellas y lenguajes milenarios. En “Los recuerdos me ven”, del libro *La plaza salvaje* (1983), advierte: “Tengo que salir al verdor que está lleno/ de recuerdos, y ellos me siguen con la mirada” (1992: 126). En su poema en prosa “la casa azul”, la vieja morada que sigue en pie en un bosque denso obliga a trazar su genealogía: “Lleva allí más de ochenta veranos. Su madera ha sido impregnada cuatro veces con la alegría y tres con la tristeza. Cuando alguno de los que han

vivido allí muere, se vuelve a pintar. El muerto pinta, sin pincel, desde adentro” (1992: 129). Otros que se niegan al olvido le salen al encuentro en su libro *Para vivos y muertos* (1989). Allí están el “Retrato de mujer-siglo XIX” y el poema “Seis inviernos” donde se habla del famoso cementerio de Karatna en Estocolmo, en el cual “una elite de muertos se petrificó” (1992: 137). Pero no sólo los que gozaron de prestigio social son mencionados, también se canta en “El olvidado capitán” a alguien que pereció durante la Segunda Guerra Mundial; a ese “alguien” - sin nombre para el lector- se le reconstruye la memoria de sus viajes adultos, de su final al ser bombardeada su embarcación y el inicio de su amor por el mar cuando de niño, con sus amigos, iba a la playa a disfrutar con sus veleros juguetes: “Los barcos que fueron vida y muerte para algunos de ellos. / Y escribir sobre los muer-



tos/ también es un juego, al que hace pesado/ lo que está por venir” (1992: 136).

La muerte y la vida, la ciudad que agobia y la naturaleza que redime, son temas recurrentes en la poesía de Tomas Tranströmer. Su lírica, en todo caso, no está bajo el sino de la melancolía, ese terrible “sol negro” de que hablara Gérard Nerval en varios de sus poemas. Su sol es demasiado vigoroso y colorido; como enuncia en “Secretos del camino”, es de “pinceles impacientes por el mundo” (Tranströmer, 1992: 76). Él está del lado del duelo, de la reconciliación y del pasado que da lecciones al presente. Celebra a los muertos con la misma intensidad con que celebra los bosques, los mares y los placeres de la vida sencilla; incluso, donde vislumbra lo atroz descubre su contracara en el amor: “... el crimen más grave queda sin resolver. Del mismo modo, hay en algún lugar de nuestras vidas un gran amor sin resolver” (Poema “Madrigal”; 1992: 153).

El premio Nobel de Literatura 2011 es un merecido reconocimiento a un hombre en el que se dan “el místico y el misionero” (Mascaró, 2003: 7). En Tranströmer está el poeta que se hace Uno con la naturaleza y el psicólogo humanitario que brindaba consuelo a presos, enfermos y exiliados. Su vida y obra están en armonía. Tal como expresa el profesor y escritor peruano Abraham Prudencio Sánchez, él nos entrega “una muestra de lucidez y compromiso, su poesía nos ayuda a vivir y comprender el mundo (...) La invención de un lenguaje elegante, buen manejo de la metáfora, exactitud sensorial, sensibilidad, constante referencia hacia la naturaleza hacen de la poesía transtomeriana una isla obligada a encallar por todos nosotros” (2010: recurso web). Su nombre se une a la lista de escritores que en su país también han obtenido el máximo galardón de las letras: Selma Ottilia Lovisa Lagerlöf, Carl Gustaf Verner von Heidenstam, Erik Axel Karlfeldt, Pär Fabien Lagerkvist, Eyvind

Johnson y Harry Edmund Martinson (los dos últimos recibieron compartido el Premio Nobel en 1974).

Finalmente cabe indicar que, más allá del Premio Nobel obtenido por Tomas Tranströmer y otras distinciones previas (no siempre el Nobel es garantía de una calidad estética que perviva a los tiempos), su lírica parece destinada a seguir cautivando lectores, por su embriagadora sencillez, sus recursos literarios y su visión panteísta de la vida. Ésta se afirma a través de imágenes que funden el cielo y la tierra, la brevedad de los instantes y el ansia de inmortalidad, tal como se evidencia en “Contexto”, una de sus primeras creaciones, incluida en *17 poemas* (1954):

Mira el árbol gris. Fluyó el cielo
por sus fibras hasta la tierra
-quedó sólo una nube arrugada
cuando la tierra ha bebido. Espacio
robado se retuerce en la trenza de raíces,
se trama en verdor. Los breves instantes
de libertad se alzan de nosotros, remolinean
por la sangre de las Parcas y aún más allá”
(1992: 24).

Notas

1. Aquí, como en otros casos, se indica el año en que se publicó cada libro de poemas de Tranströmer, si bien para efectos de citación se toman los poemas de la antología en castellano Para vivos y muertos, de 1992 de la Editorial Hiperión, cuya selección y traducción fue adelantada por el poeta uruguayo Roberto Mascaró. Fundamental es resaltar, además, que el título de esta antología corresponde al de uno de los libros del Nobel sueco, publicado en 1989.
2. Omar Pérez Santiago, uno de los escritores chilenos exiliados en Suecia durante la dictadura de Pinochet y quien conociera al poeta y su obra, señala que el Nobel había escrito en 1969 un poema llamado “Concierto de la mano izquierda”. El artículo de Pérez Santiago se titula “La poesía de Tomás Tranströmer y sus vínculos con escritores chilenos” y figura en la sección “Artes y letras” del periódico chileno El

- Mercurio, 9 de octubre de 2011. <http://letras.s5.com/ops111011.html>
3. Se opta acá por la palabra “jaicu”, en vez de “haiku”, en consonancia con la elección escritural de Roberto Mascaró en su libro *29 jaicus y otros poemas* de Tomas Tranströmer. Recuérdese que el jaicu es un poema breve originario de la cultura oriental que en castellano tiene tres versos de 5, 7 y 5 sílabas respectivamente.
 4. Aunque este jaicu es tomado de la antología *Deshielo a mediodía* de la Editorial Nórdica (Madrid) del año 2011, es necesario indicar que hace parte del libro *Prisión*, publicado originalmente en 1959 (32 años antes de su afección cerebral).
 5. El jaicu es tomado del libro *29 jaicus y otros poemas*, de Tomas Tranströmer, versión castellana y prólogo de Roberto Mascaró (Montevideo: Ediciones Imaginarias, 2003). En dicho libro se incluyen jaicus del poeta sueco creados entre 1996 y 2001.
 6. En este párrafo se coloca entre paréntesis los títulos de los poemas donde se dan las situaciones enunciadas.

Referencias bibliográficas

- Bachelard, Gaston (1993). *El agua y los sueños*. Ida Vitale (trad.). México: Fondo de Cultura Económica.
- Bachelard, Gaston (2006). *El aire y los sueños*. Ida Vitale (trad.). México: Fondo de Cultura Económica.
- Duarte, Silva. “Prólogo”. *Cinco poetas suecos II*. Silva Duarte (ant.). Barcelos: Companhia Editora do Minho, pp. 6-11.
- Durand, Gilbert. *Las estructuras antropológicas de lo imaginario. Introducción a la arquetipología general*. Mauro Armiño (trad.). Madrid: Editorial Taurus, 1981.
- González, Juan Antonio (2011). Tranströmer: “Un poema no es otra cosa que un sueño en la vigilia” (Entrevista). *El país.com*. 06/10/2011. http://www.elpais.com/articulo/cultura/Transtromer/poema/cosa/sueno/vigilia/elpepucul/20111006elpepucul_4/Tes
- Huidobro, Vicente (1993). *Antología poética*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Juanes, Jorge (2003). *Hölderlin y la sabiduría poética: la otra modernidad*. México: Editorial Ítaca.
- Mascaró, Roberto (2003). Prólogo: Tomas Tranströmer, poeta internacional. *29 jaicus y otros poemas*. Tomas Tranströmer. Roberto Mascaró (trad.). Madrid: Editorial Hiperión, pp. 5-8.
- Pérez Santiago, Omar. La poesía de Tomás Tranströmer y sus vínculos con escritores chilenos. *Artes y letras, El Mercurio*. Domingo 9 de octubre de 2011. <http://letras.s5.com/ops111011.html>
- Prudencio Sánchez, Abraham (2010). La poesía silenciosa en Tomas Tranströmer. *Espéculo, Revista de Estudios Literarios*. No. 46, noviembre 2010-febrero 2011, Universidad Complutense de Madrid. <http://www.ucm.es/info/especulo/numero46/posilenc.html>
- Storni, Alfonsina (1956). *Antología poética*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Trakl, Georg (2003). *Poemas 1906-1914*. José Miguel Mínguez. Barcelona: Editorial Icaria.
- Tranströmer, Tomas (2011). *Deshielo a mediodía (antología)*. Roberto Mascaró (ant.). Madrid: Nórdica Libros.
- Tranströmer, Tomas (2003). *29 jaicus y otros poemas*. Roberto Mascaró (trad.). Montevideo: Ediciones Imaginarias.
- Tranströmer, Tomas (1992). *Para vivos y muertos (antología)*. Roberto Mascaró (trad.). Madrid: Editorial Hiperión.
- Von Berger, Louise (1992). Prólogo. *Para vivos y muertos*, antología de Tomas Tranströmer. Roberto Mascaró (ant.). Madrid: Editorial Hiperión, pp. 7-10.



¿Cariño, por qué el agua del río está tan turbia?

Luis Rozo*

Que el tiempo se haya convertido en un sucedáneo transcurrir de sinsentidos no debía extrañar a nadie, pues la indiferencia, la indefección, la falta de apoyo y ayuda se había generalizado como una buena costumbre.

Sucedía también porque el cerebro no daba para tanta elaboración ni para sostener largos, articulados o complejos discursos. El sueño y el cansancio inundaban la parte frontal y los parietales. La memoria ansiosa por escaparse al espacio en blanco para descansar por siempre se presentía espacialmente hacia delante. Solo se trataba de dar unos cuantos pasos más, que ya todo se iría clausurando por una especie de dinámica interior, nacida en lo más íntimo, como aquel replicante programado para dejar de funcionar orgánicamente en un momento preciso.

Mientras ese momento presentado se confabulaba con la saturación de tanta procacidad hasta llevar al punto de pensar que pocas cosas valían ya la pena para este ordinario trasegar, los mínimos acontecimientos, las miríadas de sucesos que desencadenaban el amargo de la boca y le impedían sonreír o esbozar el gesto precario de una simple alegría, persistían cada día en los periódicos, algunas revistas y una sola emisora. Había de todas maneras un silencio transversal que lo atravesaba todo, destilando una especie de nube que no permitía ver sino sombras desdibujadas



de los miserables acontecimientos. Y lo peor de todo, desde el evento nimio y cotidiano supuestamente único, acaecido en el seno familiar hasta los sucesos gruesos que ponían en sus páginas los diarios estaban penetrados de una patina y sustancia ordinaria, plena de la atrocidad, saturada de bordes ríspidos e hirientes a la más probada mirada. Una monta-

* Profesor Universidad del Tolima

ña que crecía día a día de maltratos y heridas, cuantiosas de ellas mortales, oscureciéndonos el panorama, reduciendo la esperanza a una sensación de apretujamiento en el corazón. El temor, el físico miedo se estaba instalando poco a poco en nuestras acosadas mentes.

Para él, un chico de 6 años, no aparecía claro nada. Solo las imágenes desnudas bañando sus ojos desde un ventanuco donde pudo, o tuvo que observar todo, sin poder levantar los ojos un momento del espacio seccionado por los límites de la madera del marco. A esta edad, qué se puede entender, que no pase por el temor despertado ante lo incomprensible y ante los gestos de dolor de la víctima. Había sentido algo, relacionado con las imágenes raudas de las figuras en 3D que se desplazaban por laberintos y en cada encuentro restañaban con la sangre el suelo y los cuerpos que que-

daban lastrados sobre el piso sin palpitación. Pero no era lo mismo, porque esto había sido tan vívido que no podía parecerse a la realidad de los muñecos virtuales.

Imágenes prístinas como salidas de una original carpeta de dios, inéditas a sus pupilas, como un nacimiento que en el universo tuviera hasta ahora su primera vez. Seguramente podría asimilarse a aquella ocasión, cuando yendo de la escuela a la casa, se detuvo entre el pastizal y se dedicó a coger los grandes grillos verdes que saltaban luego de las lluvias, cuando el sol los hacía salir en busca del fresco. Se quedaba observando sus amplios saltos y efectivamente se daba cuenta que la fortaleza tan asombrosa era fruto de sus potentes y largas patas, semejantes a tensores cables acerados pero elásticos, capaces de situar sus cuerpos a tres, cuatro o cinco metros. Los grandes saltamontes se salvaban así de las lenguas voraces de las ranas pero también de sus manos y dedos, que tenían que deslizarse por entre los tallos, unos mas gruesos que otros para poder tener alguno entre sus uñas. Sentía una atracción por detallar las fuertes patas, alargadas como fémures prehistóricos, pero sobre todo, las especies de puntiagudas pelusas que se desprendían de filamentos formados irregularmente en el borde de las aristas de los contornos. Los acercaba a sus ojos y quedaba extasiado con la aerodinámica de sus formas y la forma tan plástica de sus articulaciones. Entonces luego de saciar minuciosamente la mirada, alejando el bicho frente a su rostro para contemplar mejor el conjunto, procedía a lo inexplicable, pero placentero. Con sumo cuidado cogía la parte inferior de las patas y las iba estirando hasta que paulatinamente las iba desprendiendo ante la mirada de los ojos asombrados, desde la cabeza del grillo y su nervioso vibrar de las antenas. Las patas se desprendían sin ruido dejando una pequeña estela de baba transparente en las dos uniones, como una especie de semen transparente y destilado. Curioso, las patas una vez desprendidas y



dejadas sobre el piso comenzaban a moverse en la articulación aún intacta y se enredaban con las otras patas que iban cayendo unas sobre las otras. Quedaban como un montón de palillos verdes, enredándose como líneas de púas. El cuerpo del grillo seguía su movimiento acompasado de las antenas, aunque solo las burbujas de los millares de ojos seguían agitándose como atravesados por una infinita corriente. Los alargados cuerpos quedaban entonces allí tirados a merced de las prontas hormigas que darían buena cuenta entonces de lo que quedaba. Un placer visual no antes experimentado le inducía a seguir repitiendo el rito, porque se estaba como volviendo eso una repetición ineludible todas las tardes después de las lluvias, que dejaban los grillos a merced de cualquier transeúnte. Lo que es la perversión de la tibia y clara luz del sol que a todos acaba atrayendo, muchas veces para causar nuestra perdición.

En su inconciencia el chico se sentía muy vagamente en el presente, por una cierta pesadez en la cabeza que le arrastraba a los ámbitos de unas plazas muy abiertas, por lo general empedradas y rodeadas por los cuatro costados de la iglesia, la casa de gobierno, la guarnición, los graneros, y las moradas de los mandatarios. Entre representaciones que abrumaban y que venían a veces sin saberlo como entre sueños, la muchedumbre creciendo aglomeraba el centro rodeando otras cuadrículas donde se escenificaba lo indescifrable. “Un hombre ante la puerta principal de una iglesia pidiendo perdón por su delito, desnudo conducido en una carreta, con un velón encendido en la mano izquierda. Conducido a la plaza principal y puesto allí sobre un cadalso levantado con maderas rústicas y en tramos todavía astilladas. Le disponen sobre el entarimado y allí con unas tenazas comienzan a trozarle las tetillas de donde mana profusa sangre; luego recorren hasta el bicep de los brazos y allí propinan una mordida que se ahoga en el grito ronco y alto del hombre cuyo rostro gira con la mirada



de asombro y miedo a un lado y otro como tratando de librarse del dolor que le conducen las dentritas; luego el muslo, la pantorrilla y la mano derecha. Porque la izquierda, donde portaba el velón, ha sido abierta y sostenida férreamente para dejar caer sobre la palma el azufre derretido que esta perforando el músculo y comienza a hervir con los cartílagos de los huesos. Luego con un cucharón de metal traen de una forja el plomo hirviendo que van dejando caer sobre los orificios de las tetillas desaparecidas, y también sobre las oquedades rojas de las otras heridas. El rostro ya no se separa de la rigidez y la expresión acrimosa, los ojos a punto de reventar la pupila, los dientes blancos y la lengua seca junto a los labios resquebrajados. Lo amarran entonces de las cuatro extremidades a los caballos, que briosos intentan salir raudos de la plaza. Las piernas y los brazos apenas se desprenden. Entonces, el hacha del enmascarado verdugo limpia, destroza los nervios y tendones que



impiden la carrera de los corceles. Como ya solo queda el tronco y la cabeza soñolienta, que ya no se sabe si esboza un gesto de angustia o leve risa, moviéndose irregularmente y convulsa, provoca el desconcierto de los hombres que recogen el bulto y lo arrojan a una avivada hoguera, donde las llamas comienzan a ocultar lo indescriptible. Cenizas negras suben y quitan la imagen del cielo gris azuloso.”*

Los siglos y los milenios

No importa que pase el tiempo, al fin, unos cuantos siglos significan poco en la cinta interminable de los sucesivos paisajes y ámbitos. Las repeticiones se precipitan sin importar cuantas veces hayan sucedido, de tal modo que las maneras más arcaicas vuelven de

nuevo a instaurarse a pesar de tanta reglamentación y discurso. En cualquier terruño pueden de nuevo encarnarse los espíritus que se deleitan con las dentelladas. Sobre todo en los espacios donde las escasas aglomeraciones no pueden hacer más visibles las irregularidades. En un perdido pueblucho puede darse por sentado que si se dan cuenta de lo escabroso, será luego de muchas indagaciones, y hasta que encuentren los restos y despojos, y además luego de que relacionen todos los detalles y comiencen a unir la cadena, si son capaces, porque el miedo que les ha entrado puede impedirles hacer las cosas claras y explícitas. En un pueblucho alejado puede hacerse en el marco de la plaza sin que se tenga muchos contratiempos o haya impedimento alguno.

La mente de un chico recorre tiempos y espacios diferentes.

Hay imágenes tan disímiles en el mundo. Que uno ve y después olvida, que uno recuerda y sonríe, que uno trae a la cabeza y sin darse cuenta se lo llevan lejos cuando realmente se está cerca. Imágenes de pedruscos, de tierra amarilla con guijarros grises, que marcan caminos y hendiduras ya imposibles de borrar, aunque a lado y lado de los senderos se formen los mismos colores y la misma aridez. De pronto una quebrada se filtra con su cuerpecillo serpenteando sin rumbo premeditado, buscando como el manantial más amplio o el torrente que definitivamente le hará reconocer su insignificante frescura. Porque los brillos que el agua proporciona con la luz plateada, concierne a un juego muy prolongado, perdido en el sin fin de los tiempos y las memorias. Es como paladear un astro, o pararse en la arena de una estrella. Es como mirarle a los ojos negros y sonrientes. A un chiquillo que alguna vez sentimos sonriente y leve en su tierno afecto. Es la mansedumbre presente entre las manos.

* Referencia a un autor francés.

Los espacios de la procacidad y de la poesía.

El marco de la ventana solo visible a los ojos moros del párvulo, dirigido el encuadre hacia el marco de la plaza, limpia más de la cuenta por la luz iridiscente del poco pasado mediodía, el blanco restañando las piedras, los tejados, la fuente seca y la piel de los que vienen por la calle principal en una especie de tropelía, empujando a las dos mujeres aún con la indignación y el incipiente miedo de lo que pueda pasar por las cabezas de aquellos, quienes les obligan a dar los pasos acelerados. Cuantas veces habían caminado por aquellas mismas líneas del empedrado desde que iban y venían a la iglesia, desde que hacían los mandados en las tiendas, o desde que salían con los muchachos a tomar un fresco y mirar a los vecinos o a los desconocidos. Buen consuelo refugiarse en los recuerdos de los paseos matinales o vespertinos, para pensar, que si acaso, se trataba de volver sobre sus pasos, en esta precipitada caminata. Era el equivalente a refugiarse en un sueño de esos agradables. Tal vez por la costumbre de tantas veces retirar la pesadilla con tales conversiones. Alejandra la más bella por su cuerpo esbelto, sentía correr un enjambre de insectos por entre la piel que se concentraba sobre todo en la barriga, y luego con corrientes raudas, se iba dirigida hacia los brazos y las piernas. El chico las veía trastabillar y recordaba los juegos de sus hermanas cuando se libraban de las tareas de la escuela. El también se refugiaba en los recuerdos. Sin embargo en la barahúnda, le llamaba la atención ciertas letras que se repetían inscritas en una pasacalle, que llevaban tres de los que componían el destacamento de empujadores, pero que desde lejos, alcanzaba a percibir, estaban también inscritas en los bolsillos de los trajes de fatiga y en unos pendones que llevaban otros dos recios fortachones. Más cercanos por su avance hacia el centro de la plaza, pudo distinguir claramente la sucesión de tres triviales e intrascendentes letras: **L.H.D.S.**

Los jadeos comenzaban a irrumpir en los oídos del chico que cada vez se asombraba más, sin entender mucho porque a su maestra la traían así de manera tan irrespetuosa, cuando ella les había repetido muchas veces la decencia que debían tener con las personas. Las dos mujeres ya se quejaban cuando recibían los culatazos y miraban a sus agresores con rabia, temor y llanto entrecortado. Los hombres seguían su irrevocable tarea sin que duda alguna les asaltara en sus ademanes. Una especie de ley de hierro hacía de sus movimientos, una configuración inevitable, programada desde los procedimientos más definidos y distintos. Una programación preestablecida. La maestra había hablado de la mecánica de las avalanchas. ¿En qué podían ir pensando estos hombres que iban así empujando? ¿Cuáles imágenes pasaban por sus cabezas? En esos precisos momentos ¿qué sentimientos hacían presa de sus mentes? ¿Habría ternura conteni-



da? ¿Estarían pensando en sus hermanas, en sus queridas madres? Algunos sin embargo, a pesar de empujarlas, estaban queriendo que sucediera algo distinto o inesperado que los librara de la orden impartida. Pero otros, iban regocijados del encargo que no se sentía impositivo; otros, hasta no podían contener la risa, a veces inexplicable, y alguno alcanzó a ponerse en el oído el audífono del manos libres para escuchar el vallenato y entretenerse recordando a su bella novia vecindada en el otro pueblo. Cada cual se merece la manera en que lo recuerdan. El que impartía las órdenes no era entendible sino por sus pro-cáses expresiones que se alcanzaban a percibir por el aire que soplaba sobre la plaza como inciertos gruñidos. Este iba con el eco de la orden impartida, bien acoplada a sus neuronas, que además se apoyaba en los recuerdos oscuros de los despojos de que fue víctima su familia durante las recolectas voluntarias, pero obligadas, imposibles de cumplir. Si a los que protegían estas sinvergüenzas se les



podía cobrar de esta manera, pues entonces se podía creer en la justicia divina que no deja cabos sueltos y de una manera u otra acaba por restituir el equilibrio. También a él le hervían ciertos rencores en el pecho y tal vez eso explicara sus expresiones guturales un tanto sordas. Una forma de asumir las íntimas compensaciones que se sienten y no se dicen a ninguno. El centro de la plaza se acercaba mucho más, pues allí era necesario llegar donde habían sembrado una especie de poste de unos dos metros, vertical, mirando al cielo, como señalando un punto infinito al espacio que no se interponía con límite alguno. La mujer más joven estaba descompuesta por el miedo, que los empujones acababan de remarcar, dejándole un sendero en la garganta por el cual se le precipitaba un líquido amargo como de bilis acuosa, que se le salía por entre los labios apretados y le manchaba la blusa. El mirón de la ventana con su inexperiencia en estas escenas, se le dilataban más las pupilas, que ya no podían ir a puntos de más tensión sin hacerle doler los lacrimales. No podía despegarse de la ventana, porque demasiado era el compromiso con lo inesperado, con el vecindado momento que se precipitaba. La mujer de adelante más recia, ya caminaba sin dejarse enredar los pies y trababa de mantener el paso firme, a pesar de que miraba con incertidumbre al poste anclado tan inesperadamente entre las piedras candentes de la plaza. Mirando el poste escudriñó desde lejos si llegaba a tener algún adminículo que le denunciara en sus propósitos o en su función. Solo alcanzó a descubrir cerca del tope una argolla de cobre gruesa y mediana, como esas que a veces utilizan para manipular el ganado. Podía dar rienda suelta a su imaginación, pero no lograba encajar las piezas. La empujaron de nuevo y trastraballo sin llegar a caer, pero sintiendo un escozor en la paleta izquierda donde el culatazo restañó el hueso. Esta vez el ardor le llegó desde la profundidad del pulmón, como si el aire allí contenido se le convirtiera en una densa lluvia de vidrio roto y minúsculo. Tuvo que toser

para expulsar la densidad que se le acumuló en la laringe, hasta que en supremo esfuerzo escupió la masa amarilla verde con unas pintas rojas que dejaban su estela marcada en el resto del amasijo. Se percató cuando recuperó el aliento de algunos vecinos que entrecerraban los visillos denunciándose, sin quererlo, de su interés por el acontecer inesperado irrumpiendo en el mediodía. Eran rostros temerosos de dejarse ver plenamente. Parecían las sempiternas camanduleras que no abandonan la rendija de observación porque en esas ojerizas se les va el alma.

Sin embargo, los rostros se esfumaron y le quedó el recuerdo de las manos de Alonso, aquellas manos suaves que habían acariciado sus piernas y su vientre con una delicadeza tal, que solo el pétalo de los jazmines del pequeño jardín de la escuela pudiera superar. Porque a ella le gustaba arrancar los pétalos de las flores cuando estaban en su máximo esplendor, para en las tardes soleadas hacerse recorrer los senos, el pecho y el vientre con la suavidad de las sedas perfumadas de las flores. Muchos estremecimientos se había permitido de esta sencilla manera, contando con la buena voluntad de su amado, pero también por su delicadeza y tersura. Para mantener el recuerdo insistió en ver el azul del cielo y una mancha blanca plateada que se movía muy despacio en el firmamento. La nube le ayudaba con su fuerte reflejo de haces platinados como destellos de espejos, que la cegaban y le permitían aferrarse más en las sensaciones de estos recuerdos. Pasar de aquí al remanso del río para dejarse llevar por las aguas, como si fueran las corrientes del aire que llevaba las nubes, dejar que los peces desplazaran a los pétalos y dejarse ir hasta el lecho arenoso y tibio. Por allí podría encontrarse con Alonso, pues a él le encantaban esos parajes y desde hacía semanas ya reposaba en ellos.

Inesperado como la sombra que viene desde altamar, sin poder imaginarlo ni comprender la capacidad nacida en aquellos hombres



para pisar terrenos no imaginados por ella, ni por ningún desprevenido o inocente. ¿Como se puede percatar una de lo que puede llegar a realizar la gente? Si uno no los conoce por dentro, ni sus intimidades y confabulaciones se pueden acceder fácilmente. Mirándoles la cara, algunos de ellos todavía con el rostro de impúberes adolescentes, no podía uno darse cuenta, ni adivinar la capacidad que se podía tener para decidir hacer cualquier cosa. O estas cosas. No se si por la costumbre fue que decidieron que tuviéramos los senos desnudos, seguramente eso les proporcionaba una pequeña frescura en tan ardiente día y después de tan agotadora caminata. ¿Quiénes habían sembrado la semilla tan complicada en sus cabezas, para poder entender sus ademanes? El sol seguía restañando la superficie de la argolla de cobre y a veces en los ángulos desusados de nuestras cabezas herían de la peor manera la visión y la claridad

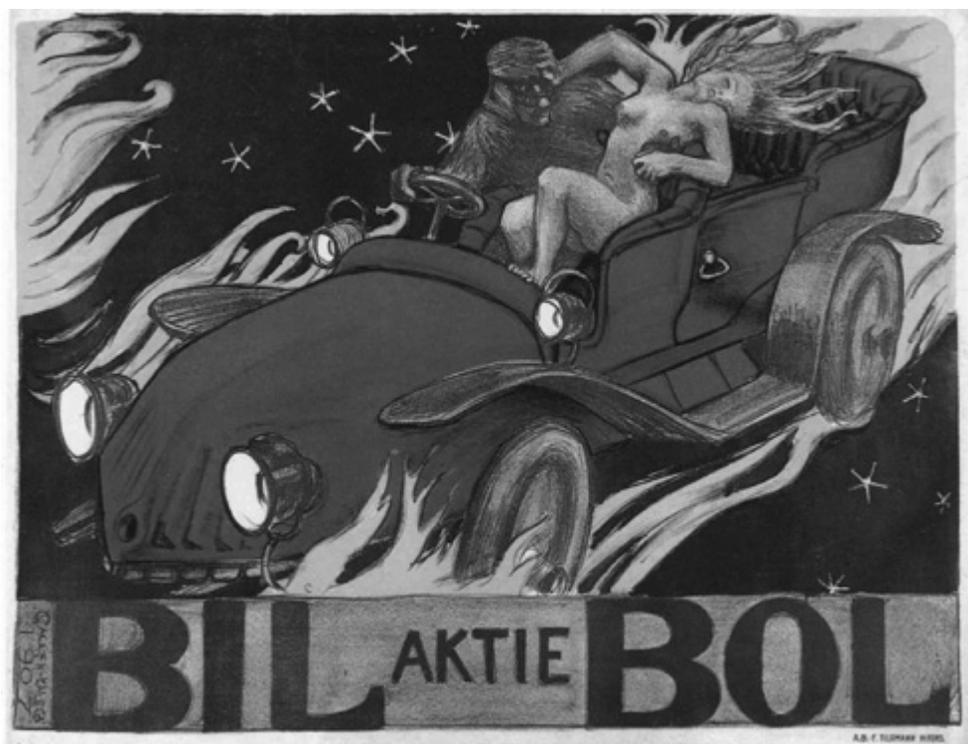
de los sucesos. Un niño en el ventanuco más próximo absorto también, sentía los rayones iridiscentes de los reflejos confundidos entre el amarillo de tierra y el plateado del cielo. El sol se concentraba en exceso en el anillo del poste. Al chico le temblaba levemente la comisura del labio pero desde la distancia no se podía precisar bien su gesto. Al menos la maestra no podía sino vislumbrar una silueta de alguien querido apenas. Entonces sintió la fuerza de sus manipuladores, su rudeza, de dos de los más complejos, acabando de bajarle el vestido hasta justo los muslos, amarrándole firmemente los brazos y apretándolos contra el mástil de madera apenas descortezado, marcando en su espalda por toda la línea de la columna vertebral, las huellas de bizarros y barrocos dibujos que aparecían y desaparecían con los bruscos movimientos. Qué sentido tenía el temor a estas alturas, si solo la expectativa anudada en su garganta era la única sensación que se permitía. En esta posición ya no hay muchas ventajas incluso para moverse de la manera que provocara menos tensión y dolor por el madero. Miró a Alejandra que se desvanecía con un rictus de ojos blanqueados y dirigidos hacia arriba con las pupilas semicerradas, y se dio cuenta que su amiga se estaba refugiando en la inconsciencia para escapar de esa manera. Estaba ausente y como ida o yéndose, dejándola más sola y sin una mínima referencia. Para qué referir lo inefable, si todo se podía precipitar por sensaciones. Sin embargo, pudo precisar los movimientos del hombre de la voz ronca, desenvainando su bayoneta, provista también de los reflejos incandescentes de densidad plateada, moviéndose sin concierto pero en algún momento precisando su dirección y movimiento. Solo comenzó a sentir un alfiler que se fue acrecentando cada vez que el filo penetraba en la piel dejando ver la consistencia de las costillas con la profusa emanación de luces rojas matizadas de nuevo por la fuerza plateada de la luz blanca. Era como si un rayo de luz muy clara fuera cortando los tejidos y

dejara limpio el corte plano sobre su pecho ahora despojado. La repetición inevitable se produjo con el otro costado, que fue asumido con mayor celeridad, quizá por el nerviosismo que le había entrado al de la voz ronca, calado ya con cierto agudo y hondo quejido de la mujer que no perdía el sentido. Para su perdición y con los ojos vibrantes también por los destellos blancuzcos seguía incrédula de lo que veía a sus pies y también con las oquedades rojas de sus pechos. Mejor era hacer los consabidos círculos con la cabeza que giraba ahora sin sentido, como buscando una explicación para el dolor profundo que aparecía y desaparecía cuando lograba ver el rostro de su oferente. El de la voz ronca se dio ánimos y tal vez por eso con las procacidades aprendidas, que para la mujer eran soplos de voz con un significado pero sin sonidos; paliando la rabia y el temor, ayudándose con los recuerdos y las instrucciones de sus superiores, recibió lo que había pedido entre sus brazos veteados por las gruesas venas, firmemente asíó por las agarraderas al animal metálico rugiendo y expeliendo el humo azul, mezclándose con el olor sanguíneo, para aplicarlo con la precisión necesaria justo en mitad de las piernas y luego sin solución de continuidad en los brazos. El pesado tronco se desgajó sobre el suelo, donde no se reflejaban desde el charco parduzco las nubes que la mujer había visto momentos antes, y ya su rostro estaba tomando la tranquilidad de lo incomprendible, porque su mirada se compaginaba con sus labios en una sonrisa simple y menuda, casi de chica que encuentra de nuevo a sus compañeras de muñecas. ¿Cual dolor a estas alturas, si solo le embargaba el desconcierto y lo incomprendible?

Alejandra miraba y no miraba, encontrando en el torso tirado en el suelo una simplicidad irreductible, reducido a una masa sangrante convulsionando sobre sí misma, tratando de articular unas palabras lejanas sin voz alguna, como si bastara el aire que corría por el empe-

drado caliente para arpear los vocablos entre sus blancos y aun parejos dientes, si pudiera de esa manera decirle a su amiga en una pequeña hendija de conciencia aun conservada, que no se preocupara porque a estas alturas dolor alguno se sentía. Un diálogo de gestos, idos y venidos, traídos por el temor pero también por la extraña sensación de algo inédito, que no podía transcurrir, sino una original y primera vez. Pero podían decirse algo, lo fundamental antes de que las imágenes se perdieran para siempre y solo quedara el alo de su miedo y asombro. Alejandra miraba el sitio parduzco y miles de voces surgían hilvanando un rumor que le llegaba despacio y denso a los oídos. Formaban una lengua de niebla delgada que se desprendía del cuerpo mutilado y se iba diluyendo en sus recuerdos y en los sonidos de la tarde.

Arrastraron luego el tronco hasta el río y como si supieran que la mejor manera de conjurar los asuntos es dándole tranquilidad al alma del difunto, la embarcaron y se dirigieron a donde habían lanzado al Alonso días antes de que llegaran a la escuela. Ella aún moribunda entre las brumas acuosas que iban cubriendo sus ojos, de aquel café claro tan antiguo, iba percibiendo el sonido de un latido que bien podía reconocer, porque lo había grabado en las noches de ternura colocando el oído en el pecho de su Alonso. Pero a su vez mientras iba descendiendo al lecho del río donde estaba la cabeza y tronco del amado, se escuchaba también el rumor persistente y creciente del zumbido talando de manera equivocada los cuerpos. Y alcanzó a escuchar la queja de Alejandra como burbujas escapadas de su propia boca.



*Lait pur de la Viergeanne
Stérilisé*



Imp. CHARLES VERNEAU, 714, Rue Oberkampf, PARIS (13^e arr.)

Steinen

*Quillot frères
Montigny sur Viergeanne
Côte d'Or*

Literatura ¿infantil?

Luis Fernando Abello*

Tratar de enfocar a la literatura con un único beneficio y desde una sola óptica, es cometer una falta y un desprecio a la amplia obra literaria construida por humanidad; por eso es necesario poner en tensión la denominada “literatura infantil”. Los postulados piagetianos impusieron y marcaron una gran diferencia en la consolidación de las etapas del niño, como una forma expectante de su crecimiento intelectual y corporal. Debido a estas teorías, la literatura “infantil” o para expresarlo mejor, la literatura para el acercamiento literario del niño, se mantuvo en un vaivén de incertidumbre de lo que se debe enseñar y lo que no. No muy lejos de ello, la burocracia y aristocracia europea formaron un canon de lecturas con la necesidad de exponer la vida del burgués, de un rey, sus riquezas, hijas, príncipes y enemigos (no es extraño que la mayoría de los oponentes presentes en estos relatos son de estratos bajos)

Así mimos, en la época griega y espartana, los niños eran presentados como adultos en formación, es decir, los criaban para que cuando llegara a la madurez fueran unos “buenos” guerreros y defendiera su tierra por medio de las armas, ya que las letras y otros oficios intelectuales estaban al servicio de las grandes familias, estigmatizando las creaciones que “otros niños” realizaban como una forma de expresión.

Por su parte, el lenguaje que la humanidad ha construido durante el transcurrir de la historia, fue y es, uno de los medios que tuvo y tiene el hombre para adquirir conciencia de sí mismo, y de esta manera explorar las diversas manifestaciones de sus extrañamientos, el cielo, los cambios climáticos, la siembra de la tierra, el conocimiento, el espacio, la muerte, la religión, la exploración del yo, etc. Todas las culturas antiguas tanto de Europa, América del Norte, Latinoamérica, Asia y sus culturas subyacentes, han formado al hombre como un explorador de divinidades, para enfocarlo hacia la ampliación del conocimiento del humano; todo guiado por su alta capacidad de imaginación.

En el caso del infante, su periodo de gestación en el vientre materno es fundamental a la hora de enfocarlo hacia la potencialización de su imaginación, por ello, muchas escrituras (no literarias) como la rima, rondas, cantos etc., son importantes para la musicalidad que posteriormente pueden explicar cómo la música juega un papel predominante en la poética, aportando elementos a su sentido abierto y connotativo. Este acercamiento a la literatura debe estar afianzado en el docente o el padre de familia, para lo cual es necesaria una buena vocalización de las palabras. Se debe tener en cuenta que los textos literarios manejan muchas veces palabras confusas y un léxico distinto a otros lenguajes, y es por

* Estudiante Licenciatura en educación básica con énfasis en lengua castellana. IDEAD-UT



ello que la escogencia del repertorio debe ser adecuada. No se trata tampoco de limitar el encuentro del niño con la literatura universal como *La metamorfosis* de Kafka, en la cual las primeras líneas del personaje desdoblan la imaginación del lector, por lo cual puede ser parte de lectura del infante.

Respecto a la poesía es bien sabido que ha existido un sesgo de lo que los docentes consideran poesía para niños, incluso llegando a impedir que al aula llegue la verdadera literatura, por acceder a escritos rimados; y aunque el niño siempre prefiera la acción de su cuerpo, no quiere decir que con las obras literarias no se pueda hacer una expresión lúdica que manifieste lo que ellos esperan del docente o padre de familia.

Por consiguiente, la literatura posee la profundidad y la facilidad de llegar a la sensibilidad,

tanto del niño y del adulto, además de hacer reflexionar con su entorno y con su yo; y estaríamos frente a la gran pregunta, de cuál literatura infantil estamos hablando, si supuestamente *Alicia en el país de las maravillas*, es una obra adecuada para niños porque su personaje es una niña, entonces un adulto no podría leerla porque esa “etapa” de la niñez ya ha sido superada.

Ahora bien, Nietzsche postulaba que el hombre debe callar, cantar y reír: “*Es bello cantar juntos, pero reír juntos más bello todavía...*”, es decir jugar con seriedad, y posteriormente lo compara con la lectura y escritura. Igualmente Jung menciona que en la dualidad del humano se encontrará algo de niño y de anciano². Teniendo en cuenta que el ser busca su perfección, su individualización por medio de sus experiencias, podemos anotar que la obra citada de Lewis Carroll maneja un lenguaje fluido entre niñez y adultez, haciendo de este texto, un gran aporte a las letras universales.

Entonces, es necesario entender que el conocimiento siempre ha tenido su aproximación con la literatura y la locura, por eso Bettina Hürlimann afirma que: “en el siglo XVIII al educador no le importaba que el niño muriera feliz, con tal de que muriera santo; hoy podría decirse que no le importa que se vuelva loco, con tal de que sea sabio”³. Estas palabras denuncian la postura que el educador actual tiene frente a los alumnos, ya que evidencia al docente (de ciencias humanas en este caso) como un proveedor de conocimiento para el cual la erudición, y no el goce literario, es fundamental y por lo tanto trata el educando como un recipiente donde principalmente el conocimiento debe prevalecer, sin importar la opinión del niño. No se trata, como se dijo anteriormente, de focalizar la literatura en el solo aprendizaje, sino que el enriquecimiento de las palabras ayuden a la comprensión de los textos, de su sociedad, ya que no sólo podríamos llevar los

textos con el único fin del goce (algo bastante difícil), sin llegar a la reflexión de su cultura, su tiempo, sus tensiones.

Ahora bien, las temáticas literarias desbordan muchos textos que llevan una sola dirección como los de política, economía, filosofía etc., la diversidad de discursos presentes en la literatura hace que posea muchos términos quizás “inapropiados” para el niño, pero en la compañía de un docente con buena ética y capacidades para explicarle sobre ello, se tornan en una herramienta eficaz, ya que el niño “...*si nunca oye palabras nuevas, nunca conocerá palabras nuevas*”²⁴.

En ese sentido, uno de los pilares que se puede trabajar en el aula de clase es el género dramático. La combinación de actuación, cantos, recitales y diálogos son una gran propuesta que en la escuela puede aportar beneficios, debido también a los colores, luces y obras que mantienen la actuación y la dramaturgia con una entretención y reflexión en los mismo asistentes.

De la misma manera, uno de los géneros que tienen una estructura de fácil acceso y un profundo entendimiento en el lector es el minicuento. Este género de gran auge en el siglo xx, ha tomado cabida en la literatura por la lectura corta, las honduras discursivas y simbólicas que intervienen en éste. Veamos un caso: “*El pececillo, aburrido de que nunca le sucedía nada emocionante, decidió salir a la superficie de la tierra. En aquel instante sobrevino el diluvio*”²⁵. Con este minicuento, podemos llegar a explicar la expresión del diluvio que en muchas culturas ha representado la manifestación divina para calmar o limpiar la tierra. O para explicar la teoría de la evolución del hombre que planteó Darwin.

Pasemos a observar otro tema de importancia en el contexto de la literatura para infantes y tiene como epicentro que la literatura cuando se concentra en una ideología, pierde toda

función. Borges y Larrosa pensaron igualmente sobre el enfoque que debiera tener la literatura, por ejemplo que es importante no mostrar la religiosidad que se encuadra en algunos textos, ya que el fanatismo ha tenido muchas complicaciones para la lectura, y si se acepta como un patrón y dogma de dominio, estaríamos olvidando la Inquisición como un hecho relevante en la historia de la humanidad y de las letras. Si tenemos en cuenta además del carácter abierto y expansivo de la literatura, para los niños todo lo subyacente les puede parecer verdad. El docente, en primera instancia, deberá captar que todo lo que se le lee al niño es una verdad, pero no la verdad platónica que algunos implantan, sino la verdad que proporciona la libertad de la imaginación, por eso necesario procurar que todo lo “...que leemos venga a incrementar lo que somos, que el influjo formativo de los libros amplíe nuestra mente, que nos haga más sabios, que haga más variadas nuestras experiencias, que nos haga en suma más



ricos”.⁶ Este enriquecimiento con su yo, con su espejo tempo-atemporal, es el diálogo que sostiene la literatura como dirección en primer plano. El reconocimiento del lector adulto-niño, niño-adulto, es la intensidad que alcanza la literatura en apropiación de una continua transformación enriquecida de su inconsciente-consciente.

Hay otros géneros que también hacen parte de la literatura y que no se pueden enfocar directamente (sin una didáctica apropiada) en el aprendizaje del niño, pero a la vez que se han dejado una marca en los cuentos populares y los mitos; y se pueden trabajar desde múltiples interpretaciones; nos referimos al ensayo y la historia, que no son géneros menores y tienen una madurez de escritura, de

visión, de sensibilidad, de observación para llegar a ser comprendidos y que no se deben discriminar como algo ínfimo.⁷

Ahora bien, es necesario entender que el mundo de los niños es completamente distinto al de los adultos y jóvenes. Los niños encuentran en la recreación todo lo relacionado con el mundo, el adulto está permeado por una serie de situaciones que han perturbado sus pensamientos. En otras palabras, el niño está más abierta la imaginación, está libre de prejuicios frente a todo su entorno, su entendimiento y pensamiento. Bien decía Kundera que el niño es feliz porque no tiene pasado, y la literatura le puede proporcionar las herramientas para posibilitar la anticipación del porvenir, sin llegar a un estado en el cual todo dependa de la voluntad del docente y el padre. La lectura literaria no debe asociarse simple y llanamente a la imaginación perpetua del niño, es a través de ésta que el niño también llega a un razonamiento, no totalizante, no central, pero si reflexivo: “La educación razonada es, en cambio, la verdadera ilustración, su objetivo es aprender a pensar, por sus propios principios”⁸ El adoctrinamiento del saber en la escuela aparta al estudiante de poder de la psicología y pedagogía, somete al educando a fundirse en las normas establecidas y a ser sumiso ante una sociedad que lo considera como ser en formación, un infante, un individuo sin voz, rechazando ese *sapiens* y *demens* (sabio y demente) jungiano.

Por consiguiente, la tendencia de identificación que crea la literatura es un gran camino para llevarla al aula de clase. La capacidad de sentir igual que los personajes genera una exaltación que está dentro y fuera de nosotros.: “Las elecciones tienen que reflejar un sentido de los posibles vínculos entre esos materiales y la experiencia previa del estudiante, así como su nivel actual de madurez emocional”⁹. Por lo tanto, esa selección de obras literarias debe ser detallada, a profundidad, pensada para la estimulación del consciente



e inconsciente, para que así fortalezcan la personalidad en el transcurso de sus vidas y puedan encontrar un significado unido a sus vivencias y lecturas, de lo contrario no serían más que hechos en bruto.

En ese sentido, el docente debe también ser un buen lector de literatura, que tenga un contacto constante con los libros, tanto de su cultura como son los mitos y leyendas, como los de literatura universal. Si el docente tiene un eurocentrismo asociado con el modelo perfecto de la disciplina y el desarrollo del individuo, no puede hablar de la cualidad del alumno y de la influencia de la lectura, ya que los modelos de formación de otros países asumen un desarrollo distinto al latinoamericano y la pertinencia se perdería a la hora de enfocar al niño a su entorno y "...los docentes mismos deben tener una viva apreciación de los aspectos sensitivos y formales de la literatura para ser de alguna ayuda para sus estudiantes".¹⁰ No es que el docente deba ser estructuralista en el enfoque literario, no, debe ser un docente comprometido con su saber, con su universo literario, con sí mismo, con el reforzamiento de las letras a nivel de sensibilización con la sociedad; debe recordar que las grandes revoluciones han cambiado al mundo por medio de la palabra y la acción. Las revoluciones industrial y tecnológica hicieron un cambio sustancial en el hecho tecnocrático, las guerras mundiales han reforzado la insensibilidad, como una vez lo expuso Adorno cuando decía que ya no se podía hacer poesía. La literatura toma más fuerza y se potencializa cuando el sujeto está inmerso y comprometido con su sociedad, donde la historia se desprende de sus manos, de su escritura.

Al final, la literatura —sea cual sea el mote que le pongan— total, debe ser una de las formas de llevar al hombre más allá de sus límites, que al explorar otras ciencias intenta llegar a esa libertad para y con el otro. Pero estos lenguajes disimiles en ciertos aspectos también crean un

fenómeno de la literatura y su conformación o rebelión: "Como lenguaje, la literatura es una distancia franqueada en el interior del lenguaje, una oscilación del lenguaje sobre sí mismo. Como obra, la literatura es la decepción de la obra, su ruptura, su ausencia"¹¹. En esta perpetua ausencia también se enfoca la llamada literatura infantil, donde los ejercicios que se realizan para el acercamiento no son de un carácter literario, pero si pueden llegar a un acercamiento psicológico respecto al lenguaje, por medio de ello pueda que la unión de nuevos géneros establezcan otros nuevos, como lo hizo Perrault y/o los hermanos Grim, con sus cuentos.

Entonces toca mirar hacia nuestro propio rostro porque Latinoamérica está poblada de cuentos, leyendas míticas, fantasmagóricas, que suscitan una inversión de los factores políticos que en naciones como la colombiana imponen un modelo europeo al "fortalecimiento y solución" de los problemas que se descifran sin previo aviso en la sociedad. La amalgama de estos relatos o cuentos tradicionales en la lengua castellana, tiene un valor indiscutible para la formación y enriquecimiento de nuestro niños y que para el fácil acceso del enamoramiento literario, debemos tener en cuenta "descripciones claras, ... diálogos frecuentes, ... acción interrumpida y variada, ... humor y poesía..."¹²; si llegamos a hacer imprescindible la literatura que dialoga con nuestra tierra, el sentido de pertinencia potenciaría el cuidado de una sociedad que necesita la educación como salida a muchos conflictos que componen la melodía de un país en ruinas.

Notas

1. Nietzsche, Friedrich. Humano demasiado humano. Editorial Cometa de Papel. 1998. Pág. 315.
2. Restrepo, Gabriel. Artículo. Revista Aquelarre. Universidad del Tolima, 2006, Vol. 5. Pág. 53.
3. Vélez de Piedrahita, Rocío. Guía de la literatura infantil. Grupo Editorial Norma, 199, pág. 11.

4. *Ibíd.*, pág. 14
5. Disponible en Internet: (<http://e-kuoreo.blogspot.com/2011/04/11-diluvios-ii-minicuentos-colombianos.html>)
6. Larrosa Jorge. La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación. Fondo de cultura económica 2003, pág. 450.
7. Esta discriminación se encuentra en: Baquero Mariana, Cañón Nora, Omar Parra. Literatura infantil. Didáctica. Universidad Santo Tomás, 1990, pág. 170.
8. Quinceno, Humberto: Inmanuel Kant en: Instituto para la investigación y el desarrollo pedagógico. 1998 Biblioteca pedagógica de bolsillo. Bogotá, IDAEP: Pág. 46. Citado por Gabriel Restrepo, en Aquelarre, Universidad del Tolima, vol No 5. Pág 46.
9. Rosenblatt M. Louise. La literatura como exploración, Fondo de cultura económica. 1995. Pág. 69.
10. *Ibíd.* Pág. 70.
11. *Op cit.* Larrosa Jorge. Pág. 294.
12. *Opc it.* Vélez de piedrahita Rocío. Pág. 14.

Referencias bibliográficas

Baquero Mariana, Cañón Nora, Omar Parra. Literatura infantil. Didáctica. Universidad Santo Tomás, 1990.

<http://e-kuoreo.blogspot.com/2011/04/11-diluvios-ii-minicuentos-colombianos.html>

Larrosa Jorge. La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación. Fondo de cultura económica 2003.

Nietzsche, Friedrich. Humano demasiado humano. Editorial Cometa de Papel. 1998.

Quinceno, Humberto: Inmanuel Kant en: Instituto para la investigación y el desarrollo pedagógico. 1998 Biblioteca pedagógica de bolsillo. Bogotá, IDAEP.

Restrepo, Gabriel. Artículo. Revista Aquelarre. Universidad del Tolima, 2006, Vol. 5.

Rosenblatt M. Louise. La literatura como exploración, Fondo de cultura económica. 1995.

Vélez de Piedrahita, Rocío. Guía de la literatura infantil. Grupo Editorial Norma, 1999.

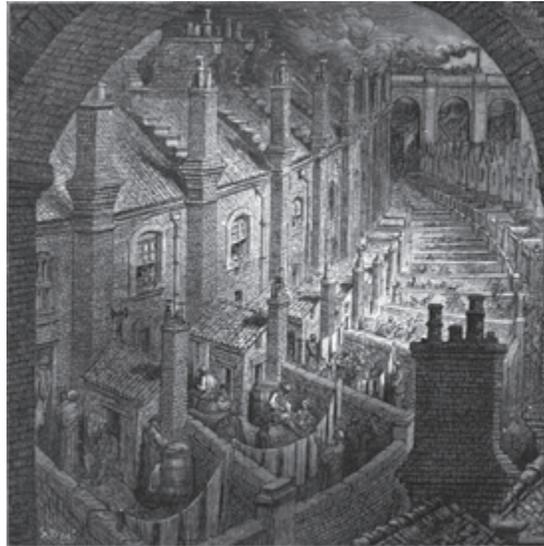


El rencor ante la ciudad*

Rubén Jaramillo Vélez**

Me voy a concentrar en la problemática de la sociedad moderna y contemporánea y, como decía el profesor Bernardo Correa, quiero insistir, sobre todo al final, en un asunto de extrema importancia: el rencor hacia la ciudad, que precisamente hace cien años, a raíz del *affaire* Dreyfus en Francia, condujo a ese país al borde de la guerra civil, todo lo cual mucho tiene que ver con la problemática de la gran ciudad moderna y de la reacción contra ella, una reacción que inclusive anticipa el fenómeno de la contrarrevolución del siglo xx: el fenómeno del fascismo, que recoge esa tradición del rencor hacia la ciudad.

Según me parece, en Colombia se está viviendo precisamente, con el proceso de urbanización tan acelerado durante los últimos lustros, algo de ello. Ya en los años cincuenta, durante el período de la violencia, encontramos claras manifestaciones de ese odio a la ciudad y de un falso elogio al campo, y todavía hace algo más de veinte años un político conservador tan importante como Alvaro Gómez Hurtado elogiaba a los “chulavitas” durante su campaña presidencial llamándolos “campesinos abnegados”, y se refería a aquellas bandas de sicarios que a comienzos de la década del cincuenta asolaban los campos y asesinaban sistemáticamente a quienes no compartían su ideología antimoderna.



Quisiera comenzar con unos datos demográficos que nos permitan ubicar el problema del surgimiento de la ciudad moderna. Europa, incluyendo Rusia Occidental, albergaba hacia el año de 1800 -el año en que se inicia, con Napoleón, el siglo diecinueve- unos ciento noventa millones de habitantes. Era la época del romanticismo, durante la cual una ciudad de diez a quince mil habitantes constituía el promedio y ciudades de cien mil habitantes eran consideradas grandes ciudades. En 1870, cuando se inicia el período durante el que propiamente se forma la Europa moderna y entra en crisis la sociedad tradicional, ya cuenta con trescientos millones. En 1900 son cuatrocientos millones, a los que hay

* Tomado de *La ciudad: hábitat de diversidad y complejidad* Compiladores: Carlos Alberto Torres Tovar, Fernando Viviescas Monsalve, Edmundo Pérez Hernández. Edit. Universidad Nacional de Colombia, sede Santafé de Bogotá.

** Profesor del Departamento de Filosofía. Universidad Nacional de Colombia

que agregar doscientos millones de europeos que han emigrado, en su mayor proporción a los Estados Unidos de América y en menor medida a Argentina, Chile, Uruguay y otros países iberoamericanos, así como a Asia y a África. De manera que, de 190 millones a comienzos del siglo XIX, la población europea pasa a ser de 660 millones en vísperas de la Primera Guerra Mundial, de los cuales 460 viven en Europa.

Los cincuenta años que se extienden en el lapso de tiempo a partir de los setenta corresponden a una transformación vertiginosa de la sociedad europea; y también de la sociedad norteamericana, tras el triunfo en el 65, del norte yanqui protocapitalista, sobre el sur señorial esclavista, con lo cual se inicia también aquí un vertiginoso proceso de industrialización cuyos resultados a comienzos del siglo sobrepasan ampliamente en cifras los de los países europeos, por todo lo cual resulta necesario tener en cuenta esas dos fechas: 1870 y 1914, y considerar además los resultados de la Primera Guerra Mundial: por un lado, la revolución rusa y por el otro, los movimientos contrarrevolucionarios, comenzando con el fascismo italiano, que lleva al poder a Mussolini en el 22.

Hay que recordar que a principios del período, en la primavera de 1871, se proclama la comuna en París, la primera república obrera (aunque hoy en día no se la considera propiamente "obrera" sino como una república popular en la cual también jugó su papel la pequeña burguesía radical aunque, de todas maneras, constituye la primera proclamación de una sociedad igualitaria). En 1873, se inicia un período en la historia del capitalismo que se acostumbra llamar "la gran depresión", de la cual éste emerge, a mediados de la década de los noventa, radicalmente transformado. En efecto, el de finales del siglo XIX no es el capitalismo clásico, liberal, sino el de los grandes *trusts*, el de gran concentración

de capital en sectores claves de la economía. Ya en 1900, por ejemplo, sectores como el del carbón y el hierro están concentrados en pocas manos, en países como Alemania y Austria. En 1907 un magnate norteamericano, Andrew Carnegie, con la *Bethlehem Steel Company*, se convierte en productor del 80% del acero mundial. Pero además, ese capitalismo que emerge a finales del siglo y se encuentra en plena expansión en vísperas de la primera guerra mundial, se encuentra vinculado al fenómeno del imperialismo: la década de 1880, que se inaugura con la llegada de los ingleses a Egipto y al Sudán, fue la década de la expansión imperialista.

En 1870 existían en Europa unas 70 ciudades con más de cien mil habitantes, que ya eran 200 en 1900. Al lado de Londres -que era una metrópolis a mediados del siglo pasado- aparecen otras ciudades con más de un millón de habitantes: París, Berlín, Viena, San Petersburgo, Moscú. Esa multiplicación corresponde a un fenómeno de migración masiva del campo a la ciudad y a la formación del proletariado a consecuencia de la industrialización masiva. En 1848 Berlín, por ejemplo, albergaba unos 400 mil habitantes y en 1900, 4 millones: había multiplicado por diez su población; el mismo ritmo de crecimiento se puede constatar en otras ciudades alemanas, como Frankfurt, Leipzig, Hamburgo, München. En Viena sucede lo mismo. En el primer censo que se realizó allí, en 1859 todavía no alcanzaba el medio millón de habitantes; en 1880 ya pasaba de los 700.000, para tener en 1890, 1.340.000 y 1.700.000 a finales del siglo, alcanzando los dos millones en vísperas del estallido de la Primera Guerra Mundial. Después de la guerra este proceso se va a acelerar.

Lo característico de este período que va de 1870 a 1914 es el fenómeno de la formación de la sociedad de masas, la aparición de la multitud y la aglomeración. Algo del rencor

hacia la ciudad se manifiesta durante este período, a través de algunos intelectuales de tendencias elitistas. Podríamos citar algunos pasajes de Nietzsche al respecto, por ejemplo, o de Alexis de Toqueville, un representante del liberalismo clásico, del liberalismo romántico, que presiente un gran peligro en la formación de las masas. Una causa específica de este desarrollo demográfico vertiginoso tiene que ver con el avance del saber y de la técnica, concretamente en el campo de la medicina preventiva, pues a partir de 1870 sus avances ya permiten registrar el control de enfermedades como el cólera, la fiebre tifoidea, la viruela. Las epidemias pueden ser controladas; a mediados del siglo comienzan a emplearse métodos profilácticos para prevenirlas. De otra parte, entre 1870 y 1914 la industrialización, hasta entonces predominante en Inglaterra y Bélgica, se extiende a todo el continente, incluyendo a la Rusia occidental que, a consecuencia de las grandes reformas implantadas por el Zar Alejandro II a comienzos de la década de 1860, alcanza un ritmo vertiginoso de desarrollo, particularmente en los años ochenta y noventa. Ya en este período la automatización y la mecanización se vuelven características de la vida cotidiana: el proceso de la reproducción material de las sociedades comienza a verse determinado por la producción fabril, por la gran industria. Todo lo anterior va a tener sus consecuencias en el terreno jurídico-político.

Durante el período que se extiende de 1870 a 1914 se conquista el derecho al voto masculino en la mayoría de los países europeos; a finales de este período se inician los movimientos feministas y en los países nórdicos las mujeres adquieren el derecho al voto hacia 1905. Con el advenimiento de la Primera Guerra Mundial las mujeres ocupan los lugares de trabajo de los hombres que van a las trincheras, lo cual contribuye a impulsar su emancipación.

Pero, también, se produce una reacción ante los desarrollos de la democracia, ante los avances de las masas. En Francia hay que mencionar a Gustave Le bon, quien publica en 1895 la *Sicología de las Masas*, obra en la cual, entre otras cosas, se basará Freud cuando escriba su *Sicología de las Masas y el Análisis del Yo* (1921). Tanto en Le Bon, como en muchos de los que se ocupan de las masas -ya he mencionado a Toqueville- se percibe cierta hostilidad hacia ellas, pues el individuo de la era liberal presiente en la formación de los grandes conglomerados urbanos una



amenaza a su intimidad: la burguesía clásica presiente que la masa significa una homogenización, una estandarización, un descenso en el proceso de individuación. También, a finales del siglo pasado se comienzan a publicar en Alemania trabajos críticos de tales desarrollos. Debemos mencionar en primer lugar a Ferdinand Tönnies, a quien se ha considerado el “decano” de la sociología alemana y quien publica en 1887 una obra clásica -*Comunidad y Sociedad*- en la cual él, que había nacido en una pequeña aldea del archipiélago de Frisia que se extiende hacia la entrada del Báltico y

DOSSIER

Ciudades: orígenes, esplendor y decadencia

fue testigo a lo largo de su vida de la formación de las grandes ciudades, contraponía la “voluntad esencial” (*Wesenswille*) que según su parecer caracterizaría a la vida de la aldea (la solidaridad, el sentimiento comunitario arraigado en ella) a lo que el llama la “voluntad arbitraria” (*Kurwille*) característica de las grandes ciudades y de la sociedad capitalista moderna. Esta obra tuvo mucha influencia en un tipo de ideología que Georg Lukacs y luego Michael Löwy llamarán el “anticapitalismo romántico”; actitud que impregnó notablemente el comportamiento de la intelectualidad alemana, como por ejemplo



el de los miembros de la “Asociación para la Política Social”, que agrupaba a grandes profesores de sociología y de economía, como Max Weber y Lujo Brentano; una actitud de rechazo del capitalismo en nombre del pasado, en nombre de la comunidad aldeana y de una supuesta “organicidad”; actitud que, también, va a caracterizar el pensamiento profascista durante los años veinte de nuestro siglo, como, por ejemplo, el del sociólogo católico austríaco Othmar Spann. Ya el mismo Marx, en sus “glosas marginales” a un tratado de economía política de un miembro de la

mencionada asociación para la política social -Adolf Wagner- se burlaba, con esa ironía tan característica de su estilo, de ese intento por “reconstruir” la aldea. Porque Marx no era un anticapitalista romántico sino un anticapitalista revolucionario, él no estaba pensando en liquidar las ciudades y reconstruir las aldeas, sino en que la clase trabajadora asumiera la dirección de la sociedad.

El otro clásico que debemos mencionar es Max Weber, quien a comienzos del siglo fundó el *Archivo para la Ciencia Social* y estudió el fenómeno de la secularización acelerada que conllevaba el “desencantamiento” del mundo moderno, concepto que ya había utilizado Jacob Burckhardt -el amigo paternal de Nietzsche- en su libro sobre *La cultura del Renacimiento en Italia*, la primera forma de la sociedad burguesa, una sociedad protomoderna, como la que se formó en Florencia en la segunda mitad del siglo XV: ya era una sociedad desencantada, porque en ella los hombres no se enfrentaban a la realidad desde la perspectiva del más allá sino que asumían tareas seculares, mundanas, con base en instrumentos racionales.

Igualmente se refería Weber a la “racionalización”. La vida en la gran ciudad, como lo describía Georg Simmel en un ensayo intitulado *Las grandes ciudades y la vida del espíritu*, es una vida “intelectualista”, pues en ella rigen valores abstractos universales; no el sentimiento, no el compadrazgo, no la ritualización que caracterizan a la vida aldeana; porque en ella se produce una intelectualización y una racionalización general que descansan en el pleno desarrollo de la economía mercantil y en la universalización del principio del intercambio. Será un discípulo de Weber y de Simmel: Georg Luckacs, el que, en uno de los ensayos que componen su libro *Historia y conciencia de clase* (1924), estudie a fondo el fenómeno de la “reificación” o “co-sificación” de la conciencia, desarrollando el

asunto del “fetichismo de la mercancía”, que describiera Marx a finales del primer capítulo de *El Capital*; el hecho de que las relaciones entre las personas aparezcan como relaciones entre cosas, lo que conllevaría un proceso de enrarecimiento progresivo, una creciente “opacidad” del espacio social.

A consecuencia de todo lo anterior se produce una especie de rencor hacia la ciudad, sentimiento de protesta inconsciente contra esa racionalización, que se ve acompañado de una cierta nostalgia que luego va a explotar los movimientos fascistas. Una característica de esta sociedad moderna, de las grandes ciudades es la importancia que adquiere la ideología, o sea el trabajo de los intelectuales, quienes tratan de racionalizar lo que la mayoría de las personas no entienden. Por eso afirma Theodor Adorno (un pensador que quiere ser enfáticamente moderno: en alguna parte repite la consigna de Rimbaud “hay que ser absolutamente moderno” aunque agregando “críticamente moderno”) en su polémica con los rezagos de ese anticapitalismo romántico, por ejemplo en el caso de Martín Heidegger -un heredero de esa tradición así sea un gran pensador- que la ideología aparece cuando se han desarrollado por completo las relaciones burguesas de producción y se ha impuesto el principio del intercambio, el principio burgués. Entonces, agrega Adorno, el intelectual burgués cree “que es suficiente poner orden en la conciencia para poner orden en la sociedad”, añadiendo enseguida que “no sólo es burguesa esa fe sino además la esencia misma de la ideología”, ya que esta “como consecuencia objetivamente necesaria y al mismo tiempo falsa, como entrelazamiento inseparable entre verdad y contraverdad, pertenece por lo menos a una sociedad en la cual se ha desarrollado una economía urbana de mercado”. Pues la ideología, en efecto, “es justificación y supone pues, ya sea la existencia de una condición social que se ha vuelto problemática y conocida como tal, pero debe

ser defendida, o bien por otro lado la idea de la equidad sin la cual aquella necesidad apologetica no subsistiría y que a su vez se basa en el intercambio de equivalentes”.

A mí me parece que precisamente es en este contexto en el que se debe entender esa ideología antiideológica, ese irracionalismo que acompaña al pensamiento antiurbano, nostálgico, que se inicia hacia los años noventa del siglo pasado y llega a su plenitud en el fascismo, movimiento esencialmente contradictorio, porque él, naturalmente, también contribuyó al desarrollo tecnológico y albergaba cierta admiración por la tecnología. Precisamente una de las raíces ideológicas del fascismo italiano se encuentra, por ejemplo, en el movimiento futurista, en los manifiestos de Marinetti, en los cuales se hacía precisamente la apología, inclusive grotesca, de la modernidad.

Y lo mismo acontece con el fascismo alemán. Hitler era un gran admirador de la tecnología, del automóvil, del avión, aunque, al mismo tiempo, aspiraba a formular una ideología organicista premoderna en el sentido de “la sangre y la tierra”, del arraigo y la conservación de las tradiciones (que el propio desarrollo objetivo del capitalismo y de la sociedad burguesa del siglo veinte, de la tecnología y de la industria, hacían imposible) para engañar sistemáticamente al pueblo, a las masas, a las que no se estaba liberando sino explotando de manera desmesurada. Con esto quiero terminar, me refero al rencor ante la ciudad y el rencor ante la modernidad, rencor que en ocasiones, según me parece, se disfraza de “postmodernidad”, en mi concepto, por incapacidad ante la tarea de asumir el “proyecto inconcluso de la modernidad” (Habermas).

En este respecto vale recordar una aguda apreciación de Walter Benjamín, de quien, para concluir, voy a leerles un fragmento en el que se consigna una acertada apreciación sobre

ese gran urbanista que fue Baudelaire. En su obra póstuma sobre Baudelaire, él se detiene en el análisis de un cuento de Edgar Allan Poe intitulado *El hombre en la muchedumbre*, que el poeta había traducido al francés. Allí Benjamín afirmaba que el sentido de la vista tuvo que acostumbrarse a la vida citadina y a la experiencia de la muchedumbre, lo que confirmaría el famoso aserto de Marx, en los manuscritos de París, según el cual la formación de los cinco sentidos sería el resultado de la historia universal hasta nuestros días.

Escribía Benjamín: “Quizás la visión cotidiana de una multitud en movimiento fue durante cierto lapso un espectáculo al cual el ojo debía habituarse antes. Si se admite esta hipótesis, se puede quizás suponer que una vez cumplido ese aprendizaje el ojo haya acogido favorablemente toda ocasión de mostrarse dueño de la facultad recién conquistada. La técnica de la pintura impresionista, que extrae la imagen del caos de las manchas de color, sería por lo tanto un reflejo de experiencias que se han vuelto familiares para el ojo del habitante de una gran ciudad. Un cuadro como *La catedral de Chartres*, de Monet, que es una especie de hormiguero de piedras, podría ilustrar esta hipótesis.”

Y agregaba: “Angustia, repugnancia, miedo, suscitó la multitud metropolitana en los

primeros que la miraron a los ojos. En Poe la multitud tiene algo de bárbaro. La disciplina la frena sólo con gran dificultad. Posteriormente, James Ensor no se cansará de poner en ella disciplina y desenfreno. Se complace en hacer intervenir compañías militares en medio de sus bandas carnavalescas. Ambas se encuentran entre sí en una relación ejemplar: como ejemplo y modelo de los estados totalitarios, donde la policía está aliada a los delincuentes” (...). Moverse a través del tránsito significa para el individuo una serie de *shocks* y de colisiones. En los puntos de cruces peligrosos, lo recorren en rápidas sucesión contracciones iguales a los golpes de una batería. Baudelaire habla del hombre que se sumerge en la multitud como en un *reservoir* de energía eléctrica. Y lo define en seguida, describiendo la experiencia del *shock* como “un *calidoscopio* dotado de conciencia”. Si los transeúntes de Poe lanzan aún miradas sin motivo en todas direcciones, los de hoy deben hacerlo forzosamente para atender a las señales del tránsito. La técnica sometía así al sistema sensorial del hombre a un complejo *training*. Llegó el día en que el *film* correspondió a una nueva y urgente necesidad de estímulos. En el *film* la percepción por *shocks* se afirma como principio formal. Lo que determina el ritmo de la producción en cadena condiciona, en el *film*, el ritmo de la recepción.



Las villas*

Henri Pirenne



I. El renacimiento de la vida urbana

Desaparición de la vida urbana en el siglo VIII. Mientras el comercio mediterráneo había seguido atrayendo en su órbita a la Europa occidental, la vida urbana no había dejado de manifestarse, lo mismo en Galia que en Italia, en España y en África. Mas cuando la invasión islámica bloqueó los puertos del mar Tirreno después de haber sometido la costa africana y la española, la actividad municipal se extinguió rápidamente. Fuera de la Italia meridional y de Venecia, en donde

se mantuvo gracias al comercio bizantino, dicha actividad desapareció en todas partes. Materialmente subsistieron las ciudades, pero perdieron su población de artesanos y comerciantes y, con ella, todo cuanto había logrado perdurar de la organización municipal del Imperio romano.

Las ciudades episcopales. Las “ciudades”, en cada una de las cuales residía un obispo, sólo fueron, desde entonces, centros de la administración eclesiástica, que sin duda fue grande desde el punto de vista religioso, pero nula desde el punto de vista económico.

* Fragmento del libro *Historia económica y social de la Edad Media*

Cuando mucho, un pequeño mercado local, abastecido por los campesinos de la comarca, satisfacía las necesidades cotidianas del numeroso clero de la catedral y de las iglesias o de los monasterios agrupados alrededor de ella y las de los siervos empleados en su servicio. En las grandes fiestas del año, la población diocesana y los peregrinos congregados en dichas ciudades mantenían cierto movimiento. Pero no se puede descubrir en todo esto un germen de renovación. En realidad, las ciudades episcopales subsistían únicamente gracias al campo. Las rentas y las prestaciones de los dominios que pertenecían al obispo o a los abades que residían intramuros servían para cubrir sus gastos. Su existencia estaba, pues, basada esencialmente en la agricultura. Así como eran centros de administración religiosa, eran a la vez centros de administración dominial.

Los burgos. En tiempos de guerra, sus antiguas murallas proporcionaban un refugio a la población de los alrededores. Pero durante el período de inseguridad que se inicia con la disolución del Imperio carolingio, la necesidad de protección, que se ha vuelto primordial para las gentes empujadas en el Sur por las incursiones sarracenas y en el Norte y el Oeste por las de los normandos, a las que vinieron a sumarse, a principios del siglo x, los terribles *raids* de la caballería húngara, hizo imprescindible en todas partes la construcción de nuevos lugares de asilo. La Europa occidental se cubre en aquella época de castillos edificados por los príncipes feudales para servir de refugio a los hombres. Esos castillos o, para emplear el término con que se les designa generalmente, esos “burgos” constan generalmente de una muralla de tierra o de piedra, rodeada por un foso, y en la que se abren varias puertas. Se ha exigido a los *villanos* de los alrededores que trabajen en su construcción y conservación. En su interior reside una guarnición de caballería. Un torreón sirve de habitación al señor del lugar; una iglesia de ca-

nónigos satisface las necesidades del culto; en fin, hay granjas y graneros para almacenar los granos, las carnes ahumadas y los tributos de toda índole que se imponían a los campesinos del señor (villanos), encargados de asegurar la alimentación de la guarnición y de las gentes que, en caso de peligro, iban a refugiarse en la fortaleza con su ganado. El burgo laico, lo mismo que la ciudad eclesiástica, subsisten, pues, únicamente gracias a la tierra. No tienen ninguna actividad económica propia. Ambos corresponden a la civilización agrícola. No se oponen a ella, antes bien, se podría decir que sirven para defenderla.

Las primeras aglomeraciones mercantiles.

El resurgimiento del comercio no podía tardar en alterar profundamente su carácter. Se observan los primeros síntomas de su acción durante la segunda mitad del siglo x. La existencia errante de los mercaderes y los riesgos de toda clase a que estaban expuestos en una época en que el saqueo constituía uno de los medios de existencia de la pequeña nobleza, los impulsaron a buscar desde un principio protección en el recinto de las murallas que se escalonaban a lo largo de los ríos o de los caminos naturales que recorrían. En el verano, les servían de paradero; durante la mala estación, las usaban para invernar. Las mejor situadas, ya sea en el fondo de un estuario o de una ensenada, ya sea en la confluencia de dos ríos o en el punto en que, dejando de ser navegable un río, los cargamentos de los buques deben descargarse antes de seguir adelante, se convirtieron en tal forma en lugares de tránsito y de estancia para los mercaderes y las mercancías.

Pero bien pronto el espacio que las ciudades y los burgos ofrecían a esos advenedizos, cada vez más numerosos y estorbosos, al paso que la circulación se volvía más intensa, ya no bastó para contenerlos. Tuvieron que establecerse en las afueras de la ciudad o agregar al burgo antiguo uno nuevo o, para emplear el



nombre que se le dio con mucha exactitud, un *foris-burgus*, es decir, un burgo de las afueras, un arrabal (*faubourg*). Así nacieron, al lado de las ciudades eclesiásticas o de las fortalezas feudales, aglomeraciones mercantiles cuyos habitantes se dedicaban a un género de vida en perfecto contraste con la que llevaban los hombres del interior del recinto.

Los “puertos”. La palabra *portus*, que se aplica en los textos, de los siglos X y XI a esos establecimientos, caracteriza muy acertadamente su naturaleza. Significa, en efecto, no un puerto en el sentido moderno, sino un lugar por el que se transportan mercancías, y, por ende, un punto particularmente activo de tránsito. Por eso en Flandes y en Inglaterra los habitantes del *puerto* recibieron a su vez el nombre de *poorters*, o *portmen*, que fue durante mucho tiempo sinónimo de burgués y que, en suma, correspondía mejor que esta última palabra a su naturaleza, pues la burguesía primitiva se componía exclusivamente de hombres que vivían del comercio.

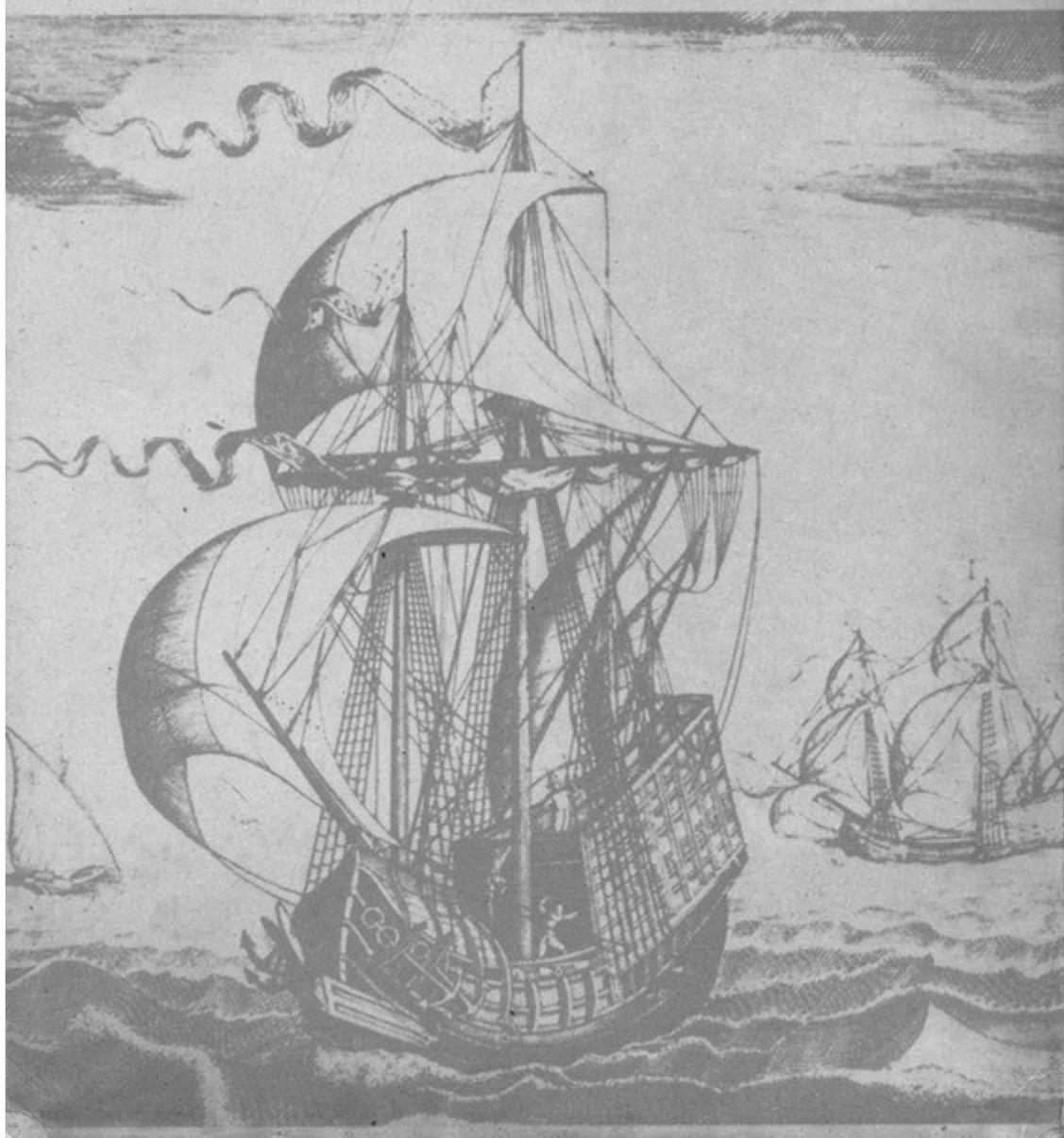
Sin embargo, si desde fines del siglo XI se designó a dichos habitantes de los “puertos” con el nombre de burgueses, que convendría mucho mejor a los habitantes de los burgos antiguos, al pie de los cuales se congregaron, fue porque desde el principio la aglomeración mercantil se había rodeado de una muralla o de una empalizada, indispensables para su seguridad, y en tal forma se convirtió a su vez en “burgo”. La extensión del significado se comprende tanto mejor cuanto que el nuevo burgo no tardó en dominar al antiguo. En los centros más activos de la vida comercial, en Brujas, por ejemplo, rodea por todos lados, a principios del siglo XII, la fortaleza que originalmente le había servido de punto de concentración. Lo accesorio se había convertido en lo esencial, y los recién llegados habían triunfado de los antiguos habitantes. En este sentido es rigurosamente exacto decir que la *villa* de la Edad Media y, por consiguiente, la ciudad moderna, tuvo su cuna en el arrabal (*forisburgus*) de la ciudad o del burgo que determina su ubicación.



HISTORIA ECONÓMICA Y SOCIAL DE LA EDAD MEDIA

HENRI PIRENNE

cfe



La ciudad medieval* (En la obra de Henri Pirenne)

Esteban Ruiz Serrano

El libro, *Las ciudades de la Edad Media*, es un fragmento de la obra más general de Pirenne, *Las ciudades y las instituciones urbanas*, publicada póstumamente en 1939. Henri Pirenne (1862-1935) inició su trayectoria como historiador con investigaciones sobre historia social y política de los Países Bajos. Sólo en los años 30, cercano a la muerte, publica su obra principal, *Mahoma y Carlomagno*, un clásico de la historiografía del siglo xx. En ella sostiene que la Edad Media no comienza con las invasiones bárbaras sino con las islámicas. El motivo es que sólo con la aparición del Islam se produce el “cierre del Mediterráneo”. Hasta entonces, a pesar de las invasiones de los bárbaros y de la destrucción política del Imperio Romano de Occidente, el Mediterráneo había sido un espacio cultural y económico unitario. Sólo con la llegada de los árabes tiene lugar la división del Mediterráneo en tres grandes áreas: el Sur, ocupado por el Islam; el Este, en el que se mantienen los vestigios del Imperio Bizantino y el Oeste, del que surge la cultura medieval occidental a partir del Imperio Carolingio. Por eso, según la célebre frase de Pirenne, *Carlomagno resulta inconcebible sin Mahoma*. Este punto de vista es decisivo en la interpretación que hace Pirenne de la génesis de la ciudad medieval.

Pirenne presenta el siglo de Carlomagno como una época de renacimiento religioso, cultural y político, pero de profunda crisis

económica, provocada por la inestabilidad de los mares. El Mediterráneo había sido “cerrado” por el Islam y el Atlántico por vikingos y escandinavos. Las antiguas ciudades costeras, como Marsella, entran en declive y comienzan a fundarse núcleos urbanos interiores. La vida cultural también se repliega desde el Mediterráneo hacia el interior. Si aún en tiempos de las invasiones bárbaras los principales pensadores (Boecio, Isidoro de Sevilla) continuaban siendo mediterráneos, en los siglos VIII y IX las grandes figuras intelectuales (Alcuino, Bonifacio, Eginardo) son hombres del continente. El Imperio Carolingio es, pues, un “estado continental sin salidas”, que, debido a la imposibilidad de un comercio marítimo fluido, está sujeto a una economía agrícola de subsistencia. Es esta crisis económica la que implica la crisis definitiva de la ciudad antigua, que había sobrevivido a las invasiones bárbaras.

La transición entre esa ciudad antigua, que desaparece con las invasiones islámicas, y la ciudad medieval propiamente dicha tiene lugar con la emergencia de la *cité* y el burgo, dos estructuras urbanas que podrían ser consideradas “protociudades” medievales, aunque Pirenne no utilice este término. Pirenne distingue el término *cité*, que el traductor mantiene en francés en la versión española, del término *ville*, traducido por “ciudad” en el texto español. *Cité* sería una agrupación

* Tomado de *Biblioteca Saavedra Fajardo de Pensamiento Político Hispano*

urbana que no puede identificarse con la ciudad medieval pero que con frecuencia está en su origen histórico, de ahí la condición de “protociudad” que se la asigna en esta nota. *Ville* sería la ciudad medieval propiamente dicha, resultado de la *cité* como se verá más adelante.

Las *cités* eran, en principio, ciudades antiguas dotadas de una organización municipal propia del Imperio Romano. Con la crisis final del Imperio y el triunfo del cristianismo las *cités* empiezan a identificarse con las sedes episcopales, capitales de diócesis que se organizan en torno a una catedral. La sociología de una *cité* es relativamente sencilla: está habitada por diferentes estamentos clericales (obispo, autoridades diocesanas, sacerdotes, monjes del entorno, miembros de las escuelas religiosas) y por el personal dedicado a los servicios que necesita la comunidad (principalmente alimentación y vestido). Es frecuente que las *cités* acojan mercados en los que se desarrolla una actividad comercial muy rudimentaria, que no genera clases mercantiles consolidadas. El ejemplo supremo de *cité* es, sin duda, Roma, que pasa de ser capital política del Imperio a centro predominantemente religioso.

A diferencia de la *cité*, que hunde sus raíces en la ciudad antigua, el burgo es un resultado de la fragmentación del Imperio Carolingio. La falta de una autoridad imperial firme hizo frecuentes los conflictos de jurisdicción entre los señores feudales. El burgo fue en su origen una fortaleza dispuesta para defender territorios en litigio. Estaba habitada por un destacamento militar y gobernada por un alcalde, con pleno poder delegado por el señor feudal. Además de los establecimientos dedicados a los soldados, un burgo contenía también algún modesto edificio religioso, dependencias para las personas encargadas del mantenimiento de la comunidad y almacenes o graneros que permitían conservar una cantidad suficiente de provisiones.

Una *cité* podía tener hasta 3000 habitantes; un burgo rara vez llegaba al millar. Tanto la una como el otro carecían de la actividad económica necesaria para generar una vida urbana pujante. Pero ambas estructuras se encuentran, según Pirenne, en el origen de la ciudad medieval.

Un impulso decisivo para la constitución plena de las ciudades medievales vendrá dado por el renacimiento comercial que empieza a esbozarse en el siglo x y se consolida en el xi. En este proceso Pirenne considera decisiva la intervención de Génova, que ocupa Cerdeña, Córcega y Sicilia, hasta entonces en poder de los árabes y recupera para el comercio cristiano algunas rutas del Mediterráneo. En el Mar del Norte los escandinavos abandonan la guerra y se dedican al comercio, lo que favorecerá la prosperidad de los Países Bajos y una mayor relación comercial entre Londres y Francia.

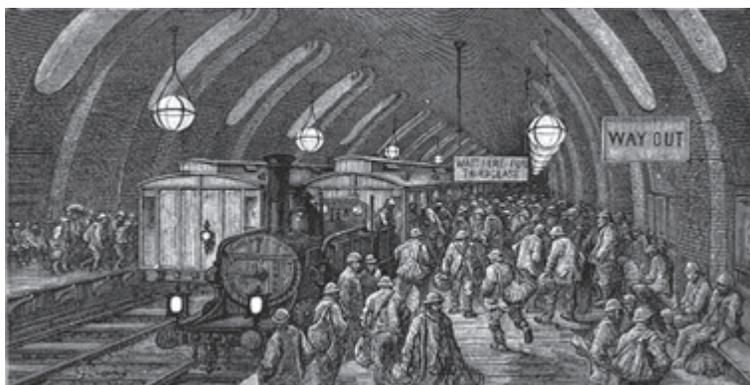
Un factor esencial para la formación de una nueva clase mercantil es el aumento de la población a partir del siglo x, que provoca una fuerte emigración del campo a la ciudad. Masas de campesinos desarraigados se asientan en el entorno de las protociudades (*cités* y burgos) y constituyen *portus*. Un *portus* era, en principio, un almacén de mercancías que daba lugar a un foco estable de comercio. Los *portus* estaban situados “extramuros” de *cités* y burgos y acabaron por consolidarse como un espacio en el que se instalaban mercaderes que generaban una vida comercial estable y bien localizada. Se constituyeron así dos núcleos de población: el originario (*cité* o burgo) y el sobrevenido (*portus*, que en el caso del burgo recibió también el nombre de “nuevo burgo”) separados inicialmente por las murallas del núcleo antiguo. Ahora bien, la misma prosperidad de *portus* y burgos nuevos eran un reclamo para el pillaje y la delincuencia procedentes del exterior. Fue necesario, por lo tanto, proteger *portus* y

nuevos burgos con murallas que se suponían un cinturón añadido al que ya tenían cités y burgos como recintos amurallados.

Así, pues, tanto burgos como cités dan lugar a las ciudades medievales por procesos de yuxtaposición en los que la parte nueva de la ciudad va absorbiendo jurídica y económicamente a la vieja. Sólo los comerciantes, habitantes del “burgo nuevo”, reciben el nombre de burgueses. Entre los dos núcleos yuxtapuestos de la ciudad medieval hubo pronto contenciosos de jurisdicción y territorialidad. En las cités, la nueva clase urbana reivindicó sus derechos ante los obispos y aprovechó para ello conflictos de naturaleza religiosa o política más que económica. Los burgueses se enfrentaron al clero dominante, bien denunciando su relajación de costumbres y su falta de espiritualidad sincera, bien apoyando al bando que más les favorecía en las luchas entre el papa y el emperador o entre los reyes y el emperador. Lo cierto es que los habitantes de las nuevas ciudades van adquiriendo derechos e incluso generando sus propias instituciones. La principal de ellas es el consulado, que aparece en el siglo XI. El cónsul era un magistrado municipal que administraba la ciudad y su cargo era anual y electivo.

En el caso de los burgos, la autoridad del alcalde se extendió en principio tanto sobre el viejo como sobre el nuevo burgo. Pero la burguesía no se sintió cómoda en este orden

y reaccionó organizándose en asociaciones propias, como hansas y gildas, que elegían a sus notables. Los alcaldes no se opusieron, en un primer momento, a que los burgueses solucionasen sus problemas por sus propios medios, de modo que gildas y hansas tuvieron cada vez más autonomía para organizar sus asuntos de modo en principio alegal. Pero a partir del siglo XII empiezan a promulgarse en los burgos de Flandes (Brujas, Gante) constituciones urbanas que reconocen territorios jurídicos autónomos, provistos de derechos especiales para sus habitantes. El más fundamental de esos derechos es, naturalmente, el de la libertad, que libera de la servidumbre a cualquier siervo que vive en una ciudad durante un año. Otro grupo de derechos está relacionado con la capacidad de los burgueses para dirimir los contenciosos relativos a sus propios negocios. Por último, un tercer cuerpo de derechos tiene que ver con la “legislación de la paz urbana”, toda una serie de disposiciones orientadas a mantener el orden público mediante un sistema de coacción violenta que incluía los castigos físicos más atroces (descuartizamientos, muertes, amputaciones y todo tipo de torturas). Se suponía que esta coacción por el terror garantizaba la condición de “hombres de paz” (“homines pacis”) de los habitantes de la ciudad. En cualquier caso, las murallas protectoras del peligro exterior y las leyes de la paz urbana protectoras del peligro interior sellaban la alianza entre el comercio y la seguridad que estaba en el origen de la ciudad medieval.





“El hombre de la multitud, publicado originalmente en 1840, constituye un valioso testimonio acerca del espíritu que animaba la vida en las metrópolis del siglo XIX. A lo largo de sus páginas, Poe describe con vívida intensidad los pulsos y contradicciones que marcaron el nacimiento de la moderna ciudad industrial -de la cual es heredera nuestra propia ciudad contemporánea-, retrato que completan de manera magistral las ilustraciones de Londres realizadas por Gustave Doré y que acompañan el texto.

Vale la pena recordar que, si intentáramos hacer una arqueología de la figura del *flâneur* (andariego - callejero - paseante - trotacalles) encontraríamos en esta ‘pintura en movimiento’ que nos hereda Poe su piedra de tope, ya que fue precisamente este cuento el que motivó parte del trabajo poético de Baudelaire, que luego utilizaría Walter Benjamin para darle forma a ese vagabundo urbano de deriva consciente, figura urbana/moderna por excelencia...”

El hombre de la multitud

Edgar Allan Poe

Con razón se ha dicho de cierto libro alemán que es “lässt sich nicht lesen” (que no se deja leer). De igual modo existen algunos secretos que no se dejan descubrir. Hay hombres que mueren por la noche en sus camas, estrechando las manos de sus espectrales confesores y mirándoles con ojos lastimeros. Que mueren con la desesperación en el alma y opresiones en la garganta que no permiten ser descritas. De vez en cuando, la conciencia humana soporta cargas de un horror tan pesado que sólo pueden arrojarse en la misma tumba. De este modo, la mayoría de las veces queda sin descubrir el fondo de los crímenes.

No hace mucho tiempo, al declinar el día de una tarde otoñal, me encontraba yo sentado junto a la gran cristalera en rotonda del café D..., en Londres. Había pasado varios meses enfermo pero ahora me hallaba convaleciente, y al recuperar las fuerzas me sentía en uno de esos felices estados de ánimo que constituyen, precisamente, el reverso del tedio; estados de ánimo de una gran agudeza, cuando la película de la visión mental desaparece y el

intelecto electrificado sobrepasa con mucho su condición normal, del mismo modo que la razón viva y la voz pura de Leibniz supera la retórica débil y confusa de las Geórgicas. Simplemente respirar era una delicia y obtenía un placer positivo incluso de las fuentes que originariamente lo son de dolor. Me sentía tranquilo y con un profundo interés



por todo. Con un cigarro en la boca y un periódico sobre mis rodillas, había estado distrayéndome gran parte de la tarde, ora recorriendo los anuncios, ora observando la mezclada concurrencia del establecimiento, sin dejar, de vez en cuando, de atisbar la calle a través de los ventanales empañados por el humo. Esta última era una de las vías principales de la ciudad y durante todo el día rebosaba de animación.

Conforme iba haciéndose de noche, el gentío aumentaba. Cuando se encendieron las luces, dos densas y continuas corrientes de transeúntes comenzaron a entrar y salir del establecimiento. Nunca me había encontrado en una situación como aquella, y por tanto, aquel mar tumultuoso de cabezas humanas me llenaba de una emoción deliciosamente nueva. Dejé de prestar atención a lo que sucedía en el interior del hotel para absorberme de lleno en la contemplación del exterior. Al principio mis observaciones adoptaron un cariz abstracto y general. Miraba a los transeúntes en masa y pensaba en ellos como formando una unidad amalgamada por sus características comunes. Pronto, sin embargo, descendí a los detalles y observé con minucioso interés las innumerables variedades

de tipos, vestidos, aires, portes, aspectos y fisonomías.

La gran mayoría de los que pasaban tenían el aire satisfecho de gente ocupada y su única preocupación parecía ser la de abrirse paso entre la muchedumbre. Llevaban las cejas fruncidas y volvían sus ojos rápidamente en todas direcciones. Cuando eran empujados por otros transeúntes no daban el menor signo de impaciencia, sino que se componían un poco la ropa y continuaban su camino. Otros, todavía una gran mayoría, se movían intranquilos, mostraban el rostro enrojecido y hablaban gesticulando consigo mismos, como si precisamente se encontraran aislados por la misma densidad de la concurrencia que les rodeaba. Cuando se veían obstaculizados en su avance, esta gente dejaba pronto de murmurar para sí, pero doblaban sus gestos y esperaban con una sonrisa ausente e inexpresiva en los labios el paso de las personas que impedían el suyo. Si les empujaban, se disculpaban con una inclinación ante los mismos que les habían empujado y parecían abrumados por la confusión. En estos dos grupos que he señalado no había nada especialmente característico. Sus prendas de vestir pertenecían a esa clase que se ha dado



en llamar decente. Sin lugar a dudas, se trataba de familias distinguidas: comerciantes, abogados, hombres de negocios, rentistas, los eupátridas y la clase media de la población, gente empleada y gente ocupada en sus mismos negocios. Todos ellos no llamaban demasiado la atención.

La tribu de los empleados era inconfundible, y yo en este punto distinguía dos grupos muy marcados. Por un lado, los jóvenes empleados de casas florecientes, jóvenes de chaquetas ajustadas, botines brillantes, cabello engomado y labios desdefñosos. Dejando aparte un cierto empaque que yo me atrevía a llamar de mesa de despacho, a falta de otra palabra, las maneras de esta clase de personas me parecían un exacto facsímil de las que se habían considerado como la perfección del buen tono cerca de doce o dieciocho meses antes. Usaban la gracia de desecho de la aristocracia, y ésta, pienso, puede ser la mejor definición de los mismos.

Los altos empleados de firmas sólidas resultaban inconfundibles. Se les conocía por sus chaquetas y pantalones blancos o marrones, diseñados para sentarse cómodamente, con corbatas negras y chalecos del mismo color, zapatos anchos y de sólida apariencia. Todos eran algo calvos y sus erguidas orejas, a causa de sostener los palilleros, habían adquirido el hábito de separarse en sus extremidades superiores. Me di cuenta de que al quitarse o ponerse el sombrero siempre utilizaban las dos manos, y que usaban relojes de cortas cadenas de oro de un modelo sólido y anticuado. Tenían la afectación de la respetabilidad, si es que realmente puede existir una afectación tan honorable.

Había muchos individuos de aspecto osado a quienes pronto reconocí como pertenecientes a la raza de los rateros elegantes que infestan todas las grandes ciudades. Vigilé con atención a esta calaña y me resultó difícil imaginar



cómo podrían ser confundidos por caballeros por los mismos caballeros. Los puños de sus camisas, demasiado salientes, y sus aires de excesiva franqueza, habrían bastado para delatarlos.

Los tahúres, de los que identifiqué no pocos, eran todavía más fáciles de reconocer. Usaban gran variedad de trajes, desde el tramposo camorrista con chaleco de terciopelo, corbata de fantasía, cadena dorada y botones de filigrana, hasta el clérigo expulsado, tan parcamente vestido que nadie podía estar más alejado de sospechar de él. Todos, no obstante, se distinguían por cierto color moreno de su curtido cutis, por un apagamiento de los ojos y por la palidez de sus labios apretados. Además, había también otros dos rasgos, por los cuales yo siempre los distinguía: una tonalidad baja y cautelosa en la conversación y un pulgar excesivamente estirado, hasta formar ángulo recto con los demás dedos.

Muy a menudo, en compañía de aquellos pícaros, he observado otra clase de hombres

DOSSIER

Ciudades: orígenes, esplendor y decadencia



algo diferentes en sus costumbres, pero, en definitiva, pájaros del mismo plumaje. Se les podría definir como caballeros que viven del cuerno. Parecen dividirse en dos batallones para devorar al público: el de los dandys y el de los falsos militares. En el primer grupo los rasgos característicos son: cabellos largos y sonrisas; en el segundo, levitas y ceños fruncidos.

Descendiendo en la escala de lo que se llama nobleza, encontré temas de meditación más oscuros y profundos. Vi traficantes judíos con ojos de halcón que brillaban en unas caras cuya única expresión era de abyecta humildad. Porfiados mendigos profesionales que apartaban a los pobres de mejor aspecto y a quienes sólo la desesperación les había lanzado en medio de la noche a implorar caridad. Inválidos débiles y depauperados a quienes la muerte había señalado con su mano y que se retorcían y se tambaleaban entre la muchedumbre, mirando suplicantes a todas partes como en busca de alguna posibilidad de consuelo, de alguna esperanza perdida. Modestas jóvenes que volvían de una larga y prolongada labor, hacia un hogar sin alegría y que retro-

cedían, más temerosas que indignadas, ante las miradas de los rufianes, cuyo contacto directo no podían evitar a pesar suyo. Prostitutas de todo género y edad: inequívocas bellezas en toda la flor de su feminidad que hacían recordar la estatua de Luciano, estatua cuya superficie era como el mármol de Paros y cuyo interior estaba lleno de inmundicias; la repulsiva, completamente hundida en el fango; la arrugada y pintarrajeada bruja que intenta una última apariencia de juventud; la que es todavía una niña de formas sin modelar, pero que ya está entregada a las terribles coqueterías de su tráfico y ardiendo con feroz ambición por verse colocada al nivel de las mayores en el vicio... Borrachos innumerables e indescritibles, unos harapientos y llenos de remiendos, haciendo eses, desarticulados, con caras tumefactas y ojos empañados; vestidos otros con trajes, aunque ya ajados y sucios, de aire fanfarrón y caras rubicundas, llevando los que en su día debieron ser buenos y que entonces estaban escrupulosamente bien cepillados; hombres que caminan con paso que resulta de una firmeza y elasticidad fuera de lo común, pero cuyos rostros están espantosamente pálidos y cuyos ojos brillan feroces y enrojecidos mientras procuran asirse con manos temblorosas a cualquier objeto que encuentren a su alcance... Junto a todos éstos, pasteleros, recaderos, cargadores de carbón, barrenderos, organilleros, domadores de monos, vendedores de canciones, artistas andrajosos y obreros cansados de todas clases; y todo este turbión moviéndose en medio de un recinto ensordecedor y de una desordenada vivacidad, que irritaba el oído con sus discordancias y producía una sensación dolorosa en los ojos.

A medida que la noche se hacía más profunda, más profundo se hacía en mí el interés por la escena, pues cambiaba el carácter de la multitud, desapareciendo los aspectos más nobles al retirarse gradualmente la gente más ordenada, y se iban poniendo de relieve

los aspectos más duros y groseros a medida que la última hora sacaba de sus guaridas a toda clase de seres abyectos y degradados. Pero la luz de los faroles de gas, débiles en un principio por tener que luchar con la luz del día, cobraban finalmente mayor vigor y arrojaban sobre todo una luz dominante. La oscuridad resultaba tan espléndida como ese ébano comparable con el estilo de Tertuliano. Los raros aspectos de la luz me encadenaban a examinar los rostros de los individuos, y aunque la rapidez con que pasaban ante el ventanal me impidiera echar más de una ojeada sobre cada rostro, me parecía que, dado mi peculiar estado mental, podía leer con frecuencia, en el breve intervalo de una mirada, la historia de largos años.

Estaba escudriñando a la multitud con la frente pegada al cristal cuando de pronto apareció ante mi vista el rostro de un anciano de unos sesenta y cinco o setenta años de edad, que inmediatamente atrajo y absorbió toda mi atención a causa de la peculiar idiosincrasia de su expresión.

Jamás había visto otra que se pareciera ni remotamente a ella. Recuerdo bien que mi primer pensamiento al verla fue que si Ret-sch la hubiera visto, la habría tomado como modelo preferente para sus interpretaciones pictóricas del demonio. Cuando intentaba, durante el breve minuto de mi primera ojeada, realizar un rápido análisis del significado de aquella expresión, noté surgir, confusas y paradójicas en mi mente, ideas de un vasto poder mental, de cautela, de rnequindad, de avaricia, de instintos sanguinarios, de maldad, de terror, de alegría y de desesperación intensa y profunda. Me sentí singularmente sobreco-gido, espantado y fascinado “¡Qué historia más extraña –me dije a mí mismo- debe estar escrita dentro de su pecho!”

Entonces me acometió el fuerte deseo de mantener al viejo aquel al alcance de mi

vista para saber más cosas de él. Me puse el gabán precipitadamente, cogí el sombrero y el bastón, salí a la calle, abriéndome paso entre la multitud, en la dirección por donde le había visto desaparecer, pues éste ya se había perdido de mi vista. No sin dificultad, al fin volví a verle; me acerqué y le seguí de cerca, aunque con precauciones, para no atraer su atención.

Tuve entonces una buena oportunidad para examinar su persona. Era de baja estatura, muy delgado y de apariencia débil. En conjunto, sus ropas estaban sucias y andrajosas, pero cuando algunas veces pasaba debajo de la luz de algún farol, pude darme cuenta de que su ropa blanca, aunque manchada, era de buen género, y si mi vista no me engañó, a través de un desgarrón del capote que le envolvía entreví el refulgir de un brillante puñal. Estas observaciones avivaron mi curiosidad y decidí seguir al desconocido donde fuera.

Había cerrado ya la noche y sobre la ciudad caía una densa niebla, que no tardó en convertirse en una lluvia constante y copiosa. Este cambio de tiempo produjo un raro efecto sobre la multitud, que se agitó toda ella inmediatamente con una nueva conmoción y quedó un poco oculta por una nube de paraguas. La oleada, los empellones y el



DOSSIER

Ciudades: orígenes, esplendor y decadencia



zumbido aumentaron diez veces más. Por mi parte no me fijé mucho en la lluvia, ya que conservaba el ardor de una fiebre que corría por mis venas y que hallaba alivio con la humedad, aun cuando resultara un tanto peligroso. Me anudé un pañuelo alrededor del cuello y continué la marcha. Durante media hora, el viejo continuó abriéndose camino con dificultad por la gran calle, mientras yo le seguía pisándole materialmente los talones por miedo a perderle de vista.

Ni una sola vez volvió la cabeza para mirar hacia atrás. Luego se metió por una bocacalle, que aunque muy concurrida, no lo estaba tanto como la principal que había abandonado. Entonces se produjo un cambio visible en su proceder. Caminaba mucho más despacio y con menos decisión que antes; vacilando continuamente, cruzó y volvió a cruzar la calle sin motivo aparente y la multitud se hizo tan espesa que a cada uno de sus movimientos me veía obligado a seguirle más de cerca. La calle era larga y estrecha y su andar

se prolongó casi una hora, durante la cual los transeúntes habían disminuido gradualmente hasta reducirse al número de los que circulan al mediodía en Broadway cerca del parque, ya que tal es la diferencia existente entre la población londinense y la de la ciudad americana más poblada.

Una segunda desviación nos llevó a una plaza brillantemente iluminada y rebosante de vida. Allí el desconocido volvió a adquirir su anterior actitud. Hundió el mentón sobre su pecho, mientras sus ojos giraban con fiera bajo sus cejas fruncidas, en todas direcciones, atisbando a todos los que le rodeaban. Apresuró su paso con firmeza, pero me sorprendió, sin embargo, que cuando hubo dado la vuelta a la plaza retrocediese sobre sus pasos. Fue mayor mi asombro al ver que repetía el mismo paseo varias veces, estando en uno de ellos a punto de descubrirme cuando se volvió con un súbito movimiento.

En tal ejercicio invirtió otra hora, al final de la cual nos encontramos menos obstaculizados por los transeúntes que al principio. Llovía con intensidad, el aire se hacía más frío y la gente se retiraba a sus casas. Con gesto de impaciencia, el vagabundo se metió por una calle relativamente desértica. Bajó por ésta que tenía casi media milla de largo, andando con una energía que yo no podía ni siquiera imaginar en un hombre de tanta edad, y que incluso me puso en un aprieto para seguirle. Después de unos cuantos minutos, nos encontramos en un mercado grande y concurrido que parecía ser cosa conocida del viejo. Éste volvió a adoptar su aire primitivo mientras andaba de arriba abajo, entre compradores y vendedores, sin objeto aparente. Durante la hora y media, o cosa así, que pasamos en aquel lugar me fue precisa mucha reserva para no perderle de vista sin atraer su atención.

Afortunadamente, llevaba yo chanclos de

goma y podía andar sin producir el menor ruido. Entraba en una tienda tras otra sin preguntar el precio y sin decir una palabra, contemplando todos los objetos con una mirada extraña y ausente. Estaba yo muy asombrado de su forma de proceder y tenía la firme decisión de no separarme de él hasta haber satisfecho en alguna medida la curiosidad que me inspiraba. Un reloj de sonoras campanadas dio las once y todo el mundo abandonó el mercado. Al bajar el cierre, un tendero dio un codazo al viejo y en el mismo momento vi que se estremecía. Se precipitó a la calle, miró ansiosamente a su alrededor durante un instante y luego corrió con gran velocidad por las numerosas y tortuosas callejuelas, hasta que llegamos una vez más a la gran calle de donde habíamos partido, la del café... Sin embargo, no ofrecía el mismo aspecto de antes. Todavía estaba brillantemente iluminada con gas, pero la lluvia caía pesadamente y se veían muy pocas personas. El desconocido se puso pálido; dio pensativo unos pasos por la antes populosa avenida, y luego, exhalando un fuerte suspiro, torció en dirección al río, para adentrarse en una serie de calles apartadas y salir al fin frente a uno de los teatros principales. Estaban cerrando y el público salía apretadamente por las puertas. Vi al viejo abrir la boca como para respirar mientras se precipitaba entre el gentío; me parecía que la intensa angustia que se reflejaba en su cara habíase calmado en cierto modo. Volvió a hundir la cabeza sobre su pecho y apareció tal y como lo había visto la primera vez. Observé que entonces tomaba la misma dirección seguida por el público... No podía comprender lo extraño de sus actos.

A medida que avanzaba, la gente se iba esparciendo. Otra vez hizo visible su malestar e indecisión. Por algún tiempo siguió muy de cerca a un grupo de unos diez o doce alborotadores, pero éstos se fueron separando uno a uno, hasta quedar reducidos a tres en una estrecha y oscura calleja muy poco

frecuentada. El extraño se detuvo y por un momento pareció quedar absorto en sus pensamientos. Entonces, con una rapidez muy marcada, prosiguió rápidamente un camino que nos condujo a las afueras de la ciudad, por lugares muy distintos de los que habíamos atravesado hasta entonces. Era el barrio más sucio de Londres, donde todo parece llevar la marca de la pobreza más deplorable y del crimen más desesperado. A la luz mortecina de un farol veíanse casas de madera, altas, viejas, carcomidas, como tambaleantes, que parecían inclinarse para su inmediata caída, en direcciones tan diversas y caprichosas que apenas se veían pasos entre ellas. Los adoquines estaban colocados al azar, más bien desplazados de su lugar, mientras que en el suelo crecía una profusa maleza. La porquería se acumulaba en las alcantarillas cegadas. Todo el ambiente estaba lleno de desolación. Sin embargo, mientras avanzábamos se reavivaron los ruidos de vida humana, creciendo gradualmente y, por último, nutridos grupos de la especie más baja de la población londinense se movían de arriba, abajo. De nuevo



DOSSIER

Ciudades: orígenes, esplendor y decadencia

los ánimos del viejo comenzaron a encenderse como una lámpara que está próxima a extinguirse. Una vez más se lanzó hacia delante con un paso elástico. De pronto se volvió en una esquina, un ramalazo de luz cayó sobre nosotros y nos encontramos ante uno de los enormes templos de la intemperancia, uno de los palacios del demonio de la ginebra.

Era casi de día, pero aún se apretujaba un cierto número de miserables beodos, que entraban y salían por la ostentosa puerta. El viejo se adentró con un apagado grito de alegría, recobró su primitiva apariencia y se puso a pasear de arriba abajo, sin objeto aparente. No hacía, sin embargo, mucho tiempo que se dedicaba a ello, cuando un fuerte empujón hacia las puertas reveló que el dueño iba a cerrarlas a causa de la hora. Lo que observé entonces en el rostro del ser singular a quien yo había seguido tan pertinazmente fue algo más intenso que la desesperación. Con todo, no vaciló en su carrera, pero de pronto, con una energía loca, volvió sobre sus pasos al corazón del poderoso Londres. Huyó durante largo rato y rápidamente, mientras yo le seguía cada vez más asombrado, resuelto a no abandonar aquella pesquisa por la que sentía un interés

cada vez más absorbente. Salió el sol mientras íbamos andando, y cuando hubimos llegado otra vez al más atestado centro comercial de la populosa ciudad, la calle del café... presentaba ya un aspecto de bullicio y actividad semejante a lo que yo había visto la noche anterior. Y allí, en medio de la confusión que aumentaba por momentos, persistí en mi propósito de perseguir al extraño. Éste, como de costumbre, iba de una parte a otra y durante todo aquel día no salió del torbellino de aquella calle.

Cuando las sombras de la segunda noche iban llegando, me sentí mortalmente cansado, y parándome frente al vagabundo, le miré fijamente a la cara. No pareció darse cuenta de mi presencia y reanudó su paseo, en tanto que yo permanecí absorto en aquella contemplación. “Este viejo —pensé por fin— es el tipo y el genio del crimen profundo. No quiere permanecer nunca solo. Es el hombre entre la multitud. Sería inútil seguirle, pues no lograría averiguar nada sobre él ni sobre sus hechos. El peor corazón del mundo es un libro más repelente aún que el Hortulus Animae, y tal vez una de las más grandes mercedes de Dios sea que es ‘lússt sich nicht lessen’, que no se deja leer”.



Sobre algunos temas en Baudelaire

Walter Benjamin

V
La multitud: ningún tema se ha impuesto con más autoridad a los literatos del siglo XIX. La multitud comenzaba -en amplios estratos para los cuales la lectura se había convertido en hábito- a organizarse como público. Comenzaba a formular sus demandas; quería -como los poderosos en los cuadros de la Edad Media- encontrarse en la novela contemporánea. El autor más afortunado del siglo se adaptó, por íntima necesidad, a esta exigencia. Multitud era para él, casi en un sentido antiguo, la multitud de los clientes, el público. Hugo es el primero en dirigirse a la multitud mediante títulos como: *Les misérables*, *Les travailleurs de la mer*. Y ha sido el único en Francia que pudo competir con el feuilleton. El maestro de este género, que comenzaba a resultar para la pequeña gente la fuente de una especie de revelación, era, como es sabido, Eugène Sue. Sue fue elegido para el Parlamento en 1850, por gran mayoría, como representante de la ciudad de París. No por azar el joven Marx encontró la forma de ajustar las cuentas con *Les mystères de Paris*. Pronto se le presentó como tarea el extraer la masa férrea del proletariado de esa masa amorfa que se hallaba por entonces expuesta a los halagos de un socialismo literario. Así la descripción que Engels hace de esta masa en su obra juvenil prelude, aunque tímidamente, uno de los temas marxistas. En *Situación de las clases trabajadoras en Inglaterra* dice:

“Una ciudad como Londres, donde se puede

caminar horas enteras sin llegar siquiera al comienzo de un fin, tiene algo de desconcertante. Esta concentración colosal, esta acumulación de dos millones y medio de hombres en un solo punto, ha centuplicado la fuerza de estos dos millones y medio de hombres... Pero todo lo que... esto ha costado es algo que se descubre sólo a continuación. Después de haber vagabundado varios días por las calles principales... se empieza a ver que estos londinenses han debido sacrificar la mejor parte de su humanidad para realizar los milagros de civilización de los cuales está llena su ciudad, que cien fuerzas latentes en ellos han permanecido inactivas y han sido sofocadas...



Danse macabre.

DOSSIER

Ciudades: orígenes, esplendor y decadencia



Ya el hervidero de las calles tiene algo de desagradable, algo contra lo cual la naturaleza humana se rebela. Estos centenares de millares de personas, de todas las clases y de todos los tipos que se entrecruzan ¿no son acaso todos hombres con las mismas cualidades y capacidades y con el mismo interés de ser felices?... Y sin embargo se adelantan unos a otros apuradamente, como si no tuvieran nada en común, nada que hacer entre ellos; sin embargo, la única convención que los une, tácita, es la de que cada cual mantenga la derecha al marchar por la calle, a fin de que las dos corrientes de multitud, que marchan en direcciones opuestas, no se choquen entre sí; sin embargo, a ninguno se le ocurre dignarse dirigir a los otros aunque sólo sea una mirada. La indiferencia brutal, el encierro indiferente de cada cual en sus propios intereses privados, resulta tanto más repugnante y ofensivo cuanto mayor es el número de individuos que se aglomeran en un breve espacio.”

Esta descripción es sensiblemente diversa de las que se pueden hallar en los pequeños maestros franceses del género, tales como Gozlan, Delvau o Lurine. Carece de la facilidad y la nonchalance con las que el flâneur se mueve a través de la multitud y que el feuilletonista copia y aprende de él. Para Engels la multitud tiene algo que deja consternado. Provoca en él una reacción moral. A la cual se agrega una reacción estética: el ritmo al que los transeúntes se cruzan y se sobrepasan le desagrada. El atractivo de su descripción reside justamente en la forma en que el incorruptible hábito crí-

tico se funde en ella con el tono patriarcal. El autor viene de una Alemania aún provinciana; quizá la tentación de perderse en una marea de hombres le es desconocida por completo. Cuando Hegel llegó por primera vez a París, muy cerca de su muerte, escribió a su mujer así: “Cuando marchó por las calles, la gente tiene el mismo aspecto que en Berlín -están vestidas en la misma forma, tienen más o menos las mismas caras-, pero todo se da en una masa más populosa.” Moverse en medio de esta masa era para el parisiense algo natural. Por grande que pudiera ser la distancia que él, por su propia cuenta, pretendiese asumir en relación a ella, estaba siempre teñido, impregnado por la multitud, y no podía, como Engels, considerarla desde el exterior. En lo que se refiere a Baudelaire, la masa es para él algo tan poco extrínseco que en su obra se puede advertir constantemente cómo lo cautiva y lo paraliza y cómo se defiende de ello.

La masa es hasta tal punto intrínseca en Baudelaire que en su obra se busca inútilmente una descripción de ella. Como sus temas esenciales, no aparece nunca en forma de descripción. Para Baudelaire, según dice con agudeza Desjardins, “se trata más de imprimir la imagen en la memoria que de colorearla o adornarla”. Se buscará en vano en las *Fleurs du mal* o en el *Spleen de Paris* algo análogo a los frescos ciudadanos en los que era insuperable Víctor Hugo. Baudelaire no describe la población ni la ciudad. Y justamente esta renuncia le ha permitido evocar a la una en la imagen de la otra. Su multitud es siempre la de la metrópoli; su París es siempre superpoblada. Esto lo hace muy superior a Barbier, en quien -debido a que apela a la descripción- las masas y la ciudad quedan la una fuera de la otra¹.

En los *Tableaux parisiens* se puede verificar casi la presencia secreta de una masa. Cuando Baudelaire toma como tema el crepúsculo matutino hay en las calles desiertas algo del “silencio de un hormiguero” que Hugo

siente en la París nocturna. Tan pronto como Baudelaire entrevé las láminas de los atlas de anatomía expuestas para la venta en los quais polvorientos del Sena, sobre esas páginas la masa de difuntos ocupa inadvertidamente el lugar en que antes aparecían esqueletos aislados. Una masa compacta se adelanta en las figuras de la Danse macabre. Destacarse de la masa, con ese paso que no logra ya llevar el ritmo, con esos pensamientos que no saben ya nada del presente, es el heroísmo

de las mujercitas arrugadas que el ciclo *Les petites vieilles* sigue en sus peregrinaciones. La masa era el velo fluctuante a través del cual Baudelaire veía París. Su presencia domina uno de los fragmentos más importantes de las *Fleurs du mal*.

No hay giro ni palabra que en el soneto *Á une passante* recuerde a la multitud. Sin embargo el proceso depende de la masa, así como del viento la marcha de un velero.

Á une passante

La rue assourdissante autour de moi hurlait,
longue, mince, en grand deuil, douleur majestueuse,
une femme prise, d'une main fastueuse
soulevant, balancant le feston et l'ourlet;
agile et noble, avec sa jambe de statue.
Moi, je buvais, crispé comme un extravagant,
dans son oeil, ciel livide où germe l'ouragan,
la doceur qui fascine et le plaisir qui tue.
¡Un éclair... puis la nuit! - Fugitive beauté
dont le regard m'a fait soudainement renaître.
¿Ne te verrai-je plus que dans l'éternité?
¡ailleurs, bien loin d'ic! ¡Trop tard! ¡Jamais peut-être!
Car j'ignore où tu fuis, tu ne sais où je vais.
¡Ô toi que j'eusse aimée, ô toi qui le savais!

A una transeúnte

(Traducción Nydia Lamarque)

La tarde aturdidora en torno de mi aullaba,
alta, fina, de luto, dolor majestuoso,
una mujer pasó, que con gesto fastuoso,
recogía las blondas que su andar balanceaba.
Agil y noble, con sus piernas de escultura.
Por mi parte bebí, como un loco crispado,
en su pupila, cielo de huracán preñado,
placer mortal y a un tiempo fascinante dulzura.
¡Un relámpago... y noche! Fugitiva beldad
cuya mirada me ha hecho de golpe renacer.
¿No he de volver a verte sino en la eternidad?
¡Lejos de aquí! ¡O muy tarde! ¡O jamás ha de ser!
Pues donde voy no sabes, yo ignoro a dónde huiste.
¡Tú, a quien yo hubiera amado, tú, que lo comprendiste!



Street in Venice with walker.
Singer Sargent 1882

Con velo de viuda, velada por el hecho de ser transportada tácitamente por la multitud, una desconocida cruza su mirada con la mirada del poeta. El significado del soneto es, en una frase, el que sigue: la aparición que fascina al habitante de la metrópoli -lejos de tener en la multitud sólo su antítesis, sólo un elemento hostil- le es traída sólo por la multitud. El éxtasis del ciudadano no es tanto un amor a primera vista como a “última vista”. Es una despedida para siempre, que coincide en la poesía con el instante del encanto. Así el soneto presenta el esquema de un shock, incluso el esquema de una catástrofe. Pero la catástrofe ha golpeado no sólo al sujeto sino también la naturaleza de su sentimiento. Lo que hace contraer convulsivamente al cuerpo - “crispé comme un extravagant” - no es la beatitud de aquel que se siente invadido por el eros en todas las cámaras de su particular idiosincracia, sino más bien la turbación sexual que puede sorprender al solitario.

Decir, como Thibaudet, que “estos versos podían nacer sólo en una gran ciudad” resulta

aun insuficiente. Tales versos ponen de manifiesto los estigmas que la vida en una gran ciudad inflige al amor. No de otra forma ha entendido Proust el soneto y por ello ha dado al tardío doble de la mujer de luto, tal como se le apareció un día Albertine, el significativo apodo de “la parisienne”. “Cuando Albertine volvió a entrar en mi cuarto, tenía un vestido de raso negro que contribuía a hacerla más pálida, a hacer de ella la parisienne lívida, ardiente, entristecida por la falta de aire, por el clima de las multitudes, y quizá por la influencia del vicio, y cuyos ojos parecían aun más inquietos debido a que no eran avivados por el rosa de las mejillas.” Así mira, aun en Proust, el objeto de un amor tal como sólo el habitante de una gran ciudad lo conoce, el cual ha sido conquistado por Baudelaire para la poesía y del cual se podrá decir a menudo que su realización le ha sido no tanto rehusada sino más bien ahorrada².

VI

Entre las versiones más antiguas del tema de la multitud se puede considerar clásico el relato de Poe traducido por Baudelaire. Hay en él elementos que bastará seguir para llegar a instancias sociales tan potentes y secretas como para poderlas colocar entre aquellas de las cuales sólo puede derivar el influjo diversamente transmitido, tan profundo como sutil, sobre la producción artística. El cuento se titula El hombre de la multitud. Se desarrolla en Londres y es contado en primera persona por un hombre que, tras una larga enfermedad, sale por primera vez al tumulto de la ciudad. En las horas finales del atardecer de un día de otoño se ha sentado tras las ventanas de un gran local londinense. Observa a los otros huéspedes en torno a él y los anuncios de un periódico; pero su mirada se dirige sobre todo a la multitud que pasa tras los vidrios de la ventana. “La calle era una de las más animadas de la ciudad; durante todo el día había estado llena de gente. Pero ahora, al oscurecer, la multitud crecía de minuto en

minuto, y cuando se encendieron las luces de gas, dos espesos, compactos ríos de transeúntes se cruzaban frente al café. No me había sentido nunca en un estado de ánimo como el de esta noche; y saboreé la nueva emoción que me había sorprendido frente al océano de esas cabezas en movimiento. Poco a poco perdí de vista lo que ocurría en el local en el que me encontraba y me abandoné por completo a la contemplación de la escena del exterior.” Dejaremos de lado, a pesar de su significación, la fábula que se desarrolla tras este prólogo y nos limitaremos a examinar el cuadro en el que se cumple.

En Poe la multitud de Londres aparece tan tétrica y confusa como la luz de gas en la cual se mueve. Ello no es válido sólo para la gentuza que desemboca en la noche “desde sus cuevas”. La clase de los empleados superiores es descrita por Poe en estos términos: “Tenían todos la cabeza ligeramente calva; y la oreja derecha, habituada a sostener la pluma, estaba un poco separada del cráneo. Todos se tocaban rutinariamente el sombrero y todos llevaban cortas cadenitas de oro de malla anticuada.” Aún más extraña es la descripción de la forma en que se mueve la multitud: “La mayor parte de los que pasaban tenían aspecto de gente satisfecha de sí y sólidamente instalada en la vida. Parecía que pensasen sólo en abrirse paso entre la multitud. Fruncían el entrecejo y lanzaban miradas hacia todos lados. Si recibían un golpe de los que pasaban más cerca, no se descomponían, sino que se reacomodaban la ropa y se apresuraban a seguir. Otros, y también este grupo era numeroso, se movían en forma descompuesta, tenían el rostro encendido, hablaban entre ellos y gesticulaban, como si justamente en medio de la multitud innumerable que los circundaba se sintieran perfectamente solos. Cuando tenían que detenerse dejaban de improvisado de murmurar, pero intensificaban su gesticulación, y esperaban con sonrisa ausente y forzada a que hubiesen pasado los

que los molestaban. Cuando eran golpeados saludaban con exageración a aquellos de los que habían recibido el golpe y parecían extremadamente confusos.”³ Se podía creer que se trata de miserables, de individuos semiborrachos. En verdad son “personas de condición elevada, comerciantes, abogados y especuladores de bolsa”⁴.

El cuadro esbozado por Poe no se puede definir como “realista”. Se nota en él la obra de una fantasía que deforma conscientemente, que aleja mucho un texto como éste de aquéllos recomendados como modelo de un realismo socialista. Por ejemplo, Baubier, uno de los mejores a quienes podría vincularse un realismo de esa índole, describe las cosas en forma menos desconcertante. Él ha elegido asimismo un tema más transparente: el de la masa de los oprimidos. De ella no se trata en absoluto en Poe: su tema es “la gente” como tal. Como Engels, Poe advierte en el espectáculo que ofrece la gente algo amenazador. Y es justamente esta imagen de la multitud metropolitana la que ha resultado decisiva para Baudelaire. Si por un lado él sucumbe a la violencia con que la multitud lo atrae hacia sí y lo convierte, como flâneur, en uno de los suyos, por otro, la conciencia del carácter inhumano de la masa, no lo ha abandonado jamás. Baudelaire se convierte en cómplice de la multitud y casi en el mismo instante se aparta de ella. Se mezcla largamente con ella para convertirla fulminantemente en nada mediante una mirada de desprecio. Esta ambivalencia tiene algo de fascinante cuando la admite con reluctancia; y podría incluso depender de ella el encanto tan difícil de explicar del Crépuscule du soir

Notas

1.- Característica del procedimiento de Baubier es su poesía Londres, que describe en venticuatro versos la ciudad, para concluir torpemente así:

Enfin, dans un amas de choses, sombre, immense,
 Un peuple noir, vivant et mourant en silence.
 Des ζtres par milliers, suivant l'instinct fatal,
 Et courant après l'or par le bien et le mal.

(Auguste Barbier, Jambes el poèmes, París, 1841.) Baudelaire ha sufrido la influencia de los poemas de tesis de Barbier, y sobre todo del ciclo londinense, Lazare, más que lo que se quiere admitir. El final del *Crépuscule du soir* baudelaireano dice:

...ils finissent
 Leur destinée el vont vers le goujire commun;
 L'ôhpital se remplit de leurs soupirs. Plus d'un
 Ne viendra plus chercher la soupe parfumée,
 Au coin du jeu, le soir, auprès d'une âme aimée.

Compárese este final con el de la octava estrofa del poema *Mineurs de Newcastle*, de Barbier:

Et plus d'un qui rêvait dans le jond de son ame
 Aux douceurs du logis, à l'oeil bleu de sa femme,
 Trouve au ventre du gouffre un éternel tombeau.

Con pocos toques magistrales Baudelaire hace del “destino del minero el fin trivial del hombre de la gran ciudad.

2.- El tema del amor por la mujer que pasa es retomado en un poema del George inicial. El elemento decisivo se le ha escapado: ves el de la corriente en medio de la cual pasa la mujer, transportada por la multitud. El resultado es una tímida elegía. Las miradas del poeta, como debe confesar a su dama, “pasaron más allá, húmedas de pasión antes de osar hundirse en las tuyas”. (Stefan George, *Himmen, Pilgerfahrten, Algabal*, Berlín,

1922.) Baudelaire no deja dudas del hecho de que él ha mirado en los ojos con fijeza a la mujer que pasaba.

3.- Un paralelo de este fragmento se encuentra en *Un jour de pluie*. Este poema, pese a que lleva otra firma, debe ser atribuido a Baudelaire. El último verso, que da a la poesía un tono particularmente lúgubre, tiene una precisa correspondencia con *El hombre de la multitud*. “Los rayos de las linternas a gas -escribe Poe-, que eran aún débiles mientras luchaban con el crepúsculo, habían vencido ahora y lanzaban en torno una luz cruda y móvil. Todo era negro y relucía como el ébano, al cual ha sido comparado el estilo de Tertuliano.” El encuentro de Baudelaire con Poe es en este caso más singular, puesto que los versos que siguen han sido escritos a más tardar en 1843, o sea cuando Baudelaire no sabía aún nada sobre Poe:

Chacun, nous coudoyant sur le trottoir glissant,
 Égoïste et brutal, passe et nous éclabousse,
 Ou, pour corrir plus vite, en s'éloignant nous pousse.
 Partout jarige, déluge, obscurité du ciel.
 Noir tableau qu'éût rêvé le noir Ezéchiél.

4.- Los hombres de negocios tienen en Poe algo demoníaco. Se podría pensar en Marx, quien atribuye al “movimiento febrilmente juvenil de la producción industrial” en los Estados Unidos la responsabilidad por el hecho de que no hubiese habido “ni tiempo ni ocasión” de “liquidar el viejo mundo de fantasmas”. En Baudelaire, cuando cae la noche, los “demonios malsanos” se levantan en la atmósfera “como hombres de negocios”. Quizás ese trozo del *Crépuscule du soir* es una reminiscencia del texto de Poe.



Las ciudades norteamericanas: Planta ortogonal y ética protestante*

Richard Sennett

Cuadrículas

El jeroglífico egipcio ⊕, que a juicio del historiador Joseph Rykwert sería uno de los signos originales de alguna ciudad, se transcribe como “nywt” (Rykwert, 1988: 192). Se trata de una cruz inscrita dentro de un círculo y sugiere dos de las imágenes más sencillas y perennes. El círculo consta de una sola línea cerrada e ininterrumpida que hace pensar en un recinto, en un muro o en el espacio de una plaza pública en la que transcurre la vida. La cruz es la forma más simple de líneas compuestas y distintas: puede que sea el objeto más antiguo del proceso ambiental por oposición al círculo que representa el límite que define el volumen del medio ambiente. Las líneas cruzadas representan un medio elemental de trazar calles dentro del límite y a través de cuadrículas.

En la planificación de las ciudades de la antigüedad, los asirios y los egipcios diseñaban calles rectilíneas que se cruzaban en ángulos rectos para formar bloques regulares de suelo para la construcción. Se piensa por lo general que Hipódamo de Mileto fue el primer urbanista que contempló el plano cuadrículado como expresión cultural; a su juicio, la cuadrícula expresaba la racionalidad de la vida civilizada. En el curso de sus conquistas militares los romanos hacían resaltar el contraste que



Timgad, campamento militar romano

oponía a los toscos e informes campamentos de los bárbaros con sus propias fortalezas militares o castra. Los campamentos romanos estaban dispuestos en forma de cuadros o de rectángulos. La custodia del perímetro del campamento se confió al principio a los soldados, y sólo después, una vez convertido en asentamiento permanente, se erigían las murallas. Una vez construido el castrum se dividía en cuatro sectores cruzados por dos calles axiales, el decumanus y el cardo. En la confluencia de estas dos calles principales se levantaban las principales tiendas militares y más tarde se instalaba al Norte de la encrucijada lo que se denominaba foro. A medida que el asentamiento era próspero se colmaban los espacios comprendidos entre el perímetro y el centro, repitiendo así la idea de los ejes y los centros en miniatura. Con estas reglas lo que los romanos se proponían era crear ciudades

* Tomado de: *Bifurcaciones*. Revista de estudios culturales urbanos. Londres - Buenos Aires - USA.

a imagen y semejanza de Roma, así, donde quiera que el romano se encontrara, viviría como en Roma.

En la historia ulterior del urbanismo occidental, la cuadrícula ha servido para abrir nuevos espacios o para renovar los viejos espacios devastados por alguna catástrofe. Todos los planos para la reconstrucción de Londres después del gran incendio de 1666 (de Hooke, de Evelyn y de Wren) recurrían a la cuadrícula romana. Estos proyectos influirían en los procesos norteamericanos que iban a ir fundando nuevas ciudades, como en el caso de William Penn. El Estados Unidos del siglo XIX se asemejaba a un conglomerado de ciudades creadas con arreglo a los principios del campamento militar romano y el ejemplo norteamericano de ciudades hechas al instante iba a influir a su vez en la creación de otras ciudades en otras partes del mundo.

En su origen, la cuadrícula establecía un centro espiritual. “El rito de la fundación de una ciudad evoca una experiencia religiosa”, dice Joseph Rykwert en su estudio de la ciudad romana. “La construcción de todo edificio comunitario o vivienda constituye siempre, hasta cierto punto, una anamnesis, la evocación de un ser divino creador del centro del universo. Por ese motivo, el lugar no puede elegirse al azar ni responder tampoco a motivos racionales: su descubrimiento debe responder a la revelación de alguna divinidad” (Rykwert, 1988: 90).

El erudito latino Cayo Julio Higino consideraba que los sacerdotes al inaugurar toda nueva ciudad romana debían encontrar su lugar en el cosmos, y, puesto que “los límites no se establecen nunca sin recurrirse al orden del universo, los *decumani* deben estar en armonía con el curso del sol y los *cardines* seguir la línea imaginaria del cielo” (Rykwert, 1988: 90-91). Sin embargo, no hay nunca diseño físico que tenga un significado perenne.

Como cualquier otro diseño, las cuadrículas se convierten en lo que cada sociedad quiere que represente. Para los romanos, la cuadrícula era un diseño cargado de afectación. Los norteamericanos la utilizaron con fines muy distintos, con objeto de negar la complejidad y la diferencia del medio ambiente. En la época moderna, la cuadrícula parece haber sido un plan establecido para neutralizar al medio ambiente.

La ciudad militar romana se concibió de tal manera que pudiera ir creciendo dentro de sus límites, diseñada de tal forma que acabara llenándose gradualmente. La cuadrícula moderna no tiene límites y se extiende por acumulación de los bloques a medida que crece la ciudad. En 1811, los ediles que establecieron el plan cuadrículado que desde entonces ha definido el urbanismo de la isla de Manhattan más allá de Greenwich Village, observaban: “Puede que se hagan comentarios jocosos al ver que los ediles han previsto espacio suficiente para albergar a una población más numerosa que la existente en cualquier otro lugar al este de China” (Bridges, 1811: 30). Los norteamericanos partían del principio según el cual el mundo natural es ilimitado y no concebían tampoco que su poder de conquista y de asentamiento pudiera tener límites.

Los romanos, a partir de la imagen de un todo definido y limitado, concibieron la manera de crear un centro en la intersección del *decumanus* y el *cardo* para, más tarde, crear centros análogos en cada barrio repitiendo ese mismo cruce de ejes principales. Los norteamericanos tendieron en cambio cada vez más a eliminar el centro público, como puede verse en los planos del Chicago de 1833 y de San Francisco de 1849 y 1856 en los que, en medio de millares de bloques de edificios proyectados, tan sólo aparecían unos pocos y reducidos espacios públicos. Aun cuando se manifestaba el deseo de contar con

un centro, no era fácil deducir donde se establecerían los lugares públicos y de qué modo funcionarían en ciudades concebidas como un mapa de infinitos rectángulos de suelo. Los espacios cívicos humanos creados por Penn y Holme en la Filadelfia colonial o, en el polo opuesto, los cuadrados del brutal mercado de esclavos de la Savannah anterior a la guerra de Secesión (ambos, espacios manejables para la vida organizada de la colectividad), acabarán perdiendo su condición de modelos en cuanto se inició la era del desarrollo urbano con las enormes inversiones que serán necesarias.

Es cierto que en las cuadrículas de Estados Unidos se observa una clara intensificación de valor en las intersecciones como es el caso de las zonas residenciales del Manhattan moderno con sus edificios elevados en las esquinas, mientras se mantiene una edificación baja en el centro de la manzana. Pero incluso esta pauta, cuando se repite una y otra vez, pierde esa capacidad de “crear imagen” que buscaba el humanista Kevin Lynch, es decir, la capacidad de designar la índole de un lugar específico y su relación con el resto de la ciudad.

Las cuadrículas más notables así creadas puede que sean los asentamientos meridionales de Estados Unidos de América en las ciudades que progresaron bajo la dominación o la influencia de España. El 3 de Julio de 1573, Felipe II promulgó una serie de ordenanzas sobre la creación de ciudades en sus tierras del Nuevo Mundo conocidas como las Leyes de Indias en las que se disponía, entre otras cosas, la formación simétrica de las ciudades a partir de su centro: “Se haga la planta del lugar repartiéndola por sus plazas, calles y solares a cordel y regla, comenzando desde la plaza mayor, y desde allí sacando las calles a las puertas y caminos principales, y dejando suficiente espacio libre para que aun cuando crezca la ciudad pueda extenderse siempre en forma simétrica”.

Estas ordenanzas estuvieron tres siglos en vigor y se aplicarán por primera vez, en 1565, en San Agustín, Florida, en lo que concierne al actual territorio norteamericano. En 1781, el plan inicial de Los Angeles habría sido familiar a Felipe II como lo habría sido también, por lo demás, a Julio César. Con la llegada de los ferrocarriles y la inversión de cuantiosos capitales, en las ciudades norteamericanas de influencia hispánica quedan sin vigor los principios enunciados en las Leyes de Indias. El cuadrado deja de tener un centro y ya no será el punto de referencia de la generación de nuevos espacios urbanos. La cuadrícula desaparece a medida que se repite hasta el infinito, una manzana tras otra, como ocurrirá en 1875 con el plano de Santa Mónica (nueva fracción de Los Angeles) y, una generación más tarde, al hacerse realidad la “nueva ciudad de Los Angeles”. Estos procesos geográficos inherentes a la cuadrícula tuvieron su culminación en el siglo xx, incluso cuando el desarrollo urbano adopta la forma de millares de casas dispuestas a lo



largo de calles construidas como meandros arbitrarios y que podrían ser tomados por “Sendero de sauces” o “Viejos caminos de postas” o cuando se crean parques industriales, bloques de oficinas y centros comerciales pegados a las autopistas. En el desarrollo de la megalópolis moderna es más razonable hablar de “nudos” urbanos que de centros y suburbios. La vaguedad de la palabra “nudo” indica que ya no es posible designar un valor

DOSSIER

Ciudades: orígenes, esplendor y decadencia



ambiental, mientras que el “centro” está cargado de significados históricos y visuales, por lo que el “nudo” es algo amorfo.

Esta pauta norteamericana se concebirá de un modo u otro en la configuración extrema a que tienden otras formas de nuevo desarrollo urbano; se crean así asentamientos similares en Italia, Francia, Israel y en la Unión Soviética del otro lado de los Urales. En todos estos proyectos falta la lógica de los límites y la forma definida dentro de los mismos; los edificios amorfos se traducen en la creación de lugares sin carácter. No es la cuadrícula la “causa” específica de esta falta de carácter, ya que la neutralidad persiste aunque se haya abandonado la pauta de ciudad interminable de líneas regulares por el diseño de zonas residenciales sinuosas, centros comerciales y grupos de oficinas o fábricas. Pero la historia reciente de la cuadrícula pone de manifiesto lo que cabría describir como fealdad y que subyace en la falta de carácter; tanto al crear un medio ambiente como al desarrollar una vida, la neutralidad es muchas veces el instrumento de una agresión pasiva. Una ciudad opaca es, al igual que una vida rutinaria, una manera de rechazar la idea de que también y en última instancia hay otras personas, como también otras necesidades, que no dejan de tener importancia.

En abril de 1791, Pierre Charles l’Enfant,

que libraba un combate denodado contra el proyecto de Thomas Jefferson de aplicar una cuadrícula rígida al diseño de la nueva capital, escribía al presidente Washington: “Los planes regulares... resultan en última instancia fatigosos e insípidos; en su origen, la cuadrícula no ha sido más que el producto de una imaginación fría carente de sensibilidad ante la verdadera belleza y la auténtica grandeza”.

La capital debe reflejar el poder simbólico. Para l’Enfant, la regularidad de la cuadrícula carece de tal reflejo y no es más que un espacio neutro con el sentido de vacío. El siglo siguiente al de l’Enfant demostraría, empero, que esos medios neutrales eran espacios perfectos para poner al orden del día la negación de la diferencia.

Los urbanistas norteamericanos se valieron del plano cuadrículado para rechazar incluso las irregularidades elementales de la geografía. En Chicago, como también en otras ciudades, la cuadrícula se aplicó a un suelo irregular; los bloques suprimían el medio natural y se extendían implacablemente y con toda indiferencia a las colinas, ríos y bosques que encontraban a su paso. Había que nivelar los accidentes naturales y drenar las aguas; había que ignorar los obstáculos que la naturaleza ponía a la cuadrícula y el curso irregular de los ríos y lagos, ya que los planificadores de las ciudades de la frontera parecían no aceptar la existencia de todo cuanto no pudiera ser sometido a una geometría tan mecánica como tiránica. A veces la imposición implacable de la cuadrícula suponía la supresión voluntaria de toda facultad lógica. En Chicago, la aplicación de la cuadrícula ha creado inmensos problemas al cauce del río que atraviesa el centro de la ciudad; las líneas de la calle se detienen abruptamente en una orilla y prosiguen imperturbables por la otra, como si los extremos estuvieran unidos por puentes invisibles. En 1797, un visitante de la flamante ciudad de Cincinnati observaba

la “inconveniencia” de aplicar la cuadrícula a tales topografías fluviales, y añadía: “De haber trazado una de sus calles principales frente al río y otra en la siguiente cresta del terreno... la población presentaría una faz noble al contemplarla desde el río”. Se dio a Cincinnati un nombre antiguo sin ser una ciudad griega: esos planes urbanos impuestos de manera arbitraria a la tierra lo que han hecho ha sido establecer una relación interactiva y de apoyo en la misma.

A pesar de que Nueva York es una de las ciudades más antiguas de la América del Norte, los que se ocuparon de su planificación en el apogeo del capitalismo la trataron como si fuera una ciudad de la frontera, un lugar en el que el medio físico debía contemplarse como enemigo. En 1811, y de un solo golpe, los planificadores impusieron la cuadrícula a la isla de Manhattan desde Canal Street, al borde del asentamiento más denso, hasta la calle 155 y luego, en 1870, en un segundo impulso, hasta la extremidad septentrional. En Brooklyn, al Este del antiguo puerto, el plan cuadrículado se impuso de manera más gradual. Fuera por miedo o simplemente por codicia, los pobladores de la frontera trataron a los indios como parte del paisaje y no como a seres humanos. En la frontera no había nada, era un vacío que habría que colmar. Ni en Nueva York ni en Illinois los planificadores podían concebir que existiera vida fuera de la cuadrícula. Consideraron que las aldeas y villorrios del Manhattan del siglo XIX tenían que ser sencillamente absorbidos a medida que la cuadrícula de papel se convertía en realidad edificable. En ese proceso, el plan no sufriría ninguna modificación, aun cuando una disposición más flexible de las calles hubiera sacado mejor partido de la colina y se hubiera adaptado mejor a los caprichos de la capa hídrica de Manhattan. De manera inexorable, el crecimiento urbano llevado a cabo con arreglo a la cuadrícula acabaría arrasando todos los asentamientos que encon-

traba a su paso. En esa época del neoclásico, los planificadores del siglo XIX podrían haber edificado como los romanos o como, más cercano, William Penn trazando las plazas y fijando el lugar que debían ocupar las iglesias, las escuelas y los mercados. Se disponía del suelo para ello, pero los planificadores del siglo XIX no concebían las cosas de ese modo. El desarrollo económico y la concienciación ambiental iban inseparablemente unidos a esa concepción negativa de lo neutral. Los ediles de Nueva York declararon que “las casas construidas en ángulo recto eran más baratas y más cómodas para vivir” (Bridges, 1811: 25). Lo que no se expresa aquí es la idea de que las unidades uniformes del suelo son también más fáciles de vender. Esa relación entre cuadrícula y economía capitalista tendrá en Lewis Mumford su máxima expresión al decir: “...el capitalismo renaciente del siglo XVII trató la parcela individual, la manzana, la calle y la avenida como unidades abstractas de compra y venta, sin el menor respeto por los usos y costumbres tradicionales, por las condiciones topográficas o por las necesidades sociales” (Mumford, 1961: 421).

En la historia de Nueva York del siglo XIX se trataba de algo realmente más complejo, dado que la cuestión económica de la venta del suelo era muy distinta según se tratara del Nueva York de 1870 o del de 1811. A comienzos de siglo, la ciudad era un racimo de edificios construidos en un yermo y el suelo que se ponía en venta era un espacio vacío. A partir de la Guerra de Secesión ese suelo se ocupó con suma facilidad. Sacar provecho de la venta del suelo en tales condiciones suponía conocer muy bien los códigos sociales y saber adónde iría a vivir la gente, por dónde pasarían los medios de transporte y dónde se ubicarían las fábricas. El examen del mapa que consta de una serie de manzanas idénticas no permite responder a muchos de los interrogantes. La cuadrícula no constituía sino un diseño urbano racional

DOSSIER

Ciudades: orígenes, esplendor y decadencia

en sentido abstracto y cartesiano. Así, al igual que sucedió con la historia de las inversiones ferroviarias e industriales, la historia económica de la cuadrícula en su período tardío registra tanto inversiones desastrosas como ganancias colosales. Los que querían sacar pingües beneficios de un ambiente neutral compartían la misma imagen vacía de la cuadrícula con los que, al igual que l'Enfant, la detestaban.

Negación del significado

Cuando los norteamericanos de la época del apogeo del capitalismo pensaron en un sucedáneo para la cuadrícula lo que hacían era pensar en algún alivio de carácter bucólico, en parques arbolados y paseos, en lugar de imaginar calles, plazas, o centros más interesantes donde se sintiera latir la vida ajetreada de la urbe. La construcción del Central Park en Nueva York puede ser el ejemplo más aciago de esta concepción, el de un vacío natural cuidadosamente diseñado como centro urbano a la expectativa de que los agradables terrenos cultivados que lo circundan (ya en sí el escenario más bucólico y placentero que el habitante de la ciudad podía imaginar a tan poca distancia de su hogar) serían arrasados con la intromisión de la cuadrícula.

Los diseñadores Olmsted y Vaux deseaban disipar toda idea según la cual Central Park estaba situado en el corazón de una metrópolis dinámica, idea que se podía tener, por ejemplo, al oír o ver el tráfico que la atravesaba. Los diseñadores norteamericanos procedieron a la inversa del Bois de Boulogne, que consiguieron hacer que resulte placentera la travesía del mismo incluso para los que tenían que hacerlo por obligación. Olmsted y Vaux escamotearon al público las vías de acceso y confinaron el tráfico a carreteras trazadas a un nivel inferior al del parque. Según ellos esas carreteras debían estar “...sumergidas a nivel inferior al del parque.... bordeadas por muros de unos 2

metros de altura... Una hábil disposición de plantas en la cumbre o las laderas ocultarán casi por completo la carretera y los vehículos que la recorran de la vista de las personas que se pasean por el parque” (Olmstead, 1928). Es fácil comprobar esa doble negación. Se construye como se haría en el desierto y, en oposición al mundo del constructor, se actúa como si no se viviera en una ciudad.

Ese rechazo de lo que significa la ciudad norteamericana se origina específicamente en el continente y proviene de la impresión visceral que todos los viajeros, extranjeros y autóctonos, tienen del paisaje natural. Ese mundo natural había sido en su origen inmenso, abierto e ilimitado. La impresión de un mundo ilimitado es algo evidente cuando, por ejemplo, se compara una composición pictórica norteamericana, la “Vista del Hudson cerca de West Point”, de John Kensatt, 1863, con la “Vista de Volterra” de Corot, 1838, dos lienzos ordenados con arreglo a unos principios análogos. En el cuadro de Kensatt puede contemplarse un espacio ilimitado en el que la visión desborda el marco y el ojo puede desplazarse sin ningún obstáculo. Las rocas, los árboles y la gente que figuran en el cuadro carecen de substancia al haber sido absorbidos por la inmensidad. En el cuadro de Corot, en cambio, sentimos la presencia viva de cosas específicas que aparecen en una visión limitada; para citar las palabras de un crítico, “una arquitectura sólida de rocas y follaje permite medir la profundidad del espacio” (McCoubrey, 1963: 29). Para dominar la amplitud americana parecía que sólo podría recurrirse a la imposición más arbitraria, la de una cuadrícula interminable. Pero ese esfuerzo voluntario provoca la reacción contraria: la arbitrariedad perjudica al objeto dominado, la cuadrícula priva al espacio de todo su sentido y nos encontramos con un Olmsted en busca del método que le permita recuperar el valor de la naturaleza, sólo en apariencia liberada de la presencia visible del ser humano.

En el siglo XIX la cuadrícula se aplica en sentido horizontal; en el siglo XX lo es en sentido vertical. El rascacielos y su neutralidad trascienden el escenario norteamericano. En las ciudades de rascacielos (Hong Kong o Nueva York) no es posible pensar que los segmentos que se apilan en sentido vertical a partir de la calle tengan un orden intrínseco como lo tenía la intersección del *cardo* y el *decumanus*. No es posible indicar una actividad que deba realizarse precisamente en el sexto piso del inmueble. Tampoco es posible establecer una relación visual entre el sexto y el séptimo piso por oposición al vigésimoquinto. La cuadrícula vertical carece de las definiciones correspondientes a un cierre y una ubicación significante. Y, no obstante ello, los historiadores nos dicen que la historia nunca se repite.

Cuando las casas, hogares familiares, se construyen como cuadrículas verticales comprenden que han cometido un error. Es cierto que en Estados Unidos existía en el siglo XIX la costumbre de que las familias utilizaran los hoteles como residencias semipermanentes. Las familias ocupaban un hotel tras otro; los niños jugaban a veces por los corredores y las familias cenaban en el comedor en compañía de viajantes de comercio, forasteros y mujeres poco recomendables. De manera más general, los planificadores llegaron a considerar que el inmueble de pisos era también una cuadrícula vertical de índole intrínsecamente neutral. El diario de Nueva York *The Independent* sostenía en un editorial de 1902 concepciones análogas a las expresadas en Inglaterra por el movimiento de las ciudades-jardín y que en Francia y Alemania fueron atributo de los planificadores socialistas interesados por los ideales comunitarios según los cuales los grandes inmuebles de pisos destruyen “el sentimiento de vecindad, la ayuda mutua, las relaciones de parroquia y los intereses comunes que son el fundamento del orgullo y del deber cívico”. En Nueva York este crite-



rio quedará codificado en la Ley de edificios de viviendas múltiples de 1911 en la que se consideraba que todas las viviendas de pisos cumplían una función social análoga a la de los hoteles; la falta de fundamentos en que se basa un hogar se vinculará en 1929, en una de las primeras obras consagradas a la arquitectura de las viviendas de pisos a “...esos edificios de 6, 9 ó 15 plantas en los que cada piso es idéntico a todos los demás, por lo que no hay nada que sea prácticamente individual” (citado por Hancock, 1980: 181). El rascacielos no tiene cabida en el suelo de Ruskin. El sentido común nos dice que el cambio interviene cuando uno percibe que algo anda mal y toma medidas para corregirlo. Pero una versión más realista nos dice que se actúa a medida que se descubre el mal. Se sabe que lo que se hace mal, pero se sigue obrando de tal modo que éste se produzca para ver si lo que se piensa o percibe es real. En nuestra época esto es lo que hacen los que construyen cuadrículas verticales para las familias. Inquietos por la posibilidad de que en espacios tan neutros e impersonales puedan perderse los valores de la familia, los arquitectos y planificadores de la década de 1930 (por ejemplo, Robert Moses) empiezan a edificar en Nueva York los grandes proyectos de viviendas que acabarán materializando esa posibilidad. Puede ser que los protagonistas del cuento no sean unos malvados y que el sueño de la vivienda sea una utopía reformista que tiene su origen en el siglo XIX y consiste en edificar

Plan of the City of Washington, L'Enfant (1792)

DOSSIER

Ciudades: orígenes, esplendor y decadencia

Revista del Centro Cultural Universitario **Aquelarre**

viviendas saludables y numerosas para los trabajadores. Pero el vocabulario visual del edificio trasunta un conjunto de valores diferentes que transforma las viejas ideas acerca del espacio ilimitado en nuevas formas de rechazo. Consideremos, por ejemplo, las viviendas destinadas a personas de escasos recursos construidas en Harlem a lo largo del Park Avenue y diseñadas con arreglo a los principios de la cuadrícula amorfa y sin límites. El espacio ha sido aplanado y quedan pocos árboles. Los pequeños espacios de césped están protegidos por pequeñas cercas metálicas. Estas viviendas presentan una baja tasa de criminalidad, pero sus habitantes se quejan de que constituye un medio hostil para el desarrollo de la vida familiar. La hostilidad está incorporada en su propia funcionalidad. Los edificios niegan la idea de que ese lugar tenga algún valor. En ese sentido cabe decir que son urbanizaciones construidas por espacios pasivo-agresivos.

Es extraño percibir como se expresa este rechazo en los bares situados en las cercanías de esas viviendas de Harlem. (En el conjunto de torres no hay ningún lugar para beber en público.) Es extraño porque el lenguaje sociable es extremadamente fragmentado. Al principio pensé que esa fragmentación respondía a mi presencia, pero pronto comprendí que en esos bares la gente deja muy pronto de prestar atención a un blanco calvo y distraído que acaba siendo vagamente familiar. Se trata de bares familiares en los que el servicio y los porteros se reúnen a beber cerveza (los lugares más animados están destinados a los que viven a la sombra del hampa). Estos bares de Park Avenue carecen de mostrador y consisten tan sólo en una sala con mesas. En ellos es como si el tiempo se hubiera detenido. El día flota en el polvo que levantan los vagones al salir de un túnel próximo a los edificios. De noche en el bar hay un aparato de televisión encendido pero sin sonido y se oyen las sirenas de los vehículos policiales. En

verano gira un ventilador. Tal es el marco de las conversaciones y llegué a entender que esas gotas de sonido eran suficientes para crear la conciencia de una presencia, una indicación mínima de que allí había vida. Las palabras me conmovieron más que algún discurso político inflamado, por ser la expresión de un deseo de crear un lugar donde importara hablar, aunque no fuera más que un espacio someramente equipado con sillas desaparejadas y mesas de plástico que la gente llama su bar. Esta construcción se oponía a los lugares funcionales y neutros que se le asignaron, aunque para ellos no representaran nada. En materia de control social el espacio neutro aparece como la gran diferencia entre la planificación europea del siglo XIX y las distribuciones más modernas manifestadas en sentido horizontal en el Estados Unidos del siglo XIX y ahora con todo el mundo con forma de rascacielos. El barón Haussman se encargó de la remodelación de París en la época en que era diseñado Central Park. Haussman se encontró con una ciudad milenaria y congestionada, cuyas calles tortuosas eran a su juicio pasto de enfermedades, crímenes y revoluciones. Frente a tales peligros imaginó los distintos modos tradicionales de represión. La apertura de avenidas rectas en el corazón de un París congestionado permitiría respirar mejor a la gente y desplazar más rápidamente a la policía y a la tropa. Sin embargo, las grandes avenidas de la era haussmaniana debían estar bordeadas por edificios de viviendas y comercios elegantes, de modo que los burgueses ocuparan los barrios que antes habían ocupado los obreros: esperaba que la vida económica de los trabajadores se centraría en la prestación de servicios a los burgueses que dominaban el barrio. Se trataba de una suerte de colonización de clase en el interior de la ciudad. Al mismo tiempo que abría a la ciudad al transporte de masas y a una circulación rápida, esperaba que las clases trabajadoras adquirirían una mayor dependencia local. Esta paradoja puede ser

reveladora de la contradicción que acucia siempre a la burguesía: el deseo de progreso y de orden. Haussman mezcló los vecindarios y se diversificó su población en nombre del restablecimiento de los vínculos locales, como si los profesionales y los hombres de negocios respetables pudieran convertirse en una nueva clase de terratenientes. Se propuso crear un París de clientes constantes y exigentes, de porteros espías y de un millar de oficios humildes.

El urbanismo norteamericano en su período de florecimiento recorrió un camino distinto consistente en reprimir la definición manifiesta del espacio significativo en el que tendrían lugar la dominación y la dependencia. Prescindió de la forma haussmaniana de la vivienda de pisos con su patio de artesanos, creando en cambio, un desarrollo horizontal y vertical que es la forma más moderna y abstracta de la extensión. Al crear sus ciudades de cuadrícula, los norteamericanos procedieron del mismo modo que en su relación con los indios, es decir, que borraron la presencia de lo que les era ajeno en vez de colonizarlo. El control no se estableció mediante la jerarquización del lugar, sino mediante la afirmación de su neutralidad.

Negación de la diferencia

Evitar y negar son dos formas afines de suprimir las diferencias. La primera reconoce la existencia de la complejidad, aunque procura huir de la misma. La segunda lo que hace es sencillamente abolir su existencia. En las ciudades norteamericanas las viviendas son lugares de retiro: las cuadrículas, lugares de rechazo. Los mejores observadores extranjeros del Estados Unidos del siglo XIX comprendieron esa conjunción de alejamiento y rechazo.

Tocqueville formaba parte de una familia que, junto con otros aristócratas, se negaban a participar en el nuevo régimen y practicaba



Washington Mall, L'Enfant

una emigración interna. Alexis de Tocqueville decidió hacer su famoso viaje a América para eludir las dificultades inherentes al hecho de haber prestado lealtad al régimen. Desde sus primeros días en Nueva York vio con toda claridad lo que iba a explicar.

En esa época el extranjero llegaba por lo general a Nueva York desde el sur. Al acercarse al puerto podía contemplar un bosque de mástiles y una multitud que se afanaba en las oficinas, casas, escuelas, iglesias. Esta escena evocaba otras imágenes de prosperidad mercantil con las que se había familiarizado en Amberes o Londres. Tocqueville llegó a Nueva York desde el norte, cruzando el estrecho de Long Island. Las primeras vistas de Manhattan le hicieron ver los prados bucólicos que invadían la isla en 1831, ya que entonces su parte septentrional la constituían unos pocos villorrios dispersos en tierras labrantías. En el centro de ese paisaje natural experimentó la gran emoción de contemplar una metrópolis que se le apareció como una erupción súbita. Sintió el entusiasmo del europeo que al llegar a América se imagina asentado en ese paisaje intacto en contacto con una población que tiene de sencilla y placentera tanto como los europeos tienen de rancieros y complejos. Pasado ese raptó de entusiasmo juvenil, Nueva York empezará a inquietarle, tal como escribió más tarde a su madre. Nadie parecía tomar en serio el lugar en que se vivía ni se preocupaba por los edificios que constituían el marco de su ajeteo cotidiano; para sus habitantes, la

DOSSIER

Ciudades: orígenes, esplendor y decadencia

ciudad no era más que un complicado dispositivo de oficinas, almacenes y cantinas por el que transcurrían sus actividades.

A lo largo de su viaje, Tocqueville no dejará de asombrarse por el carácter blando e insulso de las poblaciones americanas. Las viviendas parecían decorados más que edificios destinados a durar: el centro no ostentaba ninguna permanencia. Esa escena física tenía consecuencias políticas. En ausencia de cualquier limitación física, la gente sentía que podía obrar a su antojo, y eso fue a menos lo que expresó Tocqueville en el primer tomo de *La democracia* escrito al calor de sus impresiones de viaje y publicado en 1834.

En este primer volumen el joven escritor reflexiona sobre el carácter blando e insulso de América, ya que sigue siendo en gran medida prisionero de su propio pasado. Las masas americanas disfrutaban de la igualdad y son a sus ojos idénticas a esas turbas de la gran revolución que causaron la misma impresión a sus nobles padres. La masa, la mayoría, es un órgano activo que aplasta las voces discordantes y que no toleraba expresiones contrarias a su voluntad, imponiéndose a la minoría: “No conozco ningún país en el que, de manera general, se haga gala de una independencia de espíritu y se goce de menos libertad auténtica de discusión que en los Estados Unidos... En América la mayoría erige barreras inexpugnables en torno al pensamiento. Dentro de los límites asignados, el escritor es libre, pero ¡ay de él si osa trascenderlos!... Terminará cediendo bajo el peso del esfuerzo cotidiano y quedará silencioso, como avergonzado de haber dicho la verdad” (Tocqueville, 1961, tomo 1: 266).

La ciudad contribuye a suscitar la pasión de las masas, tal como observaba Tocqueville en América: “La clase baja que vive en estas grandes ciudades constituye una chusma aún más peligrosa que en Europa... Comprende

también una multitud de europeos que el infortunio y la mala conducta han arrojado a las playas del nuevo mundo, hombres que sólo traen a Estados Unidos nuestros mayores vicios”.

Y, como sola respuesta a las turbas, las fuerzas del orden construyen con madera. La blandura del medio urbano norteamericano no era un gran obstáculo al imperio de las turbas. Nada había en el exterior, ni piedras históricas ni formas rituales, que pudiera contener o disciplinar las turbas.

El segundo tomo de *La democracia en América* fue escrito cuando Tocqueville había vivido ya algunos años bajo el nuevo régimen en Francia. Se publicó en 1840 y en él se brinda una visión diferente que corresponde perfectamente a nuestro tema. El autor estaba de regreso en su propia sociedad, y ésta, durante el reinado de Luis Felipe, había adoptado como divisa: “¡Enriqueceos!”. Comprobó que toda una generación se apartaba de ese mundo cínico y arribista. Fue testigo de la emigración interna de sus amigos de infancia; se trataba de una generación deprimida, desilusionada, más replegada en sí que sarcástica. Esa depresión hizo que se planteara de nuevo su propio pasado.

Tamizó sus recuerdos de América a través del prisma presente. América apareció a sus ojos como precursora del nuevo peligro que amenazaba a la sociedad europea; la sociedad con que se encuentra a su regreso a Europa padecía males más actuales que los causados por las turbas sólo contenida por edificios de madera. En sus notas de viaje Tocqueville había consignado que todos los lugares de América eran parecidos; la economía local, el clima y hasta la topografía parecían influir muy poco en el aspecto de la ciudad. Al principio se había explicado esa homogeneidad urbana como el resultado de una explotación comercial desenfrenada. Ahora optaba por

una visión más trágica. La fisonomía neutral del medio urbano era la que imponía la gente, ya que esto era lo que ansiaba para sí mismo. El famoso individuo norteamericano, lejos de ser un aventurero, era con frecuencia un hombre o una mujer cuyo círculo real no trascendía el de su familia y sus amigos. Fuera de ese círculo el individuo carecía de grandes intereses y energía. El norteamericano era un ser pasivo y el espacio monótono era lo que una sociedad pasiva quiere para sí misma.

Tocqueville encaja en nuestro estudio de tal manera que llega a concebir el rechazo y el aislamiento como algo complementario. Una sociedad pasiva tomará las medidas oportunas para neutralizar, es decir, atenuar las asperezas. El que mitiga la discordia por medio de la tolerancia y la comprensión (caso de Norman Mailer con los *graffiti*) adopta de forma moderna la posición descrita por Tocqueville. En el espacio, el centro comercial, la repetición hasta el infinito de rascacielos de vidrio y acero, la cinta de cemento de la autopista, la repetición de almacenes idénticos en los que se venden las mismas mercancías en una ciudad tras otra, el reino del buen gusto discreto y moderado o los perfeccionamientos técnicos a los que en Nueva Cork se les da el nombre de “eurotrash”, todo ello son signos modernos que corresponden a la visión de Tocqueville. Un medio ambiente blando vuelve a dar seguridad a la gente para que crea que “afuera” no ocurre nada perturbador ni exigente. La neutralidad sirve para legitimar el alejamiento.

Tocqueville fue el primero en interrogarse sobre la sociedad de masas y en ese sentido precursor de Ortega y Gasset, Huxley y Orwell. Condenó la neutralidad por considerarla un signo invisible de cansado conformismo más que de la voluntad de la masa: “Lo que reprocho a la igualdad no es que lleve a los hombres por la senda de los placeres prohibidos, sino que los absorba por completo en

esa búsqueda de placeres permitidos. Con ello podría llegar a establecerse en el mundo una especie de materialismo honesto que no corrompería a las almas, sino que las debilitaría y acabaría por aniquilar silenciosamente todos sus resortes” (Tocqueville, 1961, tomo 2: 138-139).

Ahora bien, al contemplar el cansancio de su propia generación, cada vez más pasiva y cuyo rostro se volvía cada vez más blando, llegó a una nueva conclusión. En realidad, la psicología propia del aristócrata hace que esté mucho más cerca del individualista norteamericano de lo que podrían creer los europeos. Tanto el aristócrata como el norteamericano viven aislados y sufren de ese aislamiento. A juicio de Tocqueville, cuando una persona consigue neutralizar lo exterior y se repliega en sí misma experimenta una pérdida de su propio control. La guerra, las catástrofes económicas, la violencia delictiva, son siempre experiencias en las que se acaba perdiendo el control. La neutralidad tiene un carácter diferente, más insidioso. En términos físicos es una falta de estímulos y, en términos de conducta una ausencia de experiencia exigente. Cuando falta el estímulo o la exigencia la persona empieza a sentirse desorientada y acaba por experimentar una disgregación interior. En la debilidad no cabe hablar de coherencia.

En Nueva York hay bares por todas partes, bares en los que se acostumbra a beber mucho y bares en que la bebida no es más que un complemento, como el bar del Museo de Arte Moderno. Hay bares en las discotecas, los bancos y los burdeles, y también bares improvisados en los barrios de viviendas. Los grandes bares están en los hoteles: el Oak Bar del Plaza o el bar del Algonquin, bien decorados, con amplios asientos confortables. Se asemejan a los clubes, pero no tienen su atmósfera silenciosa. En un gran bar hay que gritar para hacerse oír, pero Nueva York carece de ese tipo de bares. Todos tienen un

carácter decididamente neutral, sobre todo en los centros del poder, como sucede con el bar del Hotel Pierre, en la Quinta Avenida, justo donde comienza Central Park. El contraste físico entre este bar y el situado en Harlem es tan notable que no parecen tener nada en común. El carácter del bar del hotel Pierre es discreto, con sus amplias mesas, sus flores y su luz tamizada; las personas lo frecuentan para hacer negocios sin que parezca que los hacen, lo que es visible a través de detalles como éste: cuando la gente se reconoce, no se acerca a la mesa del otro, sino que, a lo sumo, hace un pequeño gesto de reconocimiento. En el Pierre las bebidas sólo sirven para cubrir las apariencias. Las personas pueden pasarse horas enteras sin tocar su vaso y los camareros tienen la costumbre de no molestarlas.

La atmósfera es tensa, dado que cada uno presta suma atención a los demás. El bar del Pierre tiene la neutralidad del tablero de ajedrez: una cuadrícula de desafío. Pero en este centro de poder, con todos estos hombres que llevan trajes caros y discretos, que se hunden en sus asientos de cuero, la atmósfera parece estar más cargada de miedo que de afán mercantil. Estos hombres temen mostrar su juego. La palabra control, que carece de sentido en el bar de Harlem, es aquí sinónimo de angustia. Hay que estar muy atentos a que las cosas no se desintegren.

Para el habitante común de Nueva York, la realidad de estos temores debe de seguir siendo un misterio; lo único que tienen que saber es que los negocios se realizan en un ambiente neutral de estilo inglés o con muebles modernos y cuya blandura no distrae a los jugadores de sus angustias.

Esta escena del bar Pierre no parece ajustarse a la visión de Tocqueville. Nuestro autor imaginó una sociedad de masas constituida por personas iguales y que padecen las mismas vicisitudes que son el producto de

esa igualdad. La igualdad (en el sentido de neutralización del ambiente) les hace perder los carriles. A juicio de Tocqueville, esa falta de contención se manifiesta en “la inquietud por la muerte” de los norteamericanos, su incapacidad para tomarse la vida en serio y disfrutarla en el instante preciso. Estaban (y están) pensando siempre en moverse, en trasladarse a otros lugares que puede que sean idénticos. En la moderna Nueva York los males culturales consistentes en neutralizarlo todo o equipararlo son los de una sociedad que, no obstante, padece profundas desigualdades materiales. Al igual que San Agustín, Tocqueville nos enseñó a considerar seriamente la apariencia de las cosas. No existe coherencia en la blandura y lo mismo puede decirse del ansia por ganar dinero y del sufrimiento por la pobreza, aunque el fenómeno de la neutralidad no pueda ser el mismo para los ricos y los pobres.

Este enigma se podría formular en forma de interrogante: ¿Cómo se produce el rechazo cultural de la diferencia en una sociedad en la que son tan tajantes las diferencias sociales y económicas? El avezado hombre de negocios que hace una transacción en el Pierre no acepta que la consiguiente pérdida de miles de empleos forme parte de su realidad. Podemos entender que su ambiente discreto fortalece en él el deseo de proceder como si la única realidad consistiera en trazar números sobre un papel. Al igual que Tocqueville, Freud nos dice que la gente sufre por lo que rechaza. ¿Cómo puede nuestro hombre de negocios llegar a sufrir por el hecho de denegar la importancia de otras vidas? Se trata de un adulto realista que sabe que la justicia redistributiva rara vez alcanza a los ricos. Los ediles de Nueva York tampoco fueron castigados mientras vivieron y su labor fue considerada como un modelo de planificación progresista.

Puede que el lector se extrañe de que procedamos ahora a buscar en la historia de la

religión la explicación de la persistencia de esa tendencia a negar las diferencias en una sociedad en que son tan grandes las diferencias económicas, culturales y raciales. Cabe, no obstante, señalar que una de las funciones que sigue cumpliendo la religión en la vida moderna consiste en convencer a la gente de que puede rechazar las penas cotidianas si lo desea. Hubo una época en que la religión ofrecía a las personas un santuario concreto donde refugiarse; el sentimiento religioso latente en la actualidad ofrece un refugio menos material, pero más reconfortante, el de la afirmación de que nada de lo que es exterior es real, y que es posible disiparlo. No es ningún castigo divino que las personas que creen poder disipar la realidad externa acaben por divorciarse de esa realidad.

“La guerra civil que llevo dentro”

El espíritu divino del que se alimenta la convicción según la cual es posible disipar las diferencias se manifiesta del modo más prosaico. Hemos observado ya que, a diferencia de sus precedentes romanos, las cuadrículas norteamericanas son ilimitadas. La era que dio origen a las catedrales se interrogaba sobre si el ser humano podía tener un centro ya que no había límites. La definición de los límites del deseo y del conocimiento permitió que los seres humanos se colocaran en la cadena divina del ser según la jerarquía establecida por Dios; Santo Tomás de Aquino dijo que debemos asumir el lugar que nos corresponde en la escala divina. Esta teología encerraba una lección psicológica: consciente de sus propios límites, el alma modesta se siente segura; en los Cuentos de Canterbury, Chaucer se refiere a la armonía del sacerdote con su propia identidad y con el mundo, en los términos siguientes: “Pese a ser santo y virtuosos no despreciaba a los pecadores ni se expresaba en términos de soberbia y se mostraba discreto y benévolo en sus enseñanzas” (Chaucer, 1971: 357/10).

A partir de este centro moral interno era posible construir una ciudad. Chaucer expresa literalmente el sentido del espacio al decir que las virtudes del sacerdote son las de un buen hombre de iglesia, es decir, las de la parroquia y no las del místico ambulante. Pero ¿qué ocurre con los consuelos de la fe cuando la humanidad ya no vive en un mundo limitado?

El problema del ser humano liberado de sus cadenas y artífice de su propia vida en una sociedad en expansión material y en constante mutación fue estudiado por el sociólogo Max Weber en su famosa obra sobre la ética protestante. A juicio de Weber los primeros protestantes consideraron la vida cotidiana de forma mucho más seria que sus predecesores católicos que la confinaron a lo imprevisto y lo caótico. Los protestantes contemplaron la vida de la calle como el lugar en que tiene sentido competir con los otros en aras de la propia estima. Pero este nuevo cristianismo no podrá permitirse disfrutar de lo que había ganado; temía que el placer lo corrompiera. Fue al mismo tiempo mundano y ascético, siendo agresivo cuando se trataba de ganar dinero, para rechazar acto seguido la posibilidad de utilizarlo para lograr bienestar o placer. En la imagen trazada por Weber de este nuevo hombre de negocios, lo más audaz es considerarlo como cristiano. En *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* escribe: “Habíamos visto ya que el ascetismo cristiano, después de huir del mundo hacia la soledad, había seguido gobernando ese mundo al que había renunciado a partir del monasterio y por medio de la Iglesia. Pero, por regla general,

imprimió en la vida cotidiana de su siglo su carácter natural y espontáneo. He aquí que, después de cerrar tras de sí la puerta del monasterio, se expande ahora por las plazas del mercado y trata de impregnar con su método de rutina de la existencia y llevar una vida

racional en este mundo, aunque de ningún modo es de este mundo ni para este mundo” (Weber, s/f).

Así fue como el cristianismo saldría a la calle dándose cita con sus verdades; la religión perdió su antigua certidumbre sobre la división que separa este mundo del otro. La gente podría acumular ganancias en este mundo y éstas incidirían en su vida en el otro. Así, por otra parte, la salvación o la condenación serán tanto más aleatorias cuanto más dependieran de los altibajos de la calle.

El título mismo del libro de Weber demostraba la relación que establecía entre la nueva valoración espiritual de la competencia y los orígenes del capitalismo moderno y acabó por expresar esta relación de manera imaginable: la competencia para adquirir bienes, inmemorial y universal en todas las sociedades, era ahora, además, la demostración de la virtud. Sin embargo, ese carácter sólo se imprimirá en la medida en que sólo siguiera siendo una demostración y no se plasmara en deseo irrefrenado de bienes de este mundo. El hedonista es voraz y a la vez carece de disciplina, por lo que puede no verse coronado por el éxito. La negación aparece así en la propia sociedad de competición al mismo tiempo que la desigualdad. Los que sean capaces de ocultarse a sus propios ojos tendrán muchas más posibilidades de triunfar.

La sutileza del análisis de Weber consiste en comprender que la negación es una experiencia de doble filo. La posibilidad de gratificarse inmediatamente se logra al precio de rechazar el valor real de la cosa. La persona que gana dinero no lo gasta, la retención (esos actos a los que damos ahora el nombre de gratificación diferida) neutraliza de manera radical el vínculo emotivo al neutralizar el valor de lo deseado. Es como si esa persona dijera: “lo que obtuve no valía el tiempo que perdí en conseguirlo”. La posibilidad de competir es

tanto mayor cuanto que se rechaza la realidad del bien por el que se compete.

Los protestantes de los primeros tiempos se lanzaron a la gratificación diferida en beneficio de Dios. Dios hacía de la competencia una virtud y de la negación de la realidad una realidad. Por desgracia, Dios es incognoscible y el pecado del ser humano es infinito. ¿En qué dosis había que combinar el éxito y la negación del mismo para mostrar que se es una buena persona digna de salvación? Al no ser posible responder a esta pregunta, la persona se verá impulsada a seguir adelante, a competir cada vez más y tener cada vez más éxitos, a diferir cada vez más la gratificación con la esperanza de que el futuro le daría esa respuesta que nunca llegaba. Las observaciones de Tocqueville acerca del temor de los norteamericanos, junto con su indiferencia al medio, es el resultado, a juicio de Weber, de esa mezcla religiosa tan fuertemente teñida de negación. Salvar y salvarse; negar el presente para hacerse acreedor del futuro; competir despiadadamente con los demás para probar el propio valor; rechazar lo concreto en aras de lo interior; vivir en un estado de incesante devenir. En este punto Weber se aproxima mucho más a Freud que a Marx, ya que su manera de entender la mecánica de la competencia capitalista le sirve para demostrar la tesis de Freud según la cual el ser humano es víctima de sus propias inhibiciones.

Poco antes de escribir *La ética protestante y el capitalismo*, Weber había viajado a estados Unidos en una época en que los Vanderbilt ofrecían fastuosos banquetes para 70 comensales. Esos capitalistas amantes del lujo le parecieron una anomalía. Los hombres de poder llegarían con el tiempo a protegerse y a no ostentar su riqueza. A nivel de la cultura tratarían de convertirse “en uno de tantos”, procurar no sobresalir. Seguirían, no obstante, siendo enemigos unos de otros. Es un rasgo de genio, Weber comprendió que los capita-

listas seguirían compitiendo mucho después de haber alcanzado la completa seguridad económica. El hombre que podía tratar a los demás como piezas de un tablero era un hombre que luchaba con sus propios demonios. Su perfil fue visible en el movimiento protestante cuando la conciencia del estado interno se convirtió en centro de la fe. En un nuevo avatar de esa inspiración genial, Weber llegó a comprender de qué manera una persona puede tratar de resolver una duda relativa a su valor interno mediante un ejercicio de poder en el que gane pero no disfrute con ello. Esta negación de sí es prueba de que goza de un carácter sólido, más fuerte que el de otros y lo suficientemente enérgico como para resistir a la tentación del deseo. Weber se pregunta qué intenta probar la persona que compite para probarse algo. Para poner de manifiesto en un ejemplo extremo el malestar que subyace en la competencia, examina la relación de la conciencia moral protestante con el mundo en el caso de los calvinistas y los protestantes puritanos que hallaron refugio en la América del siglo XVII. Al igual que Tocqueville considera que la forma de vida de ese núcleo humano en América se anticipó a la que adoptarían los europeos. A sus ojos los puritanos eran unos neuróticos heroicos, unos seres corroídos por la duda que luchaban denodadamente para probarse que tenían valor.

En cierto modo, los puritanos no se prestaban a su argumentación. Los lugares en que vivían habrían sido inmediatamente reconocidos por sus contemporáneos como típicas aldeas europeas con su núcleo de casas en torno de un prado y, más allá, las tierras labrantías hasta los límites del distrito. A finales del siglo XVII el diseño de esa aldea tradicional comienza a modificarse por motivos que seguirán vigentes 200 años. Después de establecerse el núcleo de la aldea, “en la división de la tierra, los recién llegados abandonaban el conservadurismo que había presidido el diseño de sus

calles. Para distribuir la inmensidad virgen no eran aplicables los métodos europeos de parcelamiento” (Garvan, 1951: 52). En el siglo XVIII esas aldeas de malla prieta se deshilaron a medida que los habitantes se fueron a vivir a las tierras que trabajaban.

Mientras duraron, estas aldeas prietas eran lugares de cooperación más que de competición. En el Pacto Eclesiástico de la aldea de Salem de 1689 se dice: “Hemos decidido con toda rectitud considerar cuál es nuestro deber y convertirlo en nuestra pena, reconocerlo como nuestra vergüenza y definir en qué medida no lo hemos cumplido y pedimos por ello perdón al evocar la Sangre del Pacto Permanente. Y, con el fin de respetar este Pacto y cuantas disposiciones inviolables establece para siempre, habida cuenta de que nada podemos nosotros mismos, imploramos humildemente la ayuda y la gracia de nuestro mediador” (reproducido en Rice, 1874).

En este Pacto se acepta de manera explícita la consubstancialidad del malestar interno y de la cooperación mutua. La “neutralidad”, la “indiferencia para con los demás”, no dejan de ser expresiones vanas en estas poblaciones; las diminutas aldeas de Nueva Inglaterra no parecía al principio que iban a ser el ambiente propicio para el rechazo social de la ética protestante.

Sin embargo, sus habitantes llegaron a vivir el drama de la negación a través de la neutralidad, y vivirían y padecerían en grado heroico a causa del mismo. El puritano se imaginaba que debía alejarse del mundo en que había nacido a causa del malestar de la guerra que se libraba en su interior. Su salvación o su condenación estaban predestinadas por Dios, y Dios con un toque de su divino Instrumento, había decretado la imposibilidad de que el puritano supiera si sería salvado o condenado. Estaba obligado, en palabras del puritano norteamericano Cotton Mather, “a predicar las riquezas de Cristo que

no es posible buscar”, pero era demasiado humano, era un hombre que quería conocer su destino y buscaba las pruebas (citado en Silverman, 1985: 24). No tenía el poder de controlar las tentaciones ni los pecados cotidianos del mundo; carecía incluso del alivio católico de la absolución de sus pecados. No le era posible tener un conocimiento definitivo, y tampoco obtener la absolución. Su Dios se asemejaba a una fortuna sádica. La conciencia moral y el dolor se convertían así en sus compañeros inseparables.

Puede que la expresión más gráfica de este conflicto interno sean los versos que George Goodwin escribió a principios del siglo XVII: “Canto mi propio ser; mis guerras civiles internas;/Mis victorias y derrotas cotidianas;/ El duelo constante, la lucha incesante,/La guerra interminable que durará tanto como mi propia vida”.

Para escapar a ese sufrimiento el puritano fue tentado por la inmensidad virgen, por ese vacío que no le impondrá exigencias seductoras y con la visión por remota que fuera de llegar a controlar su vida. El padre de Cotton Mather, Increase Mather, perteneciente a la primera generación de puritanos inmigrantes, escribió en la página inicial de su diario: “Espero la llamada de tierras desconocidas donde viviré hasta el término de mi vida y de mis lágrimas” (Mather, 1961: 352).

Los primeros norteamericanos eran seres torturados. Cuando se habla de los “primeros colonizadores” o de los “aventureros ingleses” no se llega a expresar ninguno de los motivos que empujaban a la gente a emprender un viaje peligroso y a instalarse en parajes desolados o infestados de mosquitos. Los puritanos fueron los primeros norteamericanos que sintieron la doble necesidad de alejarse de todo y de controlar su vida, dualidad que implicaba huir de los demás en nombre del autodomínio.

Las iglesias construidas en el centro de los poblados tradicionales de Europa señalaban claramente donde había que buscar a Dios. El centro define un espacio de reconocimiento. Dios es legible: está en el interior, en el santuario y en el alma. En el exterior sólo hay riesgos, desórdenes y crueldades. El interior puritano no era legible, era el sustento de un combate, una conciencia en conflicto consigo mismo; la terrible lucha por encontrarse se agravaría cuando los otros, es decir, el exterior, otras confusiones, hicieran su aparición. El español llegaba al Nuevo Mundo como un amo; la conversión y la conquista eran una sola cosa; llegaba su condición de católico. El puritano venía a un refugio; la conversión era un deber y la conquista una necesidad de supervivencia, aunque ni una ni otra eran el verdadero motivo de su viaje. El lugar al que llegaba tenía que ser contemplado como una tela blanca en la que podía desplegarse esa doble compulsión; recomenzar en un sitio nuevo y lograr así un mayor dominio de sí.

Con frecuencia, quienes se habían embarcado en esta experiencia purificadora encontraban que el lenguaje no bastaba para conjurar sus conflictos internos, y el fracaso fatal llegaría a convertirse en Salem con el silencio, el verdadero castigo de las brujas. De manera más general, en la cultura norteamericana, al fracaso de las palabras para revelar el alma se sumó la conciencia exacerbada de sí mismos en un paisaje inmenso y que les era extraño. A falta de un lenguaje adecuado para expresar la experiencia interior, cada uno se replegaría en sí ante la imposibilidad de manifestar su vida, condenado en el mejor de los casos a no dar sino una nueva impresión. El espacio interior del catolicismo medieval tenía un carácter físico, era un espacio que todos podían compartir. El espacio interior de los puritanos era el espacio del individualismo más radical y más impalpable. El ojo del puritano sólo podía ver en su interior.

Por consiguiente, para el puritano, el vacío tenía un significado espiritual. Incluso en el primer nudo de casas aldeanas se sentirá siempre solo con su conflicto. Observadores posteriores se asombraron de que se lanzaran en forma incontenible a la conquista del Oeste quienes podía haber llevado una vida más rica y feliz explotando lo que ya poseían. Se trataba de una de las manifestaciones de la ética protestante, esa incapacidad para admitir que lo que existe resulta suficiente. Quien se ve movido por esa disposición interna cree que esa lucha le permitirá encontrarse, que la propia aspereza del combate le otorgará un valor interior. Compite en aras del dolor y, en última instancia, compite consigo mismo.

En un primer momento la fe marcó con su sello inconfundible esa lucha interior. El bien combatía al mal. Más tarde, a medida que sus protagonistas iban deshaciendo el nudo europeo y adquirían más autonomía, los términos de esa lucha interior perdieron nitidez. Un texto clásico de la conquista del Oeste, la novela *The little house in the prairie*, cuenta cómo la familia se muda cada vez que descubre otro techo en su horizonte. Nadie puede explicar las razones de esa vida errante, pero el hecho es que se sienten amenazados y tienen que alejarse cada vez más. Es un momento análogo el que da origen a los suburbios. Cada vez que puedas, aléjate de los demás. La densidad es un mal. Sólo el vacío, en la neutralidad, cuando faltan el estímulo o la “interferencia” de los demás, puede el alma dominarse. Se tiene así la dualidad del alejamiento y de la lucha por el autodomínio.

Cabe pensar que se trata de una historia puramente norteamericana y hasta que la anécdota se circunscribe a una pequeña secta del siglo xvii. Pero así como nos encontramos a veces con una iluminación en la vida de personas distantes que nunca se propusieron influir en nosotros, la “lucha civil interna” librada en tierras norteamericanas tiene un significado

para el presente. Tocqueville se equivocó en cierto modo al contemplar el carácter individualista. En efecto lo tomó como una simple indiferencia con respecto a los otros, lo que constituye un error generoso, si cabe decir, habida cuenta de otras realidades más actuales. Lo cierto es que, el código para establecer el autodomínio desarrollado por primera vez en Estados Unidos, manifiesta una profunda hostilidad hacia las necesidades de los demás y un resentimiento por su mera presencia. Los demás interfieren; para lograr el control, nada de “lo de afuera” debe importar. Esta hostilidad puede verse ahora en muchas ciudades en la manera en que se trata en la calle a quienes carecen de techo o están sujetos a trastornos mentales. Se les trata con resentimiento, ya que se presentan como verdaderos necesitados y siguen mostrándose a la vista de todos. Y es una lucha contra esa hostilidad la competencia de identidades que se ha establecido para dejar la propia marca en los vagones del subterráneo y los muros de la ciudad. Lo que se pide es el reconocimiento. A la pregunta “¿Ser reconocidos por quién?”, el puritano podía dar una respuesta. Aunque nos falte su fe en Dios y no tengamos ninguna respuesta a mano, seguimos sintiendo, como él, la necesidad de dudar. Sigue presente la antigua sombra que oscurece la presencia de los demás.

En la historia de Estados Unidos el recurso implacable a la cuadrícula contribuyó a crear esa sombra. La Cuadrícula parecía resolver la amenaza del valor del medio mediante un acto de represión geométrica. “Allí fuera” no había nada que debiera ser tenido en cuenta al aplicar la cuadrícula. Es sabido que los problemas de la ciudad consisten en su impersonalidad, su escala alienante, su frialdad. A mi juicio, esta descripción es más profunda de lo que parece a simple vista. La impersonalidad, la frialdad y el vacío son términos esenciales del vocabulario protestante sobre el medio ambiente. Estas palabras marcan una

cierta dirección de la mirada; la separación, la exclusión, la frialdad son otras tantas razones para buscar los valores internos en el interior. La ética protestante nos habla del avatar desdichado de esta orientación de la percepción. Es una historia de escasez de valores. Es una historia en la que son los propios seres humanos los que crean unas condiciones y circunstancias que inmediatamente después contemplarán como vacías y frías. Esa es la consecuencia perversa de la negación. El que asume una actitud neutral para con el exterior acaba por sentirse vacío. Esta perversión se aplica tanto a la creación del espacio como a la creación del capital. Ahora bien, al haberse incorporado a la trama de la vida cotidiana y secular, esta conciencia protestante del espacio deja de ser una neurosis heroica.

Vemos así que la relación entre espacio cuadrículado y ética protestante es un ejemplo de otra relación más general entre espacio y cultura. Weber no pensó que la religión determinara la economía, sino que existía una interacción entre ambas. Del mismo modo, también los valores culturales se entrelazan con el orden espacial. Estos lazos han ejercido una gran influencia en la visión moderna como también en la formulación de Weber, las técnicas religiosas de autorregulación siguen vigentes mucho después de que desaparece la fe religiosa. En la planificación del espacio visual, la neutralidad crea un campo de competencia en el que los participantes operan un repliegue moral sobre sí mismos. En Estados Unidos, la aplicación de la cuadrícula constituye el primer signo de una forma moderna de represión muy característica que consiste en negar el valor de los demás y la peculiaridad de cada lugar mediante la construcción de la neutralidad.

Referencias bibliográficas

- Bercovitch, S. (1975). *The puritan origins of the American Self*. New Haven: Yale.
- Bridges, W. (1811). *Map of the city of New York and island of Maniatan*. Commissioner's Remarks. Nueva York.
- Chaucer, G. (1971). *The Canterbury tales*. Nueva York: Pocket Books.
- Garvan, A.N.B. (1951). *Architecture and town planning in colonial Connecticut*. New Haven: Yale.
- Hancock, J. (1980). "The apartment house in urban America". King, A.D., *Building and society*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Kite, E.L. (1929), *L'Enfant and Washington, 1791-1792*. Baltimore: John Hopkins Press.
- Marcuse, P. (1987). "The grid as City Plan: New York and laissez-faire planning in the nineteenth century". *Planning Perspectives*, 2: 287-310.
- Mather, I. (1961). "A sermon concerning obedience". *The autobiography of Increase Mather*. Hall, M.G., Proceedings of the American Antiquarian Society, LXXI.
- McCoubrey, J.W. (1963). *American tradition in painting*. Nueva York: Braziller.
- Mumford, L. (1961). *The city in history*. Nueva York: Hartcourt, Brace, Jovanovich.
- Olmstead, F.L. (1928). "Description of a plan for the improvement of the Central Park, 'Greensward', 1858". Olmstead, F.L Jr. y T. Kimball, *Frederick Law Olmstead*. Nueva York: 214-232.
- Rice, Ch.B. (1874). *Proceedings at the celebration of the two hundredth anniversary of the first parish at Salem Village*. Boston.
- Rykwert, J. (1988). *The idea of a town: The anthropology of urban form in Rome, Italy and the ancient world*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Silverman, K. (1985). *The life and times of Cotton Mather*. Nueva York: Columbia University Press.
- Tocqueville, A. de (1961). *De la démocratie en Amérique*. Gallimard.
- Wade, R. (1959). *The urban frontier*. Cambridge, Mass.: Harvard.
- Weber, M. (s/f). *Die protestantische Ethik un der Geist des Kapitalismus*.

Cultura y ciudad: una aproximación teórica y empírica

Juliana Marcús*

La mirada recorre las calles como páginas escritas.

Italo Calvino *Las ciudades invisibles*



Gustave Caillebotte. *La place de l'Europe temps de pluie*

Abordajes teóricos sobre “la ciudad”

La ciudad ha sido objeto de estudio científico desde la Revolución Industrial, cuando comienza su gran expansión, caos y desorden, hasta nuestros

días. Hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX, en la sociología y la filosofía aparece la noción de *metrópoli* como símbolo de la modernidad. Georg Simmel, uno de los grandes pensadores urbanos, señala en su texto *La metrópolis y la vida mental* (2005 [1903]) que esta noción describe un nuevo tipo de

* Docente regular en la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires - Argentina

ciudad de rápido crecimiento económico, demográfico y territorial: la ciudad típica de la sociedad capitalista moderna, donde la vida urbana se transforma y la alienación, la fragmentación y el individualismo comienzan a tomar protagonismo. Simmel piensa la gran ciudad como sede de la división social del trabajo y del tráfico financiero y mercantil. Comienza a delinearse una ciudad moderna basada en la “racionalización mercantilista de las relaciones sociales que modifican la cualidad de la ciudad tradicional en un universo cuantificado y abstracto” (Gorelik, 1998: 21). El individuo en esta nueva ciudad de ritmo vertiginoso se ajusta a las exigencias de la vida social urbana a tal punto que llega a ser moldeado por ella. Simmel se centra en la ciudad de Berlín como escenario moderno y analiza el encuentro violento entre “el mundo interno del individuo y el mundo externo de la sociedad y las ciudades” (2005: 1).

La noción de alienación cultural asociada a la tragedia de la modernidad fue decisiva en Benjamin (1999 [1980]). Su descripción de los lujosos pasajes comerciales del centro de la ciudad de París de la primera mitad del siglo XIX con una arquitectura transparente y despojada, de techos de vidrio y paredes de mármol, dedicados al consumo y al placer, es el reflejo de la gran urbe industrial donde impera el fetichismo de la mercancía que embriaga a las multitudes¹. En los pasajes, una nueva invención del lujo industrial, se comercializaba toda clase de mercancías. El ensayista alemán pretende comprender a través de la alegoría de los pasajes los mecanismos estructurantes de la modernidad. “Los pasajes son el mundo en pequeño, donde el pasado, el presente y el futuro se reúnen en una imagen fugaz” (Buchenhorst, 2007: 134). Benjamin se dedica a interpretar la ciudad de París y toma de Baudelaire la figura del *flâneur*, el paseante que vagabundea por la ciudad y se detiene para descifrarla en cuanto (re)productora de signos. Para Benjamin, “las

grandes ciudades *aparecen* como vastas redes de calles sin historia” (Vedda, 2007: 92).

En las primeras décadas del siglo XX se configura un nuevo pensamiento sobre la ciudad moderna, ya no desde una experiencia trágica de la modernidad sino, por el contrario, desde una visión optimista donde la ciudad es pensada como motor de la modernización social, en estrecha vinculación con el desarrollo industrial, y como sitio en el que anidan la racionalidad, la urbanización y la industrialización (Weber 1999 [1922]). Según Wirth (2005 [1938]), principal exponente del urbanismo de la Escuela de Chicago, la vida urbana moderna -esto es, el crecimiento de las ciudades, el desarrollo tecnológico de los transportes y la comunicación, los ritmos cotidianos acelerados y sus efectos sobre las relaciones sociales— se vuelve un “modo de vida”.

En el pensamiento latinoamericano sobre la ciudad y su proceso de modernización se destaca Martínez Estrada (1976 [1933]) con sus observaciones simmelianas sobre la aceleración de las ciudades. Su lectura de la urbe porteña se asocia a los vértigos y las velocidades urbanas, siendo su “neurosis” una condición inherente. Otro autor fundamental es José Luis Romero y su libro *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (1986 [1976]), donde considera el proceso de modernización urbana como el piso para la transformación progresista, revalorizando la ciudad en términos culturales. Romero toma de Martínez Estrada su idea de ciudad como frontera cultural, aunque se distancia de su denuncia contra la megalopolización (Gorelik, 2004).

Hacia 1960 aparecen enfoques antropológicos, históricos y semiológicos que comienzan a estudiar la ciudad en términos de lenguaje, de discurso; surge la idea de ciudad como texto, teniendo en cuenta la lectura de las prácticas y los modos en que ella se experimenta y representa socialmente (Gorelik,

2002). En la década del '90 Roland Barthes, en *La aventura semiológica*, retoma estos planteos para pensar la ciudad como un discurso. “Este discurso es verdaderamente un lenguaje: la ciudad habla a sus habitantes, nosotros hablamos a nuestra ciudad, sólo con habitarla, recorrerla, mirarla” (1990: 260-261).

Desde esta perspectiva la ciudad se presenta como expresión e inscripción de la cultura. La construcción histórica y social de la ciudad deja huellas que transmiten diversos sentidos y significados y que se expresan en la trama urbana: en su arquitectura, en sus calles, en sus ritmos. Estas huellas son el resultado de las luchas por la construcción del sentido. Esto es, la ciudad se va construyendo como resultado de pujas y disputas que incluyen decisiones políticas, estéticas y urbanísticas. En definitiva, en la ciudad se pueden reconocer las tendencias sociales dominantes en cada momento histórico. Pensamos en una ciudad dinámica, en movimiento, capaz de transformarse material y simbólicamente, una ciudad que “aparece como una densa red simbólica en permanente construcción y

expansión” (Silva, 1994; citado en Margulis, 2002: 522).

La ciudad en tanto texto invita a múltiples lecturas. Como apunta Miguel Vedda (2007: 87), Krakauer pensó la ciudad “como jergológico a través del cual es posible descifrar el pasado y el presente de una sociedad”; en tal sentido las fachadas aparecen “como textos cuya lectura permite que los propios edificios narren la historia en ellos sedimentados”. Según Margulis (2002: 520), “los significantes urbanos son percibidos, usados y apreciados de modos diferentes por los variados grupos que en ella habitan: cada grupo les otorga significaciones no coincidentes y a veces muy distintas que varían en función de sus códigos culturales de clase, de etnia o de generación” Las ciudades facilitan la emergencia de nuevas formas de interacción, diálogo o conflicto. La relación entre identidad y ciudad, entre la definición de un *nosotros* frente a un *ellos*, se inscribe en el territorio².

Margulis retoma a Benjamin para pensar la ciudad como la cristalización de fetiches que



emanan del sistema mercantil. Los mecanismos ideológicos operan sobre la significación otorgada a los objetos, significación que emerge como resultado de las luchas por la construcción social del sentido. En los usos, percepciones y consumos se refuerza y apuntala el sentido impuesto por el sistema social. Benjamin interpreta y descifra “las señales impuestas por un sistema social en el que impera el fetichismo de la mercancía, imponiendo su influencia alucinatoria a la ciudad y sus contenidos (calles, casas, objetos)” (Margulis, 2002: 523). Para Benjamin, “las modernas metrópolis, en cuanto escenarios del fetiche, intentan sepultar su propio pasado (...)” (Vedda, 2007: 90).

La ciudad moldea a sus habitantes en sus prácticas, recorridos, ritmos, percepciones, usos y apropiaciones, pero también los habitantes hacen y construyen la ciudad imprimiendo ritmos, cadencias, usos particulares del espacio público, acciones, itinerarios y transformaciones sobre la ciudad construida, estructurada, planificada. Tanto para De Certeau (2008) como para Foucault (2000) hay un conflicto permanente entre el poder y la resistencia al poder. Hay una fuerza hegemónica que disciplina los cuerpos y otra que se le contrapone. Ahora bien, mientras para Foucault el espacio urbano es expresión de la disciplina y el ejercicio del poder, para De Certeau existe la posibilidad de que ese poder, ese lugar de las *estrategias*, sea alterado a través de las prácticas cotidianas de los practicantes ordinarios de la ciudad, desplegando *tácticas* en el terreno que se les impone. En los *desvíos* y *resistencias*, en el *arte de hacer*, el habitante de la ciudad traza sus recorridos imprimiendo nuevos sentidos. Mediante *astucias furtivas* los ciudadanos tienen la capacidad de abrir un espacio original y de creación. El objetivo no es explicar cómo la violencia del orden transmuta en una tecnología disciplinaria, sino más bien iluminar las formas clandestinas adoptadas por la creatividad dispersa, táctica

y transitoria de los grupos o individuos ya capturados en las redes disciplinarias. (De Certeau; citado en Harvey, 1998: 239).

Las ciudades no son sólo las calles, los edificios, la arquitectura; son también, y sobre todo, el caudal de símbolos con que sus habitantes procesan el espacio y que le otorgan identidad, memoria y significación. En tal sentido, “la ciudad adquiere identidad por la depositación de sentidos, de usos y formas culturales que son creación histórica de sus habitantes” (Margulis, 2002: 522).

¿Por qué la ciudad es como es? ¿De qué modo se relaciona con la cultura, la sociedad, los proyectos urbanísticos que la idearon y las decisiones políticas que llevaron a cabo su construcción? ¿Cómo inciden las políticas públicas urbanas en la organización del territorio? Sobre las calles, avenidas, plazas, barrios, monumentos, instituciones, aparecen grabadas ideas en pugna sobre cómo debe ser la esfera pública ciudadana. Estos “artefactos urbanos” son la materialización de modelos de ciudad y sociedad (Gorelik, 1998). Según Harvey, “es posible considerar la forma espacial de una ciudad como un determinante básico de la conducta humana. Este determinismo ambiental y espaciales una hipótesis de trabajo de aquellos planificadores urbanos que tratan de promover un nuevo orden social a través de la manipulación del ambiente espacial de la ciudad” (1979: 39).

A continuación se describen, en primer lugar, algunas características del proceso de modernización de Buenos Aires como un caso a partir del cual es posible entender de qué manera los proyectos políticos y urbanísticos incidieron en el proceso de configuración del espacio urbano “europeizado”. En segundo lugar, se toma en cuenta el 17 de octubre de 1945 y la irrupción de un nuevo actor en el centro de la ciudad: los migrantes internos. El “nuevo otro”, con rasgos propios del mestizaje



Buenos Aires

latinoamericano y hasta ahora ignorado por la clase media, viene a romper el imaginario de una Ciudad de Buenos Aires europeizada, considerada “ciudad blanca”.

Como apunta Gorelik, las decisiones intelectuales de buena parte del siglo XIX “ponen a la ciudad y su espacio público en el centro del debate cultural sobre la definición de la nación: (...) cambiar la sociedad y cambiar la ciudad son las dos caras de un mismo proyecto” (1998: 28).

Buenos Aires pretendida “ciudad blanca”: del proceso de modernización al 17 de octubre de 1945

La representación de Buenos Aires como la ciudad más europea de Latinoamérica se configura entre el Centenario y 1930, aunque recién en la década del '50 se extiende como representación e identificación del sentido común. ¿Cuál es el significado de las representaciones en torno al carácter europeo de Buenos Aires? Adrián Gorelik

(2004) propone iluminar los aspectos de la cultura urbana que las produjeron tomando en cuenta las diferentes etapas del proceso de modernización durante el siglo XIX.

La primera etapa comienza en la segunda mitad de 1850, una vez que Sarmiento se instala en Buenos Aires y descubre el contraste entre una sociedad moderna y homogénea y una estructura urbana colonial y tradicional que “contiene a la sociedad y no la deja respirar” (Gorelik, 2004: 76). Su propuesta es entonces crear un nuevo centro, una ciudad nueva afuera de la Buenos Aires tradicional, lejos de la ciudad existente.

La segunda representación, hacia 1880, muestra a una elite porteña que desprecia los modelos norteamericanos y persigue como único modelo el establecido por las ciudades europeas. En este sentido, sumodernización fue pensada en términos haussmannianos³ por sobre la herencia colonial.

Las avenidas del intendente Alvear con sus edificios de altura, los boulevards para facilitar

la rápida circulación de personas y mercancías y la creación de parques plantean un nuevo escenario que rompe con la ciudad tradicional. Martínez Estrada señala en *Radiografía de la Pampa* que “para el porteño mirar al interior es mirar hacia fuera, al exterior. Interior es para él Europa” (1976: 150). Gorelik (1998) destaca la voluntad municipal de producir una política urbana. Aunque la ideología predominante de la elite porteña es caracterizada como liberal, la Municipalidad no actuaba siempre liberando al mercado (inmobiliario o del transporte) la producción del espacio urbano. Más bien, oscilaba entre el *laissez-faire* y la idea de una ciudad orgánica, planificada y ordenada (Gorelik y Silvestri, 1992).

Aquella voluntad municipal otorgó a Buenos Aires instrumentos de regulación pública de la forma urbana, dispositivos homogeneizadores para una sociedad dinámica, diversa y desigual. El cambio fundamental que permite pensar a Buenos Aires como una *metrópolis*⁴ es “la expansión territorial de 1887 por la transformación y complejización que produce el mercado –urbano, político y cultural– introduciendo la masividad de los nuevos sectores populares a la ciudad y a la ciudadanía” (Gorelik, 1998: 21).

La tercera representación de Buenos Aires aparece con los viajeros europeos del Centenario en 1910, quienes al llegar a la metrópolis la percibieron como una gran ciudad europea en cuanto a sus habitantes, construcciones y cultura. El centro destilaba prosperidad, bullicio y modernidad.

Los sorprendió la ausencia de rasgos indígenas en la población de Buenos Aires, a la manera latinoamericana, y rasgos monumentales en la modernidad urbana, a la manera norteamericana. Buenos Aires parece una ciudad europea en la medida en que ha logrado eludir estos dos rasgos exóticos a la mirada europea. (Gorelik, 2004: 85)⁵.

Para los visitantes recién llegados, el habitante de Buenos Aires contrastaba notablemente con el negro y mulato observado en Brasil con los rasgos indígenas asociados comúnmente con el resto de América del Sur. “En el área céntrica, la única señal de diferencias raciales era un ocasional ordenanza mulato o sirviente mestizo, en una ciudad que sólo 100 años antes tenía el 25% de negros y el 60% de mestizos” (Scobie, 1977: 55).

Entre fines de la década del '30 y fines de los '40, la representación de “Buenos Aires europea”, con su forma urbana y social moderna, se consolida alcanzando su esplendor hacia 1950. Se ha completado la infraestructura urbana en casi toda la superficie de la ciudad y aquella sociedad heterogénea ha tomado una nueva forma, produciéndose “la mezcla con las sangres europeas resultando de ella una sociedad de rasgos y fisonomía indiscutiblemente europeos” (Gorelik, 2004: 91). La homogeneidad del espacio público comprendida por la cuadrícula que conforman las calles porteñas, la vitalidad del centro tradicional y los desplazamientos hacia otros focos urbanos se corresponden con la homogeneidad social que se extiende hacia la clase media. Históricamente Buenos Aires se ha configurado persiguiendo la idea de ciudad-progreso lo que opera no sólo en su construcción urbanística, sino, fundamentalmente, sobre su estructura social y cultural (Lacarrière, 2005).

Afianzado aquel imaginario que sostenía el carácter europeo de Buenos Aires se suceden oleadas migratorias hacia el Gran Buenos Aires, sobre todo entre 1930 y 1976, conformadas ya no por migrantes de ultramar, sino por migrantes internos y de países limítrofes, fenómeno que convive con aquella representación y la contradice. A comienzos del siglo XX la mitad de la población de Buenos Aires era extranjera. Pero en 1960 los migrantes internos alcanzaban el 90% de la población

trabajador masculina y el 58% de la femenina (Recchini de Lattes, 2000; citado en Gorelik, 2004: 92), y sin embargo esta presencia numerosa no logró modificar el imaginario social y cultural que implicaba la consideración de Buenos Aires como “ciudad blanca”. Esto fue posible porque “desde finales de los años ’30 la ciudad Capital (...) opera un repliegue cultural institucional sobre sí misma que le permite desconocer todo lo nuevo que se estaba produciendo más allá de su borde formal, en los nuevos suburbios metropolitanos” (Gorelik, 2004: 93). La ciudad tradicionalo “sociedad normalizada”, como la llamó José Luis Romero (1986), no comprende la magnitud del fenómeno social y urbano que comienza a emerger en los márgenes de la ciudad.

Las masas ignoradas irrumpieron en 1945 en

la Capital Federal en los comienzos del peronismo⁶ y sus integrantes fueron descalificados con el mote de “cabecita negra”. En los años ’50 comenzaron a ser percibidas como una amenaza a los valores culturales de la clase media porteña. Sin ingresos fijos ni suficientes, alojados en viviendas precarias, constituyeron un mundo dos veces marginal: porque habitaban en los bordes urbanos y porque no participaban en la sociedad normalizada ni en sus formas de vida.

Se veía que la ciudad se inundaba, y el número de los recién llegados, de los ajenos a la ciudad, siguió creciendo a una velocidad mayor que la que desarrollaron para alcanzar los primeros grados de integración. Los inmigrantes internos traían vivo el recuerdo de su lugar de origen. (Romero, 1986: 323)

Resulta interesante destacar el rechazo hacia los migrantes de los suburbios que llegan a la ciudad manifestado por algunos intelectuales de nuestro país como expresión de los ideales hegemónicos de la época. El prejuicio quedó plasmado en obras literarias como “Ragnarök” (1960) de Jorge Luis Borges y “Casa tomada” (1951) de Julio Cortázar. En ambas ficciones hay un sentido subyacente que los autores no dejan de reconocer: la llegada de los migrantes como una “invasión a la ciudad”. En “Ragnarök” Borges se centra en los líderes y caudillos peronistas que representan a las masas, ese “aluvión zoológico” llegado del interior. Así, bestializa al “diferente”, mitad humano, mitad animal.

¡Ahí vienen!, ¡Los Dioses! ¡Los Dioses! Cuatro a cinco sujetos salieron de la turba y ocuparon la tarima del Aula Magna. Todos aplaudimos, llorando (...) Uno sostenía una rama; otro, en amplio ademán, extendía un mano que era una garra (...) Frentes muy bajas, dentaduras amarillas, bigotes ralos demulato o de chino y belfos bestiales publicaban la degeneración de la estirpe olímpica. (Borges, 1960)



DOSSIER

Ciudades: orígenes, esplendor y decadencia

Revista del Centro Cultural Universitario **Aquelarre**



La casa tomada en Cortázar representa a la Argentina tradicional que debe ir retrocediendo bajo la avanzada del peronismo y la participación en la vida política de sectores, hasta entonces, marginados de esa actividad.

Tuve que cerrar la puerta del pasillo, han tomado la parte del fondo (...). Desde la puerta del dormitorio oí ruido en la cocina; tal vez en la cocina o tal vez en el baño (...).

Cerré de un golpe la cancel y nos quedamos en el zaguán (...)

—Han tomado esta parte —dijo Irene. (Cortázar, 1951)

Es posible pensar la avenida General Paz como la frontera material y simbólica que divide el Gran Buenos Aires de la ciudad capital. “Buenos Aires capital siempre ha percibido como ajeno todo aquello que queda fuera de sus límites de ‘ciudad europea’, y, por lo tanto, identifica como ‘invasión’ la aparición de algunos de esos rasgos de otredad (la pobreza, la informalidad, la marginalidad) (...) El Gran Buenos Aires fue siempre el afuera más inmediato y amenazador” (Gorelik, 2004: 254).

Reflexiones finales

Históricamente las políticas públicas urbanas han configurado una ciudad en la que se refuerzan los mecanismos de discriminación hacia los sectores populares, restringiendo el acceso y el uso igualitario del espacio urbano. Este proceso se distingue especialmente durante la última dictadura militar, a lo largo de la cual se erradicaron drásticamente y compulsivamente buena parte de las villas miserias de la Capital Federal. El análisis realizado por Oszlak (1991) referido a la relación entre políticas habitacionales estatales, asociadas a un proceso de reestructuración urbana, y la redistribución de la población en el espacio urbano a partir de 1976, confirma la persistencia de un fuerte proceso de segregación urbana, que expulsa y desplaza a los habitantes de sectores populares. La estrategia de la dictadura militar tendió “a frenar progresivamente el crecimiento demográfico de la región urbana de Buenos Aires y el proceso de concentración dentro de su perímetro y orientar los movimientos migratorios hacia regiones del interior del país (...)” (Oszlak, 1991: 73).

En definitiva, como apunta Rodríguez (2005: 99), el objetivo de las políticas urbanas durante décadas “ha sido transferir la pobreza a municipios periféricos, reservando el derecho a la ciudad para sectores sociales de mayores recursos”.

Notas

1. “La multitud se presenta como una aglomeración concreta, pero socialmente sigue siendo abstracta. Su modelo son los clientes que, cada uno en su interés privado, se reúnen en el mercado en torno a la cosa común” (Benjamin, 1999: 79).
2. Siguiendo a Giménez (1996), pensamos al territorio no sólo como dimensión física del espacio sino también como construcción simbólica, como marco de distribución de las instituciones y prácticas culturales, como objeto de representación en la apropiación subjetiva, donde los

- sujetos interiorizan el espacio integrándolo a su propio sistema cultural, y como símbolo de pertenencia socio-territorial.
3. En París, el ideal urbanístico de Haussmann eran las vistas en perspectiva a través de largas series de calles y amplias avenidas. Una de las finalidades de los trabajos haussmannianos era asegurar la ciudad de París contra la guerra civil, pues las nuevas y anchas calles harían imposible la edificación de barricadas tales como las que se habían erigido en las estrechas callejuelas durante las rebeliones de 1848 (Benjamin, 1999). Pero también persiguió un interés en modernizar la ciudad apuntando a su embellecimiento. Los boulevards haussmannianos organizaron la ciudad como medio eficaz para la producción y circulación de mercancías (Gorelik, 1998: 21).
 4. La noción de metrópolis es pensada en el sentido otorgado por Simmel, abordado en el primer apartado de este artículo.
 5. Es interesante destacar que el proyecto nacional impulsado por la generación del '37, y continuado por la generación del '80, se basó en ideas positivistas, biologicistas y etnocentristas. Entre 1880 y 1926, mediante las políticas de población, se alienta la inmigración europea para incorporarla a la vida nacional. "(...) El emigrante disponible en Europa, en estas décadas finales del siglo, no respondía a las manifiestas aspiraciones de los pensadores y estadistas que orientaron las políticas de población. No abundaban ya los rubios nórdicos de los países septentrionales, quienes habían emigrado antes; ahora no eran muchos los ingleses, alemanes o suecos dispuestos a acudir a este país remoto. Hubo que conformarse con pueblos 'menos apreciados': sobre todo italianos y españoles (el 80%) de los que llegaron de ultramar, más algunos polacos y rusos (entre ellos muchos judíos), sirios, libaneses y turcos. Se prefirió a los europeos blancos, que aunque no alcanzaran el ideal de calidad deseada eran, de todos modos, gente preparada para los valores del capitalismo, dispuesta a la cultura y la disciplina laboral, procesada socialmente para las costumbres del ahorro, el trabajo asalariado y la economía mercantil por varios siglos de 'acumulación originaria' europea" (Margulis y Belvedere, 1999: 97-98). La población autóctona era considerada inferior, su condición de humanidad era retaceada y se la asumía como sucia, ignorante y perezosa por naturaleza. Como argumenta Grimson, "Argentino", que además quería decir rioplatense o porteño en 1810, era el que había descendido de los barcos, y el otro era el no argentino, el cabecita negra" (Conferencia en el marco del III Encuentro Internacional de Pensamiento Urbano, Buenos Aires, agosto de 2007).
 6. El peronismo de 1945 promovió la integración nacional fomentando las migraciones internas hacia Buenos Aires, cuya consecuencia, en términos de urbanización, fue la presencia cada vez más significativa de las villas miserias surgidas en los años '30. Como señala La carrieu (2005: 370), "el modelo peronista (...) dio lugar a la visibilización de la discriminación social y cultural que intentó ocultarse bajo el crisol de razas: los cabecitas, los villeros, el aluvión zoológico, son sólo algunos de los epítetos con que se acusó a esos otros no deseados, ni queridos, dentro del modelo social y cultural cristalizado".

Referencias bibliográficas

- Barthes, Roland (1990). *La aventura semiológica*, Paidós, Barcelona.
- Benjamin, Walter (1989). "La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica", en *Discursos interrumpidos I. Filosofía del arte y de la historia*, Taurus, Madrid.
- _____. (1999). *Poesía y capitalismo*, Taurus, España.
- _____. (2005) [1982]. *Libro de los pasajes*, Ediciones Akal, Madrid.
- Bolle, Willi (2007). "Metrópolis y megaciudad: sobre el ordenamiento del saber en los *Pasajes* de Walter Benjamin", en Ralph Buchenhorst y Miguel Vedda, *Observaciones urbanas: Walter Benjamin y las nuevas ciudades*, Editorial Gorla, Buenos Aires. Pp. 17-52.
- Borges, Jorge Luis (1996) [1960]. "Ragnarök", en *El Hacedor*, en *Obras Completas*, tomo II, Emecé, Buenos Aires. Pp. 183-184.
- Buchenhorst, Ralph (2007). "El ensueño del mapa integral: Benjamin y la ciudad híbrida", en Ralph Buchenhorst y Miguel Vedda, *Observaciones urbanas: Walter Benjamin y las nuevas ciudades*, Editorial Gorla, Buenos Aires. Pp. 131-144.
- Calvino, Ítalo (1990). *Las ciudades invisibles*, Ediciones Siruela, España.
- Cortázar, Julio (1951). "Casa tomada", en *Bestiario*, Sudamericana, Buenos Aires. Pp. 9-18.

- De Certeau, Michel (2008). "Andar en la ciudad", en *Bifurcaciones*, No. 7 [en línea], <www.bifurcaciones.cl/007/reserva.htm>.
- Foucault, Michel (2000) [1976]. "Los cuerpos dóciles", en *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, México. Pp. 139-174.
- Giménez, Gilberto (1996). "Territorio y cultura", en *Estudios sobre las culturas contemporáneas*, Año II, No. 4, diciembre, Colima, Universidad de Colima. Pp. 9-30.
- Gorelik, Adrián (1998). *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.
- _____, (2002). "Ciudad", en Altamirano C., *Términos críticos de sociología de la cultura*, Paidós, Buenos Aires.
- _____, (2004). *Miradas sobre Buenos Aires. Historia cultural y crítica urbana*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- Gorelik, Adrián y Graciela Silvestri (1992). "Imágenes al sur. Sobre algunas hipótesis de James Scobie para el desarrollo de Buenos Aires", en *Anales del Instituto de Arte Americano*, 27/28: p. 93-104. Buenos Aires: FADU-UBA
- Harvey, David (1979) [1973]. *Urbanismo y desigualdad social*, Madrid, Siglo XXI.
- _____, (1998): *La condición de la posmodernidad*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Lacarrière, Mónica (2005). "Nuevas políticas de lugares: recorridos y fronteras entre la utopía y la crisis", en Max Welch (ed.), *Buenos Aires a la deriva. Transformaciones urbanas recientes*, Biblos, Buenos Aires. Pp. 363-395.
- Marcús, Juliana (2009). *Vivir en hoteles-pensión de la Ciudad de Buenos Aires. El proceso de construcción de identidad en mujeres migrantes que residen en habitaciones de hotel*, Tesis de Doctorado, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Margulis, Mario (2002). "La ciudad y sus signos", en *Revista Estudios Sociológicos*, No. 60, México DF, El Colegio de México. Pp. 515-536.
- Margulis, Mario y Carlos Belvedere (1999). "La racialización de las relaciones de clase en Buenos Aires. Genealogía de la discriminación", en M. Margulis, M. Urresti et al., *La segregación negada*, Biblos, Buenos Aires. Pp. 79-122.
- Margulis, Mario y Marcelo Urresti (1997). "Buenos Aires y los Jóvenes: las Tribus Urbanas", en *Revista Estudios Sociológicos* No 46 publicación de El Colegio de México, Pp. 25 a 36
- Martínez Estrada, Ezequiel (1976). *Radiografía de la Pampa*, Losada, Buenos Aires.
- Oszlak, Oscar (1991). *Merecer la ciudad. Los pobres y el derecho al espacio urbano*, Humanitas-CEDES, Buenos Aires.
- Rodríguez, M. Carla (2005). *Como en la estrategia del caracol. Ocupaciones de edificios y políticas locales del hábitat en la Ciudad de Buenos Aires*, El Cielo por Asalto, Buenos Aires.
- Romero, José Luis (1986). *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- Scobie, James (1977). *Buenos Aires. Del centro a los barrios, 1870-1910*, Ed. Solar/Hachette, Buenos Aires.
- Simmel, Georg (2005) [1903]. "Lametrópolis y la vidamental". En *Bifurcaciones* [online]. núm. 4, primavera 2005. World Wide Web document, URL: www.bifurcaciones.cl/004/reserva.htm
- Vedda, Miguel (2007). "Calles sin recuerdo: fenomenología de la gran ciudad en Siegfried Kracauer y Walter Benjamin", en Ralph Buchenhorst y Miguel Vedda, *Observaciones urbanas: Walter Benjamin y las nuevas ciudades*, Editorial Gorla, Buenos Aires. Pp. 83-94.
- Weber, Max (1999) [1922]. "La dominación no legítima (Tipología de las ciudades)", en *Economía y Sociedad*, FCE, México
- Wirth, Louis (2005) [1938]. "El urbanismo como modo de vida". En *Bifurcaciones* [online]. núm. 2, otoño 2005. World Wide Web document, URL: www.bifurcaciones.cl/002/reserva.htm

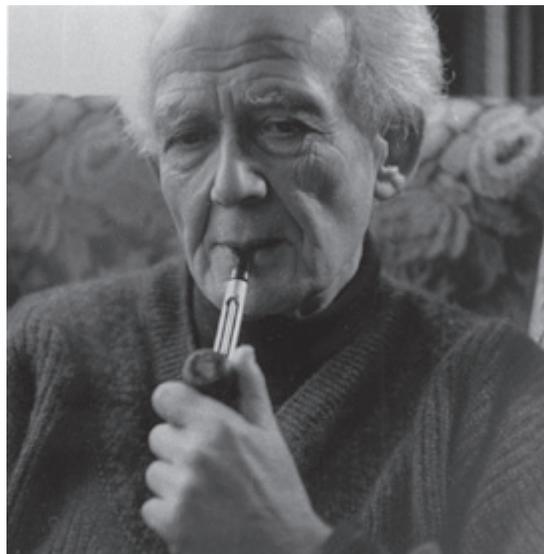


Separados, pero juntos*

Zygmunt Bauman

Las áreas habitadas se describen como “urbanas” y se llaman “ciudades” cuando se caracterizan por una densidad de población y unas tasas de interacción y comunicación relativamente altas. En la actualidad son también los lugares en los que las inseguridades, concebidas e incubadas en la sociedad, se manifiestan de una forma extremadamente condensada y por ello tangible de una manera particular. Y también es en los lugares denominados “urbanos” donde la elevada densidad de la interacción humana ha coincidido con la tendencia al miedo, nacido de la inseguridad, a buscar y encontrar válvulas de escape sobre las que descargar, aunque esta tendencia no siempre ha sido una característica distintiva de estos lugares.

Nan Ellin, una de las más agudas estudiosas y perspicaces analistas de las tendencias urbanas contemporáneas, indica que protegerse del peligro fue “un de los incentivos principales para construir ciudades, cuyos límites se definían a menudo con grandes murallas o vallas: desde los antiguos pueblos de Mesopotamia hasta las ciudades medievales y los asentamientos de los nativos americanos”.¹ Las murallas, los fosos y las empalizadas delimitaban la frontera entre el “nosotros” y el “ellos”, entre el orden y la tierra salvaje, entre la paz y la guerra: eran enemigos quienes estaban al otro lado de la valla sin que les estuviera permitida la entrada. Sin embargo,



“de ser un lugar relativamente seguro”, la ciudad ha pasado a relacionarse, sobre todo en el último siglo, más “con el peligro que con la seguridad”.

Hoy, en una curiosa inversión de su papel histórico y en un claro desafío a las intenciones originales de los constructores de las ciudades y a las expectativas de sus habitantes, nuestras ciudades están dejando rápidamente de ser un refugio frente a los peligros y se están convirtiendo en su principal fuente. Diken y Laustsen llegan incluso a sugerir que se ha invertido el milenario “vínculo entre civilización y barbarie. La vida de las ciudades regresa a un estado de naturaleza caracterizado por

* Tomado del libro *Tiempos líquidos -vivir en una época de incertidumbre-*, Tusquets Editores, Barcelona 2007.



Castillo con foso

el dominio del terror, acompañado por un medio omnipresente”.²

Podemos decir que las fuentes del peligro se han trasladado al corazón mismo de las áreas urbanas y se han quedado allí. Los amigos, los enemigos y, sobre todo, los *extraños*, esquivos y misteriosos que tan pronto pueden ser amigos como enemigos, se mezclan ahora codo con codo en las calles de la ciudad. La guerra contra la inseguridad, y en particular contra los peligros y los riesgos para la seguridad personal, se libra ahora *dentro* de la ciudad, y es en ella donde se definen campos de batalla y se trazan las líneas del frente. Las trincheras fuertemente armadas (accesos infranqueables) y los búnkeres (edificios y complejos fortificados y sometidos a estrecha vigilancia) que buscan la separación de los *extraños*, manteniéndolos alejados y vetándoles la entrada, están convirtiéndose a pasos acelerados en uno de los aspectos más visibles de las ciudades contemporáneas, si bien las formas que adoptan son muy numerosas y sus diseñadores se esfuerzan por armonizar sus creaciones con el paisaje urbano, algo que contribuye aún más a “normalizar” el estado de emergencia en el que día a día viven los habitantes urbanos, adictos a la seguridad pero siempre inseguros de ella.

“Cuanto más nos separamos de nuestro entorno, más dependemos de la vigilancia del mismo [...]. Hoy en día existen viviendas en todo el mundo que sólo sirven para proteger a sus habitantes, no para integrar a las personas en sus comunidades”, observan Gumpert y Drucker.³ Separar y mantener a distancia se ha convertido en la estrategia más habitual en la lucha urbana por la supervivencia. La línea a lo largo de la cual se trazan los resultados de esta lucha se extiende entre los polos de los guetos urbanos voluntarios e involuntarios. Los residentes sin medios y, por lo tanto, considerados por el resto como amenazas potenciales para su seguridad, suelen verse obligados a abandonar las zonas acogedoras y agradables de la ciudad, y acaban apiñados en barrios separados, parecidos a guetos. Quienes pueden permitírselo compran su casa en escogidos barrios apartados, también parecidos a guetos, e impiden que se establezcan los otros; y por si esto fuese poco, hacen todo lo posible para desconectar su mundo cotidiano del resto de los habitantes de la ciudad. Sus guetos voluntarios se transforman cada vez más en las avanzadillas o guarniciones de la extraterritorialidad.

“Mientras amplían sus espacios de comunicación a la esfera internacional, a menudo, y casi al mismo tiempo, los residentes alejan sus casas de la vida pública mediante infraestructuras de seguridad cada vez más “inteligentes”, comentan Graham y Marvín.⁴

“En casi todas las ciudades del mundo está empezando a verse determinados espacios y zonas que están fuertemente conectadas con otros espacios “valiosos” del paisaje urbano, así como también con regiones muy distantes, nacionales e incluso internacionales. Sin embargo, en esos lugares suele existir al mismo tiempo una sensación palpable, cada vez más acusada, de desconexión local entre espacios y personas físicamente cercanas, pero social y económicamente distantes.”⁵

El material de desecho de la nueva extraterritorialidad física de los espacios urbanos privilegiados, habitados y utilizados por la elite global -una suerte de “exilio interno” de la elite conseguido, manifestado y alimentado mediante instrumentos de “conexión virtual”- son las zonas desconectadas y abandonadas; los “barrios fantasma”, como les llamó Michael Schwarzer, lugares en los que “las pesadillas han sustituido a los sueños, y el peligro y la violencia son el pan nuestro de cada día”.⁶ Si la idea era mantener las distancias infranqueables para conjurar el peligro de fugas y la contaminación de la pureza regional, entonces puede resultar muy útil una política de tolerancia cero, combinada con el destierro de los indigentes de los espacios en los que pueden subsistir, pero donde al mismo tiempo se hacen visibles de un modo molesto e irritante, y llevándolos a esas zonas acotadas en las que no pueden hacer ni una cosa ni la otra. “Merodeadores”, “acosadores”, “vagabundos”, “pedigüeños fastidiosos”, “nómadas” y otras clases de transgresores se han convertido en los personajes más siniestros en las pesadillas de la elite.

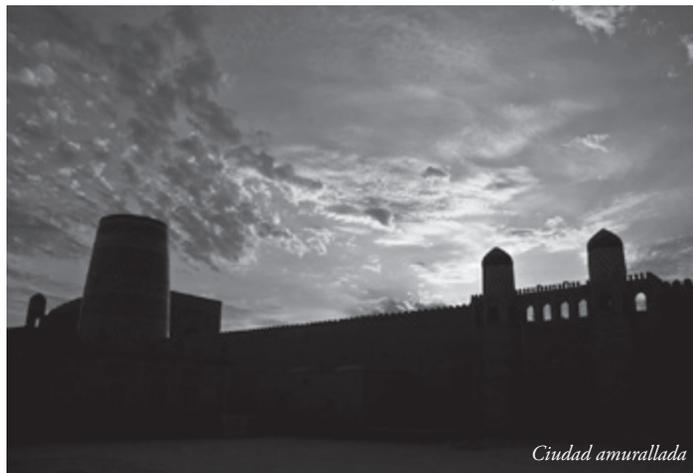
Como sugirió por primera vez Manuel Castells, existe una polarización creciente y una fractura cada vez mayor en la comunicación entre ambos mundos, entre el modo de vivir de las dos categorías de ciudadanos:

“En el nivel más elevado de la escala social existe una conexión común con la comunicación universal a las redes de comunicación mundiales y a un inmenso circuito de intercambios, abierto a recibir mensajes y experiencias que abarcan el mundo entero. En el otro extremo, las redes locales fragmentadas, con frecuencia definidas étnicamente, utilizan su identidad como el recurso más precioso para defender sus intereses y hasta su propia existencia”.⁷

El cuadro que emerge de esta descripción

muestra dos mundos separados y aislados. Sólo el segundo se encuentra circunscrito a un territorio concreto y puede situarse en la red de las nociones topográficas convencionales, mundanas y terrenales. Aquellos que habitan en el primero de los dos mundos puede que estén, como los otros, físicamente “*en ese lugar*”, pero no por ello son “*de ese lugar*”; no lo son en espíritu, sin duda, pero con bastante frecuencia, cada vez que lo deseen, también pueden dejar de serlo físicamente.

Las personas del “nivel superior” no pertenecen al lugar que habitan porque sus preocupaciones e interés residen (más bien vagan o flotan) en otra parte. Podría decirse que, además de estar a sus anchas sin que nadie les moleste y, por tanto, ser libres para dedicarse por completo a sus pasatiempos, con la garantía de que no les faltarán los servicios indispensables (sean cuales fueren) para su confort cotidiano, no tienen intereses creados en la ciudad donde están fijadas sus residencias. La población ciudadana ya no es su sustento, la fuente de riqueza o una circunscripción a su cuidado, tutela y responsabilidad, como lo era para las elites urbanas de antaño, para los propietarios de las fábricas o para los mercaderes de bienes de consumo e ideas. Así pues, por regla general, las elites urbanas de nuestros días *no están interesadas* en los asuntos de “su” ciudad, que no es sino una localidad entre muchas,



Ciudad amurallada

DOSSIER

Ciudades: orígenes, esplendor y decadencia



un punto minúsculo e insignificante desde la perspectiva superior del ciberespacio que, por muy virtual que sea, es su verdadera casa. Como mínimo, no necesitan preocuparse, y en apariencia nada puede obligarles a hacerlo si deciden lo contrario.

El mundo en el que viven los otros, los habitantes de los niveles “inferiores” de la ciudad, es la antítesis del primero. Su característica principal es que se encuentra aislado de la red mundial de comunicaciones a la que están conectadas, y con la que sintonizan sus vidas, las personas del “nivel superior”. Los habitantes del nivel inferior están “condenados a seguir siendo locales”, por lo que es lógico y obligado suponer que centrarán su atención y sus preocupaciones, junto con sus quejas, sueños y esperanzas, en los “asuntos del lugar”. Su lucha por la supervivencia y por un lugar digno en el mundo, una lucha que a veces ganan pero que suelen perder, tiene por escenario el *interior* de la ciudad que habitan.

Acerca de São Paulo, la segunda ciudad de Brasil, metrópolis bulliciosa y en rápida expansión, Teresa Caldeira escribe:

“São Paulo es hoy en día una ciudad de murallas. Por todas partes se levantan barreras físicas: alrededor de las casas y los bloques

de viviendas, de los parques, las plazas, los edificios de oficinas y las escuelas [...]. Una nueva estética de la seguridad preside todo tipo de construcciones e impone una lógica de vigilancia y aislamiento antes nunca vista [...]”⁸

Quien se lo puede permitir adquiere una residencia en una “urbanización”, una ermita situada físicamente dentro de la ciudad, aunque social y espiritualmente fuera de ella. “Las comunidades cerradas se imaginan como mundos aparte. La publicidad las presenta como un “modo de vida total”, lo que supondría una alternativa a la calidad de vida ofrecida por la ciudad y a sus espacios públicos degradados.” La característica más destacada de la urbanización es su “aislamiento y lejanía de la ciudad [...]”. Por aislamiento se entiende la separación de aquellos considerados inferiores desde el punto de vista social”, y, como no se cansan de repetir los constructores y los agentes inmobiliarios, “la seguridad es el factor clave para garantizar esto, lo cual significa vallas y muros alrededor de la urbanización, guardias jurados que vigilen las entradas a todas horas y un despliegue de instalaciones y servicios [...] para mantener fuera a los otros”.

Como sabemos, las vallas se componen de dos lados... Dividen un espacio uniforme en un “dentro” y un “fuera”, pero lo que está “dentro” para quien se encuentra a un lado de la valla está “fuera” para quien está al otro. Los que residen en urbanizaciones se mantienen “afuera” de la vida de la ciudad, desagradable, desconcertante y vagamente amenazadora a causa de su caos y dureza, y se recluyen “en” un oasis de calma y seguridad. Por el mismo motivo, sin embargo, separan a los demás de los lugares decentes y seguros cuyos valores están dispuestos a defender con uñas y dientes, y los abandonan en las calles sórdidas y miserables de las que huyen sin reparar en gastos. La valla separa el “gueto voluntario” de los ricos y poderosos de los incontables guetos

forzados en que viven los desheredados. Para los habitantes del gueto voluntario, los demás guetos son lugares a donde “no vamos”. Para los habitantes de los guetos involuntarios, en cambio, el área donde se encuentran confinados (al verse excluidos de todas partes) es el espacio del que “no se nos permite salir”.

Vuelvo a plantear el punto de partida de nuestro análisis: construidas con el propósito de proteger a sus habitantes, las ciudades se asocian de un tiempo a esta parte más bien con el peligro que con la seguridad. Por citar de nuevo a Nan Ellin: “sin lugar a dudas, el factor miedo [en la construcción y reconstrucción de las ciudades] se ha agudizado, como sugiere el aumento de casas y vehículos cerrados con llave, la abundancia de sistemas de seguridad, la popularidad de las comunidades “cercadas” y “seguras” para personas de todas las edades e ingresos, y la vigilancia cada vez mayor de los lugares públicos, por no hablar de las interminables noticias alarmantes que difunden los medios de comunicación”.⁹

Las amenazas, auténticas y presuntas, que acechan al cuerpo y a la propiedad privada del individuo se están convirtiendo rápidamente en los principales factores que hay que tener en cuenta a la hora de sopesar las ventajas e

inconvenientes del lugar donde vivir. También se les ha concedido la máxima prioridad en la mercadotecnia inmobiliaria. La incertidumbre respecto del futuro, la fragilidad de la posición social y la inseguridad existencial -elementos omnipresentes de la vida en el mundo de la “modernidad líquida”, a todas luces enraizados en lugares remotos y, por tanto, al margen del control individual- suelen centrarse en objetivos más cercanos y se dirigen al terreno de los asuntos relacionados con la seguridad personal; la clase de temores que, a su vez, se condensa en impulsos de carácter segregacionista/exclusivista, los cuales derivan inexorablemente en guerras por los espacios urbanos.

Como podemos aprender del perspicaz estudio de Steven Flusty, un agudo crítico de arquitectura y urbanismo, intervenir en esa guerra con el único afán de concebir métodos para impedir que los malhechores actuales, potenciales o hipotéticos accedan a los territorios reivindicados y, además, mantenerlos a una distancia segura, constituye la principal prioridad de las innovaciones en materia de arquitectura y urbanismo en las ciudades estadounidenses.¹⁰ Los nuevos productos urbanísticos, publicitados con orgullo e imitados profusamente, son los “espacios



Muro de Berlin

DOSSIER

Ciudades: orígenes, esplendor y decadencia

vetados”, “diseñados para interceptar, repeler o filtrar a los posibles intrusos”. La finalidad de dichos espacios es dividir, segregar y excluir; en vez de construir puentes, facilitar accesos y lugares de encuentro, facilitar la comunicación y el acercamiento entre los habitantes de la ciudad.

Las innovaciones en materia de arquitectura y urbanismo que Flusty enumera son los equivalentes, técnicamente actualizados, de los premodernos fosos, torreones y troneras de las murallas de las ciudades; pero hoy en día no se erigen para proteger a la ciudad y a sus habitantes del enemigo externo, sino para separar y mantener separados a los distintos tipos de ciudadanos (y lejos de los problemas), y para defender a algunos de ellos de los otros, una vez que se les ha asignado el papel de adversarios al asilarlos espacialmente. Entre las diversas variedades de “espacios vedados” citados por Flusty se encuentra el “espacio escurridizo”, “inaccesible debido a vías de acceso tortuosas, larguísimas o inexistentes”; el “espacio espinoso”, “que no puede ocuparse cómodamente, pues lo defienden artilugios tales como aspersiones montados en los muros que se activan para ahuyentar a los merodeadores, o salientes y antepechos en pendiente para evitar que se usen como asientos”; el

“espacio nervioso”, “en el que resulta imposible pasar inadvertido debido a la vigilancia continua de las patrullas o tecnologías de control remoto conectadas con centros de seguridad”. Estos y otros tipos de “espacios vedados” tienen un único propósito, aunque complejo: separar los enclaves extraterritoriales de la continuidad del territorio urbano; en otras palabras, erigir pequeñas fortalezas compactas en cuyo interior los miembros de la elite global supraterritorial pueden cuidar, cultivar y gozar de independencia física, sumada a la espiritual, y de su aislamiento geográfico. En el paisaje de la ciudad, los “espacios vedados” se han convertido en los hitos de la *desintegración* de la vida comunitaria compartida de una localidad.

La separación de la nueva elite (asentada localmente pero con una orientación global y vinculada de una manera débil a su lugar de residencia) de los compromisos del pasado con la clase baja local, y la consiguiente brecha espiritual/comunicativa entre los espacios vitales/vividos de quienes se han separado y quienes se han quedado atrás, representan, sin duda, la novedad más importante de carácter social, cultural y político asociada al paso del estado “sólido” de la modernidad al “líquido”.



Muro Israel - Palestina

Frontera México - Estados Unidos



El cuadro de separaciones recíprocas que acabamos de bosquejar contiene muchas verdades y nada más que verdades, pero no toda la verdad.

Entre aquellas partes de verdad omitidas o empequeñecidas, la más significativa es la que explica (por encima de cualquier aspecto más conocido) la característica fundamental (y, a la larga, seguramente la más importante) de la vida urbana contemporánea. Tal característica es la estrecha influencia recíproca que se da entre las presiones globalizadoras y el modo en que se negocian, se forman y se reforman las identidades de los lugares urbanos.

Si bien la falta de compromiso del “nivel superior” sugeriría lo contrario, sería un error imaginar los aspectos “global” y “local” de las condiciones y las elecciones de vida contemporáneas en dos espacios distintos y sellados de manera hermética, que sólo se comunican alguna que otra vez y de modo superficial. En un estudio reciente, Michael Peter Smith cuestiona el enfoque (planteado, en su opinión, por David Harvey o John Friedman, entre otros)¹¹ que contraponen “una lógica dinámica pero desubicada en cuanto a

los flujos económicos globales” a “una visión estática del territorio y la cultura local”, que hoy en día “se valora” como el “lugar vital”, del “ser-en-el mundo”.¹² En opinión de Smith, “en vez de reflejar una ontología estática del “ser” o la “comunidad”, las localidades son construcciones dinámicas “en ciernes””.

De hecho, la línea que separa el ámbito abstracto de los operadores globales, “situado en algún lugar de ninguna parte”, y el espacio carnal, palpable, “aquí y ahora”, al alcance de los “locales”, sólo puede trazarse fácilmente en el mundo etéreo de la teoría. Las realidades de la vida urbana desbaratan por completo estas divisiones nítidas. Trazar fronteras en los espacios vividos es una lucha continua y una apuesta en las batallas libradas en numerosos frentes entrecruzados; cada línea trazada es provisional y temporal, a riesgo de ser rediseñada o eliminada, y por ello todas proporcionan una salida natural a la amplia gama de ansiedades generadas por una vida insegura. El único efecto duradero de los continuos pero vanos esfuerzos destinados a reforzar y estabilizar límites tan inestables es el reciclaje de los miedos difusos en prejuicios concretos, antagonismos de grupo,

DOSSIER

Ciudades: orígenes, esplendor y decadencia



confrontaciones ocasionales y hostilidades cocinadas a fuego lento. En nuestro mundo cada vez más globalizado, nadie puede pretender de veras ser un “operador global” lisa y llanamente. Lo máximo que pueden lograr quienes pertenecen a la elite de trotamundos con influencia global es aun radio de acción mayor para su movilidad.

Si las cosas se complican demasiado como para sentirse a gusto y el espacio que rodea sus residencias urbanas empieza a ser peligros y difícil de manejar, ellos tienen la posibilidad de mudarse a otra parte; cuentan con una opción de la que carecen sus vecinos cercanos (físicamente). La posibilidad de encontrar una alternativa más grata a las incomodidades locales les otorga un grado de independencia con el que los otros residentes urbanos sólo pueden soñar, y el lujo de una soberbia indiferencia que los demás no pueden permitirse. El interés de estas elites, su compromiso con la tarea de “poner en orden los asuntos de la ciudad” tiende a ser menos amplio o incondicional que en el caso de quienes poseen

menos libertad para cortar los vínculos locales de modo unilateral.

Sin embargo, esto no implica que la elite de los conectados globalmente en su búsqueda de “sentido e identidad”, que necesitan y desean con el mismo ardor que cualquier otro, pueda dejar de lado el lugar donde vive y trabaja (aunque sea de manera temporal y “hasta nuevo aviso”). Al igual que el resto de los hombres y mujeres, también ellos forman parte del paisaje urbano, y sus metas vitales están inscritas, les guste o no, en la localidad. Como operadores globales, pueden deambular por el ciberespacio, pero como agentes humanos se encuentran todos los días confinados en el espacio físico en el que operan, en el entorno preestablecido y reelaborado una y otra vez en la búsqueda afanosa de sentido, identidad y reconocimiento propia de los seres humanos. La experiencia humana se constituye y se recaba en torno a *lugares*, donde se trata de administrar la vida compartida, donde se conciben, absorben y negocian los sentidos de la vida. Y es *en lugares* donde

se gestan e incuban los estímulos y los deseos humanos, donde se espera satisfacerlos, donde se corre el riesgo de la frustración y donde casi siempre terminan frustrados y sofocados.

Por este motivo, las ciudades contemporáneas son el escenario o el campo de batalla donde los poderes globales y los sentidos e identidades, obstinadamente locales, se encuentran, chocan, luchan y buscan un acuerdo satisfactorio, o al menos soportable, una modalidad de convivencia que pueda ser una paz duradera, pero que por lo general sólo resulta un armisticio, breves intervalos para reparar las defensas dañadas y volver a desplegar las unidades de combate. Esta confrontación, y no cualquier otro factor único, es la que pone en marcha y guía la dinámica de la ciudad de la “modernidad líquida”.

Y no nos engañemos: esto puede suceder en *cualquier* ciudad, aunque no del mismo modo. Michael Peter Smith, al referirse a un reciente viaje a Copenhague, recuerda que durante una sola hora de caminata se cruzó con “varios grupos de inmigrantes turcos,

africanos y de Oriente Medio”, observó “a varias mujeres árabes, con velo y sin él”, leyó “carteles en varias lenguas no europeas”, y mantuvo “una interesante conversación con un camarero irlandés en una taberna inglesa frente al jardín del Tivoli”.¹³ Esta experiencia sobre el terreno le resultó muy útil, dice Smith, durante la conferencia sobre las conexiones transnacionales que pronunció e Copenhague esa misma semana, “cuando una persona del público insistió en que el transnacionalismo era un fenómeno que podía darse en “ciudades globales” como Nueva York o Londres, pero que tenía poca importancia en sitios más aislados como Copenhague”.

Los verdaderos poderes que determinan las condiciones en las que todos actuamos en estos tiempos se mueven en el espacio *global*, mientras que nuestras instituciones de acción política siguen, en gran medida, amarradas al suelo; son, como antes, *locales*.

Puesto que siguen siendo locales, y porque están destinados a permanecer como tales en el futuro próximo, los organismos políticos que



operan en el espacio urbano, en el escenario donde día tras día se representa el drama de la política, suelen adolecer de falta de poder para actuar y, en particular, del tipo de poder que les permitiría actuar con eficacia y soberanía. La otra cara de esta relativa desautorización de la política local es la escasez de política en el ciberespacio extraterritorial, el terreno de juego del poder real.

Una de las paradojas más desconcertantes surgidas en nuestra época es que la política, en un planeta en creciente *globalización*, tiende a ser, de forma apasionada y consciente, *local*. Expulsada del ciberespacio, o, mejor dicho, con el acceso vedado, la política retrocede y se concentra en los asuntos “a su alcance”, en cuestiones locales y relaciones de vecindario. La mayoría de nosotros piensa casi siempre que los asuntos locales son *los únicos* sobre los que podemos “hacer algo”: influir, reparar, mejorar, redirigir. Sólo en las cuestiones locales nuestras acciones, o la falta de ellas,

pueden “establecer la diferencia”, mientras que en el caso de los asuntos “supralocales”, no hay “alternativa alguna” (como repiten una y otra vez nuestros dirigentes políticos y demás “personas bien informadas”). Llegamos a sospechar que los “asuntos globales”, en vista de los medios insuficientes y los escasos recursos con que contamos, seguirán su curso hagamos lo que hagamos o al margen de lo que nos propongamos hacer en la medida de nuestras posibilidades.

Incluso los asuntos cuyas recónditas raíces y causas son indudablemente *globales* y lejanas, sólo entran en el terreno de la preocupación política a través de las derivaciones y repercusiones que tienen en un ámbito puramente *local*. La contaminación atmosférica global y las reservas de agua -al igual que la producción global de individuos “superfluos” y exiliados- se convierten en un asunto *político* cuando se construye un vertedero de residuos tóxicos, o una residencia para refugiados y solicitantes de



asilo sin techo, al lado de casa, en “nuestro patio trasero”, tan cerca de nuestro territorio que asusta, pero también “a nuestro alcance”. La progresiva comercialización de la sanidad, un efecto evidente de la encarnizada competencia entre gigantes supranacionales de la industria farmacéutica, sólo aparece en el panorama *político* cuando se reducen los servicios de un hospital de barrio o cuando se van eliminando las residencias de ancianos o los centros de salud mental. Fueron los habitantes de una ciudad, Nueva York -o, mejor aún, de Manhattan, una parte de esa ciudad diseminada-, quienes debieron afrontar los estragos causados por un ataque terrorista gestado globalmente; son los alcaldes y ayuntamientos de otras ciudades los que deben asumir ahora la responsabilidad de velar por la seguridad personal, de nuevo vulnerable y expuesta a fuerzas bien atrincheradas, inalcanzables para cualquier autoridad municipal, y que asestan golpes mientras están seguros en sus refugios lejanos. La devastación global de los medios de subsistencia y el desarraigo de pueblos establecidos desde tiempo inmemorial sólo aparecen en el horizonte de la acción política con las tareas para integrar a los vistosos “inmigrantes económicos” que atestan las calles que alguna vez parecieron uniformes...

Para resumir: *las ciudades se han convertido en el vertedero de problemas engendrados y gestados globalmente*. Sus habitantes y sus representantes electos deben enfrentarse a una tarea imposible, se mire por donde se mire: encontrar soluciones *locales* a dificultades y problemas *engendrados globalmente*.

De aquí deriva, si se me permite repetirlo, la paradoja de una política cada vez más local en un mundo cada vez más modelado y remodelado por los procesos globales. Como señalaba Castells, el signo siempre más evidente de nuestro tiempo es la intensa (podría decirse compulsiva y cada vez más obsesiva) “producción de sentido e identidad:



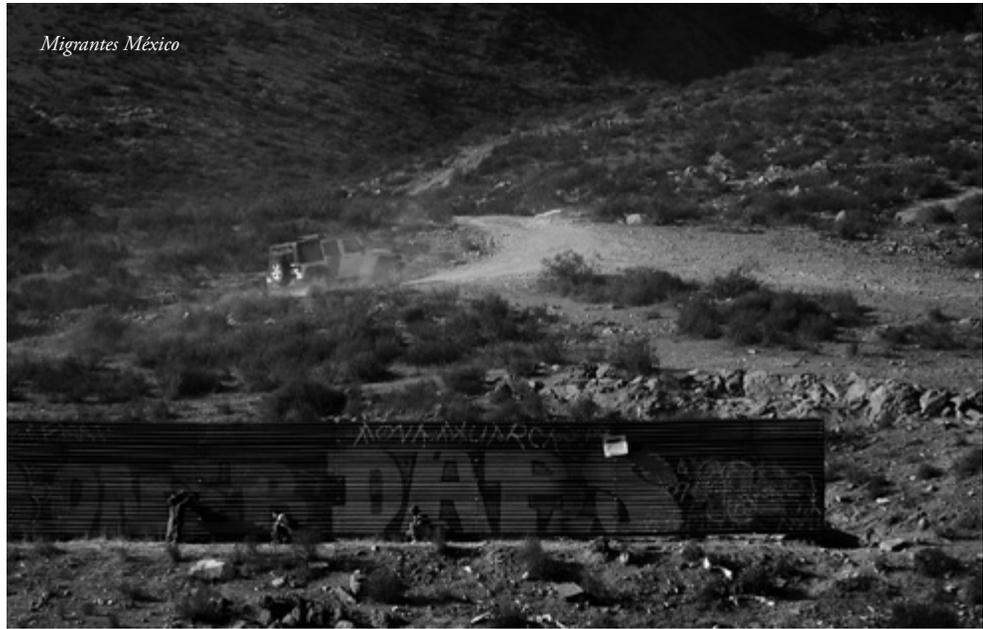
mi vecindario, mi comunidad, mi ciudad, mi escuela, mi árbol, mi río, mi playa, mi iglesia, mi paz, mi ambiente”.¹⁴ “Indefensas ante el torbellino global, las personas se aferran a sí mismas.” Señalemos que cuanto más “se aferran a sí mismas”, tanto más “indefensas” quedan ante “el torbellino global”, y también menos capaces para decidir, y menos aún afirmar, los sentidos y las identidades locales -que son, en apariencia, las suyas propias-, para gran júbilo de los operadores globales, quienes ya no tienen motivo alguno para temer a los indefensos.

Como sugería Castells en otra parte, la creación el “espacio de flujos” establece una nueva jerarquía (global) de dominación-mediante-la-amenaza-de-desconexión. El “espacio de flujos” puede “escapar al control de cualquier entidad local”, mientras que (¡y por eso mismo!) “el espacio de los lugares está fragmentado, circunscrito y, por lo tanto, es impotente frente a la gran capacidad de adaptación del espacio de flujos; el único modo de oponerle resistencia con que cuentan las entidades locales es negar los derechos de tocar tierra a la marea abrumadora de los flujos, sólo para comprobar que se instalan en alguna localidad vecina, con lo que provocan así la exclusión y la marginalización de las comunidades rebeldes”.¹⁵

Como resultado, la *política local* -y en parti-

DOSSIER

Ciudades: orígenes, esplendor y decadencia

Migrantes México

cular la política *urbana*- está *desesperadamente sobrecargada*, por encima de su capacidad de carga y ejecución. Ahora se espera mitigar las consecuencias de una globalización descontrolada con medios y recursos que esa misma globalización tornó penosamente inadecuados. De ahí se deriva la incertidumbre perpetua con la que se ven obligados a actuar los agentes políticos; una incertidumbre que los políticos admiten a veces, pero que casi siempre tratan de encubrir con demostraciones públicas de fuerza y retórica fanfarrona, que suele ser más enérgica y vocinglera cuanto más desdichados y cortos de recursos son esos mismos políticos.

Sea cual fuere la historia de las ciudades y por muchos cambios drásticos que haya habido en su estructura espacial, aspecto y estilo en el transcurso de los años o de los siglos, siempre hay una característica que permanece constante: las ciudades son espacios donde los *extraños* viven y conviven en estrecha proximidad.

Al ser un elemento permanente de la vida ciudadana, la continua y ubicua presencia de desconocidos al alcance de la vista y de

la mano añade una buena dosis de incertidumbre perpetua a las elecciones de vida de los habitantes urbanos. Esta presencia, imposible de evitar salvo por algún instante, es una fuente inagotable de ansiedad y de agresividad, por lo general latente, que de vez en cuando explota.

El miedo a lo desconocido que, aunque sea subliminal, se percibe en el ambiente, pide a gritos válvulas de escape convincentes. En la mayoría de los casos, las ansiedades acumuladas tienden a descargarse contra una categoría particular de “forasteros”, elegidos para encarnar la “extrañeza”: la falta de familiaridad, la impenetrabilidad de algunas costumbres, la vaguedad de los riesgos y la naturaleza desconocida de las amenazas. Al echar de sus casas y de sus tiendas a cierta clase de “forasteros” se consigue exorcizar por algún tiempo el fantasma aterrador de la incertidumbre; se conjura el monstruo espantoso de la inseguridad. Las barreras fronterizas cuidadosamente erigidas para, en apariencia, impedir el acceso a “los falsos solicitantes de asilo” y a los inmigrantes “puramente económicos”, sirven para fortificar la existencia inestable, errática e imprevisible

de aquellos que están dentro. Pero la vida en la modernidad líquida está destinada a seguir siendo errática y caprichosa, a pesar de las medidas que se adopten contra los “forasteros indeseables”, de modo que el alivio dura poco tiempo y las esperanzas depositadas en las “medidas severas y resolutivas” se desvanecen nada más nacer.

El extraño es, por definición, un agente movido por intenciones que uno puede intuir en el mejor de los casos, pero que nunca estará seguro de haber captado por completo. El extraño es la incógnita variable de todas las ecuaciones cada vez que los habitantes de las ciudades deben decidir qué hacer y cómo comportarse. De modo que, incluso cuando no son objeto de agresiones directas ni padecen las consecuencias de un resentimiento manifiesto y activo, la presencia de extraños en el campo de acción sigue produciendo inquietud e imposibilita predecir los efectos de las acciones y las probabilidades éxito o fracaso.

Compartir el espacio con extraños, vivir en su proximidad molesta y no solicitada, es una condición que los habitantes de las ciudades encuentran difícil, tal vez imposible, evitar. La proximidad de los desconocidos es su destino, un *modus vivendi* permanente que, cada día, hay que analizar y custodiar, experimentar, poner a prueba una y otra vez, y (¡si hay suerte!) modelarlo para que la convivencia con extraños sea agradable y la vida en su compañía más llevadera. Esto es un “elemento dado”, innegociable; pero puede elegirse la manera que tienen los habitantes de la ciudad de satisfacer las exigencias impuestas por esta necesidad. Y una suerte de elección se hace a diario, por comisión u omisión; por voluntad propia o por inercia; por decisión consciente o, simplemente, siguiendo a ciegas y de forma mecánica los esquemas habituales; mediante una discusión o de común acuerdo, o bien por simple adhesión individual a los

instrumentos de confianza de aquel momento (porque están de moda y aún no han caído en descrédito).

Los desarrollos que describe Steven Flusty y que antes he citado son manifestaciones ultramodernas de la ubicua “mixofobia” urbana.

La “mixofobia” es una reacción -muy extendida y altamente previsible- ante la escalofriante, inconcebible y perturbadora variedad de tipos humanos y costumbres que coexisten en las calles de las ciudades contemporáneas, no sólo en aquellas zonas oficialmente llamadas (y por esa razón evitadas) “barrios violentos” o “calles de mala fama”, sino también en aquellos barrios “corrientes” (léase: no protegidos por “espacios vetados”). A medida que crece el multilingüismo y la diversidad cultural del entorno urbano de la era de la globalización -que, con el paso del tiempo, tiene más probabilidades de intensificarse que de atenuarse-, las tensiones derivadas de la molesta/perturbadora/irritante extrañeza de la situación seguramente seguirán favoreciendo los impulsos segregacionistas.

La descarga de tales impulsos puede aliviar (temporal aunque repetidamente) la escalada de tensiones. Cada descarga sucesiva renueva la esperanza frustrada por la precedente: así, aunque las diferencias desconcertantes y molestas pueden ser inexpugnables e inmanejables, al menos se les podría quitar el veneno del aguijón al asignar a cada forma de vida un espacio físico separado, inclusivo y exclusivo, bien delimitado y protegido... Mientras tanto, a falta de una solución tan radical, tal vez sería posible garantizar para uno mismo, su familia, amigos y “otra gente como uno”, un territorio libre de la confusión y el desorden de que adolecen irremediablemente otras partes de la ciudad. La mixofobia se manifiesta en el impulso a buscar islas de similitud e igualdad en medio del mar de la diversidad y la diferencia.

Los orígenes de la mixofobia son banales, se encuentran sin dificultad, son fáciles de comprender aunque no tanto de perdonar. Como sugiere Richard Sennett: “el sentimiento de “nosotros”, que expresa el deseo de parecerse a los demás, es una manera para los hombres” y para las mujeres “de evitar la necesidad de calar más hondo los unos en los otros”.¹⁶ Podríamos decir que promete cierto consuelo espiritual: la perspectiva de tornar más tolerable la vida en común al eliminar el esfuerzo de entender, negociar y pactar que exige vivir entre y con la diferencia. “El deseo de evitar una participación real es innato al procesos de formar una imagen coherente de comunidad. Percibir la existencia de lazos comunes sin una experiencia en común es algo que aparece en primer lugar porque los hombres temen participar, les asustan los peligros y retos que conlleva, tienen miedo del dolor que puede causar.”

La tendencia a buscar una “comunidad de semejantes” es una señal de retirada de la alteridad *exterior* y también de la renuncia a comprometerse con la interacción *interior*, vital aunque turbulenta, estimulante pero molesta. El atractivo de una “comunidad de semejantes” es el de una póliza de seguros contra los múltiples peligros que comporta la vida cotidiana en un mundo multilingüe. Sumergirse en la “igualdad” no reduce dichos peligros ni los elimina. Como todos los paliativos, sólo promete un refugio contra algunos de los efectos más inmediatos y temibles.

Elegir la opción de la huida como remedio para la mixofobia tiene una consecuencia sumamente insidiosa y nociva: una vez adoptado, el presunto régimen terapéutico se perpetúa y se refuerza cuanto más ineficaz resulta. Sennett explica por qué ocurre esto y por qué no puede ser de otro modo: “Durante las dos últimas décadas, las ciudades de Estados Unidos han crecido de tal manera que los barrios donde habitan extranjeros se

han vuelto relativamente homogéneos; no parece casual que el miedo a los forasteros se haya agudizado en paralelo al aislamiento de dichos barrios”.¹⁷ Cuanto más tiempo permanecen las personas en un medio uniforme -en compañía de otros “como ellos” con los que se puede “socializar” de modo superficial y trivial, sin exponerse a malentendidos y sin tener que bregar con la molesta necesidad de traducir entre distintos universos de sentido- más probabilidades hay de que “desaprendan” el arte de negociar significados compartidos y un *modus convivendi* agradable. Puesto que han olvidado o descuidado la adquisición de las habilidades necesarias para vivir una vida grata en medio de la diferencia, no es de extrañar que quienes buscan y practican la terapia de la fuga vean con horror creciente la perspectiva de toparse cara a cara con los foráneos. Los extraños tienden a parecer más aterradores cuanto más ajenos, desconocidos e incomprensibles llegan a ser, y a medida que van desapareciendo, o dejan de arrancar, el diálogo y la interacción mutuos, que podrían terminar asimilando su “alteridad” al mundo propio. Puede que la tendencia hacia un entorno homogéneo, territorialmente aislado, venga provocada por la mixofobia, pero la *práctica* de la segregación territorial es el salvavidas y el alimento de dicha mixofobia, y se transforma de manera gradual en su principal refuerzo.

Sin embargo, la mixofobia no es el único combatiente en el campo de batalla urbano.

La vida en la ciudad es una experiencia notablemente ambivalente. Atrae y repele a la vez y, para complicar aún más la existencia de sus habitantes, son *los mismos* aspectos de la vida urbana los que, de manera alternativa o simultánea, atraen y repelen... La desconcertante variedad del entorno urbano es una fuente de temores (sobre todo para aquellos que ya han “perdido sus costumbres familiares”, al verse sumidos en un estado de incertidumbre aguda

a causa de los procesos desestabilizadores que ha traído la globalización). *El mismo* brillo y centello caleidoscópico de la escena urbana, en la que nunca faltan novedades y sorpresas, constituye el embrujo irresistible de las ciudades y su poder de seducción.

Así pues, encontrarse ante el espectáculo deslumbrante e interminable que ofrece la ciudad no siempre se considera una maldición o una pesadilla; ni tampoco refugiarse se percibe como una completa bendición. La ciudad favorece la *mixofilia* de la misma manera que provoca y alimenta la mixofobia. La vida urbana es un asunto *ambivalente* de manera intrínseca e irremediable.

Cuanto más grande y heterogénea es una ciudad, más atractivos puede tener y ofrecer. La concentración masiva de desconocidos es un repelente y, al mismo tiempo, un poderoso imán que atrae a la ciudad a nuevas legiones de hombres y mujeres cansados de la monotonía de la vida rural o provinciana, hartos de su rutina cotidiana, y desesperados ante la falta de oportunidades. La variedad es una promesa de oportunidades, múltiples y diferentes oportunidades, oportunidades para todos los gustos y aptitudes. Así pues, cuanto más grande sea la ciudad, más probable será que atraiga a un número cada vez mayor de personas que rechazan o no encuentran las oportunidades y las ocasiones de aventura en sitios más pequeños y, por tanto, menos tolerantes para con los distintos modos de pensar y más rígidos en las libertades que ofrecen o, mejor dicho, toleran. Parece ser que la mixofilia, al igual que la mixofobia, es una tendencia autónoma que se propaga y se renueva por sí sola. Es difícil que una u otra puedan agotarse o perder vigor en el curso de la renovación de la ciudad y de la reorganización del espacio ciudadano.

La mixofobia y la mixofilia coexisten en todas las ciudades, pero también se hallan en el interior



de cada uno de sus habitantes. Es una coexistencia difícil, sin lugar a dudas, llena de ruido y de furia, pero que tiene mucha importancia para los destinatarios finales de la ambivalencia propia de la modernidad líquida.

Como los desconocidos están predestinados a seguir viviendo los unos en compañía de los otros todavía por mucho tiempo -sean cuales fueren las vueltas y los futuros cambios de la historia urbana-, el arte de vivir en paz y armonía con la diferencia, y de beneficiarse de la variedad de estímulos y oportunidades, adquiere una relevancia de primer orden entre las habilidades que un ciudadano necesita (y haría bien en) aprender y poner en práctica.

Dada la creciente movilidad urbana, propia de la época de la modernidad líquida, y los acelerados cambios de actores, argumentos y escenarios del panorama urbano, no es previsible que la mixofobia desaparezca por completo. Tal vez se pueda hacer algo para

DOSSIER

Ciudades: orígenes, esplendor y decadencia

alterar las proporciones de la mezcla de la mixofilia y la mixofobia, para reducir el desconcertante impacto de la mixofobia, y la ansiedad y la angustia que provoca. De hecho, parece ser que los arquitectos y urbanistas podrían contribuir bastante a la hora de favorecer el crecimiento de la mixofilia y minimizar las ocasiones que puedan propiciar reacciones mixofóbicas ante los desafíos de la vida urbana. Y, según parece, también pueden hacer mucho, y lo hacen, para favorecer el efecto contrario.

Como hemos visto antes, la causa principal de dicha mixofobia es, en realidad, la segregación de los barrios residenciales y de los espacios abiertos al público, comercialmente atractiva para los constructores porque les permite obtener beneficios en poco tiempo, pero también para sus clientes como remedio rápido contra las ansiedades que provoca la mixofobia. Las soluciones existentes crean o agravan los problemas que pretenden resolver: los constructores de barrios cercados y edificios de pisos sometidos a vigilancia, así como los arquitectos que proyectan “espacios vetados”, son los que crean, reproducen e intensifican la necesidad y la demanda que pretenden satisfacer.

La paranoia mixofóbica se alimenta de sí misma y actúa como una profecía que lleva en sí el germen de su cumplimiento. Si se ofrece y se acepta la segregación como remedio radical para los peligros que representan los forasteros, la convivencia con ellos se vuelve más difícil cada día. Homogeneizar los barrios, y después reducir al mínimo indispensable todo comercio y comunicación entre ellos, es la receta infalible para intensificar y avivar el deseo de excluir y segregar. Semejante medida puede contribuir a aliviar los dolores que padecen las personas aquejadas de mixofobia, pero el remedio es patógeno en sí mismo y empeora la enfermedad, por lo que siempre se requieren dosis más fuertes para que el

dolor sea soportable. La homogeneidad social del espacio, acentuada y reforzada por la segregación espacial, reduce la capacidad para tolerar la diferencia de los habitantes de las ciudades y multiplica los casos de reacciones mixofóbicas, algo que hace parecer la vida urbana más “inclinada al riesgo” y, por ello, más angustiosa, en lugar de más segura, más tranquila y agradable.

Una estrategia arquitectónica y urbanística que fuera la antítesis de la actual contribuiría al afianzamiento y al cultivo de sentimientos mixofílicos: la creación de espacios públicos abiertos, atrayentes y hospitalarios, a los que acudirían de buen grado todas las categorías de residentes urbanos, sin tener reparo en compartirlos. Como destacó Hans-Georg Gadamer en su célebre *Verdad y método*, el entendimiento mutuo nace de la “fusión de horizontes”, los horizontes cognitivos, es decir, los que se trazan y expanden a medida que se acumula experiencia vital. La “fusión” que requiere el entendimiento mutuo sólo puede provenir de una experiencia *compartida*; y compartir experiencia es inconcebible si no se comparte el espacio.

Los más horribles miedos contemporáneos nacen de la incertidumbre existencial. Sus raíces se extienden más allá de las condiciones de vida, y todo cuanto pueda hacerse en el interior de la ciudad, en la escala del espacio ciudadano y de los recursos gestionados por la ciudad para arrancar estas raíces, siempre resultará insuficiente respecto de aquello que sería necesario. La mixofobia que amenaza la convivencia de los habitantes urbanos no es la fuente de su inquietud, sino el resultado de una interpretación perversa y engañosa de sus orígenes; una manifestación de intentos desesperados y, a fin de cuentas, provisionales, para atenuar el dolor provocado por la angustia: eliminan la irritación mientras que se equivocan en la cura de la enfermedad. Es la mixofilia, arraigada en la vida de la ciudad

como su opuesto, la mixofobia, la que contiene el germen de la esperanza: esperanza no sólo por convertir la vida urbana -un tipo de vida que exige convivencia e interacción con una variedad enorme, tal vez infinita, de desconocidos- en menos preocupante y más fácil de practicar, sino también la esperanza de atenuar las tensiones que tienen su origen, por causas análogas, a escala planetaria.

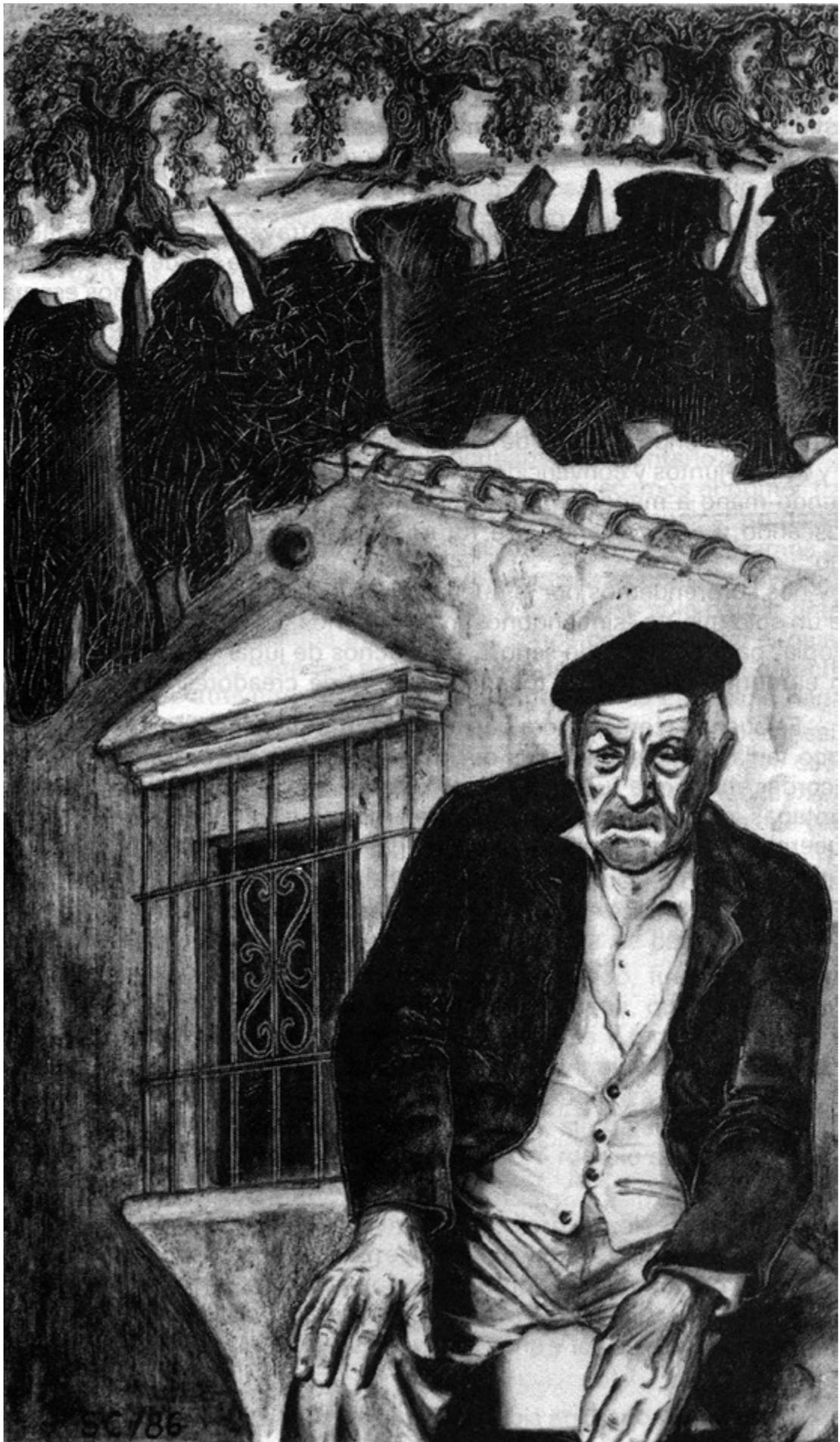
Como se mencionó antes, las ciudades contemporáneas son vertederos para los problemas producidos globalmente; pero también pueden verse como laboratorios en los que los modos y las maneras de vivir con la diferencia, que todavía tienen que aprender los habitantes de un planeta cada vez más superpoblado, se inventan día a día, se prueban, memorizan y asimilan. El trabajo de la “fusión de horizontes” de Gadamer, aquella condición necesaria de la kantiana *allgemeine Vereinigung der Menschheit*, puede iniciarse

en la escena urbana. Sobre este escenario, la apocalíptica visión de Huntington de un conflicto irreconciliable y de un inevitable “choque de civilizaciones”¹⁸ puede traducirse en benignos y, con frecuencia, gratificantes y placenteros encuentros cotidianos con la humanidad que se oculta tras las máscaras escénicas, atterradoramente desconocidas, de las razas, nacionalidades, divinidades y liturgias diferentes y recíprocamente ajenas. No hay mejor lugar que las calles compartidas de la ciudad para descubrir y aprender que, como dice Mark Juergensmeyer,¹⁹ si bien “las seculares expresiones ideológicas de rebelión” tienden en estos tiempos a ser “reemplazadas por formulaciones ideológicas de naturaleza religiosa”, “las quejas -el sentido de alienación, marginalización y frustración social- son con frecuencia las mismas”, más allá de las separaciones y de los antagonismos creados por las fronteras religiosas.



DOSSIER

Ciudades: orígenes, esplendor y decadencia



SC/86

Barbarie con rostro humano*

Slavoj Zizek

La oleada de rechazo del inmigrante en Europa es hoy la principal amenaza para su legado cristiano. El miedo al extranjero empieza a impregnar también el antaño tolerante multiculturalismo liberal



“Después de la desintegración de los regímenes comunistas en 1990, entramos en una nueva era en la que la forma predominante de ejercicio del poder estatal se ha convertido en una despolitizada administración técnica que se dedica a coordinar los intereses. La única manera de introducir pasión en ese ámbito, de movilizar realmente a la gente, es mediante el miedo: a los inmigrantes, a la delincuencia, a la impía deprivación sexual, al exceso de Estado (que abruma con unos impuestos y un control excesivos), a la catástrofe ecológica y, también, al acoso (la corrección política es el caso paradigmático de la política del miedo liberal).”

La reciente expulsión de Francia de los gitanos residentes en su territorio en situación ilegal, a los que se ha deportado a Rumanía, su país de origen, ha suscitado muchas protestas en toda Europa, en medios progresistas y también entre importantes políticos, y no solo de izquierdas. Sin embargo, las expulsiones no se han detenido, y constituyen además la punta de un enorme iceberg que se alza dentro de la política europea. Hace un mes, un libro de Thilo Sarrazin, un directivo de banca considerado políticamente cercano a los socialdemócratas, causó escándalo en Alemania al plantear la tesis de que la nación alemana estaba amenazada por la presencia de demasiados inmigrantes a los que se permitía mantener su identidad cultural. Aunque el libro fue unánimemente censurado, su tremendo impacto pone de relieve que al gran público le dio donde le duele. Incidentes como estos han de evaluarse en el marco de una reorganización a largo plazo del espacio político en Europa occidental y oriental.

La policía francesa evacua un poblado chabolista en Lyon

El Otro está bien siempre que su presencia no sea molesta, siempre que no sea realmente un Otro

* Traducción de Jesús Cuéllar Menezo

Es un retroceso desde el amor cristiano al prójimo a la práctica pagana de privilegiar a la propia tribu

Hasta hace poco, el espacio político de los países europeos estaba dominado por dos grandes formaciones que se dirigían al conjunto del cuerpo electoral, es decir, por un partido de centro-derecha (cristianodemócrata, liberal-conservador, popular...) y por otro de centro-izquierda (socialista o socialdemócrata), a los que se añadían pequeñas formaciones (ecologistas o comunistas). En el Oeste tanto como en el Este, los últimos resultados electorales apuntan a la paulatina aparición de otra polaridad. Hay un partido centrista predominante que defiende el capitalismo global, generalmente con un programa cultural liberal (tolerancia hacia el aborto, los derechos de los homosexuales, las minorías religiosas y étnicas, etcétera). A ese partido se opone cada vez con más fuerza alguna formación populista contraria a la inmigración que, en sus márgenes, va acompañada de grupos neofascistas abiertamente racistas. El caso más paradigmático es el de Polonia: tras la desaparición de los ex comunistas, las principales formaciones políticas son el partido liberal, centrista y “antiideológico” del primer ministro Donald

Tusk y el partido cristiano conservador de los hermanos Kaczynski. Hay tendencias similares en Holanda, Noruega, Suecia, Hungría... ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

Tras décadas de Estado del bienestar -o de su promesa-, cuando los recortes financieros se limitaban a breves periodos y se aplicaban prometiendo que las cosas pronto volverían a la normalidad, entramos ahora en una nueva época en la que la crisis, o más bien cierto estado de emergencia económica que precisa de toda clase de medidas de austeridad, es permanente, se convierte en una constante, en pura y simplemente una forma de vida. Después de la desintegración de los regímenes comunistas en 1990, entramos en una nueva era en la que la forma predominante de ejercicio del poder estatal se ha convertido en una despolitizada administración técnica que se dedica a coordinar los intereses.

La única manera de introducir pasión en ese ámbito, de movilizar realmente a la gente, es mediante el miedo: a los inmigrantes, a la delincuencia, a la impía depravación sexual, al exceso de Estado (que abrumba con unos impuestos y un control excesivos), a la catástrofe ecológica y, también, al acoso (la corrección política es el caso paradigmático de la política del miedo liberal). Esa forma de hacer política siempre se basa en la manipulación de un ochlos paranoico, en la aterradora concentración de hombres y mujeres atemorizados. Esta es la razón de que el gran acontecimiento de la primera década del nuevo milenio fuera la entrada en la ortodoxia política del discurso contra la inmigración, que cortó por fin el cordón umbilical que lo unía a partidos marginales de extrema derecha. Desde Austria hasta Holanda, pasando por Francia o Alemania, y en virtud del nuevo orgullo que suscita la propia identidad cultural e histórica, los principales partidos ahora descubren que es aceptable insistir en la condición de invitados de unos



inmigrantes que deben adaptarse a los valores culturales que definen la sociedad de acogida: “Es nuestro país, si no lo quieres, te vas”. Es imprescindible señalar hasta qué punto la tolerancia progresista liberal comparte ciertas premisas fundamentales con esta actitud: su exigencia de respeto y de apertura hacia la otredad (étnica, religiosa o sexual), tiene su contrapunto en el miedo obsesivo al acoso. El Otro está bien siempre que su presencia no sea molesta, siempre que no sea realmente un Otro... En realidad, mi deber de tolerancia para con el otro significa que no debo acercarme demasiado a él, meterme en su espacio. En la sociedad capitalista tardía el derecho humano que va tornándose más esencial es el derecho a no ser acosado: a mantenerse a distancia prudencial de los demás.

No es extraño que el tema de los seres tóxicos haya ganado terreno últimamente. Aunque el concepto procede de la psicología de divulgación y nos previene contra los vampiros emocionales que andan por ahí al acecho, ahora está yendo mucho más allá de las relaciones interpersonales inmediatas: el calificativo tóxico alude a propiedades pertenecientes a niveles (naturales, culturales, psicológicos, políticos) totalmente distintos. Un ser tóxico puede ser un inmigrante con una enfermedad mortal al que hay que poner en cuarentena; un terrorista cuyos mortíferos planes deben evitarse y al que se debe encerrar en Guantánamo, esa zona vacía ajena al imperio de la ley; un ideólogo fundamentalista al que hay que silenciar porque difunde el odio; un padre, madre, profesor o sacerdote que abusa de los niños y los corrompe. Lo tóxico es el propio vecino extranjero, el abismo que hay, por ejemplo, en sus placeres o creencias. De manera que el objetivo final de cualquiera de las normas que rigen las relaciones personales es poner en cuarentena o por lo menos neutralizar y contener esa dimensión tóxica, reducir al vecino a la condición de prójimo.



En el mercado actual encontramos una amplia gama de productos carentes de su componente nocivo: café sin cafeína, nata sin grasa, cerveza sin alcohol... ¿Qué decir del sexo virtual, que es sexo sin sexo; de la doctrina de guerra sin víctimas (en nuestro bando, claro) de Colin Powell, que es una guerra sin guerra; de la redefinición actual de la política como arte de la administración técnica, que es una política sin política? Todo ello nos conduce al tolerante multiculturalismo liberal, que es una experiencia del Otro privado de su otredad: un Otro descafeinado que practica danzas fascinantes y que aborda la realidad desde un enfoque holístico ecológicamente sensato, mientras rasgos como el maltrato a la esposa quedan fuera de cámara.

Quien mejor planteó, allá por 1938, el mecanismo que activa esa neutralización fue Robert Brasillach, el intelectual fascista francés condenado y fusilado en 1945, que, considerándose un antisemita “moderado”, inventó la fórmula del “antisemitismo razonable”: “Nos permitimos aplaudir en el cine a Charlie Chaplin, un medio judío; admirar a Proust, un medio judío, y aplaudir a Yehudi Menuhin, un judío. Y la voz de Hitler viaja

DOSSIER

Ciudades: orígenes, esplendor y decadencia

por las ondas radiofónicas a continuación del nombre del judío Hertz. (...) No queremos matar a nadie, no queremos organizar ningún pogromo. Pero también pensamos que la mejor manera de obstaculizar las siempre impredecibles acciones del antisemitismo instintivo es organizar un antisemitismo razonable”.

¿Acaso no está presente esta misma actitud en la forma que tienen nuestros Gobiernos de abordar la “amenaza de la inmigración”? Después de rechazar con superioridad moral el descarado racismo populista tachándolo de “poco razonable” y de inaceptable para nuestras normas democráticas, avalan “razonablemente” medidas de protección racistas... o, como brassillachs de hoy en día, algunos de ellos incluso socialdemócratas, nos dicen: “Nos permitimos

aplaudir a deportistas africanos y de Europa del Este, a doctores asiáticos o a programadores informáticos indios. No queremos matar a nadie, no queremos organizar ningún pogromo, pero también pensamos que la mejor manera de obstaculizar las siempre impredecibles y violentas medidas defensivas que suscita la inmigración es organizar una protección razonable frente a los inmigrantes”.

Esta concepción de la desintoxicación del vecino supone un paso claro de la barbarie directa a la barbarie con rostro humano. Plasma un retroceso que va desde el amor cristiano al vecino a la práctica pagana de privilegiar a la propia tribu frente al Otro bárbaro. La idea, aunque se envuelva en la defensa de los valores cristianos, constituye en sí misma la principal amenaza para el legado cristiano.

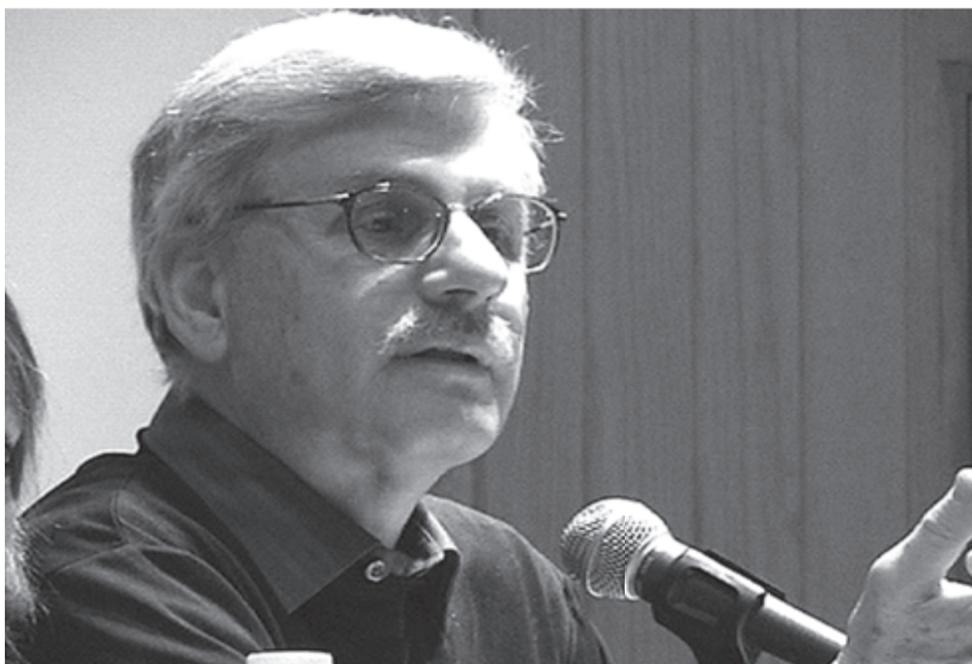


La Haine

Ecossocialismo: hacia una nueva civilización

Sectores enteros del sistema productivo deberían ser suprimidos o reestructurados, y otros nuevos deben desarrollarse, bajo la necesaria condición de pleno empleo para toda la fuerza laboral

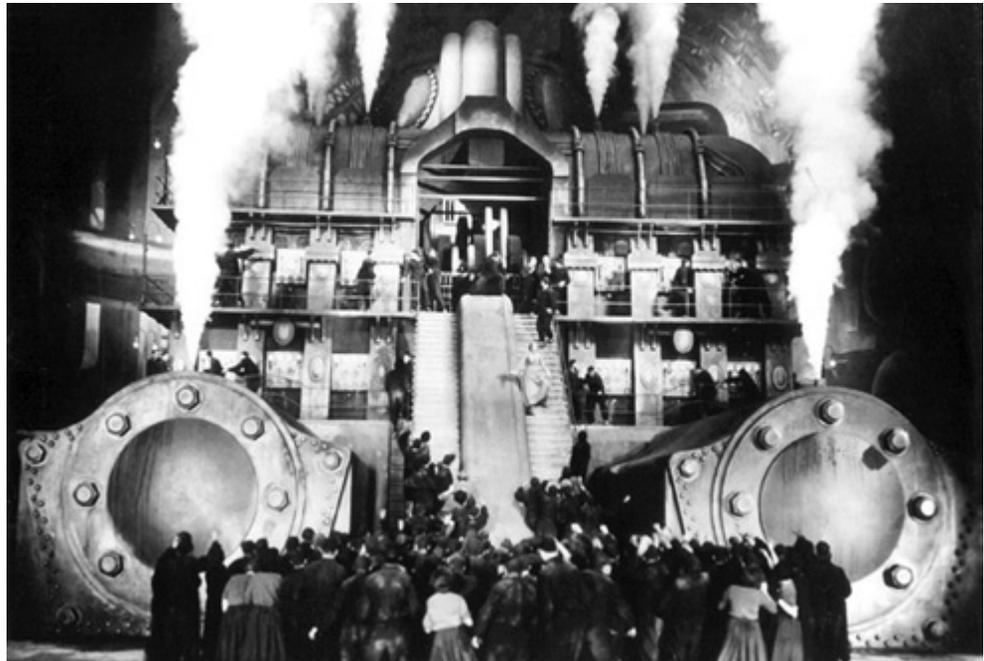
Michael Löwy



Las presentes crisis económica y ecológica son parte de una coyuntura histórica más general: estamos enfrentados con una crisis del presente modelo de civilización, la civilización Occidental moderna capitalista/industrial, basada en la ilimitada expansión y acumulación de capital, en la “mercantilización de todo” (Immanuel Wallerstein), en la despiadada explotación del trabajo y la naturaleza, en el individualismo y la competencia brutales, y en la destrucción masiva del medio ambiente. La creciente amenaza de ruptura del equilibrio ecológico apunta a un escenario catastrófico –el ca-

lentamiento global– que pone en peligro la supervivencia misma de la especie humana. Enfrentamos una crisis de civilización que demanda un cambio radical.¹

Ecossocialismo es un intento de ofrecer una alternativa civilizatoria radical, fundada en los argumentos básicos del movimiento ecológico, y en la crítica marxista de la economía política. Oponer al *progreso destructivo* capitalista (Marx) una política económica basada en criterios no monetarios y extraeconómicos: las necesidades sociales y el equilibrio ecológico. Esta síntesis dialéctica, intentada por



un amplio espectro de autores, desde James O'Connor a Joel Kovel y John Bellamy Foster, y desde André Gorz (en sus escritos juveniles) a Elmar Altvater, es al mismo tiempo una crítica de la “ecología de mercado”, que no desafía el sistema capitalista, y del “socialismo productivista”, que ignora la cuestión de los límites naturales.

Según James O'Connor, el objetivo del socialismo ecológico es una nueva sociedad basada en la racionalidad ecológica, en el control democrático, en la equidad social, y el predominio del valor de uso sobre el valor de cambio. Agregaría que este objetivo requiere: a) propiedad colectiva de los medios de producción –“colectiva” quiere decir propiedad pública, cooperativa o comunitaria–; b) planificación democrática que permita a la sociedad definir metas de inversión y producción; y c) una nueva estructura tecnológica de las fuerzas productivas. En otros términos: una transformación social y económica revolucionaria².

El problema con las tendencias dominantes de la izquierda durante el siglo xx –la social-

democracia y el movimiento comunista de inspiración soviética– fue la aceptación del modelo de fuerzas productivas realmente existente. Mientras la primera se limita a una versión reformada –a lo sumo keynesiana– del sistema capitalista, el segundo desarrolló una forma colectivista –o capitalista de Estado– de productivismo. En ambos casos, la cuestión del medio ambiente quedó descartada, o fue marginada.

Los propios Marx y Engels no ignoraban las consecuencias ambientales destructivas del modo de producción capitalista: hay varios pasajes en *El capital* y otros escritos que muestran esta comprensión³. Creían además que el objetivo del socialismo no era producir cada vez más mercancías, sino dar a los seres humanos tiempo libre para el pleno desarrollo de sus potencialidades. De modo que ellos tienen poco en común con el “productivismo”, esto es, con la idea de que la ilimitada expansión de la producción es un objetivo en sí mismo.

Sin embargo, hay algunos pasajes en sus escritos que parecen sugerir que el socialismo per-

mitiría el desarrollo de las fuerzas productivas más allá de los límites impuestos a estas por el sistema capitalista. Según este enfoque, la transformación socialista solo tendría que ver con las relaciones de producción capitalistas, convertidas en un obstáculo para el libre desarrollo de las fuerzas productivas existentes (se suele decir que las “encadena”); el socialismo significaría sobre todo la *apropiación social* de estas capacidades productivas, que las pondría al servicio de los trabajadores. Para citar un pasaje del *Anti-Dübring*, un trabajo canónico para varias generaciones de marxistas: el socialismo permitiría “que la sociedad, abiertamente y sin rodeos, tome posesión de esas fuerzas productivas que ya no admiten más dirección que la suya”⁴.

La experiencia de la Unión Soviética ilustra los problemas que se derivan de una apropiación colectivista del aparato de producción capitalista: desde el comienzo, predominó la tesis de la socialización de las fuerzas de producción existentes. Es cierto que, durante los primeros años tras la Revolución de Octubre, pudo desarrollarse una corriente ecológica y algunas (limitadas) medidas proteccio-

nistas fueron tomadas por las autoridades soviéticas. Sin embargo, con el proceso de burocratización stalinista, las tendencias productivas, en la industria y la agricultura, fueron impuestas con métodos totalitarios, en tanto los ecologistas fueron marginados o eliminados. La catástrofe de Chernobil es un ejemplo extremo de las desastrosas consecuencias que tuvo la imitación de las tecnologías productivas de Occidente. Un cambio en las formas de propiedad que no sea seguido por la gestión democrática y la reorganización del sistema productivo solo puede llevar a un final terrible.

Los marxistas pueden inspirarse en lo que destacaba Marx en relación con la Comuna de París: los trabajadores no pueden tomar posesión del aparato del Estado capitalista y ponerlo a funcionar a su servicio. Deben “demolerlo” y reemplazarlo por una forma de poder político radicalmente diferente, democrático y no estatal.

Lo mismo es aplicable, *mutatis mutandis*, al aparato productivo: por su naturaleza, su estructura, no es neutral, sino que está al



servicio de la acumulación de capital y de la ilimitada expansión del mercado. Está en contradicción con las necesidades de protección del ambiente y de la salud de la población. Es preciso, por lo tanto, “revolucionarlo”, en un proceso de transformación radical. Esto puede significar cancelar ciertas ramas de la producción: por ejemplo, las plantas nucleares, algunos métodos masivos/industriales de pesca (responsables por el exterminio de varias especies en los mares), la tala destructiva de selvas tropicales, etcétera (¡la lista es muy larga!). En cualquier caso, las fuerzas productivas, y no solo las relaciones de producción, deben ser transformadas profundamente, comenzando por una revolución del sistema energético, reemplazando los actuales recursos —esencialmente fósiles— responsables de la contaminación y envenenamiento del ambiente, por otros renovables, como el agua, el viento y el sol. Por supuesto, muchos logros científicos y tecnológicos modernos son valiosos, pero el sistema de producción debe ser transformado en su conjunto, y esto solo puede hacerse a través de métodos ecosocialistas, esto es, a través de una planificación democrática de la economía que tenga en cuenta la preservación del equilibrio ecológico.

El tema de la energía es decisivo para este proceso de cambio civilizatorio. Las energías fósiles (petróleo, carbón) son grandes responsables de la contaminación del planeta, como ocurre con el desastroso cambio climático; la energía nuclear es una falsa alternativa, no solo por el peligro de nuevos Chernobils, sino también porque nadie sabe qué hacer con las miles de toneladas de desperdicio radioactivo —tóxicos durante cientos, miles y en algunos casos millones de años— y las masas gigantescas de plantas obsoletas contaminadas. La energía solar, que nunca despertó mucho interés en las sociedades capitalistas, por no ser “rentable” ni “competitiva”, se convertiría en un objeto de investigación y



desarrollo intensivo, y jugaría un papel central en la construcción de un sistema de energía alternativo.

Sectores enteros del sistema productivo deberían ser suprimidos o reestructurados, y otros nuevos deben desarrollarse, bajo la necesaria condición de pleno empleo para toda la fuerza laboral, en iguales condiciones de trabajo y salario. Esta condición es esencial, no solo porque es un requerimiento de la justicia social, sino para asegurar el apoyo de los

trabajadores al proceso de transformación estructural de las fuerzas productivas. Proceso que es imposible sin el control público sobre los medios de producción y planificación, es decir, sin decisiones públicas sobre inversión y cambio tecnológico, que deben tomarse de los bancos y empresas capitalistas para ponerlos al servicio del bien común de la sociedad.

La sociedad misma, y no un pequeño grupo de propietarios oligárquicos –ni una élite de tecno-burócratas– deben poder elegir, democráticamente, qué líneas productivas han de privilegiarse, y cuántos recursos deben invertirse en educación, salud o cultura. Los precios de los propios bienes no deben quedar librados a las “leyes de oferta y demanda” sino, hasta cierto punto, determinados de acuerdo con opciones políticas y sociales, así como con criterio ecológico, imponiendo impuestos a ciertos productos y precios subsidiados para otros. En términos ideales, a medida que avance la transición hacia el socialismo, cada vez más productos y servicios se distribuirían libres de cargo, de acuerdo con el deseo de los ciudadanos. Lejos de ser algo “despótico” en sí misma, la planificación es el ejercicio, por la sociedad toda, de sus libertades: libertad de decisión, y liberación de las alienantes y cosificadas “leyes económicas” del sistema capitalista, que determina la vida y muerte de los individuos, y los encierra en una “jaula de hierro” económica (Max Weber). La planificación y la reducción de las horas de trabajo son los dos pasos decisivos de la humanidad hacia lo que Marx llamó “el reino de la libertad”. Un incremento significativo del tiempo libre es una condición para la participación democrática del pueblo trabajador en la discusión democrática y el manejo de la economía y la sociedad.

La concepción socialista de planificación no es más que la radical democratización de la economía: si las decisiones políticas no deben ser dejadas en manos de una pequeña élite de

gobernantes, ¿por qué no aplicar el mismo principio a las decisiones económicas? Estoy dejando de lado el tema de la proporción específica entre planificación y mecanismos de mercado: durante los primeros pasos de una nueva sociedad, los mercados mantendrían ciertamente un lugar importante, pero al avanzar la transición hacia el socialismo, la planificación se volvería cada vez más predominante, a expensas de la ley del valor de cambio.

En tanto en el capitalismo el valor de uso es solo un medio, a veces un engaño, al servicio del valor de cambio y la ganancia –lo que explica, dicho sea de paso, por qué tantos productos en la sociedad son sustancialmente innecesarios–, en una economía socialista planificada el valor de uso es el único criterio para la producción de bienes y servicios, con consecuencias económicas, sociales y ecológicas de largo alcance. Como observó Joel Kovel: “El acrecentamiento de los valores de uso y la correspondiente reestructuración de las necesidades se convierten ahora en los reguladores sociales de la tecnología, en lugar de ser esta, como bajo el capital, conversión de tiempo en plusvalía y dinero”⁵.

En una producción racionalmente organizada, el plan concierne a las principales opciones económicas, no a la administración de restaurantes, verdulerías y panaderías, negocios pequeños, empresas de artesanos o servicios. Es importante enfatizar que la planificación no es contradictoria con la autogestión por los trabajadores de sus unidades de producción: mientras que la decisión de transformar una planta automotriz en una que produce colectivos y tranvías es tomada por la sociedad como un todo mediante el plan, la organización interna y el funcionamiento de la planta estarán democráticamente manejados por sus propios trabajadores. Mucho se ha discutido sobre el carácter “centralizado” o “descentralizado” de la planificación, pero

puede decirse que la cuestión es realmente el control democrático del plan a todos los niveles, local, regional, nacional, continental y, esperemos, internacional: temas ecológicos como el calentamiento global son planetarios y solo pueden ser tratados a escala global. Se podría llamar esta propuesta “*planeamiento democrático global*”; y es bastante opuesta a lo que usualmente se describe como “planificación central”, dado que las decisiones económicas y sociales no son tomadas por algún “centro”, sino democráticamente decididas por la población en cuestión.

Una planificación ecosocialista está basada entonces en un debate pluralista y democrático, en todos los niveles donde las decisiones deben ser tomadas: las diferentes propuestas son sometidas a la gente en cuestión, bajo la forma de partidos, plataformas, o cualquier otro movimiento político, y de acuerdo con esto se eligen delegados. Sin embargo, la democracia representativa debe ser completada –y corregida– por una democracia directa, donde la gente directamente elige –nivel local, nacional y, por último, global– ntre grandes opciones sociales y ecológicas: ¿el transporte público debe ser gratis? ¿Deben impuestos especiales los dueños de autos privados pagar para subsidiar el transporte público? ¿Debe la energía solar ser subsidiada para que compita con la energía fósil? ¿Deben reducirse las horas de trabajo semanal a 30, 25 o menos horas, aunque esto signifique la reducción de la producción? La naturaleza democrática de planificación no es contradictoria con la existencia de expertos, pero el papel de estos no es decidir, sino presentar sus puntos de vista –a veces distintos, si no contradictorios– a la población y dejar que esta elija la mejor solución.

¿Qué garantía hay de que la gente vaya a tomar decisiones ecológicas correctas, al precio de dejar de lado algunos hábitos de consumo? No existe una “garantía” que no sea apostar a

la racionalidad de las decisiones democráticas, una vez que el poder del fetichismo de la mercancía esté roto. Por supuesto, existirán errores en las opciones populares, pero ¿quién cree que los expertos mismos no cometen errores? Uno no puede imaginar el establecimiento de dicha nueva sociedad sin que la mayoría de la población haya logrado, por sus luchas, su propia educación, y experiencia social, un alto nivel de conciencia socialista/ecológica; y esto hace razonable suponer que los errores, incluyendo decisiones que son inconsistentes con las necesidades del medio ambiente, van a corregirse. De cualquier modo, ¿no son acaso las alternativas propuestas –el mercado ciego, o una ecológica dictadura de “expertos”. mucho más peligrosas que el proceso democrático, con todas sus contradicciones?

El pasaje del “progreso destructivo” capitalista al ecosocialismo es un proceso histórico, una transformación permanentemente revolucionaria de la sociedad, de la cultura y de las mentalidades. Esta transición debe llevar, no solo a un nuevo modo de producción y a una sociedad igualitaria y democrática, sino también a un *modo de vida* alternativo, a una nueva *civilización* ecosocialista, mas allá del reino del dinero, mas allá de los hábitos de consumo artificialmente producidos por la publicidad, y mas allá de la producción sin límites de mercancías innecesarias y/o nocivas para el medio ambiente. Es importante enfatizar que semejante proceso no puede comenzar sin una transformación revolucionaria en las estructuras sociales y políticas, y el apoyo activo, por una vasta mayoría de la población, a un programa ecologista. El desarrollo de la conciencia socialista y la preocupación ecológica es un proceso, donde el factor decisivo es la propia experiencia de lucha popular, desde confrontaciones locales y parciales al cambio radical de la sociedad.

¿Hay que promover el desarrollo, o se debe elegir el “decrecimiento”? Me parece que am-



bas opciones comparten una concepción meramente cuantitativa del “crecimiento” –positivo o negativo– o de desarrollo de las fuerzas productivas. Hay una tercera postura, que me parece más apropiada: una *transformación cualitativa* del desarrollo. Esto significa poner fin al monstruoso despilfarro de recursos del capitalismo basado en la producción a gran escala de productos innecesarios y/o nocivos: las industrias de armamentos de son un buen ejemplo de esto, pero una gran parte de los “bienes” producidos en el capitalismo –con sus inherentes obsolescencias– no tienen mas utilidad que generar ganancias para las grandes corporaciones. La cuestión central no es el “consumo excesivo” en abstracto, sino el prevaleciente *tipo* de consumo, basado como está en la apropiación ostentosa, el desperdicio masivo, la alienación mercantilista, la obsesiva acumulación de bienes, y la compulsiva adquisición de seudonovedades

impuestas por la “moda”. Una nueva sociedad orientaría la producción hacia la satisfacción de bienes auténticos, comenzando con aquellos que podrían describirse como “bíblicos” –agua, comida, ropa, hogar– pero incluyendo también servicios básicos: salud, educación, transporte, cultura.

Obviamente, los países del Sur, donde estas necesidades están lejos de ser satisfechas, van a necesitar de un nivel de “desarrollo” mucho mayor que los países avanzados industrialmente: construcción de rutas, hospitales, sistemas de cloacas, y otras infraestructuras. Pero no hay razón por la cual esto no pueda llevarse a cabo con un sistema productivo que sea amigable con el ambiente y que esté basado en energías renovables. Estos países necesitarán cultivar grandes cantidades de comida para nutrir su población hambrienta, pero esto puede ser mucho mejor alcanzado –como los movimientos campesinos organizados en el mundo en la red *Via Campesina* han estado reclamando por años– por una agricultura campesina biológica basada en unidades familiares, granjas cooperativas o colectivistas, mas que por los métodos destructivos y antisociales de empresas industriales/ganaderas, basadas en el uso intensivo de pesticidas, químicos y OGMs (Organismos Genéticamente Modificados). En vez del monstruoso sistema actual de endeudamiento y de explotación imperialistas de los recursos del Sur por parte de los países capitalistas/industriales, debería haber una corriente de ayuda tecnológica y económica desde el Norte hacia el Sur, sin que sea necesario –como algunos puritanos y ascéticos ecologistas parecen creer– que la población en Europa o Norteamérica “reduzca su calidad de vida”: solo deberán privarse del consumo obsesivo, inducido por el sistema capitalista, de mercancías inútiles que no corresponden a ninguna necesidad real.

¿Cómo distinguir las necesidades auténticas

DOSSIER

Ciudades: orígenes, esplendor y decadencia

de las artificiales, falsas y provisionales? Las últimas son introducidas por la manipulación mental, esto es, la publicidad. El sistema publicitario ha invadido todas las esferas de la vida humana en las sociedades capitalistas modernas: no solo en cuanto al alimento y la ropa, sino también a los deportes, la cultura, la religión y la política que son moldeadas de acuerdo con sus reglas. Ha invadido nuestras calles, casillas de correo electrónico, pantallas de televisión, periódicos, paisajes, de un modo permanente, agresivo e insidioso que definitivamente contribuye a hábitos de consumo indudables y compulsivos. Además, desperdicia una cantidad astronómica de petróleo, electricidad, tiempo de trabajo, papel, químicos, y otras materias primas -todas pagadas por los consumidores- en una rama de producción que no es solo innecesaria desde el punto de vista humano, sino directamente contrapuesta a las necesidades reales de la sociedad. Mientras la publicidad es una dimensión indispensable de la economía de mercado capitalista, no tendría lugar en una sociedad en transición al socialismo, donde sería reemplazada por información sobre bienes y servicios facilitados por asociaciones de consumo. El criterio para distinguir una necesidad auténtica de una artificial, es su persistencia después de la supresión de la publicidad (¡Coca-Cola!). Por supuesto, durante algunos años, los hábitos de consumo persistirán inútiles; y nadie tiene el derecho de decirle a la gente cuáles son sus necesidades. El cambio en los patrones de consumo es un proceso histórico, así como un desafío educativo.

Algunas mercancías, como el auto individual, implican problemas más complejos. Los autos particulares son un problema público: matan y lesionan anualmente a miles de personas a escala mundial, contamina el aire en las grandes ciudades -con directas consecuencias para la salud de los niños y ancianos- y contribuyen de manera signi-

ficativa al cambio climático. Sin embargo, responden a necesidades reales, al transportar a la gente a sus trabajos, casas o actividades de ocio. Experiencias locales en algunas ciudades europeas con administraciones con cuidados ecológicos muestran que es posible -con aprobación de la mayoría de la población- limitar progresivamente el porcentaje de automóviles individuales en circulación a favor de colectivos y tranvías. En un proceso de transición al ecosocialismo, donde el transporte público -subterráneo o no- estaría ampliamente extendido y sería gratuito para los usuarios, y donde los peatones y ciclistas tendrían sendas protegidas, el auto privado tendría un papel mucho menor que en la sociedad burguesa, donde se ha convertido en una mercancía fetiche -promovida con una incisiva y agresiva publicidad-, un símbolo de prestigio, un signo de identidad (en los Estados Unidos, la licencia de conducir es un documento de identidad reconocido) central en la vida personal, social y erótica.

El ecosocialismo está basado en una apuesta que ya había promovido Marx: el predominio, en una sociedad sin clases y liberada de la alienación capitalista, del “ser” por encima del “tener”; vale decir, de *tiempo libre* para la realización personal mediante *actividades* culturales, deportivas, lúdicas, científicas, eróticas, artísticas y políticas, en lugar del deseo de poseer una infinidad de productos. La adquisición compulsiva es inducida por el fetichismo de la mercancía inherente al sistema capitalista, por la ideología dominante y por la propaganda: no existe ninguna prueba de que esto sea parte de la “eterna naturaleza humana”, como el discurso reaccionario quiere hacernos creer. Como Ernest Mandel enfatizó:

La continua acumulación de cada vez más mercancías (con una “utilidad marginal” decreciente) no es de ninguna manera una característica universal o incluso predominan-



te de la naturaleza humana. El desarrollo de talentos e inclinaciones por su propio bien; la protección de la salud y la vida; el cuidado de los niños; el desarrollo de ricas relaciones sociales [...]; todos estos factores se convierten en motivaciones fundamentales una vez que las necesidades materiales básicas han sido satisfechas⁶.

Esto no significa que no surgirán conflictos, particularmente durante el proceso de transición, entre los requerimientos de la protección del ambiente y las necesidades sociales, entre los imperativos ecológicos y la necesidad de desarrollar infraestructuras básicas, particularmente en los países pobres, entre los hábitos de consumo populares y la escasez de recursos. ¡Una sociedad sin clases no es una sociedad sin contradicciones ni conflictos! Estos son inevitables: resolverlos será la tarea de una planificación democrática, en una perspectiva ecosocialista, liberada de los imperativos del capital y la obtención de ganancias, mediante una discusión abierta y pluralista, que desemboque en la toma de decisiones por la misma sociedad. Esta democracia arraigada y participativa es el único camino, no de prevenir errores, sino

de permitir la autocorrección, por parte de la colectividad social, de sus propios errores.

¿Es esta una utopía? En su sentido etimológico —“algo que existe en ningún lado”—, ciertamente lo es. ¿Pero no son las utopías visiones de un futuro alternativo, imágenes deseadas de una sociedad diferente, un aspecto necesario de cualquier movimiento que quiere desafiar el orden establecido? Como explicó Daniel Singer en su testamento literario y político, *Whose Millenium?*, en un intenso capítulo titulado “Utopía realista”:

si el *establishment* ahora se ve tan sólido, a pesar de las circunstancias, y si el movimiento obrero o la izquierda en general están tan incapacitados, tan paralizados, es por la inaptitud para ofrecer una alternativa radical. [...] La regla básica del juego es que no se cuestione ni lo fundamental del argumento ni los fundamentos de la sociedad. Solo una alternativa global, que rompa con esas reglas de resignación y abdicación, puede dar al movimiento emancipatorio un impulso genuina.

La utopía socialista y ecológica es solo una

DOSSIER

Ciudades: orígenes, esplendor y decadencia

posibilidad objetiva, no el inevitable resultado de las contradicciones del capitalismo, o de las “leyes de hierro de la historia”. No es posible predecir el futuro sino en términos condicionales: ante la ausencia de una transformación ecosocialista, de un cambio radical en el paradigma civilizatorio, la lógica del capitalismo llevará al planeta a desastres ecológicos dramáticos, amenazando la salud y la vida de billones de seres humanos, y tal vez hasta la supervivencia de nuestra especie.

* * * *

Soñar y luchar por una nueva civilización no significa que no se pelee por concretas y urgentes reformas. Sin ninguna ilusión en un “capitalismo limpio”, uno debe tratar de ganar tiempo, y de imponer, a los poderes existen, algunos cambios elementales: la prohibición de HCFCs que están destruyendo la capa de ozono, una moratoria general en organismos genéticamente modificados, una drástica reducción en la emisión de gases con efecto invernadero, el desarrollo del transporte público, los impuestos para autos contaminantes, el reemplazo progresivo de camiones por trenes, una regulación severa de la industria pesquera, así como del uso de pesticidas y químicos en la producción agroindustrial. Estos y otros temas similares están en el corazón de la agenda del *Global Justice Movement* y el Foro Social Mundial, que han permitido, desde Seattle en 1999, la convergencia de movimientos sociales y ambientales en una lucha común en contra del sistema.

Estas urgentes demandas ecosociales pueden llevar a procesos de radicalización, a condición de no aceptar que se limiten sus objetivos conforme a los requerimientos del “mercado (capitalista)” o de la “competitividad”. De acuerdo a la lógica de lo que los marxistas llaman “un programa transicional”, cada pequeña victoria, cada avance parcial puede

llevar inmediatamente a una demanda mayor, a un objetivo más radical.

Dichas luchas alrededor de temas concretos son importantes, no solo porque las victorias parciales son bienvenidas en sí mismas, sino también porque contribuyen a aumentar la conciencia social y ecológica, y porque promueven la actividad y autoorganización desde abajo: ambos son precondiciones decisivas y necesarias para una transformación radical del mundo, es decir, revolucionaria.

No hay razón para el optimismo: las entrelazadas élites gobernantes del sistema son increíblemente poderosas y las fuerzas radicales de oposición aún son chicas. Pero constituyen la única esperanza de que el catastrófico curso del “crecimiento” capitalista sea detenido. Walter Benjamin no definió la revolución como la locomotora de la historia, sino como el acto por el cual la humanidad acciona los frenos de emergencia del tren antes de caer al precipicio...

Notas

Artículo enviado por el autor, traducido del inglés para *Herramienta* por María Luján Veiga.

1. Un notable análisis de la lógica destructiva del capital puede encontrarse en Joel Kovel, *The Enemy of Nature. The End of Capitalism or the End of the World?*, N.York.; Zed Books, 2002. [Edición en castellano: *El enemigo de la naturaleza. ¿El fin del capitalismo o el fin del mundo?*, Buenos Aires, Asociación Civil Tesis 11, 2005.]
2. John Bellamy Foster usa el concepto de “revolución ecológica”, pero argumenta que “una revolución ecológica global merecedora del nombre solo puede ocurrir como parte de una más amplia revolución social; y, yo insistiría, socialista. Dicha revolución [...] demandaría, como insistía Marx, que los productores asociados regulen racionalmente la relación metabólica del hombre con la naturaleza. [...] Debe inspirarse en William Morris, uno de los mas originales y ecologistas seguidores de Karl Marx, de Gandhi, y de otras figuras radicales, re-

- volucionarias y materialistas, incluyendo a Marx mismo, llegando tan lejos como a Epicuro”. (“Organizing Ecological Revolution”, *Monthly Review* 57.5 (octubre de 2005), pp. 9-10).
3. Ver John Bellamy Foster, *Marx's Ecology. Materialism and Nature*, Nueva York, Monthly Review Press, 2000.
 4. F.Engels, *Anti-Dübring*, París, Ed. Sociales, 1950, p. 318. [Hay muchas ed. en castellano; cf.: México, Ediciones Fuente Cultural, 1945, p. 284.
 5. Joel Kovel, *Enemy of Nature*, p. 215 [ed. en castellano: p. 222]
 6. Ernest Mandel, *Power and Money. A Marxist Theory o Bureaucracy*, Londres, Verso, 1992, p. 206. [Hay edición en castellano: *El Poder y el Dinero. Contribución a la teoría de la posible extinción del estado*, México, Siglo Veintiuno, 1994, p. 294.
 7. D. Singer, *Whose Millenium? Theirs or Ours?*, Nueva York, Monthly Review Press, 1999, pp. 259-260.



DOSSIER

Ciudades: orígenes, esplendor y decadencia

I AM THE BEGINNING, THE END, THE ONE WHO IS MANY, I AM THE BOSS.



STAR TREK FIRST CONTACT

THE NAME OF THE GAME IS WINNING. PRODUCTION DESIGNER: JONATHAN THOMPSON. COSTUME DESIGNER: ROBERT WOOD. EDITOR: JONATHAN THOMPSON. EXECUTIVE PRODUCERS: JONATHAN THOMPSON, JONATHAN THOMPSON. PRODUCED BY: JONATHAN THOMPSON. WRITTEN BY: JONATHAN THOMPSON. DIRECTED BY: JONATHAN THOMPSON.

PG-13

ALAMO

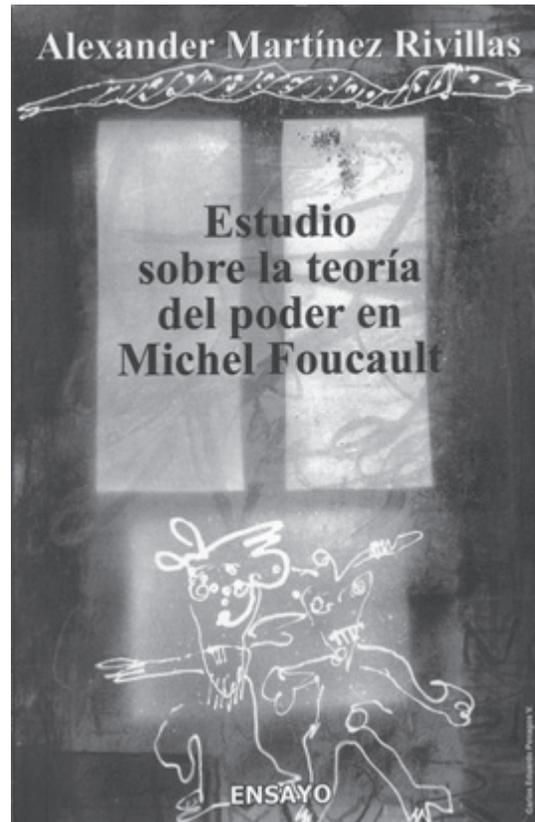


Palabras en la presentación del libro *Estudio sobre la teoría del poder en Michel Foucault* de Alexander Martínez Rivillas

Boris Edgardo Moreno*

El libro *Estudio sobre la teoría del poder en Michel Foucault* del profesor Alexander Martínez Rivillas, es un trabajo académico que busca *reconstruir el tejido conceptual de la obra de Michel Foucault*, como lo plantea en el prólogo el profesor Jorge Gantiva Silva, en aras de mostrar pedagógicamente los caminos filosóficos del autor francés.

La tesis central o hipótesis de trabajo si queremos ser modestos, que delinea la obra, encuentra la esencia de su fundamento en demostrar la sistematización que hay presente en los trabajos de Foucault con gran énfasis en las disertaciones e investigaciones sobre el poder. Tarea bastante difícil cuando el mismo pensador francés en sus entrevistas y los cursos dictados en el *Collège de France* dejaba claro que su pensamiento no obedecía a un modelo o sistema establecido, sino el resultado del escarbar teórico, del descender a los subterráneos de los ejercicios del poder. Empero, desde la primera página del primer capítulo Alexander Martínez plantea *que es posible trazar una línea continua en su obra filosófica desde su tesis doctoral, historia de la locura en la época clásica (1961) hasta el tercer tomo de la historia de la sexualidad (1984)*, titulado el cuidado de sí mismo. Gran reto teórico se plantea y nos deja planteado el autor.



La primera impresión que tuve de la obra de mi gran amigo de viaje de indisciplina, es que su aventura de pensamiento obedecía a una rebelión

* Ingeniero forestal, especialista en derechos humanos. D.E.A. en paz, conflicto y democracia

infantil contra el pensamiento del filósofo francés, pero en el trasegar lento de la lectura rigurosa, encontré que las *cajas de herramientas* utilizadas para la presente investigación, corresponden indudablemente a lo que quisiera llamar el camino Nietzscheano que siguió Foucault. En este sentido, la obra que hoy nos presenta Alexander, es el estudio en perspectiva Foucaultiana del pensamiento de Michel Foucault. Por ello, en los tres capítulos se denota claramente una contextualización microfísica de las líneas teóricas que unen las rupturas, discontinuidades, contradicciones del discurso del poder/saber.

El conversatorio realizado en la universidad de Barcelona entre Miguel Morey (catalán) Y Didier Eribonel (francés) denominado *Leer a Foucault*, trabajó sobre las tres grandes preguntas del filósofo y la relación intrínseca que existen entre ellas. ¿Qué función tiene el saber? ¿Cómo se ejerce el poder? ¿Cómo se deviene en sujeto en la tradición occidental? serán a grandes rasgos los caminos transitados por el filósofo. Específicamente, en los rastreos de la construcción de la categoría de saber/poder, los dos filósofos dialogan sobre la estrecha relación que hay entre la medicalización de los comportamientos no razonables con una institución de represión, de encierro como es el manicomio. Esta correlación entre los discursos y las instituciones es lo que permite relacionar las dos primeras preguntas de trabajo y establecer que todo ejercicio de poder es una relación se saber/poder.

En igual sentido, Martínez Rivillas escudriña en los textos foucaultianos para darnos a conocer como se dan los desplazamientos de las investigaciones del saber – narradas en las palabras y las cosas, la arqueología del saber y el orden del discurso- a los ejercicios reales y concretos del poder – descritos en Vigilar y castigar, la verdad y las formas jurídicas y la voluntad del saber- . Así, en el primer capítulo,

titulado *El panorama del pensamiento de Foucault*, podemos leer la continuidad que existe entre las *unidades discursivas* y las *unidades interpretativas*. En otras palabras, el autor establece una continuidad en el paso de la arqueología a la genealogía de raigambre Nietzscheano. Este traslado conceptual -estudiado a profundidad en el 11 capítulo: La herencia Nietzscheana- permitirá a Foucault estudiar la historia humana como un campo de batalla de la vida, *donde los vencedores se diferencian de los vencidos en función de de los valores que establecen*, las reglas de dominio que se aceptan y los procedimientos de la relación del saber con la verdad, que obedecen a un régimen de verdad, a una verdad-ficción.

Sera precisamente, el estudio de esta herencia, lo que lleva a Martínez Rivillas a sintetizar las disertaciones foucaultianas sobre la realidad humana, a través de la explicación de las nociones de voluntad de poder, las batallas del campo de la vida, el juego de interpretaciones y las reglas de dominio en tres características a saber:

...primero, no existe una voluntad superior que este regulando el funcionamiento de las relaciones de poder (las predeterminaciones no operan); segundo, no existe una voluntad que sea el producto de un principio de simetría (no hay equidad del poder); y tercero no existe una voluntad derivada de un principio de economía de las relaciones de poder (no hay un plan de distribución del poder).

En virtud de lo anteriormente mencionado el profesor Alexander, entrara de lleno, con la suficiencia que da el manejo adecuado y delicado de las bibliografías a caracterizar lo que define como la teoría de poder de Foucault.

Como primer fundamento, nos habla de un logopoder, es decir de *las técnicas de poder que producen*

internamente los discursos. En palabras de Ranciere de la posesión del logos, del adueñarse de la palabra, de aquel lenguaje que enuncia y ordena a la vez las partes de la comunidad.

En segundo lugar, y en una excelente interpretación de la verdad y las formas jurídicas, el autor narra las consideraciones del iuspoder a través de cinco técnicas: *la práctica de la prueba, la ley de las mitades, la prueba judicial, la indagación o encuesta y el suplicio judicial.* La relación de este iuspoder con la verdad estará en la correspondencia de la ciencia con los ejercicios jurídicos. Hay que recordar la temeraria de Foucault en vigilar y castigar, las mismas luces que nos dieron la ilustración nos dieron también las disciplinas.

En tercer lugar estará el biopoder, que es la noción donde Foucault reúne sus estudios sobre los ejercicios y efectos del poder que surgen entre el siglo XVI y XVIII. Antes de describir los tres componentes de este poder de y sobre la vida, hay que recordar que en ningún momento Foucault nos plante que sus componentes se excluyen a sí mismos, sino que se refuerzan conjuntamente.

El poder soberano, proviene de los límites del castigo corporal; el poder disciplinar (anatomopolítica) proviene de la emergencia de la ciencias del hombre

o ciencias sociales y el poder de y sobre la vida (biopolítica), proviene de las ciencias de la vida y la estadística. Entonces, de este conglomerado de relaciones de poder nacerá un ejercicio de poder global que Foucault denominó biopoder, donde la normalización y normación de la vida se dará a través de un efecto de superficie llamado iuspoder.

Estos tres ejercicios de poder contienen a su vez dispositivos que se encargan de hacer funcionar la microfísica del poder. El dispositivo jurídico, el dispositivo disciplinar y el dispositivo de seguridad. El primero se basa en la prohibición: el poder como negación; el segundo, en la norma: lo que se debe realizar y; el tercero, en el manejo del medio –la vida- para el establecimiento de lo normal.

El profesor Alexander Martínez termina su obra con la teoría del poder, donde arriesga conceptualizaciones y nociones que abren nuevas ventanas de debate sobre el pensamiento del filósofo más citado en las ciencias sociales durante el siglo XX: Michel Foucault.

Sólo resta invitar a lectura de esta magnífica obra que hoy se pone a disposición de los lectores y esperar los más argumentados debates académicos y políticos, ya que el autor ha retado al universo foucaultiano.



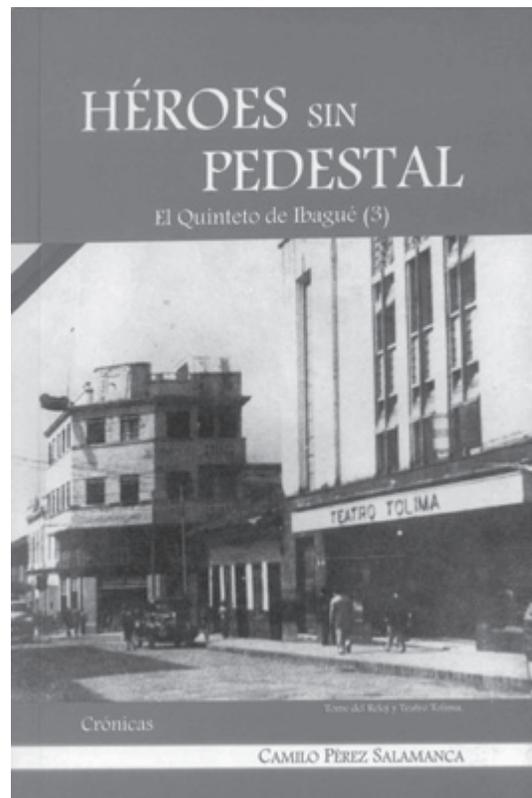


Héroes sin pedestal: entre la microhistoria y la literatura

Libardo Vargas Celemin*

La literatura y la historia siempre han tenido unas relaciones ambivalentes desde épocas remotas. Para los griegos por ejemplo, la historia era un género literario, mientras que en los siglos sucesivos se van separando paulatinamente, hasta que en la segunda mitad del siglo XIX parecen distanciarse definitivamente, gracias al positivismo que ahondo diferencias al plantear que la tarea de la historia era la búsqueda de la verdad y para ello debía acudir a la objetividad, mientras que la literatura como producto de la ficción se construiría a partir de la imaginación y de la fantasía. No obstante lo anterior, la evolución de la disciplina histórica, especialmente los pasos dados por la Escuela de los Anales en Francia, permite un nuevo acercamiento, a mediados del siglo XX, cuando se afirma que la primera hace uso de herramientas como la narrativa para presentar sus hallazgos y que la segunda toma como punto de partida de muchas de sus obras los hechos y acontecimientos del pasado.

Este acercamiento va mucho más allá con la aparición de la Microhistoria, entendida esta, según el mexicano Luis González González (1973), como el tipo de historia denominada anticuarria, que tiene por objeto “salvar del olvido la parte del pasado



propio que ya está fuera de uso” y que cuenta . “el pretérito de nuestra vida diaria, del hombre común, de nuestra familia y de nuestro terruño”. Esta microhistoria es asumida generalmente por

* Profesor Asociado Universidad del Tolima

aficionados a la historia y se expresa a través de formas narrativas, porque, como lo afirma Hyden White (2003; 145) “la narrativa ha sido siempre y continúa siendo, el modo predominante de escribir historia”.

La metodología de la Microhistoria no posee el rigor de la historia denominada monumental, ni tampoco de la llamada crítica, sin embargo, existe un trabajo exhaustivo para hallar las fuentes, las que generalmente se encuentran en la interacción con los hombres del común, por eso su lenguaje está emparentado con la oralidad y aparecen los regio - dialectos como rasgos fundamentales de su discurso. González (1973) establece que es precisamente este hecho es el que le da un toque especial a estas narraciones:

Lo bueno en Microhistoria es la expresión inspirada en el lenguaje común. Ni la pompa del pico de oro ni la desnuda monserga del científico. Si el habla de los buenos conversadores, el encanto de cuenteros. Sin encanto no hay microhistoria que valga.

Es en este marco donde podemos ubicar la obra *Héroes sin pedestal*, de Camilo Pérez Salamanca, publicada recientemente, como el Tomo No. 3 de la colección de crónicas *Quinteto de Ibagué*, proyecto editorial que intenta contar la historia de la ciudad durante el siglo XX, a través de personajes anónimos que, de alguna manera han sido los artífices del desarrollo y existencia misma de la localidad.

En doce capítulos y 172 páginas, Camilo Pérez conversa sobre los veinte años que van de 1940 a 1960, como si se tratara de un diálogo fluido con un receptor imaginario a quien le va desentrañando pequeños episodios, que configuran el tejido de las crónicas que mezclan lo mítico, lo legendario y lo histórico, con la anécdota, la conseja, el chiste y toda una serie de subgéneros que hacen de la

estructura del libro, una muestra proteica de la oralidad regional que intenta rescatar trazas de la memoria colectiva.

Las particularidades de *Héroes sin pedestal* nos llevan a plantear que el texto no es específicamente histórico, aunque contenga datos precisos de ciertos hechos, porque estos se encuentran permeados por cierta textura literaria que se amalgama. Tiene entonces el lector interesado en la reconstrucción propiamente histórica que limpiarlos de lo que Luis González (1973; 38), llama “polvo y paja”, o de lo contrario dejarse seducir por el oleaje de una retórica que linda con el lirismo: “Cuando los vientos de la segunda Guerra Mundial huracanaban la Nación, a finales del siglo XIX, San Simón y tres casas vecinas tuvieron el privilegio de tener luz eléctrica” (Pérez 2011, 23).

Los orígenes de las instituciones generalmente se esconden tras las firmas de unos mandatarios que rubrican el acto protocolario de su fundación, pero la Microhistoria que asume Camilo como método, va más allá y esculca en los vericuetos de la memoria de los personajes que incubaron la idea, para seguir las peripecias hasta convertirla en realidad. Muchas páginas del libro hablan de esos seres visionarios que, sin poseer el poder político suficiente, debieron aplazar por años la concreción de sus quimeras para el desarrollo de la localidad y la nación en general. Tal vez sea por ello que el gran humanista mexicano Alfonso Reyes llame la atención sobre la importancia que este grupo de micro - historiadores tiene en el contexto latinoamericano:

Es tiempo de volver los ojos hacia nuestros cronistas e historiadores locales... (en ellos) están las aguas vivas, los gérmenes palpitantes. Muchos casos nacionales de entenderían mejor procediendo a la síntesis de los conflictos y sucesos registrados en cada región

Pese a las limitaciones físicas, Camilo Pérez Salamanca continúa registrando en los archivos, observando con una inmensa lupa las fotografías y, sobre todo hablando con la gente. En este procedimiento encuentra el material necesario para armar sus crónicas. Selecciona un hecho y busca acuciosamente elementos que le den un toque de particularidad, ya sea para demostrar el ingenio de algunos personajes o para castigar la abulia que carcome a otros. Así por ejemplo nos comenta como gran parte de los primeros estudiantes que ingresaron a la recién fundada Universidad del Tolima, no eran bachilleres:

La UT inició labores con 35 alumnos, 27 de ellos subidos de los cursos 5º. Y 6º. De bachilleratos de la Escuela Agronómica San Jorge, terminado el semestre el Ministerio de Educación notificó al rector, que 27 de sus estudiantes deberían terminar el bachillerato. (Pérez 2011; 30)

El cronista, no solo se vale de la entrevista directa con los protagonistas, sino que acude a los documentos escritos, al periódico amarillento que consigna las visiones de un periodista, a la reconstrucción de los sucesos desde la perspectiva de un locutor o de las imágenes de un fotógrafo, todo para lograr la urdimbre que dé cuenta de los hechos que siguieron a la muerte de Gaitán y su repercusión en Ibagué.

La selección que se hace de los episodios lleva implícita el interés que estos puedan despertar en los lectores. Es así como a la creación de la Universidad del Tolima le sigue el trabajo realizado por un entusiasta del deporte, Humberto González Ruíz quien es el culpable de “que la pasión de una raza se alborote cada domingo en los estadios” (Pérez 2011; 57). Los primeros pasos para la conformación del equipo profesional de fútbol, tampoco están exentos de la ironía y el humor:

En el primer partido oficial contra Santa Fe, el Deportes Tolima salió a la cancha con el uniforme del Ferrocarril que era el mismo de la selección argentina. Después de dos partidos nos hicieron caer en cuenta del error y nos tocó mandar a hacer una camisa vino tinto con la franja amarilla en el pecho. (Pérez 2011; 64)

Solo dos años de presencia oficial del equipo pijao le bastaron para que en 1957, luego de un desordenado campeonato, llegara a definir el primer lugar con el Deportivo Independiente Medellín, con el que lamentablemente perdió sin jugar, pues el empate en puntos llevó a los organizadores a definirlo por “cara y sello sin delegados del Deportes Tolima, sino con representantes de la Dimayor” (70), hecho que desde entonces marcaría las componendas que han caracterizado el fútbol colombiano.

Una leyenda incrustada en el imaginario popular de muchas regiones del país, se adapta a las circunstancias del Ibagué pacato de mediados del siglo xx, cuando un desastre natural es atribuido al castigo divino, porque el diablo danza con una agraciada mujer, en un club social. Este relato se repite con algunas variaciones de tiempo en tiempo y demuestra como la ignorancia colectiva, busca siempre una explicación en las fuerzas sobre naturales para lograr el equilibrio mental que los proteja del abismo de la locura.

Una alcaldada famosa como aquella de prohibir la música en el perímetro urbano de la localidad se junta con el programa de gobierno de un candidato a la alcaldía que traza soluciones increíbles a problemas cotidianos, para generar el humor parroquial que intenta acabar con la abulia de la comunidad, como lo hace también el lotero “Cholagogue” que tiene la frase repentina, la conseja precisa y la respuesta contundente que lo convierten en el filósofo popular de la localidad.

Un valor agregado de estas crónicas es la variedad de las historias que encierran, la combinación de los perfiles de personajes con acciones memorables y la aparición de instituciones. Las dos décadas escogidas son ricas en acontecimientos y en dejar huellas en la historia de la ciudad, por eso el autor se presenta como personaje para contarnos su propia historia de vida que encarna el mismo dilema de miles de personas que tuvieron que abandonar el campo para buscar refugio en ese pueblo grande que luchaba tímidamente por perfilarse como ciudad. La historia de Camilo y su familia es la misma de muchos de nosotros que nos asomamos a la vida, acunados por el terror y fuimos practicando la recién adquirida habilidad para leer en las páginas de la crónica roja de los periódicos, como Tribuna que debió registrar el sacrificio de su propio fundador, Héctor Echeverry Cárdenas.

Héroes sin pedestal es un libro necesario para la ciudad; imprescindible para quienes investigan los imaginarios que impulsan las acciones de sus

habitantes y texto de consulta para quienes deseen entender el tránsito de pueblo grande a ciudad intermedia y además busquen recrearse con una prosa que a veces se desborda y se yuxtapone, gracias al impulso emocional del autor, deseoso siempre de darnos el mayor número de datos, empaquetados en una presentación lírica, que es a la vez testimonio de su lucha personal por decidirse entre el cultivo de la historia o la literatura.

Referencias bibliográficas

- González González, L (1973). *Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia*, leído el 27 de marzo de 1973).
- White, H. (2003). *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*. Ediciones Paidós. Barcelona
- Pérez Salamanca, C. (2011) *Héroes sin pedestal*. Ediciones mi propio bolsillo. Ibagué
- Reyes, A. (1973), citado por González González Julio. En: *Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de Historia..*